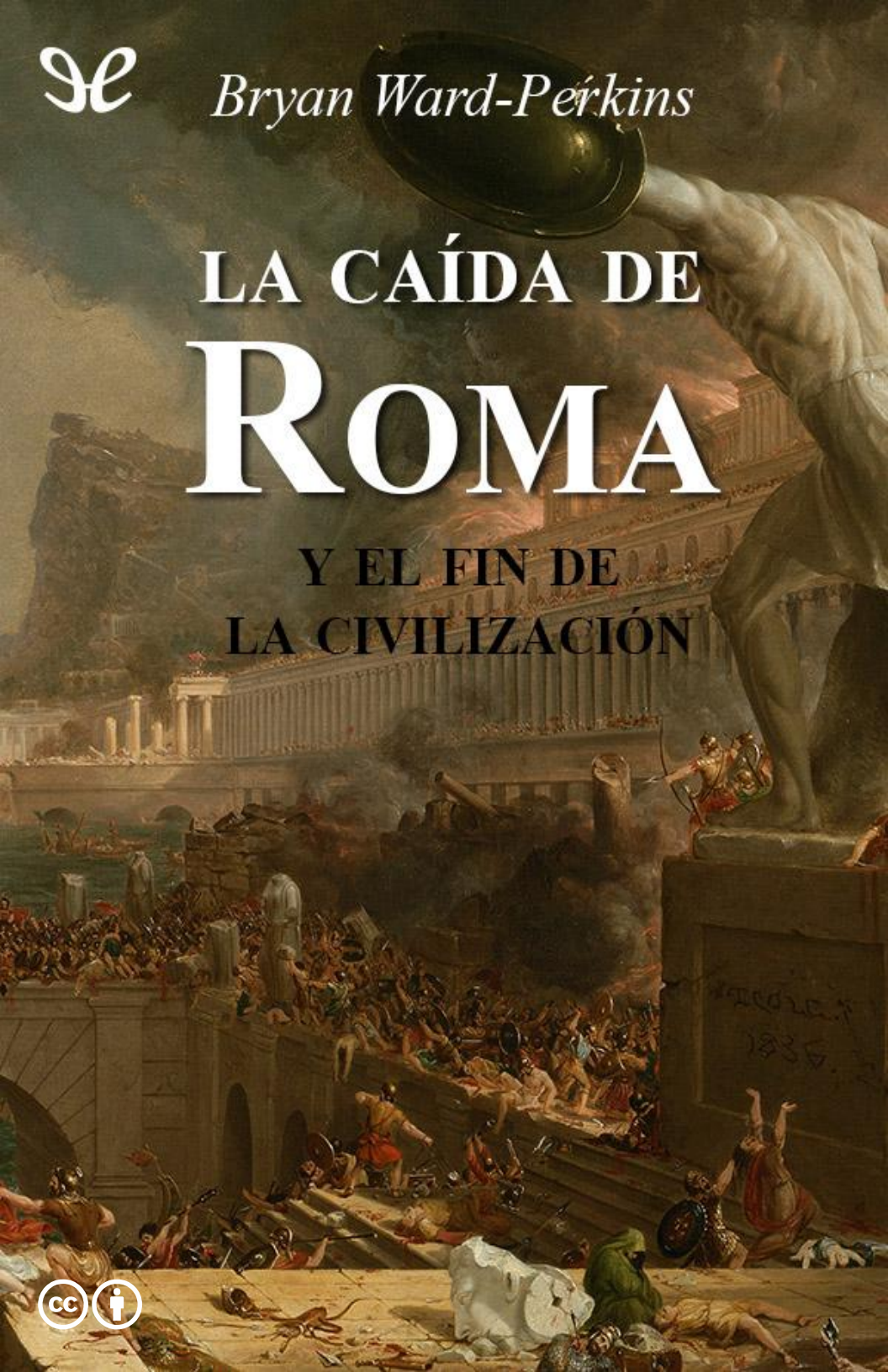
Bryan Ward-Perkins

LA CAÍDA DE ROMA

Y EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN



De una forma inteligente e ingeniosa, con elegancia y erudición, Bryan Ward Perkins argumenta lo que muchos pensaron siempre pero no se atrevían a decir: el Imperio romano en realidad no sufrió una decadencia y caída [...] lo que ahora llamamos la «transformación» del mundo romano fue un cambio a peor, la Edad Oscura fue verdaderamente sombría [...]

Ward-Perkins escribe una historia exhaustiva, despierta a todo tipo de evidencias, incluyendo restos de cerámica y poesía, vidas de santos y pintadas en las paredes de los burdeles. Incluso el corte de las barbas de los turistas britanos en Bolonia. Es calculadamente provocador, divertido y estimulante. Con su agudas críticas, muy constructivas, el autor acierta al desatar un debate sin cortapisas.

epublibre

Bryan Ward-Perkins

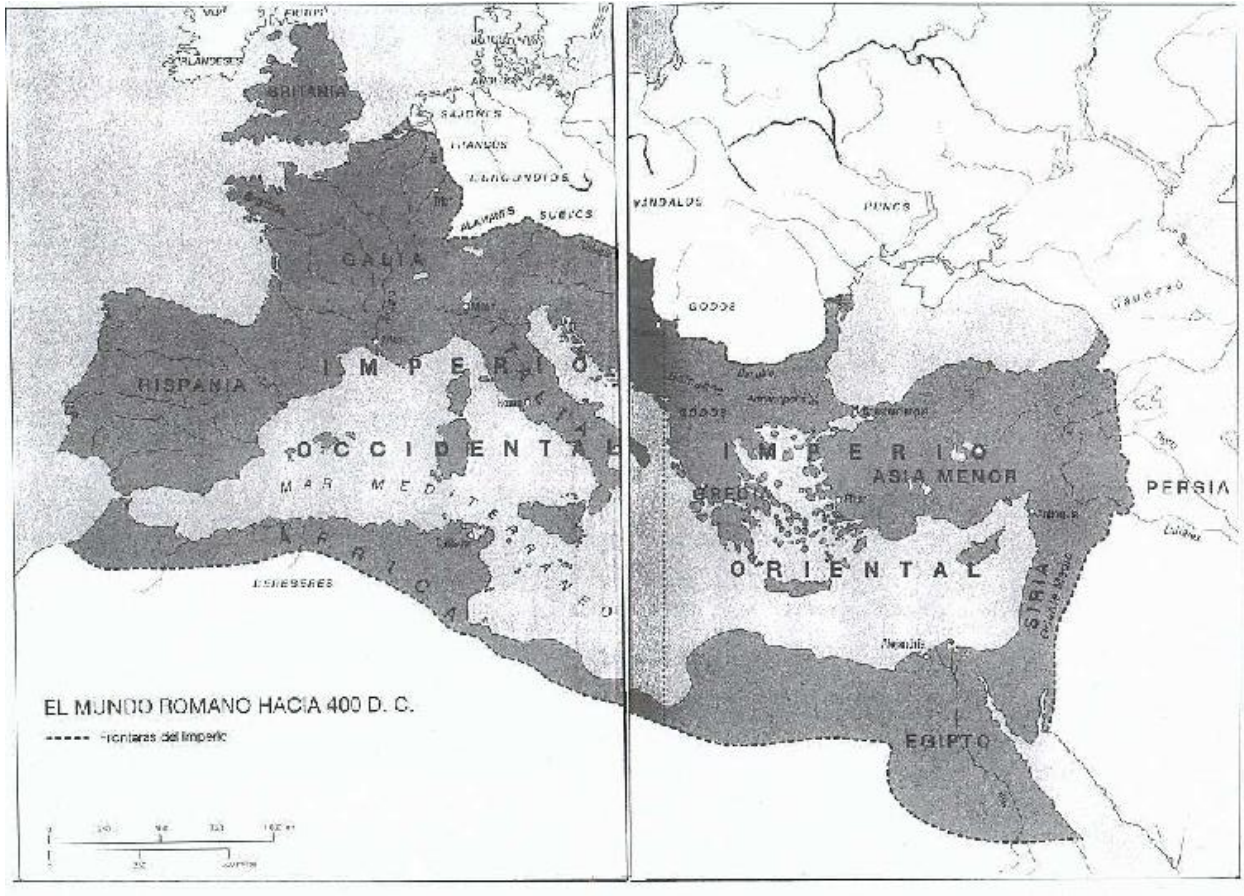
LA CAÍDA DE ROMA

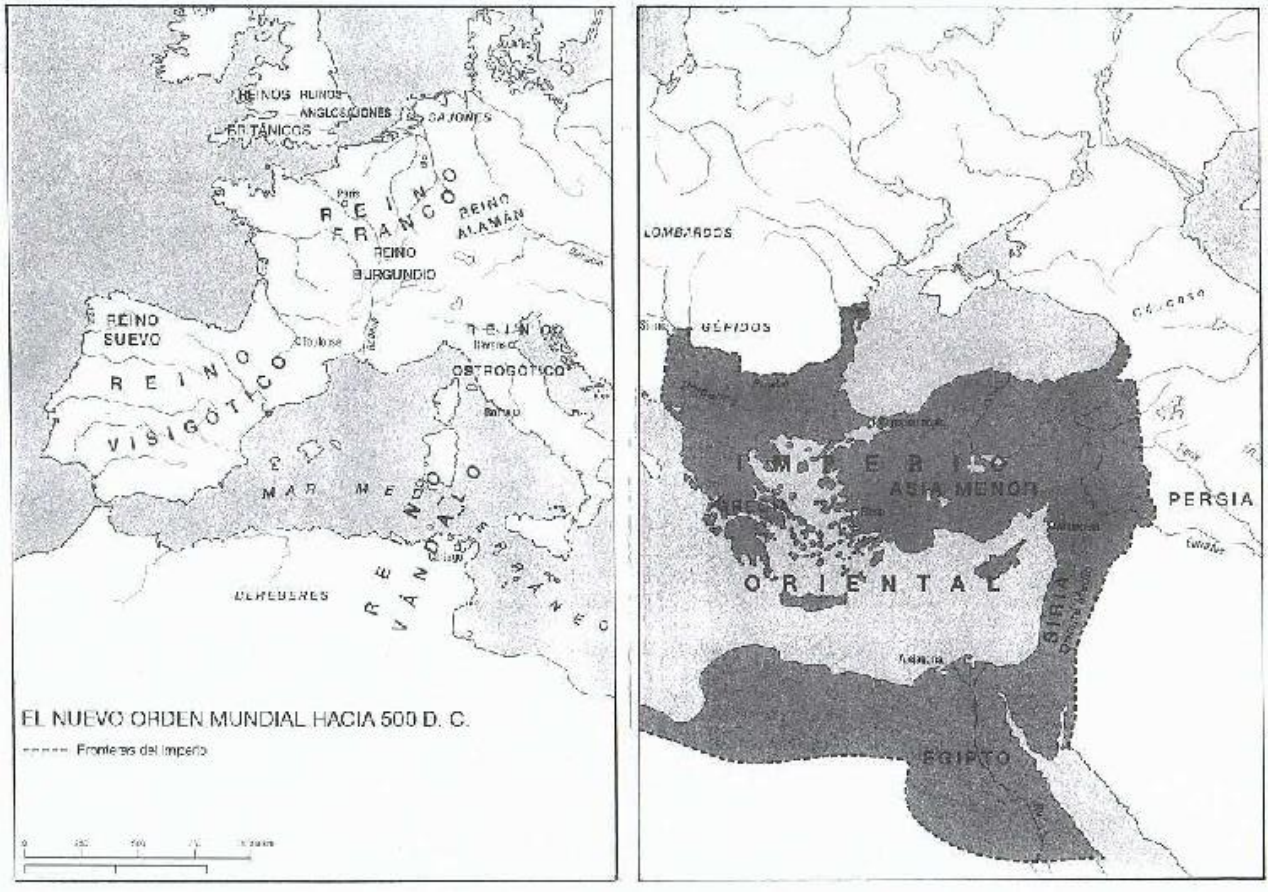
y el fin de la civilización

ePub r1.0
FLeCos 11.04.2020

Título original: *The Fall of Rome and the End of Civilization*
Bryan Ward-Perkins, 2005
Traducción: Manuel Cuesta & David Hernández de la Fuente
Ilustraciones: Paul Simmons

Editor digital: FLeCos
ePub base r2.1


BRITANIA
SAJONES
FRANCOS
ALAMANES
SUEVOS
GALIA
HISPANIA
IMPERIO
OCCIDENTAL
MAR MEDITERRANEO
AFRICA
VISIGODOS
VANDALOS
HUNOS
GODOS
IMPERIO
ASIA MENOR
PERSIA
ORIENTAL
SIRIA
EGIPTO
EL MUNDO ROMANO HACIA 400 D. C.
Fronteras del Imperio


REINOS REINOS
ANGLOSAJONES
BRITÁNICOS
SAJONES
REINO
FRANCO
REINO
ALAMÁN
REINO
BURGUNDIO
REINO
SUEVO
REINO
VISIGÓTICO
REINO
OSTROGÓTICO
MAR MEDITERRÁNEO
REINO
VÁNDALO
BEREBERES
LOMBARDOS
GÉPIDOS
IMPERIO
ASIA MENOR
PERSIA
ORIENTAL
SIRIA
EGIPTO
EL NUEVO ORDEN MUNDIAL HACIA 500 D. C.
Fronteras del Imperio

PREFACIO

La escritura de este libro ha supuesto un tiempo desproporcionado, pero eso mismo ha permitido discutirlo con numerosos compañeros, y someter a prueba algunas de sus partes ante auditorios muy variados de Gran Bretaña y otros países. A todos esos públicos y colegas, demasiados para nombrarlos aquí, les agradezco sus consejos y su apoyo. Doy las gracias también a todos los estudiantes de Oxford que a lo largo de los años me han ayudado a pensar de forma más clara y directa. Las exigencias curriculares y la financiación de las universidades del Reino Unido son actualmente un fuerte obstáculo para que estudiosos y facultades inviertan en enseñanza: hacerlo no comporta promoción o mayores fondos. Es una verdadera lástima, porque, al menos en Humanidades, es la necesidad de entablar diálogo y hacer las cosas lógicas y claras la defensa primera contra el oscurantismo y la abstracción.

Acreedores especiales de mi agradecimiento son Alison Cooley, Andrew Gillett, Peter Heather y Chris Wickham, por leer y comentar pormenorizadamente algunas partes del texto, y, sobre todo, Simon Loseby, quien, ya en forma de borrador, ha leído el conjunto y me ha proporcionado una crítica y un apoyo preciosos. No he seguido todas sus variadas sugerencias, y en ciertos puntos discrepamos, pero no cabe du-

da de que sin su contribución este libro habría sido mucho peor.

La primera parte, que se ocupa de la caída del Imperio de Occidente, la preparé y en gran parte la escribí mientras ocupaba una plaza de investigador visitante en el Centro de Investigación de Humanidades de Canberra; fue una experiencia estupenda, aprendí mucho y disfruté del entorno perfecto para escribir y pensar.

Katharine Reeve ha sido mi editora en Oxford University Press, y, si es que este libro se deja leer, en buena medida es mérito suyo. Trabajar con un editor de primera clase ha sido una experiencia dura pero profundamente gratificante. Me hacía podar muchas de esas oraciones subordinadas y puntualizaciones de que tanto gustamos los estudiosos, y sobre todo me obligaba a decir lo que realmente tengo en la cabeza, en lugar de aludir a ello con délficas aseveraciones académicas. También ha ganado mucho el libro con los comentarios —verdaderamente útiles— de dos lectores anónimos de Oxford University Press, y con los del equipo de producción de la editorial, integrado por grandes profesionales. Trabajar con Oxford University Press ha sido un auténtico placer.

La deuda mayor es, inevitablemente, hacia mi familia, que ha soportado este libro mucho más tiempo del que habría hecho falta, y sobre todo hacia Kate, que me ha infundido ánimos constantemente, ha sido crítica constructiva de mi prosa y siempre me ha ayudado en momentos difíciles.

Querría, por último, expresar mi más sincera gratitud a mi amigo Simon Irvine, quien siempre creyó que escribiría este libro, y a tres hombres que, en distintas etapas de mi formación, me inculcaron un respeto y un amor por la Historia profundos: David Birt, Mark Stephenson y, al final, Karl Leyser.

INTRODUCCIÓN

¿ROMA CAYÓ?

En una tarde de octubre de 1764, tras unos días embriagadores visitando los restos de la antigua Roma, Edward Gibbon «se sentó meditabundo entre las ruinas del Capitolio» y decidió escribir la historia de la decadencia y caída de la ciudad[1]. La magnificencia de la antigua Roma, y la melancolía de sus ruinas, despertaron su curiosidad y su imaginación, y pusieron la simiente de su gran empresa histórica. La fascinación de Gibbon por la disolución de un mundo que parecía literalmente labrado en piedra no es anómala: late en lo profundo de la psique europea la desazón de que, si la antigua Roma pudo caer, puede hacerlo también la más orgullosa de las civilizaciones actuales (figura 1).

En tiempos de Gibbon, y hasta días recientes, casi nadie cuestionaba las viejas certezas relativas al final del mundo antiguo: a saber, que a lo largo del siglo V unas invasiones hostiles destruyeron en Occidente un avanzado estadio de desarrollo humano, la civilización de Grecia y Roma. Los invasores, que los romanos llamaban directamente «bárbaros» y a quienes los estudiosos modernos dan el nombre más condescendiente de «pueblos germanos», penetraron en el imperio por las fronteras del Rin y el Danubio, dando comienzo

a un proceso que iba a llevar a la disolución no solo de la estructura política, sino también del estilo de vida romano.

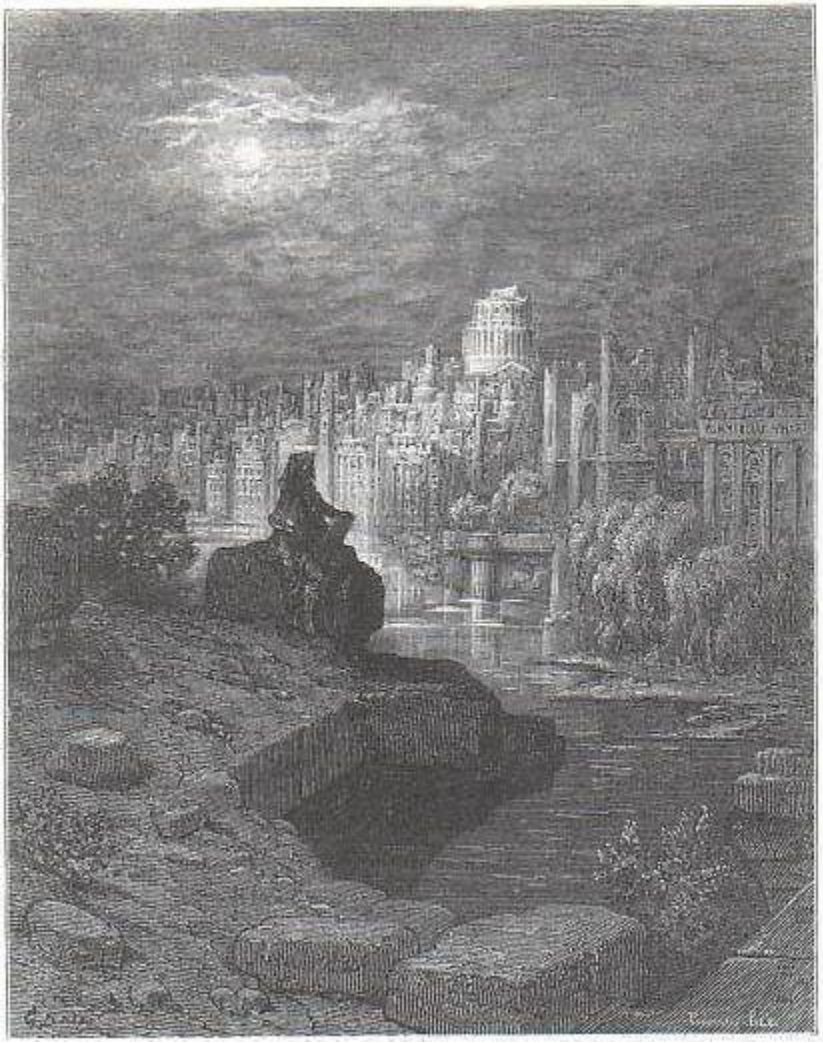


Fig. 1.—Londres en ruinas, según lo imaginó Gustave Doré en 1873. Un neozelandés, perteneciente a una civilización del futuro, dibuja los restos de la ciudad muerta hace tiempo.

Quienes primero entraron por la fuerza en el imperio fueron los godos, que en 376 cruzaron el Danubio huyendo de los hunos, nómadas que acababan de hacer su aparición en las estepas de Eurasia. En un principio, los godos solo eran una amenaza para la parte oriental del Imperio romano —el

poder, en aquel tiempo, se repartía entre dos coemperadores, residente uno en las provincias orientales, y el otro en Occidente (véase mapa en las guardas delanteras)—. Dos años más tarde, en 378, infligieron al ejército del imperio oriental una sangrienta derrota en la batalla de Adrianópolis (actual Edirne, en Turquía, junto a la frontera con Bulgaria). Pero llegó el día en que Occidente también conoció la invasión: en 401, de los Balcanes al norte de Italia marchó un numeroso ejército de godos. Y así se abrió un período de grandes dificultades para el Imperio occidental, gravemente agudizadas cuando, a finales de 406, tres tribus (vándalos, suevos y alanos) cruzaron el Rin para dirigirse a la Galia. Tras aquello, ya siempre hubo ejércitos germanos dentro de las fronteras del imperio, que paulatinamente fueron adquiriendo más poder y territorio: los vándalos, por ejemplo, llegaron a cruzar el estrecho de Gibraltar en 429, y hacia 439 tomaron la capital del África romana.

En 476, setenta y cinco años después de que por primera vez entrasen los godos en Italia, el último emperador romano de la parte occidental, el joven y bien llamado Rómulo Augústulo (Rómulo el Emperadorcito), fue depuesto y enviado al retiro. Occidente lo gobernaban ahora reyes germanos independientes (véase mapa en las guardas traseras). Por el contrario, el Imperio romano de Oriente —que solemos llamar «Imperio bizantino»— no cayó, a pesar de la presión que ejercían los godos, y tras ellos los hunos. Más aún: en 530, Justiniano, el emperador oriental, era lo bastante poderoso para intervenir en el Occidente germano, conquistando el reino vándalo de África en 533 y empezando una guerra de conquista del reino italiano de los ostrogodos dos años después, en 535. Solo en 1453 desapareció definitivamente el Imperio bizantino, cuando Constantinopla, su capital y últi-

mo bastión, sucumbió ante el ejército turco de Mehmed el Conquistador.

La versión de los hechos convencional es que la desintegración militar y política del poder romano de Occidente provocó la ruina de una civilización. Murió la antigua sofisticación, y el mundo occidental quedó sujeto a una «Edad Oscura» de indigencia material e intelectual de la que solo lentamente habría de emerger. Con especial fuerza expresó esta forma de ver las cosas el historiador escocés William Robertson, contemporáneo de Gibbon, en 1770, pero la imagen de las «Edades Oscuras» que evocan sus palabras ha seguido vigente mucho tiempo:

> Apenas transcurrido un siglo desde que se estableciesen en sus territorios recién conquistados las naciones bárbaras, casi todos los efectos del conocimiento y la civilización que habían extendido por Europa los romanos ya habían desaparecido. No fueron descuidadas o perdidas solo las artes de la elegancia, ministras de la molicie y por ella sostenidas, sino muchas de esas artes prácticas sin las cuales la vida difícilmente puede considerarse llevadera[2].

En otras palabras: con la caída del imperio, el arte, la filosofía y el alcantarillado digno súbitamente se esfumaron de Occidente.

Nací y crecí en Roma, el corazón del imperio, rodeado por las mismas ruinas de la grandeza pasada que conmovieron a Gibbon, y mi padre era un arqueólogo clásico cuyo interés principal fueron los extraordinarios logros técnicos y arquitectónicos de los romanos. De manera que las líneas esenciales del planteamiento de Robertson han sido siempre para mí algo natural. He sabido desde mi juventud temprana que los antiguos romanos construían a una escala y con un dominio técnico con los que durante siglos tras la caída del imperio solo se pudo soñar. La antigua Roma tenía once acueductos que, sobre arcos de hasta treinta metros de altura, llevaban

agua a la ciudad por canales que alcanzaban los 94 kilómetros (aproximadamente la distancia entre Oxford y Londres); y dieciséis de las imponentes columnas que forman el pórtico del Panteón son monolitos, laboriosamente extraído cada uno, con sus 14 metros de altura, de una cantera remota al este del desierto egipcio, cargado luego por hombres hasta el Nilo, y llevado a través de cientos de kilómetros de agua a la capital del imperio. Sería raro no sentirse impresionado ante logros así, sobre todo al encontrarlos reproducidos a una escala menor, más humana, por todas las provincias del imperio. Pompeya —con sus calles pavimentadas, sus aceras elevadas, sus baños públicos y sus fuentes regularmente distribuidas—, y los otros cientos de ciudades del mundo romano que fueron así, a su manera apacible dejan una impresión incluso más profunda que la magnificencia exuberante que fue Roma.

A pesar de la educación que recibí, los antiguos romanos nunca me han gustado mucho —con demasiada frecuencia los encuentro egocéntricos y pagados de sí mismos—, y me siento bastante más próximo a ese mundo caótico y difícil de época post-romana. Por lo demás, nadie discute —de tan evidente— que los romanos fueron capaces de hacer cosas extraordinarias que, caído el imperio, no pudieron volver a hacerse hasta pasados muchos siglos.

EL DESTIERRO DE LA CATÁSTROFE

Por consiguiente, ha resultado para mí una sorpresa descubrir que una visión del fin del imperio mucho más adecuada se iba extendiendo por el mundo anglófono[3]. El gurú intelectual de esta corriente es Peter Brown, sobresaliente historiador que ha creado escuela, quien, en 1971, publicó *The World of Late Antiquity*. En esa obra definió un nuevo período, la Antigüedad tardía, que empieza hacia 200 d. C., llega

hasta el siglo VIII y se caracteriza no por la disolución de medio Imperio romano, sino por un encendido debate religioso y cultural[4]. Según escribió el propio Brown tiempo después, consiguió narrar en ese libro la historia de esos siglos «sin recurrir a la solución del advenimiento de una catástrofe, y sin detenerme un solo momento a rendir pleitesía a esa noción tan extendida de decadencia». La «decadencia» se desterró, y se sustituyó por una «revolución religiosa y cultural» que, iniciada en el bajo imperio, todavía tras él tendría un largo desarrollo[5]. El impacto de este punto de vista ha sido notable, especialmente en Estados Unidos, donde actualmente vive y trabaja Brown. Una reciente *Guía* de la Antigüedad tardía —publicada por Harvard University Press— aconseja «tratar el período entre aproximadamente 250 y 800 como una época histórica diferenciada y bastante decisiva, importante por sí misma», en lugar de considerarlo «la historia del deshilacharse de un glorioso y "superior" estadio previo de civilización»[6]. Eso supone un desafío abierto a la visión convencional del imperio que se derrumba entre cielos que se oscurecen y tinieblas que se ciernen.

Es cierto que la recepción de esta forma de pensar no ha sido uniforme. Una lúgubre «Edad Oscura» post-romana resulta mucho más convincente y atractiva, especialmente para el público lector más amplio. Las novelas históricas de Bernard Cornwell sobre este período son éxitos de ventas internacionales; la contracubierta de *The Winter King* plantea un escenario siniestro pero heroico: «En las Edades Oscuras, un legendario guerrero pugna por unir Gran Bretaña [...]». Arturo (pues de él se trata) es un señor de la guerra curtido en la batalla; vive en una morada de madera, en una Gran Bretaña ruda, sombría e inmersa en una decadencia definitiva[7]. En un momento dado, lo que quedaba de un pavimento

romano de mosaico termina de hacerse añicos, al golpear contra él sus lanzas unos guerreros de la Edad Oscura para secundar las decisiones de sus jefes.

Entre los historiadores, sin embargo, el impacto de la nueva Antigüedad tardía se ha hecho sentir, especialmente en la forma en que ahora se presenta el final del mundo romano. Se ha producido una rotación en el lenguaje empleado para describir la época post-romana. Palabras como «decadencia» y «crisis», que sugieren problemas al final del imperio y que eran habituales en los años 70 del siglo XX, en gran parte han desaparecido del vocabulario de los historiadores y han sido sustituidas por términos neutros como «transición», «cambio» y «transformación»[8]. A modo de ejemplo, un importante proyecto de investigación sobre la época entre los años 300-800 que financiaba la Unión Europea eligió como título «La transformación del mundo romano»[9]. Aquí no hay rastro de «decadencia», «caída» o «crisis», ni de ninguna clase de «final» del mundo romano. «Transformación» sugiere que Roma continuó viviendo, si bien progresivamente fue metamorfoseándose en una forma distinta, pero no necesariamente inferior. Es la imagen de un organismo dinámico que evoluciona para hacer frente a nuevas circunstancias. Algo bien alejado del punto de vista tradicional, según el cual al grandioso dinosaurio romano lo destruye una catástrofe que, sin embargo, deja vivos a unos cuantos mamíferos diminutos de la Edad Oscura que, con los siglos, irán evolucionando muy despacio hasta convertirse en las sofisticadas criaturas del Renacimiento.

LA INTEGRACIÓN DE LOS BÁRBAROS

Siguiendo un camino paralelo, que lleva esencialmente la misma dirección, en las últimas décadas algunos historiadores han cuestionado, de entrada, la premisa de que la disolu-

ción del Imperio romano de Occidente la provocasen invasiones hostiles y violentas. De la misma forma que «transformación» se ha convertido en el eslogan con que referirse al cambio cultural de este período, «integración» es ahora la palabra de moda para explicar cómo los pueblos de fuera del imperio llegaron a vivir dentro de sus fronteras y a hacerse con el poder.

Son demasiado antiguas las certezas que se están desafiando aquí. Según la versión tradicional, Occidente sencillamente fue arrasado por oleadas hostiles de pueblos germanos[10] (figura 2) que atravesaron el Imperio romano, según las muestra un atlas histórico. Es cierto que los efectos a largo plazo de estas invasiones se han presentado de formas muy distintas, en gran medida dependiendo de la nacionalidad y el punto de vista de cada historiador. Para algunos, especialmente en los países latinos de Europa, las invasiones fueron del todo destructivas (figura 3). Según otros, sin embargo, supusieron para un imperio decadente la transfusión de una sangre germana nueva y amante de la libertad, como se desprende, por ejemplo, de estas palabras del filósofo alemán del siglo XVIII Herder: «Una Roma agonizante yace durante siglos en su lecho de muerte [...], un lecho de muerte que se extiende por el mundo entero [...], el cual no podría asistirla sino acelerando su fin. Los bárbaros vinieron con esa misión; gigantes del Norte ante los cuales los romanos débiles se asemejaban a enanos; asolaron Roma, e infundieron nueva vida en una Italia que agonizaba»[11].

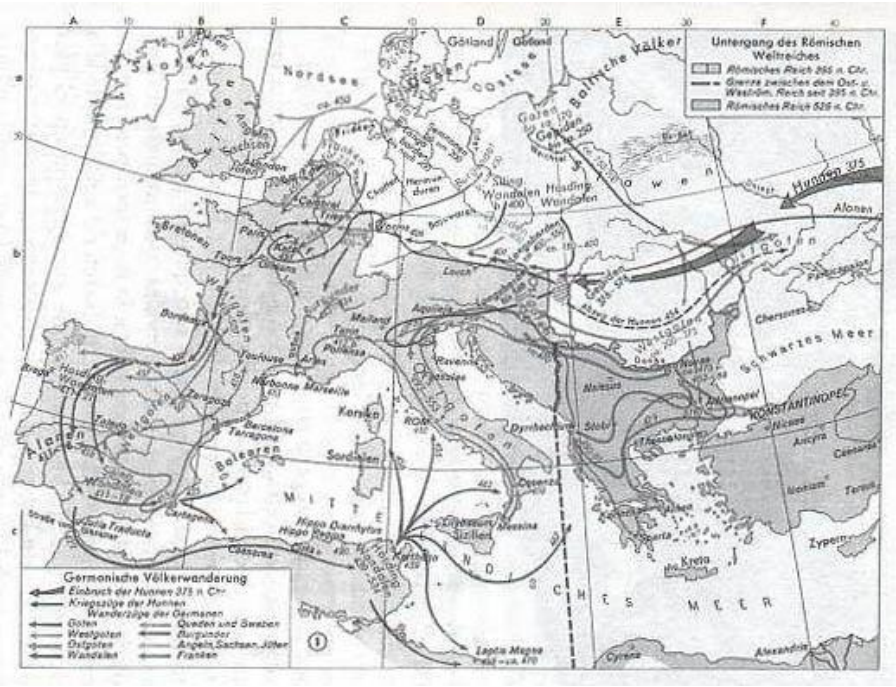


Fig. 2.—Las migraciones de los pueblos germanos (*Germanische Völkerwanderung*) que atravesaron el Imperio romano, según las muestra un atlas histórico.

Fig. 3.—*Atila seguido por sus hordas bárbaras pisotea Italia y las Artes*. Detalle de la pintura de Delacroix (1847) en la Biblioteca de la Asamblea Nacional de París.

Pero, aunque siempre ha habido un vívido debate sobre las consecuencias a largo plazo de las invasiones, hasta hace poco casi nadie había puesto en duda seriamente que la toma del poder por parte de los germanos fuese violenta y traumática[12]. Para algunos, de hecho, un buen baño de sangre resultaba una experiencia decididamente purificadora. En un libro escrito para niños, el historiador inglés del siglo XIX Edward Freeman defendía con firmeza la brutalidad con que sus propios ancestros anglosajones eliminaron a sus rivales romano-bretones, ancestros de los galeses: «Ha resultado a la larga muy positivo que nuestros antepasados matasen o expulsasen de aquel modo a la práctica totalidad de los pueblos que encontraron en el país [...], [pues, de no haber sido así,] no alcanzo a imaginar cómo habríamos podido convertirnos en el pueblo tan grande y libre que hemos sido a lo largo de muchas edades»[13]. Si bien los niños de la Inglaterra victoriana puede que disfrutasen con la prosa de Freeman, no está tan claro qué pensarían de ella en Gales. Como no es de extrañar, la imagen de una invasión germana destructiva y violenta estuvo mucho más viva en la Europa continental durante los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial[14].

Fig. 4.—El bárbaro domado. Dos imágenes de finales del siglo XX de poblados germánicos. En una, un guerrero-rey se ha quitado el yelmo para mostrar que es un hombre de mediada edad y apariencia sabia, casi amable, en vez de un salvaje dominado por la testosterona. En la otra, un escudo se convierte en accesorio de moda.

Pero en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX, a medida que se afirmaba una nueva y pacífica Europa occidental, la opinión sobre los invasores se fue suavizando paulatinamente y se hizo más positiva (figura 4). Títulos de libros como *The Germanic Invasions: The Making of Europe* AD 400-600 (de 1975) no cuestionaban la realidad de las invasiones, pero las presentaban como una fuerza positiva en la configuración de la Europa moderna[15].

Más recientemente, sin embargo, algunos historiadores han ido mucho más lejos, destacando entre ellos el canadiense Walter Goffart, que en 1980 desafió la idea misma de «invasiones» del siglo V[16]. Argumentó que los pueblos germa-

nos fueron los beneficiarios de un cambio que efectuaron los romanos en su política militar. En vez de continuar una pugna sin fin por mantenerlos fuera, decidieron integrarlos en el imperio por medio de un arreglo ingenioso y efectivo. Se concedía a los recién llegados un porcentaje de los impuestos recaudados por el estado romano, y el derecho a establecerse dentro de sus fronteras; ellos, a cambio, cesaban en sus ataques, y empleaban sus energías en sostener el poder romano, del que ahora eran un pilar. Se convirtieron, de hecho, en la fuerza romana de defensa: «El imperio [...] tenía ante sí tareas mejores que empeñarse en el esfuerzo infinito y estéril de excluir a unos extranjeros que podían serle de utilidad»[17].

Goffart era muy consciente de que a veces romanos y germanos estuvieron abiertamente en guerra, pero alegaba que «el siglo v no fue tanto un momento de invasión como de incorporación de bárbaros protectores en el tejido de Occidente». En un golpe de efecto memorable, añadió este argumento: «Lo que llamamos la caída del Imperio de Occidente fue un experimento imaginativo que se fue un poco de las manos»[18]. Roma cayó, pero solo porque voluntariamente había delegado en otros su propio poder, no por haber sido invadida con éxito.

Como la nueva y positiva Antigüedad tardía, la idea de que las invasiones germanas fueron en realidad una integración pacífica no ha tenido una recepción uniforme. El mundo, en general, parece haberse quedado satisfecho con una dramática «caída del Imperio romano», representada como una pugna violenta y brutal entre invasores e invadidos (figura 5). Entre los historiadores, sin embargo, este planteamiento sí que ha tenido consecuencias, especialmente en la forma de presentar los asentamientos germanos. A modo de

ejemplo, un reciente volumen europeo sobre los primeros estados post-romanos se titula *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity* [19]. Aquí no hay alusión a invasión o violencia, ni siquiera a que el Imperio romano se acabara; sí parece sugerirse, en cambio, que los que llegaban se iban adaptando a un mundo romano que no dejaba de evolucionar.

Fig. 5.— La visión tradicional de la caída del imperio: romanos y bárbaros combatiendo.

Para ser justos, el propio Goffart reconoció que su versión de una integración pacífica no es la historia completa: algunos de los germanos que llegaron sencillamente se apoderaban de lo que querían usando la violencia. Al fin y al cabo, ya había advertido con claridad que el tardío experimento romano de comprar apoyo militar «se fue un poco de las manos». Pero estas molestias parecen olvidarse en algunos trabajos recientes que presentan la teoría de la integración pacífica como un modelo al que se ajustan satisfactoriamente

todos los episodios del final del Imperio romano. Hace poco, por ejemplo, dos célebres historiadores americanos afirmaron que los asentamientos de los bárbaros tuvieron lugar «de forma natural, orgánica y, por lo general, pacífica», y polemizan con esos historiadores que todavía «demonizan a los bárbaros y describen sus asentamientos como problemáticos»; en otras palabras: quienes siguen creyendo en una invasión violenta y desagradable[20]. Al estar convencido de que la llegada de los pueblos germanos fue muy desagradable para la población romana, y de que los efectos a largo plazo de la disolución del imperio fueron dramáticos, me veo obligado a enfrentarme a estos puntos de vista.

PRIMERA PARTE

LA CAÍDA DE ROMA

1

LOS HORRORES DE LA GUERRA

En 446, León, obispo de Roma, escribió a sus colegas de la provincia norteafricana de Mauretania Caesariensis. En su carta, León se enfrentaba al problema de cómo debía tratar la Iglesia a unas monjas que habían raptado los vándalos quince años antes, cuando, en su camino hacia Cartago, atravesaron Mauritania: «siervas de Dios que han perdido la integridad de su honor a causa de la opresión de los bárbaros», como afirma con discreción. Propuso una solución que debe entenderse como humanitaria, por más que a un lector moderno le parezca cruel. Convino en que aquellas mujeres no habían pecado de pensamiento, pero decretó que la violación de sus cuerpos las situaba en un nuevo estatus intermedio, por encima de las viudas virtuosas que elegían el celibato solo al final de la vida, pero por debajo de las santas vírgenes de cuerpo intacto. León advirtió a las mujeres violadas que «serán más dignas de alabanza por su humildad y su sentido del pudor si no osan compararse a las vírgenes inmaculadas»[21]. Estas pobres monjas y el obispo León se sorprenderían bastante, y quedarían no poco aturdidas si supieran que ahora está de moda minimizar lo violento y desagradable de las invasiones que acabaron con el Imperio de Occidente.

LA FUERZA BRUTA: SU EMPLEO Y SU AMENAZA

Los invasores germanos del Imperio de Occidente ocuparon o extorsionaron la gran mayoría de los territorios en que

se asentaron amenazando con usar la fuerza y sin ningún acuerdo formal sobre cómo dividirían los recursos con sus nuevos súbditos romanos. La idea que últimamente transmiten algunos historiadores de que la mayor parte del territorio romano se les cedió formalmente en el contexto de tratados amistosos sencillamente es falsa. Dondequiera que disponemos de pruebas más o menos claras, como ocurre en las provincias mediterráneas, la conquista, o la rendición ante la amenaza de usar la fuerza resulta ser la norma, no el asentamiento pacífico.

Se da protagonismo en todas las discusiones últimas sobre la «integración» a un tratado entre el gobierno romano y los visigodos donde se decreta el asentamiento de los últimos en Aquitania en 419. Pero los historiadores que presentan esta ocupación como algo igualmente ventajoso para romanos y visigodos no llevan el relato hasta el final, y callan que el territorio concedido en 419 era insignificante al lado de lo que posteriormente usurparon los visigodos tanto al gobierno como a las autoridades provinciales romanas, ya empleando la fuerza o amenazando con hacerlo. En 419 se acordó un asentamiento en torno al valle del Garona, entre Toulouse y Burdeos. Hacia el final del siglo, los visigodos habían extendido su poder en todas direcciones, conquistando o sometiendo una zona enormemente más amplia: todo el suroeste de la Galia, hasta los Pirineos; la Provenza, incluidas las dos grandes ciudades de Arles y Marsella; Clermont y la Auvergne, y la Península Ibérica casi completa[22] (figura 1). De la respuesta local de Clermont a esta expansión conservamos algún testimonio de la época. La resistencia armada la organizaron el obispo y la aristocracia de la ciudad, y fue vigorosa y efectiva por un tiempo. Clermont se rindió a los visigodos solo por orden del gobierno romano de Italia, que espe-

raba con ello salvar la Provenza y las ciudades de Arles y Marsella, mucho más importantes desde el punto de vista estratégico. Leemos —es verdad que en una fuente muy parcial — que, llegado un punto del asedio, los habitantes de Clermont, atormentados por el hambre, se vieron obligados a comer hierba para no rendirse[23]. Verdaderamente media una gran distancia entre esto y una integración pacífica e inmediata de los visigodos en la vida de la provincia romana de la Galia.

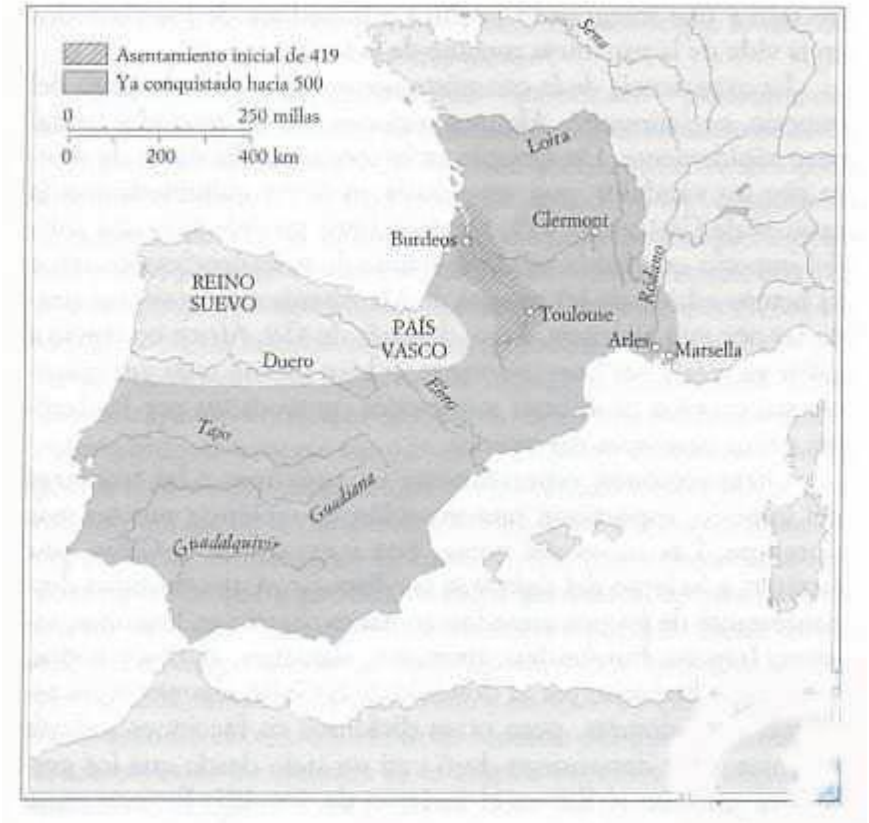


Fig. 1.—El asentamiento original de los visigodos según el tratado de 419 y las áreas que tomaron por la fuerza hacia el final del siglo.

La experiencia de la conquista fue muy variada a lo largo del imperio, por supuesto. Algunas regiones fueron arrasadas brutal pero rápidamente. Un ejemplo es la conquista del

norte de África por los vándalos, que, empezada en 429 y culminada con la captura de Cartago en 439, fue un trauma terrible para una zona del imperio que había salido indemne de turbulencias previas; y ya hemos sabido de las monjas de Mauritania que se vieron atrapadas por esta violencia. Pero, después de 439, África no volvió a sufrir ya más invasiones germanas, si bien fueron cada vez mayores sus propios problemas autóctonos, provocados por las feroces tribus bereberes del interior.

Otras regiones, especialmente las próximas a las fronteras del imperio, soportaron una situación de violencia mucho más duradera. Las zonas del norte, este y centro de la Galia, por ejemplo, a lo largo del siglo v se las disputaron una cantidad desconcertante de grupos armados: romanos, *bacaudae*, bretones, sajones, francos, burgundios, turingios, alamanes, alanos y godos, todos ellos lucharon por el dominio de la Galia, algunas veces estableciendo alianzas, pero otras divididos en facciones todavía menores. Este desasosiego duró casi un siglo desde que los germanos cruzaron el Rin en el invierno de 406-407. En esta parte del mundo romano, cierto grado de paz y estabilidad internas solo se recobraron al final del siglo v, con la fundación de reinos francos y burgundios más amplios. De forma parecida, aunque en un tiempo algo más breve —desde 409 hasta la conquista visigoda en los años 70 del mismo siglo—, contendieron por el control de la península Ibérica romanos, *bacaudae*, alanos, suevos, godos y dos facciones separadas de vándalos. Hidacio, obispo residente en el noroeste de la península, nos transmite en su *Crónica* una versión, aunque sumamente abreviada, desoladora de los saqueos e invasiones recurrentes que necesariamente provocaba esta lucha por el poder. Hidacio asociaba la llegada de los bárbaros a España con las cuatro pla-

gas que profetiza el *Libro de las Revelaciones*, y denunciaba que a las madres se las empujaba incluso a matar, cocinar y comerse a sus propios hijos. Ya en una vena más prosaica, y más digna de crédito, en 460 él mismo fue capturado en su catedral por una banda de suevos que lo retuvieron como prisionero durante tres meses[24].

Incluso las pocas regiones que —parece ser— pasaron a dominio germano de forma más o menos pacífica, todas habían experimentado previamente la invasión y el saqueo. A modo de ejemplo, el territorio de Aquitania que se cedió a los visigodos en el acuerdo de 419 ya había sufrido incursiones y saqueos entre 407 y 409, y en 413 volvió a ser asolado en ciertas zonas, esta vez por los propios visigodos, los futuros habitantes «pacíficos» de la región[25]. Una historia semejante se podría contar de Italia y la ciudad de Roma. A lo largo de los años centrales del siglo v, Italia fue cayendo en manos germanas despacio, paulatinamente, culminando el proceso en 476 con un golpe de mano y breve guerra civil a cuyo término quedó destronado y relegado el último emperador de la parte occidental, y se estableció un reino independiente. Si fuera esta la historia completa del contacto tardoantiguo de Italia con los pueblos germanos, estaríamos, en efecto, ante una transición llamativamente pacífica. Entre 401 y 412, sin embargo, a lo largo de varias ocasiones, los godos habían pisado cada rincón de la península, y en 405-406 otro ejército invasor sacudió el centro y el norte. Muestra del daño enorme que causaron estas incursiones es la amplia exención de impuestos que se vio obligado a conceder el gobierno imperial en 413, un año después de que los godos dejasen la península. Era un momento en que el emperador necesitaba desesperadamente, en vez de menos, más dinero, y no solo para combatir a los invasores, sino también para re-

sistir ante una serie de aspirantes a su trono. Aun así, decretó en 413 que, por un período de cinco años, todas las provincias de Italia central y meridional quedasen exentas de cuatro quintas partes de su carga de impuestos, para que así pudiesen recobrar su bienestar. Parece, además, que el daño infligido por los godos fue duradero. En 418, seis años después de que por fin los godos terminasen de salir de Italia, todavía varias provincias pasaban fatigas para satisfacer incluso esa porción de impuestos sustancialmente reducida, y hubo que concederles, durante más años, una exención mayor[26].

Roma, la ciudad, era un poderoso as que sacar de la manga en las negociaciones con el emperador occidental, por lo que fue asediada recurrentemente por los godos, quienes acabaron por tomarla y someterla a pillaje durante tres días del mes de agosto de 410. Durante un asedio —dicen—, los habitantes poco a poco se fueron viendo obligados «a reducir su ración, y comer solo la mitad de lo que hasta entonces había sido la cantidad diaria, y más tarde, al no cejar la escasez, un tercio nada más». «No es de extrañar que, cuando no quedaba ya alivio alguno y los víveres se habían consumido, siguiesen a la hambruna epidemias. Había cadáveres por todas partes [...]». Otras versiones refieren que la caída definitiva de la ciudad la produjo una adinerada dama que «tenía lástima de los romanos, que se morían de inanición y andaban ya por la senda del canibalismo», por lo que abrió las puertas al enemigo[27].

La marcha en 412 de los godos a la Galia no supuso el fin de las desgracias en Roma e Italia. En 439, los vándalos capturaron el puerto y la flota de Cartago, en la costa norteafricana que mira a Sicilia, y esto fue el comienzo de un período de piratería y conquista en el Mediterráneo. Especialmente

malparada salió Sicilia, desconocedora de tales desórdenes hasta ese día; pero el pillaje de los vándalos también alcanzó muchos otros sitios. En 455, una flota vándala tomó la propia Roma y, transcurridos catorce días, la sometió a un segundo saqueo, mucho más sistemático, tras lo cual regresó a Cartago, cargados sus barcos de botín y cautivos. Estaban entre los prisioneros la viuda y las dos hijas del antiguo emperador de Occidente, Valentiniano III. Estas mujeres, al ser de gran valor, sin duda fueron tratadas con cura, pero otros cautivos sí debieron de tener una experiencia dura: según cuentan, el entonces obispo de Cartago vendió sus ropas litúrgicas para comprar prisioneros y evitar así que, vendidos como esclavos maridos, mujeres y niños por separado, las familias se rompiesen[28].

LA VIDA ENTRE INVASIONES

Una gráfica versión de lo que significaba vivir bajo ataques recurrentes nos la ofrece el texto, muy digno de atención, de la *Vida* de un santo del siglo v. Severino nació en Oriente, pero eligió para ejercer su ministerio un lugar fronterizo de Occidente, Noricum Ripense, en la vega meridional del Danubio, donde se sitúan hoy las modernas Austria y Baviera (figura 2). Llegó a Noricum poco después de 453, y allí permaneció hasta que, transcurridos casi treinta años, murió. Como los relatos de las vidas de otros santos, el de la de Severino no contiene un registro coherente y pormenorizado de acontecimientos militares y políticos sucedidos durante su vida; se trata, más bien, de un retablo de escenas varias organizadas según el eje de sus milagros. Sin embargo, al encontrarse la población donde presta servicio Severino en una provincia víctima de ataques, la *Vida* ofrece colateralmente bastantes detalles sobre la relación entre los habitantes de la provincia romana y los germanos invasores. A eso se añade

la circunstancia afortunada de estar dotado de talento narrativo Eugipio, autor de esta *Vida*, quien compartió muchas de las experiencias de Severino en Noricum[29].

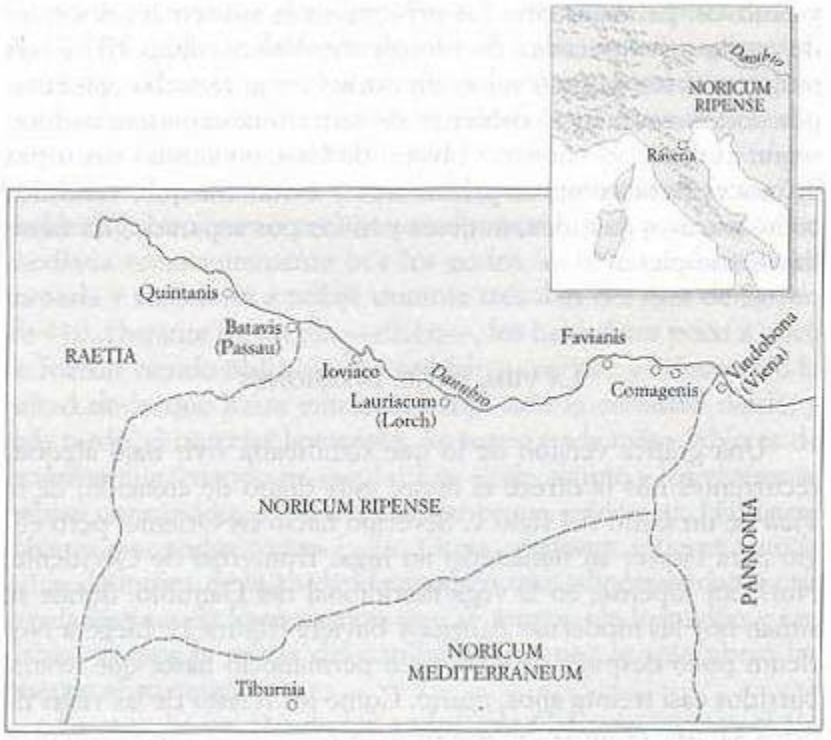


Fig. 2.—El alto Danubio en tiempos de Severino de Noricum.

Cuando llegó Severino, Noricum había ya sufrido casi cincuenta años de inseguridad y acciones bélicas, incluida una breve revuelta contra el poder imperial que protagonizaron los propios noricenses[30]. Esto equivale a decir que durante esas décadas había desaparecido ya la administración romana y cualquier dominio efectivo de la corte imperial de Italia sobre la provincia. En toda la *Vida* no se menciona ningún gobernador romano de Noricum, ni comandante militar imperial alguno, y las provincias vecinas de Retia y Panonia parecen haber caído casi ya por completo en manos germanas. De hecho, Eugipio describe las defensas romanas del

Danubio como cosa del pasado: «Mientras el Imperio romano existía, las tropas acantonadas en muchas ciudades se mantenían a expensas públicas. Cuando esta práctica cayó en desuso, tanto las tropas como la frontera desaparecieron». Y continúa con un relato muy evocador de cómo acabó por desaparecer el último vestigio de poder militar romano en la zona. Parece que en la época de Severino, a pesar del colapso general del sistema defensivo romano, todavía funcionaba una guarnición imperial, la de la ciudad de Batavis. Pero la única forma que tenían los soldados de recibir su paga era enviar hacia el Sur algunos efectivos que, cruzando los Alpes, llegasen a Italia a recogerla. La última de las veces que esto ocurrió, los enviados «fueron asesinados por los bárbaros durante el viaje»; sus cuerpos aparecieron flotando a la orilla del río. Ninguna soldada imperial llegó ya nunca a Batavis[31].

Da la impresión de que en tiempos de Severino la defensa de la zona dependía no de la organización imperial, ni siquiera de una estrategia común al conjunto de la provincia, sino de iniciativas de ciudades individuales. Además, el control local no parece que se extendiera mucho más allá de las posiciones fortificadas; en el mismo corazón de la provincia estaban activos pueblos germanos que saqueaban o luchaban —sobre todo los *rugi* y los ala-manes, pero también los turingios, los ostrogodos y los hérulos—, y la *Vida* registra varios casos de personas muertas o capturadas en los campos de Noricum. A dos hombres, por ejemplo, los atraparon a plena luz del día, a menos de tres kilómetros de la ciudad de Favianis, cuando dejaron la protección de las murallas para recoger la cosecha[32].

Durante los años que pasó en Noricum, Severino supo ayudar a los habitantes de la provincia de varias maneras en

sus negociaciones con los invasores. En una ocasión, la ciudad de Lauriacum se salvó de un ataque sorpresa gracias a su milagrosa predicción del futuro, pero en la mayoría de casos parece que su ayuda fue más mundana. Concretamente, llegó a ganarse el respeto de reyes sucesivos de *rugi* y alamanes, a pesar de ser los últimos todavía paganos, y medió con ellos en nombre de sus feligreses. Una vez que un rey alamán fue a Batavis a visitar a Severino, este obtuvo, negociando, la liberación de unos setenta cautivos[33]. Sin embargo, la *Vida* deja claro que, a lo largo del tiempo que Severino vivió entre ellos, el poder y la independencia que aún conservasen los noricenses fue descendiendo gradualmente. La ciudad de Tiburnia eludió la captura comprando a sus sitiadores, mientras que Asturis, Joviaco y Batavis sucumbieron al asalto. Joviaco —se nos dice— la tomaron los hérulos, quienes «atacaron por sorpresa, saquearon la ciudad y enviaron a muchos al cautiverio, y colgaron a un cura que había sido lo bastante necio para ignorar el consejo de Severino de abandonar la ciudad; también en Batavis murieron o fueron esclavizados quienes, ignorando santos consejos semejantes, todavía estaban en la ciudad cuando cayó ante los turingios»[34].

Los habitantes de Quintanis dejaron su ciudad cuando el peligro era inminente, y fueron a Batavis, para trasladarse luego a Lauriacum junto a gran parte de los habitantes de Batavis. Severino ayudó a los habitantes de Lauriacum, el último enclave independiente de Noricum, a negociar su rendición al rey de los *rugi*, quien los redistribuyó entre ciudades que ya le pagaban tributo[35]. Incluso antes de la muerte del santo, ocurrida hacia 482, ya todo Noricum Ripense estaba en manos germanas.

A pesar de estos lamentables sucesos, había cierto margen para la negociación y la coexistencia pacífica. Ya hemos visto a Severino negociando, con mayor o menor éxito, con caudillos de *rugi* y alamanes. Según Eugipio, que naturalmente intenta dar a su relato el máximo lustre posible, los habitantes de Lauriacum, tras rendirse con ayuda de Severino, abandonaron su ciudad y, «una vez los situaron pacíficamente en otros enclaves, vivieron en términos amistosos con los *rugi*»[36]. Hasta sin la ayuda de un santo las ciudades conseguían alcanzar acuerdos con los invasores: antes de la llegada de Severino, ya la ciudad de Comagenis había llegado a un trato con un grupo de bárbaros, que dotó a la ciudad de una guarnición. A primera vista parece una integración que beneficia a las dos partes: los soldados germanos, limitándose a ocupar el puesto que el ejército romano había dejado, protegían Comagenis. Sin embargo, en vista de que los habitantes de esta ciudad pidieron a Severino un milagro que los liberase de esa guarnición, está claro qué clase de «protección» se les estaba dando[37]. Esta integración ocurría en un contexto de violencia, entre partes que mantenían una relación de poder desigual y tensa.

La *Vida de Severino* deja claro que el proceso de invasión fue muy desagradable para las personas que hubieron de vivirlo, aunque especificar exactamente en qué grado resulta difícil, en parte porque los intervalos de paz no los tenemos registrados, y en parte porque cuantificar el horror siempre resultará imposible, por muy vívidamente que se describa. Este problema se agudiza en otras regiones del imperio de las que no tenemos buenos testimonios escritos sobre el siglo v. A menudo, lo mejor de que disponemos son entradas de crónicas casi completamente despojadas de detalles. El siguiente extracto, que pertenece a la Crónica de Hidacio y re-

fiere los acontecimientos ocurridos en la península Ibérica durante 459, da una idea del tipo de datos con que contamos. Y nótese que estamos ante una crónica completa y detallada, comparada con la mayoría:

> Teodorico [rey de los visigodos] envía a la Bética un cuerpo de su ejército con Sunierico al mando; a Cirila lo llaman de vuelta a la Galia. Sin embargo, los suevos comandados por Maldras someten a pillaje algunas partes de Lusitania; otros, mandados por Regimundo, partes de Gallaecia.
>
> En su camino hacia la Bética, los hérulos atacan con gran crueldad varios enclaves costeros a lo largo del distrito de Lucus.
>
> Maldras [el suevo] mató a su hermano, y el mismo enemigo ataca el fuerte de Portus Cale.
>
> La muerte de algunos nobles desata entre los suevos y los habitantes de Gallaecia una feroz hostilidad[38].

Esto lo escribió un hombre que era, en muchos casos, parte implicada de lo que narra, pero de tan lacónico relato no está claro qué debe deducirse, aparte de que en primer plano se está desarrollando una desagradable actividad militar. ¿Qué ocurrió exactamente cuando se desató entre los suevos y los habitantes de Gallaecia una «feroz hostilidad»?

A menudo, si queremos más detalles, dependemos de panfletos moralizantes, escritos con un claro objetivo prefijado, en los que se modela el cariz de las atrocidades en función de la tesis general. Algunas veces tenemos razones poderosas para sospechar que sus autores han minimizado el horror de los acontecimientos. Por ejemplo Orosio, apologista cristiano, que escribió entre 417 y 418 su *Historia contra los paganos*, se impuso la tarea poco envidiable de demostrar que, a pesar de los desastres de principios del siglo v, en realidad el pasado pagano había sido peor que el turbulento presente cristiano. Al describir el saqueo infligido por los godos a Roma en 410, Orosio no negó por completo su lado desagradable (que él atribuía a la cólera de Dios contra los pecadores

que habitaban Roma), pero dedicó gran espacio al respeto hacia los altares y santos cristianos de la ciudad que mostraron los godos, y afirmó que los acontecimientos de 410 no fueron tan malos como dos desastres ocurridos en tiempos paganos: el saqueo de Roma por los galos en 390 a. C. y el incendio y despojo de la ciudad bajo el reinado de Nerón[39].

Muchos años después, a mediados del siglo VI, también el historiador y apologista de los godos Jordanes se enfrentó a la cuestión del saqueo godo de Roma, un acontecimiento que, evidentemente, dificultaba la poco plausible idea central de su trabajo: que los godos y los romanos eran aliados y amigos por naturaleza. La solución de Jordanes, aunque no muy satisfactoria, fue tratar el saqueo rápidamente, pintándolo lo mejor que pudo con ayuda de Orosio: «Cuando entraron al fin [los godos] en Roma, siguiendo órdenes de Alarico se limitaron a saquearla, y no la incendiaron, como suelen hacer los pueblos bárbaros; y no permitieron que casi ningún daño fuese infligido a los altares de los santos. [Entonces] se marcharon de Roma [...]». Este relato tan breve (solo dos líneas de latín impreso) se puede comparar con las 171 líneas que Jordanes dedicó a la alianza de godos y romanos que derrotó a Atila y los hunos en 451[40].

Son, sin embargo, raras estas descripciones edulcoradas de las atrocidades; con mucha mayor frecuencia encontramos, en el relato de sucesos violentos, pasajes destacados con demasiada obviedad. Aquí tenemos, por ejemplo, al historiador británico del siglo VI Gildas describiendo las consecuencias del levantamiento y las invasiones de los anglosajones: «Todas las poblaciones principales fueron abatidas por el continuo golpear de los arietes enemigos; abatidos fueron, también, todos los habitantes: obispos, sacerdotes y pueblo llano indistintamente, refulgiendo la espada en derredor y crepi-

tando las llamas [...]. No había sepultura en que fueran recibidos, sino en las ruinas de las casas o en el vientre de las bestias y los pájaros [...]». Y aquí Víctor de Vita, cronista de la intolerancia religiosa de los vándalos, nos cuenta con todo detalle los horrores que tuvieron lugar tras cruzar hacia África el estrecho de Gibraltar los vándalos en 429: «En su bárbaro frenesí llegaban a arrebatar a los niños de los pechos de sus madres y estrellar a las inocentes criaturas contra el suelo. A otros los colgaban boca abajo por los pies y los cortaban en dos [...]»[41].

Tanto Gildas como Víctor de Vita escribieron transcurrido cierto tiempo ya de los acontecimientos que describían, pero también es posible encontrar en los escritos de contemporáneos descripciones apocalípticas de la violencia de la invasión. El relato del paso de los vándalos que nos ofrece Posidio, que vivió esos acontecimientos, no se diferencia mucho en su tono del que usa, por ejemplo, Víctor de Vita: «Por doquier en las regiones de Mauritania [...] dieron [los vándalos] rienda suelta a su furia cometiendo toda clase de atrocidad y crueldad, devastando cuanto les era posible ya saqueando, asesinando, torturando de maneras varias, incendiando y perpetrando otras viles acciones indescriptibles. No respetaban sexo o edad, ni siquiera a sacerdotes y ministros de Dios [...]».

Es, de hecho, en un poema contemporáneo a estos sucesos donde encontramos descrita con colores más vivos la invasión de la Galia en 407-409:

> Algunos yacían pasto de los perros; de muchos un tejado en llamas
> acogía el alma y quemaba el cadáver.
> En pueblos y haciendas, en el campo y el mercado,
> en toda región, en todo camino, aquí y allá,
> había Muerte, Miseria, Destrucción, Incendio y Duelo.

Toda la Galia humeaba en una sola pira funeraria[42].

Naturalmente, estas descripciones son exageradas por su carácter retórico: en Britania no todo el mundo recibió sepultura en las ruinas de una casa quemada o en el vientre de una bestia; no humeaba toda la Galia en una sola pira funeraria, por eficaz que sea la imagen, y el relato de Víctor de Vita de los desalmados asesinos de bebés es sin duda un intento de atribuir a los vándalos el papel de «nuevos Herodes». Pero relatos así no surgen de la nada. La experiencia de todas las guerras es que los ejércitos, a no ser que estén sujetos a una disciplina muy estrecha, cometen atrocidades, y nadie dirá que los ejércitos germanos estaban bajo un control estricto. Quizá sea la verdad que la experiencia de la invasión fue terrible, aunque no tanto como la experiencia de poblaciones civiles en algunos conflictos medievales y modernos donde las diferencias ideológicas provocaron brutalidades sistemáticas y a sangre fría, más allá de los horrores de la guerra «normales». Afortunadamente para los romanos, los pueblos germanos invasores no los despreciaban, y habían entrado en el imperio con la esperanza de disfrutar del bienestar material romano —igual de cierto es que, sin embargo, los invasores no eran ángeles a quienes han calumniado (o «descrito como problemáticos», para usar la jerga moderna) injustamente observadores romanos cargados de prejuicios.

Verdaderamente escasas son las veces que podemos confirmar la veracidad de los relatos literarios por habérsenos transmitidos algún documento más prosaico sobre las consecuencias dolorosas de un episodio determinado. Ya vimos la carta de León a los obispos de Mauritania sobre los efectos del rapto de los vándalos, donde queda claro que esos relatos tan gráficos que ofrecen de la brutalidad vándala Víctor de

Vita y Posidio no son del todo inventados. En 458, León tuvo que escribir una carta parecida al obispo de Aquileia, ciudad del norte de Italia, que había sido tomada y saqueada seis años antes por los hunos de Atila, acontecimiento al que escritores posteriores atribuyeron la culpa de la ruina de la ciudad[43]. A falta de pruebas arqueológicas consistentes, hoy resulta imposible decir cuán destructivo fue realmente ese saqueo, pero la carta de León es una ventana con vistas privilegiadas a una parte de la desgracia humana que causó. Igual que con las monjas de Mauritania, se requirió la opinión de León ante un dilema moral. En 452, los hunos enviaron a muchos hombres a la esclavitud; algunos de ellos consiguieron recobrar la libertad y ahora estaban de vuelta en casa. Desgraciadamente, en algunos casos volvieron para descubrir que sus mujeres, perdida ya la esperanza de volver a verlos, se habían vuelto a casar. León, naturalmente, ordenó que aquellas mujeres dejasen a sus segundos maridos. Pero dispuso que, considerando las circunstancias, no se hiciese reproche ni a las esposas bígamas ni a los segundos maridos, siempre que de buen grado volviesen a la situación anterior. No nos informa sobre qué ocurrió con los hijos de estas segundas uniones[44].

¿LOS BÁRBAROS, RESENTIDOS?

Quizá sea erróneo asumir que los invasores estaban libres de todo odio, que simplemente eran gente turbulenta. Los romanos exhibían un desprecio tradicional hacia los «bárbaros», y a pesar de contactos crecientes y cada vez más cercanos a lo largo del siglo V y la última parte del IV (incluidas alianzas matrimoniales entre la familia imperial y casas reales germanas), durante mucho tiempo pervivieron algunas actitudes romanas muy ofensivas. Es fácil encontrar en la literatura latina de la época la idea de que los bárbaros eran

una gente bruta que no merecía ser tenida en cuenta, o hasta que el único bárbaro bueno era el bárbaro muerto[45]. En 393, el aristócrata romano Símaco llevó a Roma un grupo de prisioneros sajones con intención de que se matasen entre sí públicamente, en unos juegos gladiatorios que iba a celebrar en honor de su hijo. Sin embargo, antes de que los exhibieran, veintinueve de ellos se suicidaron del único modo que tenían a su disposición: estrangulándose unos a otros con sus propias manos. Para nosotros, su terrible muerte supone un valiente acto de desafío. Pero Símaco entendió su suicidio como la obra de un «grupo de hombres más viles que Espartaco» que había sido enviado para ponerlo a prueba. Haciendo gala de esa autosuficiencia de la que solo era capaz un aristócrata romano, comparó su propia forma filosófica de reaccionar ante el suceso con la calma que exhibía Sócrates ante la adversidad[46].

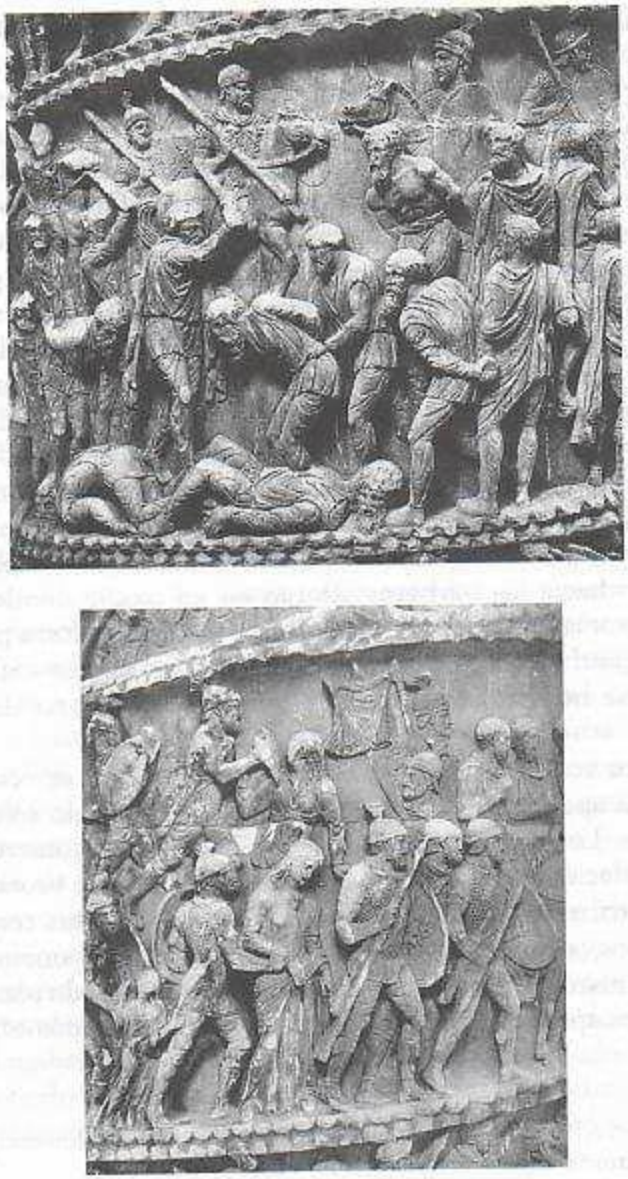


Fig. 3.—La manera correcta de tratar a los bárbaros hostiles, tal y como muestra la columna de Marco Aurelio en Roma, de finales del siglo II. Arriba, los prisioneros son decapitados por sus compañeros presos, aparentemente obligados a ello. Abajo, una mujer y un niño marchan esclavizados mientras, en un segundo plano, otra cautiva es apuñalada en el pecho por un soldado romano.

Ese mismo año 393, miles de godos murieron en el norte de Italia, combatiendo en la batalla del río Frigidus por el emperador Teodosio, que pudo así vencer sobre el usurpador

Eugenio. A principios del siglo V, el apologista cristiano Orosio no encontró ningún problema en celebrar esto como un doble triunfo de Teodosio; no solo sobre Eugenio, sino también sobre sus propios soldados godos: «Haberlos perdido fue sin duda ventajoso, y su derrota una victoria». Algo después, hacia 440, el moralista Salviano elogió a los bárbaros por mostrarse en su comportamiento mejor que los romanos. A primera vista, esto parece indicar un cambio drástico en las actitudes romanas. Pero el elogio de Salviano pretendía sumir a sus compatriotas romanos en el arrepentimiento: «Sé que para los más resultará intolerable oírme que somos peores que los bárbaros». Los verdaderos sentimientos de Salviano hacia los bárbaros afloran en un pasaje donde habla de unos romanos que se fueron obligados a unirse a ellos; a pesar de no compartir ni sus creencias religiosas, ni su idioma «ni, desde luego, ese hedor que los cuerpos y las ropas bárbaras desprenden»[47].

Estos sentimientos hostiles y de desprecio no se ocultaban bajo una apariencia de imperturbabilidad, aflorando solo entre romanos. Los monumentos del imperio aparecían cubiertos con representaciones de bárbaros recibiendo una muerte brutal (figura 3). (Arriba, los prisioneros son decapitados por sus compañeros presos, aparentemente obligados a ello. Abajo, una mujer y un niño marchan esclavizados mientras en un segundo plano otra cautiva es apuñalada en el pecho por un soldado romano), y uno de los diseños más comunes de las monedas de cobre del siglo IV muestra lo que para Roma constituía el orden correcto de las cosas: un bárbaro al que alancea hasta la muerte un soldado romano victorioso (figura 4). Los invasores debieron de ser perfectamente conscientes de estos sentimientos que les guardaban los romanos, y no parece probable que no les afectasen de algún modo. Se

nos cuenta, de hecho, que Atila, al ver en Milán una pintura de emperadores romanos entronados con hunos muertos a sus pies, se hizo pintar una escena nueva y más acorde con la realidad, es decir, él mismo «en un trono y el emperador romano, con unos pesados sacos sobre sus hombros, esparciendo oro ante sus pies»[48]

Fig. 4.— «El regreso de los buenos tiempos» (*Fel. Temp. Reparatio*), como se imaginaba en una moneda del siglo IV: un soldado romano alancea a un pequeño jinete bárbaro.

En las pocas ocasiones que los romanos del imperio tardío derrotaron en el campo de batalla a una fuerza invasora, la trataron, como habían hecho siempre, de forma despótica y sumaria, tomando medidas para que nunca volviese a funcionar como un cuerpo independiente. En 406, una fuerza germana invasora fue cercada y derrotada en Fiesole, cerca de Florencia. Integraron en el ejército romano a algunas de las tropas que se rindieron, pero al comandante lo ejecutaron inmediatamente, y a muchos de sus seguidores los vendieron como esclavos. Una fuente sin duda deseosa de acentuar la magnitud de la victoria romana refiere que «el número de

cautivos godos era tal, que por una simple moneda de oro se vendían cuadrillas enteras de hombres, como si del ganado más barato se tratase»[49].

Algunas veces, los ejércitos germanos tenían motivos inmediatos para su resentimiento. En 408, Estilicón, general al servicio de Roma nacido de madre romana y padre vándalo, fue depuesto y asesinado. Estilicón era un guerrero competente que se había ganado la confianza del emperador Teodosio (379-395), casándose con su sobrina Serena y alcanzando una posición de primer orden en la esfera romana de poder. Llegó a ser quien realmente dirigía Occidente en nombre del hijo de Teodosio, el joven emperador Honorio (que se casó con la hija de Estilicón); obtuvo el consulado (la magistratura más prestigiosa del imperio) en dos ocasiones, y recibió del Senado romano el honor extraordinario de una estatua de plata dorada en el foro. La vida y la carrera de Estilicón muestra que el estado romano no tenía problemas en valerse de hombres de ascendencia «bárbara», y otorgarles honores; pero sucesos como su muerte delatan que sus orígenes no se habían olvidado, y que las relaciones entre romanos y soldadesca germana no eran del todo realistas y claras.

Cuando se divulgó la noticia de la muerte de Estilicón, en las ciudades del norte de Italia se desató un pogromo asesino contra las indefensas esposas e hijos de los soldados germanos que servían en el ejército romano. No es de extrañar que, al enterarse esta atrocidad, los maridos inmediatamente desertasen del ejército romano y se uniesen a los godos invasores. Más avanzado el mismo año, cuando instalaron los godos su campamento junto a Roma, se unieron a sus filas más hombres con razones para no querer a los romanos, un grupo de esclavos que habían huido de la ciudad[50]. Muchos de estos esclavos, y la mayoría de los soldados que perdieron a

sus familias en 408, probablemente seguían en el ejército godo cuando acabó por entrar en Roma en agosto de 410. El saqueo de la ciudad que siguió no debió de ser un asunto del todo grato.

LA REACCIÓN ROMANA A LA INVASIÓN

Como es lógico, las derrotas y desastres de la primera mitad del siglo v conmovieron el mundo romano. Como mejor se puede sopesar esta reacción es a través de la respuesta perpleja de escritores cristianos a algunas preguntas evidentes y embarazosas. ¿Por qué había infligido Dios a un imperio cristiano el azote de los bárbaros estando tan reciente la supresión de los cultos paganos públicos (en 391)? El abanico de respuestas literarias a estas difíciles preguntas, las trágicas realidades que se escondían tras ellas y lo ingenioso de algunas de las réplicas que se originaron, todo ello merece un análisis minucioso. Muestra con claridad que el siglo v fue época, más que de integración y asimilación pacífica, de auténtica crisis[51].

La toma de la misma ciudad de Roma en 410 fue un drama temprano de Occidente que provocó las mayores olas de desconcierto en el mundo romano. En términos militares y de pérdida de recursos, este suceso tuvo poca repercusión, y desde luego no implicaba el fin inmediato del poder romano occidental. Pero Roma, aunque los emperadores la habían visitado poco durante el siglo iv, seguía siendo en los corazones y las mentes de los romanos *la* ciudad: todos los hombres libres del imperio eran sus ciudadanos. En ocho siglos, desde que la saqueasen los galos en 390 a. C., Roma no había sido tomada por los bárbaros; y en aquella ocasión, los dioses paganos y el graznido de ciertas aves sagradas evitaron que cayese ante un ataque sorpresa el último bastión de la ciudad, el Capitolio.

La respuesta inicial a las noticias de la caída de Roma fue de aturdimiento. Da fe de ello Jerónimo, que en aquel tiempo vivía en Palestina y registró su reacción en el prefacio a sus comentarios al libro de Ezequiel. Jerónimo, como es comprensible, veía la Ciudad como la cabeza del cuerpo político romano, y su primera respuesta fue esperar que el imperio muriese con ella:

> La más brillante luz del orbe entero se ha extinguido; le ha cortado, de hecho, la cabeza al Imperio romano. Por decirlo claramente, el mundo entero ha muerto con una Ciudad.
>
> ¿Quién habría pensado que Roma, que se edificó sobre victorias sobre el mundo entero, iba a caer de forma que se convirtiera a la vez en madre y tumba de todos los pueblos?[52].

La caída de Roma, sin embargo, no supuso el final del imperio (de hecho, su impacto en provincias orientales como Palestina fue mínimo). Así que, a largo plazo, la respuesta cristiana a este desastre tuvo que ser más sutil y sostenible que el desconcierto inicial de Jerónimo, especialmente porque, como no es de extrañar, ahora los paganos atribuían el fracaso romano al abandono por parte del estado de los dioses tradicionales del imperio, que durante siglos habían traído tanta seguridad y éxito. La respuesta más sofisticada, radical e influyente a este problema la ofreció Agustín, que en 413 (inicialmente como reacción directa ante el saqueo de Roma) empezó su monumental *Ciudad de Dios*[53]. En ella consiguió dejar al margen el problema del fracaso de un imperio cristiano argumentando que los asuntos humanos son por definición defectuosos, y que un verdadero cristiano no es ciudadano sino del Cielo. Abandonando siglos de orgullo romano por un estado ordenado según planes divinos (incluido el orgullo cristiano durante el siglo IV), Agustín argumentó que, desde la perspectiva más amplia de la Eternidad,

un suceso menor como el saqueo de Roma se ahogaba en su insignificancia.

Ni de lejos se acercó a la profundidad y la sofisticación de la solución de Agustín ningún otro autor, pero sí se enfrentaron muchos al problema. Como Agustín, en su *Historia contra los paganos* el sacerdote hispano Orosio se ocupó de refutar en particular la tesis pagana de que la decadencia de la ciudad la había causado el cristianismo. Su solución, sin embargo, era muy distinta, pues escribió en un breve período de renovado optimismo, al final de la segunda década del siglo v. Orosio esperaba con ansia la llegada de tiempos mejores, en la idea de que algunos de los mismos invasores iban a ser quienes restaurasen la posición y el renombre de Roma. En un juego literario más bien monótono de golpe por golpe, opuso a cada desastre de tiempos cristianos una catástrofe todavía peor del pasado pagano (véanse págs. 41 y 42)[54].

El optimismo de Orosio en seguida se mostró infundado, y los apologistas cristianos por lo general tuvieron que bregar en un terreno pantanoso, partiendo de la premisa de que los asuntos seculares eran por definición desesperados. Muchos recurrieron a lo que pronto se convirtió en una cantinela cristiana ante el desastre. El autor del *Poema sobre la Providencia de Dios*, compuesto en la Galia hacia 416, exhortaba a los cristianos a considerar si esas turbulencias no las habían propiciado sus propios pecados, y los animaba a comprender que la felicidad y los tesoros terrenales no son sino polvo y cenizas, nada si se los compara a las recompensas que nos esperan en el Cielo (versos 903 -909):

> Este hombre gime por su plata y oro perdidos,
> a otro lo atormenta pensar en sus bienes robados
> y en sus joyas ahora repartidas entre novias godas.
> Este hombre llora por su ganado robado, su casa incendiada y su vino bebido, y por sus desdichados hijos y sus siervos malha-

dados.

Pero el hombre sabio, el siervo de Cristo, nada de esto pierde,
pues lo desprecia; él ya tiene guardado su tesoro en el Cielo[55].

El poema es una evocación tan poderosa del pillaje y la destrucción, que uno se pregunta si a alguien le serviría de consuelo.

En una vena parecida, y también en la Galia de principios del siglo v, Oriencio de Auch se enfrentó al hecho de que estuviesen sufriendo muertes inmerecidas y violentas buenos cristianos y cristianas. No sin razón, reprendía a la mente humana por encaminar mercedes de Dios tales como el fuego y el hierro hacia fines bélicos y destructivos, y recordaba jovial a sus lectores que de todas formas tenemos todos que morir, y que poco importa si nos llega el fin de forma súbita y violenta, o si se nos mete en el cuerpo sin que lo advirtamos:

Cada hora nos arrastra un poco más hacia la muerte:
a la vez que estamos hablando, vamos muriendo poco a poco[56].

Algo después, a finales de los años 40 del siglo v, Salviano, un sacerdote de la región de Marsella, formuló estas complicadas y esenciales cuestiones: «¿Por qué ha permitido Dios que nos volvamos más débiles y desdichados que todos los pueblos tribales? ¿Por qué ha permitido que nos derroten los bárbaros, y que nos gobiernen nuestros enemigos?». La solución de Salviano fue atribuir los desastres de su época a la perversidad de sus contemporáneos, que habían provocado un castigo divino sobre sus propias cabezas. En este sentido, pisaba un terreno que el Antiguo Testamento había asentado muy firmemente, al explicar la suerte fluctuante de los Hijos de Israel. Salviano, sin embargo, dio a esta interpretación tradicional una vuelta más, interesante pero no del todo con-

vincente. En vez de pintar a los bárbaros como instrumentos ciegos de Dios, plagas sin rostro como los asirios o los filisteos de antaño, sostenía que su éxito lo debían también a su propia virtud: «Nos agrada el comportamiento inmodesto; los godos lo detestan. Evitamos la pureza; ellos la aman. Fornicar, ellos lo consideran un crimen y un peligro; nosotros, cosa honorable»[57]. Se trata de un intento ingenioso de presentar la caída de Occidente como doblemente justa: los perversos (romanos) reciben su castigo, y los virtuosos (invasores germanos) su premio.

A mediados del siglo v, los autores de Occidente daban por hecho que los asuntos romanos se encontraban en un estado crítico. Esto expresó Salviano, si bien en el contexto artificioso de una llamada al arrepentimiento:

> ¿Dónde están ahora la opulencia y la dignidad antiguas de los romanos? Los romanos de antaño eran más poderosos; nosotros, los de ahora, estamos sin fuerza. A ellos los temían; ahora somos nosotros los llenos de temor. Los pueblos bárbaros les pagaban tributo; ahora nosotros somos tributarios de los bárbaros. Nuestros enemigos nos hacen pagar incluso por la luz del día, y debemos comprar el derecho a vivir. ¡Ay, qué miserias soportamos! ¡Hasta qué estado hemos caído! ¡Hasta tenemos que dar gracias a los bárbaros por el derecho a pagarles nuestro propio rescate! ¡Cosa humillante y miserable cual ninguna otra!

Algunos años después, el llamado «Cronista de 452» resumió la situación de la Galia en unos términos muy similares, deplorando tanto la expansión de los bárbaros como la de la clase de cristianismo herético a la que se adherían: «Estos trastornos han puesto al estado romano en una situación lamentable, pues ni una provincia hay donde no se hayan establecido bárbaros, y por todo el orbe el nombre de la Iglesia católica se ve desplazado por los arrianos, que tan fuertemente han calado entre los pueblos bárbaros»[58].

Con razón se ha observado que no causó prácticamente ninguna agitación el derrocamiento en 476 del último empe-

rador residente en Italia, Rómulo Augústulo: el gran historiador de la Antigüedad Momigliano lo llamó la «caída silenciosa de un imperio»[59]. Pero el motivo principal de que este suceso pasase casi inadvertido fue la conciencia que tenían los contemporáneos de que el imperio occidental, y con él el poder romano autónomo, en realidad habían desaparecido ya, y no quedaba de ellos sino el nombre. Jerónimo, cuando escribió el epitafio de la ciudad en 410, lo hizo sin duda prematuramente, pero no parece razonable cuestionar el cuadro lóbrego que de los años 40 y 50 del siglo v nos pintan Salviano y el «Cronista». Estos hombres tenían muy presentes los desastres que pesaban sobre Occidente y el espejismo moderno de un siglo v pacífico y de integración los habría dejado atónitos.

2

EL CAMINO HACIA LA DERROTA

Für den Niedergang des Römerreiches sind bisher die folgenden 210 im Register nachgewiesenen Faktoren herangezogen worden:

Aberglaube, Absolutismus, Ackersklaverei, Agrarfrage, Akedia, Anarchie, Antigermanismus, Apathie, Arbeitskräftemangel, Arbeitsteilung, Aristokratie, Askese, Ausbeutung, negative Auslese, Ausrottung der Besten, Autoritätsverlust, Badewesen, Bankrott, Barbarisierung, Vernichtung des Bauernstandes, Berufsarmee, Berufsbindung, Besitzunterschiede, Bevölkerungsdruck, Bleivergiftung, Blutvergiftung, Blutzersetzung, Bodenerosion, Bodenerschöpfung, Versiegen der Bodenschätze, Bodensperre, Bolschewisation, Bürgerkrieg, Bürgerrechtsverleihung, Bürokratie, Byzantinismus, capillarité sociale, Charakterlosigkeit, Christentum, Convenienzheiraten, Degeneration des Intellekts, Demoralisierung, Despotismus, Dezentralisation, Disziplinlosigkeit des Heeres, Duckmäuserei, soziale Egalisierung, Egoismus, Energieschwund, Entartung, Entgötterung, Entnervung, Entnordung, Entpolitisierung, Entrechtung, Entromanisierung, Entvölkerung, Entvolkung, Entwaldung, Erdbeben, Erstarrung, unzureichendes Erziehungswesen, Etatismus, Expansion, Faulheit, Feinschmeckerei, Feudalisierung, Fiskalismus, Frauenemanzipation, Freiheit im Übermaß, Freilassungen von Sklaven, Friedensromantik, Frühreife, Führungsschwäche, Geldgier, Geldknappheit, Geldwirtschaft, Genußsucht, Germanenangriffe, Gicht, Gladiatorenwesen, Glaubenskämpfe, Gleichberechtigung, Goldabfluß, Gräzisierung, Großgrundbesitz, Halbbildung, Verlagerung der Handelswege, Hauptstadtwechsel, Hedonismus, Homosexualität, Hunnensturm, Hybris, Hyperthermia, moralischer Idealismus, Imperialismus, Impotenz, Individualismus, Indoktrination, Inflation, Instinktverlust, Integrationsschwäche, Intellektualismus, Irrationalismus, Irreligiosität, Kapitalismus, Kastenwesen, Ketzerei, Kinderlosigkeit, Klimaverschlechterung, Kommunismus, Konservatismus, Korruption, Kosmopolitismus, Kulturneurose, Lebensangst, Lebensüberdruß, Legitimitätskrise, Lethargie, Luxus, fehlende Männerwürde, Malaria, moralischer Materialismus, Militarismus, Ruin des Mittelstandes, Mysterienreligionen, Nationalismus der Unterworfenen, Nichternst, kulturelle Nivellierung, Orientalisierung, panem et circenses, Parasitismus, Partikularismus, Patrozinienbewegung, Pauperismus, Pazifismus, Plutokratie, Polytheismus, Proletarisierung, Prostitution, Psychosen, Quecksilberschäden, Rassendiskriminierung, Rassenentartung, Rassenselbstmord, Rationalismus, Regenmangel, Reichsteilung, Angriffe der Reiternomaden, Rekrutenmangel, Rentnergesinnung, Resignation, Rhetorik, naturwissenschaftliche Rückständigkeit, Ruhmsucht, Seelenbarbarei, Selbstgefälligkeit, Semitisierung, Seuchen, Sexualität, Sinnlichkeit, Sittenverfall, Sklaverei, Slawenangriffe, Söldnerwesen, Schamlosigkeit, Schlemmerei, Schollenbindung, Staatsegoismus, Staatssozialismus, Staatsverdrossenheit, Niedergang der Städte, Stagnation, Steuerdruck, Stoizismus, Streß, Strukturschwäche, Terrorismus, fehlende Thronfolgeordnung, Totalitarismus, Traurigkeit, Treibhauskultur, Überalterung, Überfeinerung, Überfremdung, Übergröße, Überkultur, Überzivilisation, Umweltzerstörung, Unglückskette, unnütze Esser, Unterentwicklung, Verarmung, Verbastardung, Verkrankung, Vermassung, Verödung, Verpöbelung, Verrat, Verstädterung, unkluge Vorfeldpolitik, Wehrdienstverweigerung, Wehrlosmachung, Weltflucht, Weltherrschaft, Willenslähmung, Wohlstand, Zentralismus, Zölibat, Zweifrontenkrieg.

Fig. 1.—Una lista de 210 razones, de la A a la Z, que han sido aducidas en un momento u otro para explicar la decadencia y caída del Imperio romano.

Anarquía, antigermanismo, apatía [...], bancarrota, barbarización, baños termales [...]»: recientemente, un estudioso alemán ha elaborado una llamativa y fascinante lista con las 210 explicaciones de la caída del Imperio romano que se han propuesto a lo largo de los siglos[60]. (figura 1). En alemán suenan aún mejor, sin duda más portentosas: *Hunnensturm, Hybris, Hyperthermia, moralischer, Idealismus, Imperialismus, Impotenz*. (Para quien se lo pregunte, la *Hyperthermia*, provocada por demasiadas visitas a baños termales demasiado calientes, pudo causar la *Impotenz*).

Así que hay buenas razones para no entrar en el debate secular de por qué cayó Roma, sobre todo si se pretende abarcar la cuestión en un capítulo. Sería cobarde, sin embargo, y poco satisfactorio, escribir un libro diciendo que Roma en efecto cayó, y no decir nada sobre cómo y por qué ocurrió tal cosa. Quienes creen que el imperio sucumbió ante una invasión deben poder demostrar que ese desastre era posible[61].

UN IMPERIO EN PELIGRO

El Imperio romano había estado amenazado siempre por algún peligro, y de hecho una vez ya estuvo a punto de caer, en el siglo III, cuando tanto Oriente como Occidente estuvieron realmente cerca del hundimiento. En aquella época, poco faltó para que un potente cóctel de derrotas ante enemigos externos, guerras civiles internas y crisis financiera destruyera el imperio. Durante los cincuenta años comprendidos entre 235 y 284, los romanos sufrieron repetidas derrotas que les infligieron invasores persas y germanos, a lo que se sumó la secesión de varias provincias, una crisis financiera que redujo la proporción de plata de la moneda casi a cero, y guerras civiles que hicieron descender la duración media del reinado de un emperador a menos de tres años. Un desgraciado

emperador, Valeriano, transcurrió los últimos años de su vida cautivo en la corte persa, obligado a agacharse y servir de mozo de cuadra cada vez que el rey persa deseaba ir a dar un paseo —y tras su muerte ondeando en forma de piel desollada, expuesta como recuerdo perpetuo de su humillación—. De estos sucesos volvió a levantarse el Imperio romano gracias a una serie de emperadores que eran duros militares; pero ya fue una carrera muy igualada[62]. En vista de que ya en una ocasión se había estado a las puertas del desastre, no debería sorprender que el delicado equilibrio entre éxito y fracaso se inclinara en perjuicio del Imperio de Occidente una segunda vez, durante el siglo v, aunque ahora con consecuencias fatales.

El dominio militar romano sobre los pueblos germanos era considerable, pero en ningún caso absoluto e imperturbable. Los romanos siempre habían disfrutado de una serie de ventajas significativas: tenían fortificaciones sólidamente construidas (figura 2); armas de factura industrial, es decir, homogéneas y de gran calidad (figura 3); unas infraestructuras imponentes de carreteras y puertos; la organización logística necesaria para abastecer a su ejército, ya en los campamentos base o en campaña, y una tradición de instrucción militar que aseguraba la disciplina y coordinaba la acción en combate, incluso ante la adversidad. Además, el dominio romano sobre el mar no tenía rival, al menos en el Mediterráneo, y suponía un aspecto vital de su abastecimiento.

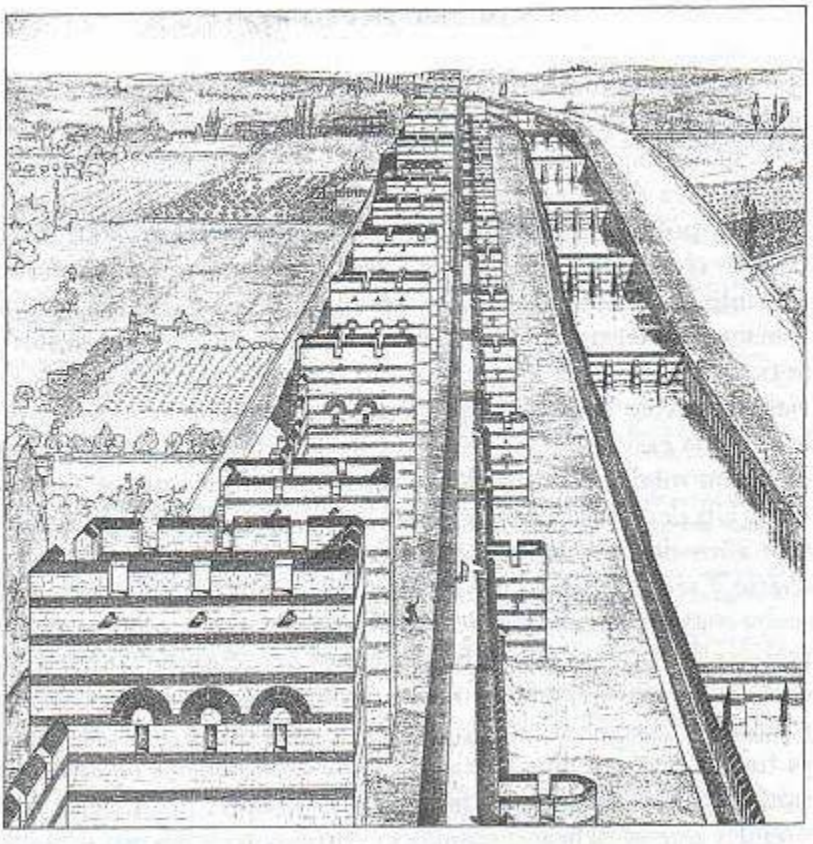


Fig. 2.—La mayor obra defensiva de la Antigüedad: las murallas de Constantinopla. La primera línea de defensa es un foso que estaba cruzado por canales con agua, pues atraviesa un desnivel. Detrás había un muro bajo, y a continuación otro algo más elevado con torres. Al final, un tercer muro reforzado con enormes torreones que eran lo bastante grandes para albergar ballestas y demás artillería de piedras. Hasta 1204, cuando los cruzados occidentales tomaron la ciudad, Constantinopla resistió con éxito los numerosos intentos de capturarla.

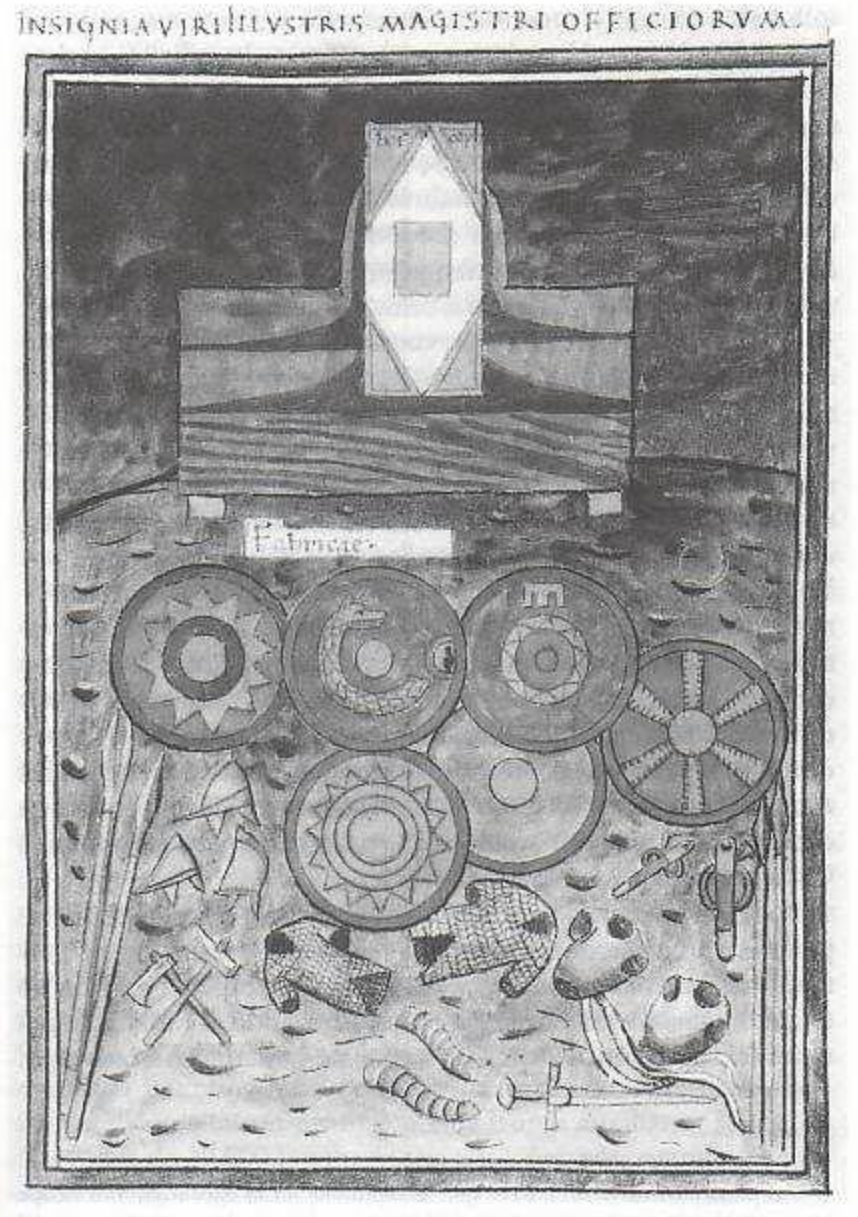


Fig. 3.—Equipamiento militar estandarizado —escudos decorados, lanzas, cascos, hachas, corazas, grebas, vainas y espadas—, producto de las manufacturas del estado bajo el control del *Magister Officiorum* (de una lista ilustrada de los oficiales de comienzos del siglo V).

Eran estas sofisticaciones, más que el peso de los números, lo que había creado y preservado el imperio, y los romanos

lo tenían muy presente. Vegecio, autor de un tratado militar que data de finales del siglo IV o primera mitad del V, abrió su obra con un capítulo llamado: «Solo por su instrucción militar conquistaron todos los pueblos los romanos»; allí insiste en que, sin instrucción, el ejército romano no habría alcanzado nada: «¿Qué podrían haber alcanzado unas modestas fuerzas romanas contra hordas de galos? ¿Qué podrían aventurarse a intentar los soldados romanos, de baja estatura, ante los germanos, tan altos?»[63].

Estas ventajas todavía eran considerables en el siglo IV. Concretamente, los pueblos germanos seguían siendo inofensivos en el mar (con la importante excepción de los anglosajones, en el norte), y era famosa su incapacidad de llevar un asedio hasta el final. Se cuenta que un comandante godo aconsejó a sus hombres que se centrasen en saquear las zonas rurales, sin defensas, pues, según dijo torciendo el gesto, «las murallas no le habían hecho nada»[64]. En consecuencia, si se encontraban protegidos por fortificaciones, grupos reducidos de romanos estaban en condiciones de resistir incluso frente a un enemigo numéricamente muy superior, y el imperio podía mantener su presencia en una zona aun después de devastada por completo el área rural circundante. En 378, por ejemplo, a pesar de una terrible derrota en el campo, las fuerzas romanas pudieron asegurar la ciudad más cercana, y también consiguieron, más importante aún, proteger la ciudad imperial, Constantinopla[65].

Si bien la ventaja se reducía en una batalla abierta, podía esperarse de un ejército romano que venciese sobre una fuerza germana sustancialmente mayor. En 357, el emperador Juliano derrotó a una fuerza de alamanes que, cruzando el Rin, había penetrado en territorio romano, cerca de la actual Estrasburgo. Nuestra fuente para esta batalla, Amiano

Marcelino, nos dice que 13 000 legionarios romanos se enfrentaron a 35 000 bárbaros. Estas cifras, aunque no parecen muy exactas, probablemente sí reflejan una superioridad numérica real y considerable del lado alamán. El relato pormenorizado de la batalla deja claro que los romanos alcanzaron la victoria gracias a sus pertrechos defensivos, su formación cerrada tras un muro de escudos y su pericia tanto para mantener su posición como para, si esta se rompía, reagruparse. La descripción sumaria que da Amiano de los dos ejércitos semeja observaciones que ya hicieron muchos al ocuparse de las diferencias que mostraban en la guerra romanos y bárbaros: «[En esta batalla], en ciertos aspectos se enfrentaron dos fuerzas iguales. Los alamanes eran más fuertes y veloces por su físico; nuestros soldados, si bien largamente instruidos, más dispuestos a acatar órdenes. Los enemigos eran fieros e impetuosos; nuestros hombres, tranquilos y prudentes. Nuestros hombres habían depositado su confianza en su cabeza, mientras que los bárbaros lo habían hecho en sus enormes cuerpos»[66]. En Estrasburgo, al menos según nos dice Amiano, la disciplina, la estrategia y el armamento triunfaron sobre el puro músculo.

Con todo, a pesar de su armamento y organización superiores, la ventaja de que disfrutaban los romanos sobre sus enemigos no podía compararse aun remotamente, ni siquiera en los mejores tiempos, a la que, por dar un ejemplo, tenían en el siglo XIX los europeos al usar rifles y pistolas Gatling y Maxim contra pueblos armados principalmente con lanzas. Así, aunque normalmente derrotaban a los bárbaros si entablaban batalla con ellos, los romanos podían también sufrir desastres, y de hecho algunas veces así fue. Incluso en pleno apogeo del imperio, en 9 d. C., tras caer en una emboscada tres legiones enteras que mandaba Quintilio Varo fueron

masacradas en el norte de Germania, y con ellas un contingente de tropas auxiliares. Murieron alrededor de 20 000 hombres: seis años después, cuando un ejército romano visitó la zona, encontró el suelo de aquel paraje blanco de huesos, calaveras fijadas como trofeos a troncos de árbol, y altares donde se habían sacrificado oficiales romanos capturados a los dioses germanos. También han descubierto los restos de este desastre arqueólogos modernos, en forma de monedas, avíos militares y efectos personales llamativamente dispersos, perdidos en una batalla que se desarrolló a lo largo de más de 15 kilómetros y en cuyo transcurso el ejército romano en retirada luchó desesperada e inútilmente por escapar a sus atacantes[67].

En el siglo IV, un desastre de magnitud equiparable tuvo lugar durante la campaña de 378 contra los godos en los Balcanes. El emperador Valente y el ejército regular de Oriente hizo frente a una vasta fuerza gótica cerca de la ciudad de Adrianópolis (que dio su nombre a la batalla que siguió). El emperador decidió ocuparse de los godos solo, en lugar de esperar la llegada de más tropas que llegaban de Occidente. La batalla que se produjo fue una catástrofe para los romanos: dicen las fuentes que dos terceras partes de sus tropas cayeron en combate, y que el mismo emperador murió en el caos posterior y su cuerpo nunca se recuperó. El historiador Amiano Marcelino nos dice que no habían sufrido los romanos una derrota tan terrible en 600 años, desde la sangrienta victoria de Aníbal sobre la República en Cannas[68].

La batalla de Adrianópolis muestra cómo, ya fuera por mala suerte o mala gestión por parte de los romanos, los invasores germanos podían derrotar incluso ejércitos romanos vastísimos. Los prolegómenos de la batalla confirman que los romanos lo sabían muy bien, y se hacían cargo de la necesi-

dad de reunir el máximo número posible de soldados antes de medirse con un enemigo en batalla abierta. Valente se enfrentó a los godos solo después de firmar la paz con Persia, lo que le permitió trasladar tropas de la frontera oriental a los Balcanes, y después de haber requerido ayuda adicional de su colega occidental (aunque, como hemos visto, luego eligió entablar batalla antes de que esas tropas llegasen). Hasta una suma de fuerzas tan especial podía ser aniquilada, como demostró con demasiada claridad la batalla de Adrianópolis.

Ulterior indicio del delicado equilibrio de fuerzas entre romanos y germanos era la práctica, habitual en la preparación de campañas importantes, de incrementar las fuerzas imperiales con tropas mercenarias de tribus germanas y hunas del otro lado de la frontera. Ignoramos qué cálculos económicos y militares había exactamente tras este uso de tribus mercenarias, pues las fuentes no nos ofrecen información logística, pero hay buenas razones para creer que este hábito traía ventajas estratégicas y financieras. Estos soldados llegaban acostumbrados a la guerra ya desde su primera juventud, si bien faltos de disciplina y sofisticación; su paga era con casi total seguridad menor que la de un soldado romano, pues el coste de la vida fuera de las fronteras era inferior al de dentro del imperio; se los podía devolver a casa tras cada campaña, no debiendo mantenerlos también en tiempo de paz; no se les tenía que pagar una pensión cuando eran ya demasiado mayores para luchar, y sus bajas no suponían un problema: de hecho, como observó alguien, la muerte de bárbaros al servicio de Roma equivalía a menos enemigos potenciales del imperio[69]. Además, los textos de los historiadores muestran que estas tropas extranjeras fueron casi sin excepción leales. Y es que, si alguien da por hecho que las

tribus mercenarias son siempre para un ejército «cosa mala», debería fijarse en la orgullosa historia de los regimientos Gurkha del ejército británico, que se han venido reclutando entre las tribus de las colinas del Nepal (más allá de los límites del control directo británico) desde 1815 hasta hoy, por razones que en muchos casos coinciden con las que tuvieron los romanos para contratar los servicios de guerreros germanos y hunos de más allá de sus fronteras[70].

Cuando, en 388, el emperador Teodosio se movilizó contra el usurpador occidental Magno Máximo, era tal el porcentaje de su ejército formado por tropas tradicionalmente enemigas del imperio, que un panegirista de la corte encontró en ello una especial virtud: «¡Suceso digno de memoria! Guiados por comandantes e insignias romanas desfilaron los otrora enemigos de Roma; siguieron los estandartes a los que una vez se habían enfrentado, y sus soldados llenaron las ciudades de Panonia, que poco tiempo antes habían vaciado con su pillaje». Y cuando, en 405-406, el gobierno occidental hizo frente a una invasión de Italia, contrató una fuerza de hunos y alanos de más allá de las fronteras, y tomó también la medida excepcional de hacer levas entre los esclavos del imperio, ofreciendo dinero y libertad a cambio de sus servicios en la guerra[71]. Si debían reclutarse fuerzas especiales de este tipo para combatir en guerras civiles importantes y oponerse a invasiones sustanciales, eso quiere decir que, de un modo u otro, el imperio estuvo siempre en peligro.

Incluso las exigencias de una campaña importante podían suponer un riesgo para la defensa normal de las fronteras. Para afrontar la invasión goda de Italia en 401-402, el general de Occidente Estilicón trasladó tropas de todas las fronteras bajo su mando: del norte de Britania, del Rin y del alto Danubio. Al celebrar la victoria posterior de Estilicón sobre los

godos, el panegirista Claudiano expresó su asombro de que nadie osase aprovechar que las fronteras estuvieran vacías: «¿Dará crédito la posteridad? La Germania, tan orgullosa un día de que sus tribus apenas podían ser contenidas por los emperadores antiguos con sus fuerzas máximas, ahora es llevada tan plácidamente de las riendas por Estilicón, que ni prueba a hollar el suelo de la frontera, desnudo de su ejército, ni a cruzar el río, en exceso temerosa de acercarse a una vega indefensa»[72]. Desgraciadamente para los romanos (y para la reputación de Claudiano, vendedor de vacua adulación), esta situación jovial no se mantuvo. Cuatro años después, en el invierno de 406, con casi total seguridad muchas de las tropas que defendían el Rin tuvieron que volver a Italia, trasladadas para atajar la invasión que sufrió la península en 405-406, y para preparar una campaña contra Oriente. Esta vez, las tribus del otro lado del Rin no se mostraron tan recatadas; el último día del año, un grupo de vándalos, alanos y suevos cruzaron el río y dieron inicio a una devastadora invasión de la Galia. El imperio sencillamente no tenía tropas suficientes para mantener la defensa de sus fronteras a pleno rendimiento si afrontaba campañas importantes en otros puntos.

La historia de la pérdida de Occidente no está escrita por batallas grandiosas que, como en Adrianópolis, los romanos perdieron combatiendo heroicamente en campo abierto. De hecho, la otra gran batalla de la época que nos ocupa, la de los Campos Cataláunicos de 451, fue una victoria romana con ayuda visigoda. La razón principal por la que Occidente se derrumbó fue por no decidirse a enfrentarse a las fuerzas invasoras y hacerlas retroceder. Como mejor se explican esta cautela ante el enemigo y su consecuencia última de no expulsarlo es a causa de los serios problemas que suponía reu-

nir ejércitos lo bastante grandes para poder confiar en la victoria. Evitar la batalla conducía a un lento desgaste de la situación romana, pero enfrentarse al enemigo con todas las fuerzas equivalía a un órdago al que podía seguir el desastre definitivo.

¿DECLINÓ ROMA ANTES DE CAER?

¿Empujaron los bárbaros las puertas de un edificio que amenazaba ruina, o irrumpieron en una estructura venerable pero todavía sólida? El ascenso y la caída de grandes potencias siempre ha suscitado interés, y eso hace que en torno a esta cuestión se haya generado una discusión sin fin. Es célebre la postura de Edward Gibbon, quien, inspirado en el pensamiento secular de la Ilustración, atribuyó parte de la culpa de la caída de Roma al triunfo del cristianismo y la expansión de la vida monacal del siglo IV: «Una vasta porción de la riqueza pública y privada se dedicaba a las onerosas exigencias de la caridad y la devoción, y la paga de los soldados se otorgaba a una multitud inútil de ambos sexos que solo podía exhibir como mérito la abstinencia y la castidad»[73]. Aunque, como hemos visto, entre unas épocas y otras se han sugerido nada menos que 209 causas más para la decadencia, sospecho que ninguna se ha presentado jamás con un laconismo y una elegancia comparables.

La preferencia por una explicación u otra del final de Roma a menudo refleja cambios más amplios en las modas intelectuales de cada época. Ha ocurrido, de hecho, que en ocasiones ha regresado una teoría antigua tras siglos de letargo. A modo de ejemplo, las ideas de Gibbon sobre los efectos dañinos del cristianismo fueron ferozmente criticadas en su época, y luego cayeron en desuso. En el siglo XIX, y a principios del XX, la caída de Roma tendía a explicarse en términos de las grandes teorías de la degeneración racial o del conflic-

to de clases que entonces funcionaban. Pero en 1964 la perniciosa influencia de la Iglesia tuvo una nueva oportunidad, y se la dio quien era entonces el decano de los estudios sobre la Roma tardía, A. H. M. Jones. Arremetió, bajo la maravillosa rúbrica de «bocas ociosas», contra los ciudadanos del imperio tardío económicamente improductivos, como aristócratas, funcionarios o eclesiásticos: «La iglesia cristiana gravó los recursos del imperio con una nueva clase de bocas ociosas Buena parte vivía de las limosnas del campesinado, y con el paso del tiempo, cada vez más monasterios fueron adquiriendo dotaciones de fundos que permitían a sus internos dedicarse por completo a sus deberes espirituales». Se trata de «las onerosas exigencias de la caridad y la devoción», que diría Gibbon, puestas en una mesurada prosa del siglo XX.

En mi opinión, el elemento interno clave para el éxito o fracaso de Roma era el bienestar económico de sus contribuyentes. El motivo es que el imperio había puesto su seguridad en manos de un ejército profesional, que a su vez dependía de una financiación adecuada. El ejército romano del siglo IV contaba quizá hasta 600 000 soldados, todos los cuales debían recibir un sueldo, un equipo y unos víveres. El número de efectivos armados, así como la calidad de la instrucción militar y el equipo que era posible otorgarles venía determinado por la suma de dinero disponible para ello. Como en un estado moderno, los impuestos que pagaban decenas de millones de individuos civiles financiaban un cuerpo defensivo de élite, compuesto por combatientes con dedicación exclusiva. De esta forma, una vez más como en un estado moderno, la fuerza del ejército estaba estrechamente vinculada a la buena marcha del sistema de cobro de impuestos que lo sostenía. De hecho, esta relación era en tiempos de Roma bastante más estrecha de lo que es hoy. El gasto militar era de

lejos la parte más amplia del presupuesto imperial, y no había otros apartados significativos del estado, como «Sanidad» o «Educación», cuyos gastos pudiesen recortarse a favor de los de «Defensa» en caso de necesidad, ni existían entidades de crédito que permitiesen al imperio obtener sumas cuantiosas de dinero ante una emergencia. La potencia militar dependía del cobro inmediato de los impuestos[74].

Hasta hace relativamente poco, se creía que la economía del imperio sufrió una dura decadencia global durante los siglos III y IV, con un descenso de la población y el abandono de muchas tierras de cultivo, dos factores que, sin duda, habrían debilitado la base de impuestos de Roma, y con ello su capacidad militar, mucho antes de la época de las invasiones. Sin embargo, la labor arqueológica llevada a cabo en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial fue arrojando una sombra creciente de duda sobre esta interpretación. En casi todo el Mediterráneo oriental, y en partes del occidental, las excavaciones e investigaciones han aportado pruebas concluyentes de economías florecientes en el imperio tardío, con una situación muy extendida de verdadera prosperidad tanto en el campo como en las ciudades.

Es cierto que en Occidente, que es donde nosotros debemos centrarnos, el panorama es más heterogéneo y menos uniforme que en el Mediterráneo oriental: algunas provincias, incluida gran parte de Italia central y zonas de la Galia, parecen haber decaído durante los siglos III y IV, si se las compara con el alto grado de bienestar de la época imperial primera; pero otras, entre las cuales casi todo el norte de África, da la impresión de que se estaban desenvolviendo muy bien hasta la época misma de las invasiones[75]. Aunque puede parecer una conclusión más bien débil, creo que, haciendo balance, un jurado debería detenerse en la seria pregunta de si

el conjunto de la economía del imperio occidental, y por tanto su poderío militar, estaban en decadencia ya *antes* del impacto de los problemas de principios del siglo v. Sin embargo, un jurado cuyos miembros no se ponen de acuerdo sugiere que, si se dio, la decadencia no habría sido abrumadora, y yo creo, con la mayoría de los historiadores, que el imperio todavía era muy poderoso a finales del siglo iv. Por desgracia, una serie de desastres no tardarían en cambiar las cosas.

PROBLEMAS EN ESPIRAL EN EL IMPERIO OCCIDENTAL DEL SIGLO V

Las condiciones relativamente favorables del imperio occidental del siglo iv desaparecieron rápido en la primera década del siglo v, consecuencia de las invasiones. Italia sufrió la presencia de numerosos ejércitos hostiles en 401-402 (Alarico y los godos), en 405-406 (Radagaiso), y todavía en otra ocasión desde 408 a 412 (Alarico, una vez más); durante 407-409, los vándalos, los suevos y los alanos devastaron la Galia, y lo mismo hicieron con la península Ibérica a partir de 409. Las únicas regiones del Imperio de Occidente que hacia 410 no se habían visto profundamente afectadas por la violencia eran África y las islas del Mediterráneo (su turno, a manos de los vándalos, llegó más bien tarde). Resultado de esto fue que el volumen de impuestos con que contaba el Imperio de Occidente disminuyó drásticamente justo cuando la necesidad de fondos extraordinarios era urgente; una idea clara de la magnitud de esta pérdida la da la exención de cuatro quintas partes de su carga de impuestos que el gobierno imperial se vio obligado a conceder a las provincias del centro y sur de Italia en 413[76].

En abril de 406, el gobierno occidental necesitaba con urgencia más soldados para oponerse a la incursión que habían

hecho en Italia unas tribus germanas capitaneadas por Radagaiso, y eso llevó a organizar una leva. A cada nuevo recluta se le ofrecía una gratificación de diez *solidi* de oro al alistarse, pero el pago de siete quedaba pospuesto hasta que «la situación se resuelva»: dicho de otro modo, porque no se disponía del dinero de inmediato. Al mismo tiempo, se probó una vía del todo anormal pero incluso más barata: enrolar esclavos, a quienes se pagaba con solo dos *solidi* más la manumisión, corriendo el gasto de la última muy probablemente de cuenta de los amos[77]. La incursión de Radagaiso fue aplastada con éxito, pero inmediatamente después vino una serie de sucesos desastrosos: el paso del Rin de vándalos, suevos y alanos a fines de 406; el levantamiento, en 407, de Constantino III, quien se apropió de los recursos de Britania y gran parte de la Galia, y la vuelta de los godos a Italia en 408. «La situación» de Occidente nunca «se resolvió» para bien, y puede ser que los reclutas de 406 nunca recibiesen los siete *solidi* que se les debían.

Los historiadores discuten el momento exacto en que decayó el poderío del ejército de Occidente. En mi opinión, el caos de la primera década del siglo v habría causado un descenso súbito y dramático de los impuestos que el imperio percibía, y eso a su vez la caída del presupuesto y la potencia militares. Algunos de los territorios perdidos se recuperaron temporalmente en la segunda década del siglo, pero muchos, como Britania entera y gran parte de la Galia e Hispania, nunca se recobraron, y aun las provincias reconquistadas necesitaron muchos años para volver a gozar de una salud fiscal completa: como vimos, la exención de impuestos concedida a las provincias de Italia en 413 hubo de ser renovada en 418, a pesar de haber quedado Italia libre de invasiones durante esos años. Además, el resurgir imperial tuvo una vi-

da corta; le llegó su final definitivo en 429, cuando los vándalos triunfaron en su intento de pasar a África, devastando así la última fuente segura de impuestos que le quedaba al imperio. En 444, cuando Valentiniano III estableció nuevos impuestos sobre las ventas, no cabe duda de que las cosas habían llegado a un estado crítico. En el preámbulo a esta ley, el emperador reconocía la necesidad apremiante de aumentar la fuerza del ejército con gastos extraordinarios, pero lamentaba la coyuntura del momento, en que «no era posible obtener de los exhaustos tributarios recursos suficientes para abastecer de víveres y atuendo ni a las tropas recientemente reclutadas, ni al antiguo ejército»[78].

No eran las invasiones el único problema al que se enfrentaba el Imperio de Occidente; lo afectaron también seriamente en momentos del siglo v guerras civiles y descontento social. A lo largo de los tan importantes años transcurridos entre 407 y 413, el emperador Honorio (residente en Italia) vio cómo desafiaba su autoridad, a menudo compitiendo entre sí, una turbadora constelación de usurpadores: un emperador-títere sostenido por los godos (Átalo), dos usurpadores en la Galia (Constantino III y Jo-vino), uno en Hispania (Máximo) y otro en África (Heracliano). Hoy, con la mirada privilegiada que permite el tiempo, sabemos que lo que el imperio necesitaba durante aquellos años era un esfuerzo concertado y unitario contra los godos, que campaban entonces por gran parte de Italia y el sur de la Galia, y saquearon la misma Roma en 410, y contra los vándalos, los suevos y los alanos, que penetraron en la Galia al terminar 406, y en Hispania en 409. En lugar de eso, se sucedió una serie de guerras civiles que a menudo recibían prioridad sobre la lucha con los bárbaros. Como observó amargamente una fuente contemporánea: «Este emperador [Honorio], que jamás ha al-

canzado victoria alguna contra enemigos externos, destruyendo usurpadores ha tenido enorme éxito»[79].

No es difícil hacer ver hasta qué punto esas guerras civiles perjudicaron los intentos romanos de controlar las incursiones germanas. En 407, Constantino III entró en la Galia desde Britania reivindicando el poder imperial. De resultas de este golpe, el emperador Honorio no pudo recurrir a los ejércitos del Norte cuando, en 408, hubo de enfrentarse a la segunda invasión goda de Italia. A pesar de recibir ayuda militar de su colega oriental, y de un numeroso grupo de mercenarios hunos, Honorio y sus generales nunca se sintieron lo bastante fuertes para trabar batalla con los godos en campo abierto durante los cuatro años que pasaron en Italia, y ningún intento hubo de desquitarse por la humillación del saqueo de Roma de 410[80]. La situación militar era en Italia a todas luces peor que la que había durante la primera incursión de Alarico, en 401-402; entonces, con la ayuda de tropas del norte de los Alpes, se arrinconó a los godos en el norte de Italia, derrotándolos dos veces en campo abierto y acabando por devolverlos a los Balcanes.

En la Galia, durante los años difíciles a los que nos referimos, el rival de Honorio, Constantino III, obtuvo alguna victoria contra los vándalos, los alanos y los suevos, que al final consiguieron matarlo en 411. También hubo de lidiar con problemas en otros frentes: primero, cuando le hicieron la guerra en la península Ibérica unos parientes de Honorio, y luego, cuando él mismo debió enfrentarse a una usurpación, originada igualmente en un núcleo hispano. Entretanto, al menos en la medida en que se cumpliesen sus disposiciones en estos territorios, tanto Constantino III en Britania como Honorio en Armórica (al noreste de la Galia) afrontaron revueltas provinciales cuyo objetivo era la liberación completa

del poder imperial. No hace falta decir que los invasores sacaron enorme partido de esta situación confusa y poco halagüeña. Una fuente nos dice abiertamente que la atención que otorgó Constantino III a sus rivales en Hispania permitió a los invasores germanos campar a sus anchas por la Galia[81].

En ocasiones, las luchas intestinas fueron más allá de la simple usurpación encaminada a reemplazar la autoridad de un emperador por la de otro. Algunas zonas de la Galia e Hispania se vieron afectadas en el siglo v por unos grupos que las fuentes contemporáneas llaman *bacaudae*. Son, por desgracia, tan parcas todas estas fuentes, que han dado lugar a que los estudiosos difieran significativamente en sus interpretaciones de quiénes eran estos grupos exactamente, y de dónde venían. Cuando el marxismo estaba en boga, solía considerárselos labriegos y esclavos oprimidos vueltos contra el poder, señal de que el sistema imperial estaba podrido por completo. Hoy se tiende a pensar que eran grupos locales de autodefensa que procedían de mucho más arriba en la escala social y luchaban por su seguridad y sus intereses en tiempos difíciles. Es probable que ambos puntos de vista encierren algo de verdad. Tenemos, desde luego, buenos indicios para pensar que la insatisfacción entre las clases bajas jugó un papel importante en estas revueltas. Uno de los dos líderes de que tenemos noticia era médico, condición no muy apta para capitanear un grupo de aristócratas, y una serie de fuentes contemporáneas asocian a los *bacaudae* con esclavos y campesinos oprimidos (dice de una revuelta concreta un texto que no parece querer deslucirla: «Casi todos los esclavos de la Galia se unieron a la conspiración de los *bacaudae*»). Fuese cual fuese su extracción social, lo cierto es que los *bacaudae* dieron una vuelta más de tuerca a la confu-

sión política y militar de la Galia e Hispania de la primera mitad del siglo v. [82]

Naturalmente, el fracaso «exterior» y las usurpaciones y revueltas «en casa» estaban estrechamente vinculados. No es casual que Honorio hubiese de hacer frente a tantos usurpadores en los años que siguieron el paso del Rin que a finales de 406 llevaron a cabo vándalos, suevos y alanos. Su fracaso a la hora de defender el imperio convenientemente provocó una caída en picado del prestigio de su régimen, y eso animó a cuantos querían una autoridad fuerte y una defensa eficaz contra los invasores a buscar tales valores en otros, como Constantino III, cuyas fuerzas principales se encontraban al norte de los Alpes y, por tanto, mantendría los ejércitos del Norte en la Galia, en vez de trasladarlos a Italia para combatir a los godos. También la inquietud que suponía para Honorio la presencia en Italia de Alarico influyó en que se declarasen usurpaciones, pues retrasó la puesta a punto de una reacción imperial firme ante cualquier conato de rebelión. Como en otros períodos históricos, fracaso contra enemigo externo y guerra civil estaban ligados íntimamente; de hecho se alimentaban entre sí.

Es razonable pensar que un descontento social más amplio, como el de los *bacaudae*, también aumentaría con la debilidad del régimen imperial, y al mismo tiempo acrecentaría esta. Tenemos constancia de que los *bacaudae* actuaron en la Galia aproximadamente entre 407 y 448, un período que, como hemos visto, se caracterizó por una estabilidad militar y política considerable. Esta inestabilidad pudo infundir ánimos a los líderes locales para desembarazarse del control del gobierno central, especialmente si los impuestos que pagaban no suponían protección inmediata de la zona. También habría contribuido a que el malestar latente entre los oprimi-

dos tomase forma activa y abierta. De otras partes del imperio tenemos indicios de que la invasión y la guerra civil pudieron debilitar durante cierto tiempo el control social. Leemos que durante el asedio que infligió Alarico a Roma el invierno de 408-409, «casi todos los esclavos que había en Roma se escabulleron de la ciudad para unirse a los bárbaros», y así sucedió también pocos años después; en el transcurso de un asedio parecido, tuvo lugar una revuelta de esclavos de menor importancia en Bazas, ciudad del sur de la Galia[83]. Estos esclavos tenían poco que perder, y puede que algunos de ellos fuesen, en tiempos más felices, guerreros del otro lado de la frontera: no es sorprendente que aprovecharan la debilidad romana para intentar unirse a los ejércitos invasores. En Roma y en Bazas, el orden se reestableció con rapidez una vez pasados los apuros militares inmediatos. Pero en el norte de la Galia y en Hispania, décadas de incertidumbre política y militar prepararon el terreno para que los *bacaudae* pudieran mantenerse activos durante un lapso de tiempo dilatado. También ellos, sin embargo, desaparecieron de las crónicas cuando, en la segunda mitad del siglo v, estas regiones recuperaron cierto grado de paz. Los *bacaudae*, y otros disidentes sociales, parece que fueron, al tiempo que causa, producto de unos tiempos turbulentos.

A diferencia de Occidente, el imperio oriental se mantuvo relativamente libre de guerras civiles y turbulencias internas durante el período de las invasiones, y esta mayor estabilidad en política interior tuvo que ser necesariamente un factor importante para su supervivencia[84]. De haber tenido que hacer frente el imperio oriental a distracciones internas en los años inmediatamente posteriores a la victoria goda de Adrianópolis de 378, comparables a las que hubo de afrontar Occidente en el período que siguió el paso del Rin de los bár-

baros de 406-407, podría haber caído perfectamente. No hay motivos evidentes para esta mayor estabilidad de Oriente, aparte de la buena suerte y la buena gestión. Concretamente, durante los peligrosos y complicados años que siguieron a Adrianópolis, el imperio oriental tuvo la fortuna de que lo gobernase un militar competente y preparado, Teodosio, emperador de 379 a 395, a quien se eligió específicamente y se designó de fuera de la familia imperial para solucionar la crisis. En Occidente, por el contrario, durante los años posteriores a la entrada de los godos en Italia de 401 y al paso del Rin de 406, el poder estaba en manos del joven Honorio, que había subido al trono únicamente por derecho de sangre y dinastía, y jamás alcanzó reputación de buen líder político o militar (figura 4). Mientras que la figura de Teodosio infundía un sano respeto hacia la persona del emperador, la de Honorio, dominado como estaba por los jefes de su ejército, es más probable que animase a la guerra civil.

Fig. 4.—El emperador Honorio intentando parecer un jefe militar, en una placa de marfil de 406. Revestido de una elaborada armadura, sostiene un orbe coronado por una victoria y un estandarte con las palabras «En nombre de Cristo, que siempre venzas». La realidad era menos gloriosa. Honorio nunca entró en combate y sus ejércitos triunfaron sobre muy pocos enemigos aparte de derrotar usurpadores.

Nada lleva a pensar que Oriente estuviese por naturaleza y estructura mucho más cohesionado que Occidente. Aunque solo de forma pasajera, se tambaleó seriamente, por dar un ejemplo, en la rebelión que protagonizaron en 399-400 Tribigildo y Gainas, dos generales germanos al servicio del

Oriente romano. Esta rebelión devastó muchas de las provincias del imperio y amenazó a la propia Constantinopla. La victoria sobre estos insurrectos se consideró lo bastante importante para dedicarle la construcción de una gran columna en espiral que, similar en tamaño y diseño a la de Trajano en Roma, dominó el perfil monumental de la capital de Oriente hasta su demolición a principios del siglo XVIII. Tampoco el malestar social fue monopolio de Occidente; si se daban las circunstancias adecuadas también podía aflorar en Oriente. Durante la rebelión de Tribigildo, su ejército atravesó varias provincias de Asia Menor, en la actual Turquía. A pesar de tratarse de una zona del imperio que durante mucho tiempo había estado en paz y que, según parece, alrededor del año 400 se encontraba en una situación de prosperidad, leemos que las tropas de Tribigildo pronto se vieron incrementadas por «tal masa de esclavos y parias que el conjunto de Asia corría serio peligro, mientras que Lidia estaba en una extraña confusión, con casi toda la población huyendo a la costa y embarcándose en dirección a las islas u otros lugares con sus familias al completo»[85]. Oriente no era inmune a los problemas internos, pero, por motivos que examinaremos hacia el final de este capítulo, tuvo la buena fortuna necesaria para mantenerse en gran medida a salvo de invasiones externas, que a menudo eran la chispa de la guerra civil y del desorden social.

EL FRACASO DE LA AUTODEFENSA

Como hemos visto, las revueltas de los *bacaudae* habidas en Occidente pueden entenderse, en parte, como el intento desesperado que hacen las autoridades y los habitantes de las provincias para asumir su propia defensa, una vez que el gobierno central se ha mostrado incapaz de protegerlos. Los civiles romanos tuvieron que volver a aprender en este pe-

ríodo las artes de la guerra, y poco a poco se hicieron con ellas. Ya en fecha tan temprana como 407-408, dos acaudalados terratenientes de Hispania formaron un contingente con esclavos de su propia hacienda para apoyar al emperador Honorio, pariente suyo. Pero, como es natural, debió de hacer falta tiempo para convertir a una población desarmada y desmilitarizada en una fuerza de combate eficaz; puede, de hecho, que nuestros dos terratenientes hispanos prefiriesen reclutar esclavos, y no campesinos, porque algunos de los primeros fuesen bárbaros que, capturados recientemente, tuviesen experiencia de guerra de antes de su cautiverio. En Italia, el emperador Valentiniano III derogó formalmente la ley que prohibía a los civiles romanos llevar armas solo en 440, ante una nueva amenaza de invasión vándala por mar. Una vez armadas y hechas a la guerra, las fuerzas locales podían alcanzar victorias: en los años 70 del siglo V, un aristócrata galo comandaba la resistencia local contra los sitiadores godos en Clermont, y una década más tarde otro se erigió como gobernador independiente de Soissons, en el Norte, pero para la mayor parte de Occidente la remilitarización de la sociedad llegó demasiado tarde[86].

Con frecuencia creciente, quienes ofrecían la resistencia más eficaz a los invasores germanos eran las zonas menos romanizadas del imperio: el País Vasco, Bretaña y el oeste de Britania. Bretaña y el País Vasco solo fueron parcialmente sometidos por los invasores, mientras que el norte de Gales puede presumir de ser la última de las partes del Imperio romano que sucumbió ante los bárbaros, cuando, en 1282, cayó en manos inglesas, reinando Eduardo I. Da la impresión de que fue en estas partes «rezagadas» del imperio donde la población encontró más fácil restablecer las estructuras tribales y una eficaz resistencia militar. Este hecho no carece de inte-

rés, y es grande su relación con un fenómeno que trataremos en el capítulo 6, al hablar de la economía. La sofisticación y la especialización, rasgos propios de la mayor parte del mundo romano, fueron positivas mientras funcionaron: los romanos compraban sus vasijas a alfareros profesionales, y su protección, a soldados profesionales. De ambos obtenían un producto de calidad, muy superior al que habrían conseguido guerreando o modelando el barro con sus propias manos. Sin embargo, cuando sobrevino el desastre y no quedaban ya soldados entrenados ni alfareros expertos a los que acudir, el grueso de la población carecía de las habilidades y estructuras necesarias para crear sistemas militares y económicos alternativos. En circunstancias así, realmente era ventajoso ir algo «rezagado».

¿ERAN LAS TRIBUS GERMANAS CADA VEZ MÁS FUERTES?

A diferencia de los romanos, cuya potencia militar dependía de un ejército profesional, y por tanto del cobro de impuestos, los varones germanos nacidos libres consideraban la lucha un deber, un signo de estatus y, quizá, hasta un placer. Resultado de esto era que buen número de ellos tenía experiencia en la guerra; un porcentaje, en cualquier caso, mucho mayor que entre los romanos. Vivían próximos a las fronteras del Rin y del Danubio decenas de miles de hombres a quienes se había educado para que pensasen en la guerra como en una empresa gloriosa y viril, hombres que, además, contaban con las condiciones físicas y la destreza básica para llevar esos ideales a la práctica. En una medida grande, sin embargo, su belicosidad innata era compensada, afortunadamente para los romanos, por otro rasgo típico de las sociedades tribales, estrechamente relacionado: la desunión, provocada por encarnizadas querellas tanto entre tribus distintas

como en el seno de la misma. A finales del siglo I, el estudioso historiador Tácito entendió con claridad total la importancia que tenía para los romanos la desunión germana. Deseó «que pueda durar y mantenerse entre los bárbaros que, si no pueden querernos, al menos se odien entre sí [...], pues la Fortuna no nos puede hacer mejor regalo que la discordia entre nuestros enemigos». De forma parecida, aunque en fecha algo más temprana, el filósofo Séneca llamó la atención sobre el valor y el amor a la guerra excepcionales de los bárbaros, y advirtió del gran peligro que podría suponer para los romanos que esas fuerzas algún día llegasen a unirlas la razón (*ratio*) y la disciplina (*disciplina*)[87].

Para los pueblos germanos, la unión o la desunión era la variable crucial en la ecuación de su potencia militar, de la misma forma que para los romanos lo era, como hemos visto, la abundancia o escasez de dinero en efectivo. Ya desde finales del siglo IV se había impuesto entre las pequeñas tribus de los primeros tiempos del imperio la tendencia de aliarse en agrupaciones políticas y militares más amplias, pero no cabe duda de que los sucesos de finales de ese siglo y principios del siguiente aceleraron y consolidaron el proceso. En 376, un grupo enorme y vario-pinto de godos se vio obligado, a causa de la presión huna, a buscar refugio más allá del Danubio, dentro del imperio. Hacia 378, la hostilidad romana ya los había empujado a unirse en el formidable ejército que derrotó a Valente en Adrianópolis. Al acabar 406, un número importante de vándalos, alanos y suevos cruzaron el Rin camino de la Galia. Todos estos grupos penetraron en un imperio que aún funcionaba, y por tanto en un entorno fuertemente hostil. En un mundo así, su supervivencia dependía de mantenerse juntos en gran número. Además, los ejércitos invasores tenían la posibilidad de recoger y asimilar a otros

aventureros, dispuestos a buscar una vida mejor al servicio de una facción guerrera victoriosa. Antes vimos que los soldados del difunto Estilicón y los esclavos de Roma se unieron en Italia a los godos en 408, pero ya engrosaban las filas de los godos otros grupos de descontentos y buscadores de fortuna en fecha tan temprana como 376-378, poco después de que cruzasen la frontera del imperio: el historiador Amiano Marcelino nos dice que su número lo incrementaron significativamente no solo esclavos godos fugitivos, sino también mineros que escapaban de las sórdidas condiciones de las minas de oro del estado, y gente oprimida por los gravosos impuestos imperiales[88].

Los invasores no tenían sentido de solidaridad pangermana, y, si hacerlo les resultaba ventajoso, no veían el menor problema en luchar contra otros pueblos germanos en nombre de Roma[89]. Sin embargo, también parece que eran conscientes de que volver a caer en la dinámica de pequeños grupos que caracterizaba su vida al otro lado del Rin y del Danubio sencillamente habría significado suicidarse militar y políticamente. Eso no quiere decir que la diplomacia romana no fuese a veces capaz de dividir un grupo invasor. Hacia 414, los defensores romanos de Bazas, al sur de la Galia, consiguieron convencer a un grupo de alanos comandado por su propio rey para que se segregasen de los sitiadores godos y se uniesen a la defensa de la ciudad:

> Los límites de la ciudad están protegidos por soldados alanos, que han dado y recibido garantías y están prontos a luchar por nosotros, mientras que poco ha nos asediaban como enemigos[90].

Sin embargo, para el siglo v los testimonios de alianzas entre grupos invasores son más frecuentes que los de rupturas. En 418, una potente fuerza alana sufrió una derrota aplastante en Hispania de manos de los visigodos. Los pocos su-

pervivientes, se nos dice, huyeron, y, «olvidando su anterior independencia, se sometieron al gobierno de Gunderico, rey de los vándalos»[91].

Aquellos alanos sabían que en su débil estado no podían sobrevivir solos en Hispania; los vándalos, por su parte, eran igualmente conscientes del potencial guerrero adicional que les podía ofrecer un grupo de fieros combatientes alanos. La alianza de vándalos y alanos que siguió se mantuvo durante más de cien años, y fue uno de los pilares de la conquista germana de África, si bien en este caso da la impresión de que los dos pueblos no llegaron a fundirse por completo. Hasta la caída en 533 de su reino africano, el jefe vándalo se llamaba a sí mismo «Rey de los vándalos y de los alanos»: razonable es pensar tanto que los alanos deseaban conservar su identidad independiente como que los vándalos, dominantes, se mostraban reticentes a aceptarlos en plano de igualdad[92].

Agrupaciones y alianzas de este género se vieron fomentadas por las peligrosas condiciones de vida del siglo V en Occidente. También las propició sobremanera la perspectiva de suculentos botines; un ejército grande tenía muchas más posibilidades de obtener conquistas y beneficios que uno pequeño. Cuando, en 429, los vándalos partieron de Hispania rumbo a su gran aventura africana, iban con ellos los alanos, y aun otros pueblos: toda una anónima «tribu goda», y «gente de otras tribus»[93]. Tanto la necesidad como la ambición alentó la formación de grandes ejércitos. No eran buenas noticias para los romanos.

LOS LÍMITES DEL PODERÍO GERMANO

Durante los siglos IV y V, grupos germanos aislados ganaron en unidad, y por tanto en fuerza. Pero también es importante situar la unidad de estos grupos individuales en el con-

texto más amplio de la desunión germana. Cierta forma de presentar las invasiones, y mapas como el de la figura 2 de la Introducción (pág. 21 [de la edición impresa]), parece que describiesen las campañas sucesivas de una misma guerra, con una ocupación del territorio sistemática y progresiva por parte de varios ejércitos de una sólida coalición germana. Si tal fuese realmente el caso, la caída definitiva de Occidente habría ocurrido, con casi total seguridad, muy a principios del siglo V, y en el período post-romano habrían sobrevivido muchas menos estructuras de los tiempos imperiales. La realidad fue mucho más caótica y confusa, y dejó mucho más espacio para la supervivencia romana. Los distintos grupos de invasores nunca estuvieron unidos, y combatieron entre sí, en ocasiones de forma encarnizada, con la misma frecuencia que contra los «romanos», de igual modo que Roma a menudo dio prioridad a la contienda civil sobre la lucha contra los invasores[94]. Si se miran en detalle, las «invasiones germanas» del siglo V se vuelven un complicado mosaico de grupos distintos, algunos imperiales, otros locales y otros germanos, de los cuales buscaba cada uno su supremacía ya por medio de la lucha o la alianza con otros, resultando al final vencedores los grupos germanos.

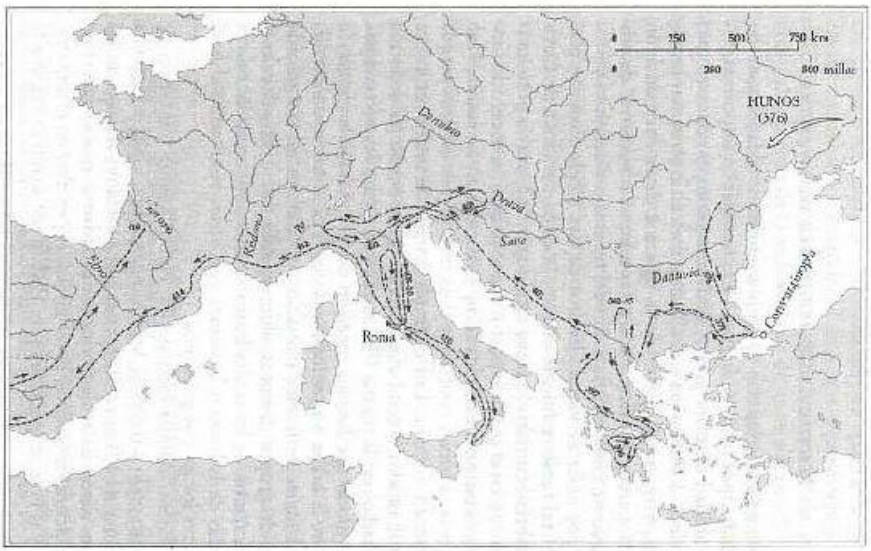


Fig. 5.—La larga migración de un ejército godo entre 376 y 419, que muestra aquí de forma simplificada, unas veces en retirada ante los hunos; a las tropas imperiales, otras en avance triunfal y otras veces en asentamientos pacíficos como habitantes del Imperio.

De hecho algunas incursiones, como la larga migración de un ejército godo a través de los Balcanes, Italia, Galia e Hispania entre 376 y 419 (figura 5), fueron algo bastante alejado de las anexiones sistemáticas de territorios colindantes que se espera de una verdadera «invasión». Estos godos, al penetrar en el imperio, dejaron sus hogares para siempre. Podían ser, según lo exigiese la situación y a veces al mismo tiempo, refugiados, inmigrantes, aliados y conquistadores, siempre nómadas en el corazón de un imperio que a principios del siglo v todavía era muy poderoso. Recientemente, algunos historiadores han subrayado con muy buen tino el deseo que tenían estos godos de que, oficialmente y con garantías, las autoridades romanas los estableciesen en alguna parte. Lo que los godos buscaban no era la destrucción del imperio, sino participar de su riqueza y obtener un hogar seguro en él. Muchos de sus actos violentos fueron, en su origen, inten-

tos de convencer a las autoridades imperiales para que mejorasen los términos de los acuerdos alcanzados[95].

La experiencia de los godos llama también la atención sobre el hecho crucial de que a menudo era posible un cierto grado de entendimiento entre invasores germanos y romanos nativos. Los pueblos que llegaban no lo hacían con una ideología contraria a Roma: querían, más que destruirla, disfrutar de una parte de su imperio. Los emperadores y las autoridades provinciales podían, como con frecuencia hicieron, llegar a acuerdos con los invasores. A modo de ejemplo, incluso los vándalos, los prototípicos «chicos malos» de esta época, de muy buen grado entablaron negociaciones encaminadas a la firma de tratados, una vez que estuvieron ya en una posición suficiente de fuerza[96]. Es, de hecho, chocante pero cierto que los emperadores alcanzasen acuerdos con los ejércitos invasores germanos (que se contentaban con el pago de dinero y tierras) más fácilmente que con los rivales en las guerras civiles (que por lo general andaban tras sus cabezas).

LA VENTA DE LAS PROVINCIAS

Dado que la situación militar del gobierno imperial en el siglo v era débil y que era posible aplacar a los invasores germanos, algunas veces los romanos firmaron tratados con grupos concretos, concediéndoles formalmente, a cambio de su alianza, un territorio donde establecerse. Para la Galia del siglo v tenemos registrados cuatro acuerdos de esta clase: con los visigodos, a quienes en 419 se dio una parte de Aquitania, en torno al eje del valle del Garona; con los burgundios, establecidos hacia 443 en el alto Ródano, cerca del lago Ginebra; con un grupo de alanos, a quienes se concedió las «tierras vacías» que rodeaban Valence hacia 440, y unos dos

años más tarde con otro grupo alano que fue establecido en una parte indeterminada del norte de la Galia[97] (figura 6).

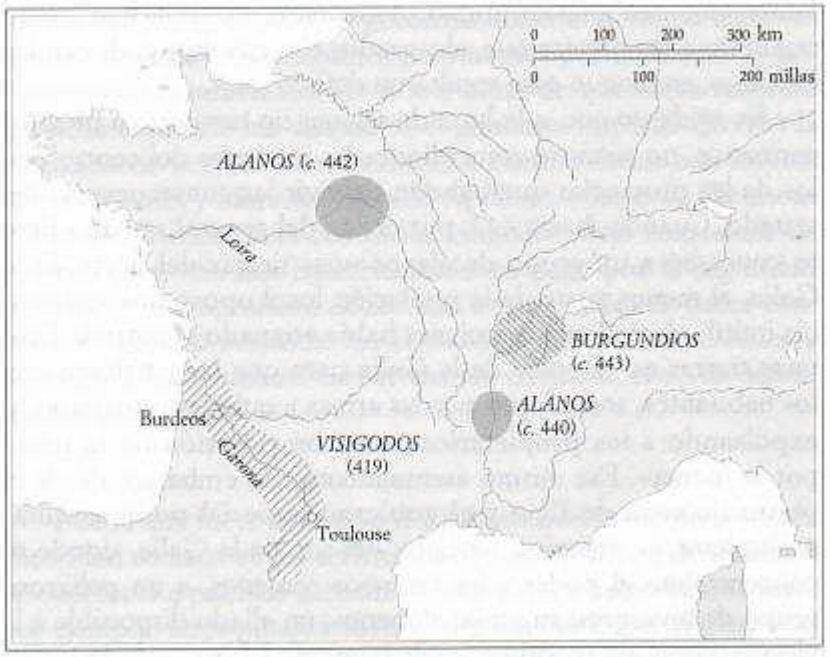


Fig. 6.—Las áreas de la Galia concedidas a los ejércitos germanos a través de un tratado formal (la ubicación y extensión del territorio se conocen solo de forma aproximada).

Últimamente, los investigadores han prestado una atención desproporcionada a estos tratados, y los han exhibido como prueba de un recién descubierto espíritu de cooperación entre invasores germanos y romanos (romanos, tanto del poder central como de las provincias). Pero ¿es realmente probable que los habitantes romanos de las provincias se alegrasen al ver cómo llegaban a los umbrales de sus casas ingentes hordas de bárbaros fuertemente armados y dirigidos por su propio rey? Necesitamos, para comprender estos tratados, tomar en consideración las circunstancias de la época y distinguir los deseos y las necesidades de las provincias que iban a tener que recibir a los invasores de las del lejano gobierno imperial que firmó los tratados.

Dudo mucho que los habitantes del valle del Garona estuviesen encantados de tener al ejército visigodo establecido entre ellos en 419; pero el gobierno de Italia, que se hallaba bajo una presión militar y financiera considerable, bien pudo ver el pacto de este asentamiento como solución provisional a una serie de problemas acuciantes. Supuso una importante alianza en un momento en que la situación de las arcas del imperio era crítica. Al mismo tiempo, alejaba de las tierras mediterráneas, corazón del imperio, un ejército errante y poderoso, convirtiéndolo en un aliado establecido en los márgenes de un núcleo imperial secundario. Asignar a estos aliados Aquitania significaba que podía llamárseles para que combatiesen contra otros invasores, tanto en Hispania como en la Galia. También podían ayudar a contener la revuelta de los *bacaudae*, que acababa de estallar en el Norte, en la región del Loira. Podría ser, incluso, que establecer esas tropas germanas fuese, en parte, una forma de castigar a la aristocracia de Aquitania, que poco antes se había mostrado desleal al emperador. Algunas de estas consideraciones, o todas ellas, pudieron influir en la decisión del gobierno imperial de asignar Aquitania a los visigodos, especialmente si el acuerdo se entendía solo como algo provisional, hasta que la situación militar romana mejorase. Con casi total seguridad, el asentamiento de 419 se diseñó según tratados previos que, alcanzados con ejércitos godos en los Balcanes, en ningún caso resultaron definitivos[98].

Es evidente que, a la hora de asignar un territorio a pueblos germanos, no siempre coincidieron los intereses del centro con los de las provincias que habrían de vivir las consecuencias del tratado. Cuando, hacia 442, por orden del general romano Ecio se concedió a un grupo de alanos unas tierras del norte de la Galia, al menos parte de la población

local opuso una resistencia inútil: «Los alanos, a quienes había asignado el patricio Ecio unas tierras en el norte de la Galia para que las partiesen con los habitantes, sometieron por las armas a quienes resistieron, y, expulsando a los propietarios, tomaron posesión de la tierra por la fuerza». Ese mismo asentamiento, sin embargo, desde el punto de vista de Ecio y el gobierno imperial podía resultar múltiplemente ventajoso: alejaba del sur de la Galia, donde se concentraban el poder y los recursos romanos, a un peligroso grupo de invasores; suponía, al menos, un aliado disponible a la vista, y ponía en su sitio a los habitantes del norte de la Galia, muchos de los cuales poco antes se habían levantado abiertamente contra el imperio[99]. Todo esto, como acabamos de leer, supone para la población local un coste altísimo, pero para el gobierno central el precio era, si no inexistente, despreciable, pues no parece probable que esta zona hiciese ya al emperador aportaciones significativas de impuestos o reclutas para el ejército. De haber ido bien las cosas (cosa que no sucedió), el asentamiento de estos alanos podría haber sido incluso un pequeño avance en la empresa de restablecer el control imperial en el norte de la Galia.

Si se daba la ocasión, el gobierno imperial no tenía inconveniente en vender a sus súbditos provinciales por un beneficio político y militar inmediato. En 475, a pesar de que había resistido heroicamente ante los visigodos, el gobierno imperial decretó la rendición de la ciudad de Clermont a cambio de las más importantes de Arles y Marsella. Sidonio Apolinar, obispo de Clermont y líder de la resistencia contra los visigodos, dejó constancia de su amargura: «Se nos ha esclavizado en pago por la seguridad de otros»[100]. La oposición de Sidonio a esta política de hacer concesiones resultó

acertada: en el transcurso de un año, Arles y Marsella habían vuelto a caer en manos visigodas, esta vez definitivamente.

Puede que fuera intención del gobierno imperial preservar la autoridad romana en los territorios donde, en virtud de tratados, se estableció a pueblos germanos. Esta parece haber sido la idea, por ejemplo, en Aquitania en 419: el gobierno imperial proyectaba continuar rigiendo el valle del Garona a través de las estructuras habituales de la administración civil provincial; los recién establecidos visigodos eran, teóricamente, una fuerza amiga y obediente asentada en un territorio que seguía siendo romano[101].

Sin embargo, fuese cual fuese su intención, introducir una caterva de guerreros expertos y fuertemente armados a quienes mandaba su propio rey supuso, a la hora de la verdad, que el control efectivo de la región cambiase rápidamente de manos. En los años 20 del siglo v, Paulino de Pella, un aristócrata romano de las inmediaciones de Burdeos, quiso recobrar del área en que se habían asentado a los visigodos cierta hacienda perdida. No buscó satisfacción de manos del gobierno imperial de Italia, ni de oficial romano alguno de Burdeos, sino que intentó valerse de los vínculos personales que tenían sus hijos con los godos recién establecidos, y con su rey. Hacia la misma época, los godos dejaron entrever que su política exterior seguía derroteros propios. Brindaron su apoyo al estado romano en varias ocasiones, en campañas contra vándalos y alanos en Hispania, pero en los años 20 y 30 del siglo v efectuaron sobre Arles, sede del prefecto romano de la Galia, una serie de ataques que, da la impresión, tenían como objetivo arrebatarle al imperio más tierras o más recursos[102]. Ya en los años 20 del siglo v, Aquitania era, más que una provincia romana que circunstancialmente albergaba un ejército aliado, un estado visigodo independiente. Más

allá de las intenciones iniciales del gobierno imperial, el poder efectivo se había traspasado a los visigodos, y, tal como fueron las cosas, nunca se retornó al estado anterior.

¿FUE LA CAÍDA DE OCCIDENTE INEVITABLE?

Antes o después, a todo imperio le llega su fin, de donde no es disparatado inferir que estaba el Imperio romano destinado a caer o desintegrarse un día; pero eso no quiere decir que la caída de Occidente tuviese que acaecer en el siglo v. De hecho, en una serie de momentos las cosas podían haber sido de otra manera, y la situación romana podía haber mejorado en vez de empeorar. La mala suerte, o la mala gestión, tuvo una parte importante en el desarrollo de los acontecimientos Por ejemplo: de haber alcanzado el emperador Valente una victoria contundente en Adrianópolis en 378 (esperando, quizá, que llegasen esos refuerzos occidentales que ya estaban en marcha), el «problema godo» podría haberse solucionado, y los bárbaros de más allá del Danubio y el Rin habrían recibido una seria advertencia. Del mismo modo, de haber culminado Estilicón en 402 sus éxitos sobre los godos en el norte de Italia, aplastándolos de forma rotunda y no dejando que volviesen en su retirada a los Balcanes, habría habido muchas menos posibilidades de que volviese a probar suerte en el imperio occidental otro grupo germano en 405 -406, o los vándalos, alanos y suevos en 406[103].

Incluso después de que, en 407, la situación de Occidente empezase a ser preocupante, la tendencia al desplome no necesariamente era irreversible. Unas pocas victorias habrían iniciado una mejora de la suerte imperial, como ya había ocurrido en la segunda mitad del siglo III De hecho, en el período comprendido entre 411 y 412, bajo el mando del general Constancio y antes de su muerte prematura, se dio un renacer parcial de tal suerte, con la pacificación de Italia y el

reestablecimiento del control imperial en gran parte del sur de la Galia y zonas de Hispania. El ataque vándalo a África que siguió en 429, la definitiva caída de Cartago en 439 y el inicio de la devastación vándala desde el mar, ciertamente fueron reveses devastadores que terminaron con la última fuente de ingresos fiable y lucrativa de Occidente. Pero ni siquiera esos sucesos tenían por qué ser fatales: se proyectaron importantes expediciones contra los vándalos en 441 y 468, con una colaboración oriental considerable, y hubo también un esfuerzo independiente de Occidente en 460[104]. Los tres conatos resultaron lamentables fracasos, terminando el de 468 en una catastrófica derrota naval; pero, de haber tenido éxito alguno de ellos, la reconquista de África y la restauración del prestigio imperial quizá habrían hecho posible que el imperio extendiese su triunfo a otras regiones, como ocurrió, de hecho, cuando Justiniano derrotó a los vándalos de forma contundente en 533, y prosiguió en la idea de reconquistar Italia.

Si las cosas se hubiesen resuelto de otro modo, podría incluso vislumbrarse un renacimiento del imperio occidental bajo una dinastía germana victoriosa. Teodorico, el ostrogodo, gobernó Italia y partes colindantes de las provincias del Danubio y los Balcanes desde 493; desde 511 también tuvo el dominio efectivo del reino visigodo de Hispania y de muchos de los territorios del sur de la Galia que antes pertenecieron a los visigodos, donde reinstauró el cargo romano tradicional de «prefecto pretoriano para las Galias», con sede en Arles. Lo cual se asemeja a los comienzos de un imperio occidental redivivo en manos de reyes germanos. Tal y como se dieron las cosas, todo esto lo truncó la invasión de Italia en 535 por parte de Justiniano; pero, de haber sido mejor su fortuna, los reyes ostrogodos posteriores podrían haberse visto en condi-

ciones de expandir ese éxito temprano, y quién sabe si podrían haber resucitado el título imperial de Occidente siglos antes de que lo hiciera Carlomagno en el año 800[105].

¿QUÉ HIZO ORIENTE PARA SOBREVIVIR?

La parte oriental del Imperio romano sobrevivió a los ataques germanos y hunos de este período, y durante el siglo V y principios del VI vivió un período de esplendor; su fin, de hecho, llegaría solo mil años después, con la conquista turca de Constantinopla en 1453. Ninguna versión de la caída del imperio occidental puede considerarse completa si no se plantea abordar cómo consiguió Oriente resistir a una presión externa muy parecida. En mi opinión, el factor decisivo fue, más que una mayor fuerza innata, la buena suerte[106].

Cualquier teoría que sostenga que Oriente era mucho más poderoso que Occidente la desmonta el hecho incontestable de que fue el ejército regular *oriental* el derrotado y masacrado en Adrianópolis en 378. Esta derrota provocó en Oriente una crisis inmediata y profunda: los Balcanes quedaron devastados, la propia Constantinopla se vio amenazada (si bien fue salvada por la presencia de tropas árabes) y se ejecutó a los soldados godos del ejército romano como medida de precaución. La pérdida de aproximadamente dos terceras partes del ejército regular oriental, con todo su armamento, requirió para su reparación años de gasto y esfuerzo. De hecho, hasta que entraron los godos en Italia en 401 con Alarico al mando, fueron los emperadores orientales, no los occidentales, quienes, en ocasiones, necesitaron apoyo de la otra mitad del imperio (en 377, 378, 381, 395 y 397). Después de que, en 376, irrumpiesen los godos en el imperio, la política de los emperadores orientales hacia ellos fue ya de alianza, ya de agresión, pero da la impresión de que, a partir de 380, sus ambiciones se vieron reducidas a contener la amenaza goda,

con poca esperanza de erradicarla o conducirla fuera del territorio imperial[107].

Fue también importante el fracaso del imperio oriental ante una amenaza que sufrieron los Balcanes en el siglo v, los hunos, los cuales eran, además, diestros en la toma de ciudades por asalto. Los ejércitos orientales no infligieron a los hunos ninguna derrota seria en campo abierto, y sufrieron algunos desastres importantes, como la caída y el saqueo de la gran ciudad fortificada de Naissus en 411; siete años después, una delegación de Constantinopla halló la ciudad aún deshabitada, y tuvo dificultades para encontrar un lugar donde acampar, pues toda la zona estaba sembrada de huesos de caídos durante el desastre. En 447, el jefe huno Atila consiguió aumentar el tributo anual que le pagaba el emperador oriental a 2100 libras de oro, más otras 6000 libras de oro en concepto de retrasos, una suma suficiente para construir cada año casi seis iglesias del tamaño de la de San Vital de Rávena. Según la fuente que tenemos para este aumento del tributo, que es todo excepto desapasionada, la miseria que siguió abocó a los contribuyentes romanos al suicidio. Y fue un ejército occidental (aunque en esa época lo formaban sobre todo aliados germanos independientes) mandado por Ecio el que acabó por infligir una derrota significativa a Atila, en la batalla de los Campos Cataláunicos de 451[108].

El factor decisivo que desequilibró la balanza a favor de Oriente no fue el potencial mayor de sus ejércitos, ni, consecuencia de ello, su mayor éxito en el combate, sino una simple ventaja geográfica: una estrecha franja de mar (el Bósforo, el mar de Mármara y los Dardanelos) que, con una anchura inferior en algunos puntos a los 700 metros, separa Asia de Europa. Durante el siglo v, a esta línea de defensa natural se destinó una cantidad importante de tropas, con la

construcción de fortificaciones que hicieron de Constantinopla el mayor alcázar del mundo romano. Situada en la costa europea del Bósforo, Constantinopla se convirtió en un baluarte contra los enemigos de los Balcanes, protegida como estaba por formidables edificaciones defensivas: las «murallas largas», que precintaban toda la península, a cuyo extremo se hallaba el estrecho y la ciudad, eso sin contar las extraordinarias murallas triples de la propia Constantinopla (figura 2, pág. 60). Pero fue el mar, y la hegemonía naval romana, quienes determinaron la supervivencia del imperio oriental: los invasores del Norte podrían haber pasado por alto Constantinopla y sembrar el caos en el interior del imperio, pero el estrecho y la armada romana suponían un obstáculo invencible. No es sorprendente que se decretase en Oriente una ley en 419 amenazando con la muerte a «quienes transmitieren a los bárbaros el arte, antes por ellos ignorada, de construir naves» [109] (figura 7).

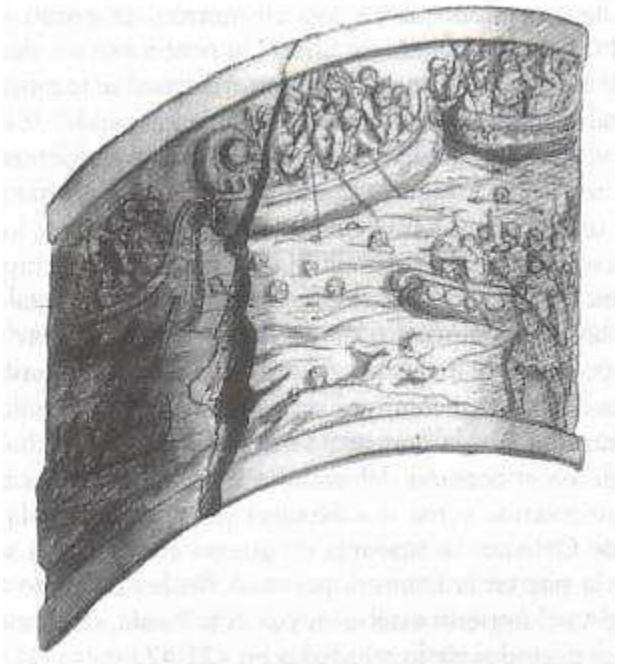


Fig. 7.—Las ventajas del poder naval y de una estrecha franja de agua. Durante una rebelión del ejército en 399-400, los sublevados intentaron cruzar el Bósforo en balsas improvisadas, pero fueron capturados y masacrados por las tropas imperiales. Esta escena se muestra aquí en la columna levantada en Constantinopla para conmemorar la derrota de los rebeldes. (La columna fue destruida en el siglo XVIII, pero sus relieves son conocidos gracias a bocetos como este, de antes de su destrucción.)

El estrecho protegía la mayor parte de los territorios tributarios del imperio oriental. Si bien en más de una ocasión los godos y los hunos consiguieron devastar los Balcanes y Grecia, llegando incluso al Peloponeso, la presencia del mar significaba para ellos la imposibilidad de pasar a Asia Menor. Así, las provincias más ricas de Oriente, desde Constantinopla al Nilo, quedaron libres de las turbulencias de finales del siglo IV y del siglo V, salvo por una osada incursión que en 395 ejecutaron un grupo de hunos sobre el Cáucaso, Armenia y Siria. Un porcentaje sin duda mayoritario de los contribuyentes del imperio oriental se mantuvo a salvo (es probable que bastante más de dos terceras partes), y, de hecho, durante el siglo V gozó de una prosperidad sin precedentes. La pérdida de territorio y seguridad en los Balcanes fue seria y supuso siempre una amenaza para Constantinopla, que durante los siglos V y VI se convirtió en residencia fija y capital de los emperadores orientales. Pero no fue desastrosa. En un imperio oriental abastecido por las seguras provincias de Asia Menor, Oriente Medio y Egipto, podía darse incluso el debate de si era mejor combatir a los invasores del Norte o comprarlos con oro y tierras balcánicas[110].

Naturalmente, la guerra y la desolación podían haberse introducido en el corazón del imperio oriental por otros medios, y fueron necesarios otros dos factores para garantizar la supervivencia de Oriente: la ausencia de guerra civil, que ya se analizó antes, y la paz en la frontera persa. A finales del siglo IV y a lo largo del V, el imperio estaba en paz con Persia, excepción hecha de breves períodos de hostilidades

en 421-422 y 441-442. Esto se debía, de un lado, a la buena suerte (a menudo, los persas tenían graves problemas propios que resolver en alguna otra parte), pero también influyó la buena gestión. Tras la experiencia, muy distinta, de los siglos III y IV, durante el siglo V tanto persas como romanos parece que comprendieron que la guerra no siempre era lo que más les beneficiaba, y que alcanzar acuerdos pacíficamente sobre eventuales diferencias era, además de posible, deseable. Los romanos llegaron a contribuir intermitentemente a los gastos de defensa de las «puertas del Caspio» persas, una ruta vital hacia el Cáucaso cuya defensa frente a invasores de las estepas interesaba a ambos imperios.

No cabe duda de que la paz con Persia, al final del siglo IV y durante la mayor parte del V, fue de gran importancia para la supervivencia y bienestar del Imperio romano de oriente, ya que, como hemos visto, resultaba imposible combatir con éxito en más de un frente a la vez. De hecho, los hunos sacaron partido de las dos veces que el imperio se vio enredado en guerras persas, en 421-422 y en 441-442 (hubo también entonces una importante expedición contra el África vándala), iniciando inmediatamente en los Balcanes campañas victoriosas[111].

La historia del imperio oriental podría haber sido completamente distinta si una franja de mar no separase la moderna Europa y Asia. De hecho, si los godos hubiesen sabido continuar su aplastante victoria de Adrianópolis en 378 con campañas e incursiones hasta el interior de Asia Menor y Siria, Oriente podría haber caído mucho antes que Occidente. La geografía lo salvó, con una pequeña contribución humana.

Una ventaja similar tuvo también el imperio occidental, pero, desgraciadamente, con resultados menores y durante

un período mucho más breve. Gracias al mar, y a la hegemonía de la armada romana, África y las islas mediterráneas (incluyendo la opulenta Sicilia) quedaron a salvo de la devastación inicial. Tras saquear Roma en 410, los godos intentaron alcanzar Sicilia, pero, una vez llegaron a la puntera de Italia, donde se vieron incapaces de cruzar el estrecho de Mesina, se les obligó a emprender la retirada. Cinco años después, alcanzaron el extremo meridional de Hispania en la esperanza de pasar al norte de África, pero en el estrecho de Gibraltar de nuevo se les hizo retroceder. El poderío naval romano de Occidente supo defender estas reducidas franjas de mar con la misma eficacia con que defendió el Bósforo y los Dardanelos la armada oriental, pero, por desgracia, la zona franca de Occidente (África, Sicilia y el resto de islas) era mucho más pequeña que las provincias seguras de Oriente, y debieron de producir unos ingresos mucho menores: mientras que más de dos terceras partes de los impuestos que recaudaba Oriente estaban a salvo, en Occidente el porcentaje era probablemente inferior a un tercio. Para colmo de infortunios, también eso se perdió en los años que siguieron a 429, cuando los vándalos triunfaron en su intento de cruzar el estrecho de Gibraltar. En 439 ya habían conquistado Cartago y las provincias más ricas de África, y poco después dieron inicio a un período de conquistas e incursiones marítimas que hizo que Sicilia y las otras islas mediterráneas occidentales sufriesen daños muy serios[112].

En cierto modo, pues parece una burla a los empeños humanos —y a los intentos de los historiadores de poner orden sobre el pasado—, me resisto a creer que una diferencia geográfica fortuita sea esencial para explicar la llamativa situación de finales del siglo v, inimaginable solo cien años antes: un imperio oriental más rico y más poderoso que nunca, y

un imperio occidental que había desaparecido por completo. Son muy relevantes, sin embargo, las pruebas de que la mayor defensa del imperio oriental fue una estrecha franja de agua, fortalecida por la hegemonía en el mar y por la paz en otros frentes. A Occidente, en cambio, al no tener esta ventaja, a comienzos del siglo v una serie de invasiones lo lanzaron a una espiral viciosa de devastación, una pérdida de ingresos y una amarga contienda interna de la que nunca habría de recuperarse.

3

VIVIR BAJO LOS NUEVOS AMOS

El cronista Hidacio, al describir la forma en que, después de dos años de guerra, se dividieron Hispania en 411 vándalos, suevos y alanos, atribuyó la nueva situación a la misericordia de Dios: «Después de haber sido devastadas las provincias de Hispania por los azotes que he descrito, por la gracia de Dios los bárbaros se dispusieron a hacer la paz, y, en virtud de un acuerdo, dividieron las provincias entre sí [...]. Aquellos hispanos [...] que habían sobrevivido a los desastres, se sometieron a la esclavitud que imponían los bárbaros que gobernaban las distintas provincias»[113] Tras dos años terribles de guerra y destrucción, los acuerdos entre bárbaros trajeron al menos cierto grado de paz.

La forma en que presenta Hidacio la «esclavitud que imponían los bárbaros» es sin duda exagerada. Una vez la violencia concluyó, en numerosas áreas del antiguo imperio occidental volvió a florecer gran parte de la estructura social de tiempos imperiales, con muchos de sus esquemas culturales y administrativos. Si consideramos un reino germano de finales del siglo v como el ostrogodo de Italia, donde continuaban los juegos en el circo y en el anfiteatro, y las antiguas familias romanas contendían por las magistraturas, cabe incluso preguntarse si realmente algo había cambiado. Tenía, sin embargo, también razón Hidacio en que la paz y el

gobierno germano llegaron a cambio del pago de un alto precio.

EL PRECIO DE LA PAZ

Los recién llegados exigieron, y obtuvieron, una parte del grueso de las riquezas imperiales, lo que en aquel momento significaba, antes que nada, tierra. Sabemos con certeza que muchos de los terratenientes de época post-romana eran de ascendencia germana, si bien tenemos muy poca información sobre la forma precisa en que obtuvieron este patrimonio de sus anteriores propietarios. Esporádicamente, sin embargo, sí contamos con algunos datos. Ya hemos visto a aquellos terratenientes del norte de la Galia que, para su desgracia, queriendo resistirse hacia 442 a que, en virtud de un tratado, se estableciesen en sus pagos unos alanos, lo perdieron todo. En África, con la conquista vándala, sabemos de aristócratas que perdieron todas sus propiedades y hubieron de huir: en 451, el emperador occidental Valentiniano III promulgó una ley concediendo «a los dignatarios y terratenientes de África a quienes la devastación enemiga ha dejado en la indigencia» tierras en provincias vecinas que aún estaban bajo control imperial. Para otras partes la información es, aunque siniestra, mucho menos precisa. Gildas, por ejemplo, nos cuenta cómo en la Britania del siglo VI.

> [...] a una parte de los desdichados supervivientes los cogieron en las montañas y los asesinaron sumariamente. Otros, rotos sus ánimos por el hambre, fueron a rendirse ante el enemigo; se les destinó a ser esclavos para siempre [...]. Otros se hicieron a la mar, en pos de otras tierras; en las repletas embarcaciones se lamentaban con grandes voces, cantando un salmo [...]. «Nos has entregado para que nos devoren como a oveja, y nos has desamparado entre los paganos».

La historia de Gildas, aunque desde luego muy exagerada, la corroboran parcialmente indicios de que los británicos

emigraron en este período, dejando su patria para establecerse en Bretaña, al otro lado del canal de la Mancha[114].

En unas cuantas zonas del imperio, de las cuales solo estamos en condiciones de considerar Italia, se dio una división de los recursos organizada y formal entre recién llegados y población nativa. En 476, el general Odoacro dirigió en Italia un golpe de estado que derrocó al último emperador de Occidente y repartió «un tercio de las tierras» de la península entre su soldadesca germana. Como es común para esta época, no tenemos indicios suficientes para saber con certeza lo que recibieron en realidad los soldados rebeldes, y recientemente ha sido un tema importante de debate entre los estudiosos que creen que solo se concedió a los germanos el cobro de impuestos y los que sostienen que llegó a repartirse la tierra[115]. Para quien piense que solo se concedió el cobro de impuestos, la distribución inicial de los recursos debió de ser en Italia indolora para los terratenientes italianos. Solo el estado habría sufrido, al perder el ingreso de los impuestos, pero incluso esta pérdida se habría visto compensada al no tener ya necesidad de mantener el ejército.

Personalmente, tengo la convicción de que en 476 se arrebató algunas tierras a los terratenientes italianos, y que, por tanto, los asentamientos fueron traumáticos. Lo creo porque una serie de textos diversos habla del reparto de «la tierra», «del suelo» y «de las haciendas», no de los impuestos, y porque también hay mención explícita de «pérdidas» sufridas por la población romana. A modo de ejemplo, al describir la asignación de recursos a los ostrogodos de Italia, una carta oficial, que sin duda busca minimizar el impacto del asentamiento en los romanos de Italia, aun así habla de cómo «las *pérdidas* han aumentado la amistad entre los dos pueblos, y con *el reparto de la tierra* hemos ganado un protector»[116].

Solo con un grado de ingenuidad muy alto podrían interpretarse estas referencias a tropas germanas que reciben tierras como una forma metafórica de describir concesiones de impuestos. Pero, si realmente el asentamiento solo supuso la transferencia del cobro de impuestos del estado a los invasores, ¿por qué no se hace alabanza abierta de ello, y por qué se habla de «pérdidas»?

Fuera cual fuera la asignación inicial de recursos para los nuevos amos germanos, nadie discute que muy pronto en todas las zonas del imperio estos incrementaron la riqueza que se les había concedido por medio de un astuto uso, cuando no abuso, del poder. Este estaba ahora, naturalmente, en última instancia en manos germanas, por mucho que los nuevos gobernantes a menudo compartiesen de buen grado su autoridad con magistrados romanos. Es probable que el grado de poder compartido con la aristocracia romana variase según la zona. Por ejemplo, en la Italia de comienzos del siglo VI eran muchos los ostrogodos establecidos en el Norte, como defensa ante ulteriores invasiones, y en esas condiciones su poder y autoridad debieron de manifestarse con vehemencia. En el sur de Italia y Sicilia, en cambio, la presencia de los nuevos gobernantes no era demasiado intensa; cuando Belisario, general de Justiniano, invadió Italia desde el sur en 535-536, solo encontró la resistencia de una ciudad con una guarnición goda consistente al llegar a Nápoles, recorrida ya una tercera parte del camino de la península. Pero todas las ciudades bajo dominio ostrogodo tenían, al menos teóricamente, «condes de la ciudad» godos al frente de una guarnición militar, y «condes de los godos» con autoridad sobre cualquier habitante godo. Estos «condes de los godos» también ejercían un poder muy importante sobre los nativos de Italia: la última palabra en cualquier litigio que pudiese darse

entre un romano y un godo[117]. De la misma forma que en estados coloniales recientes, como la India británica, los magistrados nativos de la Italia ostrogoda no tenían potestad para juzgar a un miembro de la raza gobernante.

Como no es de extrañar, y con un buen precedente creado por los mismos romanos, los nuevos habitantes germanos no tardaron en usar su poder para adquirir mayores riquezas. Se nos dice, por ejemplo, que Teodato, sobrino de Teodorico, el rey ostrogodo de Italia, fue un hombre que «se había hecho dueño de la mayoría de las tierras de la Toscana, y ansiaba arrancar el resto a sus propietarios por métodos violentos», y que para él «tener un vecino era una especie de infortunio». Teodato, al ser un pariente cercano del rey, estaba excepcionalmente bien situado para abusar del poder y amalgamar haciendas masivas, pero en el ámbito local debió de haber muchos otros godos que se llenasen los bolsillos tranquilamente aprovechando su monopolio del poder militar, y la inmunidad política que les concedía. Sabemos, por ejemplo, de dos desgraciados pequeños propietarios italianos a quienes desposeyó y esclavizó un poderoso godo, Tanca. Esta historia concreta teóricamente acabó bien, por recibir un oficial la orden de investigar las actividades de Tanca: «Someterás a examen toda la verdad del litigio entre las partes, y dictarás una sentencia que esté de acuerdo con la ley y corresponda a tu carácter». Sin embargo, el hombre que recibió estas elevadas directrices era también un godo, Cunigasto, el cual, según sabemos, se hizo también famoso por abusar del poder. El aristócrata romano Boecio escribió de él: «Cuántas veces me ha ocurrido encontrarme a Cunigasto yendo a asaltar los bienes de alguna persona indefensa»[118]. La historia no registra los destinos de nuestros dos millones de peque-

ños propietarios italianos, pero, en manos de Tanca y Cunigasto, su suerte estaba echada de forma muy adversa.

TRABAJAR CON LOS NUEVOS AMOS

Una vez que la paz se estableció, el gobierno germano no fue para toda la población nativa una calamidad irremediable. Después de todo, como vimos al comienzo de este capítulo, no cabe duda de que la fundación de los nuevos reinos restauró cierto grado de estabilidad en Occidente, permitiendo que la vida normal siguiese su curso, si bien bajo nuevos amos. Los ostrogodos de Italia presentaron abiertamente su gobierno bajo esta consigna: «Deja que, mientras el ejército godo hace la guerra, los romanos vivan en paz»[119]. Merece la pena, sin embargo, recordar que hablamos de una «paz» que se daba en el contexto de un imperio que, si no estaba muriéndose, estaba ya muerto, y siempre partimos de las terribles condiciones de gran parte del siglo V. En el IV, antes de que empezasen las invasiones de Occidente, jamás se había dado el caso de necesitar gran número de tropas lejos de las fronteras, en zonas como Italia, con la península completamente a su merced. Si el asentamiento de ejércitos germanos era un modo adecuado de recobrar la estabilidad, lo era *faute de mieux*.

Afortunadamente, los invasores entraron en el imperio en grupos lo bastante pequeños para dejar a los nativos recursos suficientes. Además, para que sus regímenes pudiesen funcionar con fluidez, los nuevos gobernantes necesitaban y buscaban en la aristocracia administradores y partidarios. El autor de un sermón pronunciado en Riez, ciudad del sur de la Galia, poco después de su rendición a los visigodos, ocurrida hacia 477, adoptaba una pose de arrogancia, pero no era del todo insincero cuando decía a los conquistadores: «Mirad, el mundo entero tiembla ante el clamor de esta, la

más poderosa de las razas, y sin embargo, quien era considerado un bárbaro, viene a vosotros con una disposición romana [...]»[120]. Los pueblos germanos entraron en el imperio sin una ideología que deseasen imponer, por lo que encontraron más ventajoso y conveniente trabajar desde el interior de las venerables y sofisticadas estructuras de la vida romana. Los romanos, como grupo, innegablemente perdieron tanto riqueza como poder al plegarse a las necesidades de una nueva aristocracia germana dominante; pero no lo perdieron todo, y fueron muchos los romanos que supieron medrar bajo la nueva ley.

En muchas regiones, a pesar de expropiaciones y pérdidas, hubo familias aristocráticas romanas que se mantuvieron ricas e influyentes bajo gobierno germano. En la Italia central y meridional, por ejemplo, todo lleva a pensar que la aristocracia conservó su posición, al menos durante el siglo VI; en la Galia, sobre todo en el sur, son demasiadas las familias notables de las que sabemos que, al menos en parte, siguieron disfrutando de su riqueza y posición. Incluso en zonas donde tuvo lugar una expropiación brutal, como el África vándala y la Britania anglosajona, o bien se puede demostrar que es falso, o bien es muy improbable que todos los terratenientes nativos fuesen desposeídos. De un tal Victoriano de Hadrumento, que desde luego no era de ascendencia vándala, se nos dice que era, en 484, «poderoso como hombre ninguno en África», y había llegado, al servicio de los vándalos, a la magistratura de «procónsul de Cartago». A finales del siglo VII, el rey Ine de Wessex promulgó leyes para su propio pueblo sajón y para los bretones bajo su jurisdicción. Tales leyes incluían una referencia a los bretones (llamados por su nombre inglés, «Welshmen») con haciendas significativas y un estatus legal considerable: «Un bretón, si tiene cinco bueyes,

es un hombre de seiscientos chelines de *wergild* (valor de sangre, esto es, lo que valía su vida)». Ni siquiera en Britania los invasores habían desposeído a todo el mundo[121].

Es posible que los pequeños propietarios, y en particular los arrendatarios, tuviesen incluso más éxito que la aristocracia a la hora de conservar sus tierras: aunque el número de invasores e inmigrantes era significativo, no era aplastante. Mientras que un grupo germánico grande probablemente lo formasen algunas decenas de miles de individuos, la población de regiones como Italia y el África romana era de varios millones. En el caso de los vándalos, leemos que su caudillo Geiserico los mandó contar cuando pasaron a África en 429, y que sumaban 80 000 (niños, viejos y esclavos incluidos). Considerando que —es fama— Geiserico ordenó aquel censo en la idea de hacer «de la reputación de su pueblo fuente de espanto», es razonable pensar que su resultado sea una exageración notable[122].

En el caso de los anglosajones y otros pueblos que colindaban con territorio romano por tierra o por mar, el número de inmigrantes es probable que fuese sustancialmente mayor, pues aquí a las conquistas iniciales podían seguir con facilidad migraciones secundarias. Sin embargo, salvo quizá en zonas de frontera propiamente dicha, no resulta verosímil que fuesen cifras tan altas para que muchos campesinos quedasen desposeídos. Buen número de pequeños propietarios seguramente conservó su tierra como hasta entonces, con la diferencia de que una parte importante de los impuestos y la renta que pagaban, ahora iba a enriquecer a amos germanos. Al sur del reino vándalo de África, en la década de 1920 se descubrieron cuarenta y cinco tablillas inscritas de finales del siglo v. Hablaban de pequeños propietarios romanos, beneficiarios de concesiones en virtud de leyes romanas de no-

table antigüedad: no se advierte cambio alguno en la vida de los granjeros de esta zona, salvo que ahora las concesiones se fechaban según el año del reinado de un rey vándalo[123].

La mayor parte de los nuevos gobernantes dirigió sus reinos con un estilo que seguía de cerca el del imperio, y eso exigía gestores romanos para su correcto funcionamiento. Con la excepción de Britania y parte de los Balcanes, la mayoría de las estructuras básicas de la sociedad, que necesitaban romanos con experiencia que las mantuviesen (la Iglesia cristiana, las ciudades, la administración secular, el Derecho romano, etc.), se mantuvieron bajo dominio germano, al menos en la primera época. En ciertas partes del antiguo imperio, de hecho, los nuevos gobernantes hacían ostentación de conservar maneras romanas: como rezaba una consigna de propaganda ostrogoda en Italia a comienzos del siglo VI, «la gloria de los godos es proteger la vida civil»[124]. Con los ostrogodos en el poder, toda la estructura administrativa y legal del estado romano —que, naturalmente, era tan eficaz como aprovechable— se mantuvo, y las magistraturas civiles tradicionales continuaron en manos de la aristocracia romana. Los primeros reyes germanos de Italia, incluso acuñaban sus monedas de oro en nombre del emperador que reinaba en Oriente, como si el Imperio romano aún existiese (figura 1).

Fig. 1.—El imperio se mantiene con vida en Occidente, solo de nombre. Una moneda de oro acuñada por el rey ostrogodo de Italia, Teodorico. Lleva el busto y el nombre del emperador oriental, Anastasio, y es idéntica a las monedas acuñadas por el propio gobierno de este. La única indicación de que es una moneda producida en un reino germánico independiente es la pequeña marca de acuñación de Rávena en el reverso, cerca de la cruz que sostiene el ángel.

Los reyes germanos, cuando trataron a sus súbditos con brutalidad —pues en ocasiones lo hicieron—, generalmente usaron maneras muy romanas, y les llevaron a ello motivos romanos. El rey vándalo Hunerico (477-484) —cristiano arriano, como el resto de su pueblo— fue, según el punto de vista, o un hereje y un salvaje perseguidor del credo católico, mayoritario en África, o un gobernante atento y ortodoxo que quiso liberar a sus súbditos del lodazal de errores doctrinales en que retozaban. Organizó su ofensiva contra los católicos con un estilo auténticamente romano, promulgando edictos en latín que recalcaban sus propios títulos de gobernante, los errores de los herejes «homo-ousianos» —así se refería a los católicos— y su condición de ministro de la Providencia: «En este asunto, nuestra Clemencia ha seguido el deseo de la voluntad divina [...]».

Semejante gobierno «romano» requería el servicio de romanos, tanto en el nivel de los humildes clérigos y funcionarios como en el de los gestores de extracción aristocrática. De los de rango más humilde, es cierto que apenas sabemos nada, pero hay una historia que alguna luz sí echa sobre ellos, de nuevo en el África vándala, reinando Hunerico. El rey, según parece, tenía un empeño especial en evitar posibles conversiones de vándalos al catolicismo; en esta idea, dispuso que se prohibiese entrar a iglesias católicas a quien llevase ropas vándalas, y apostó hombres armados que velasen por el cumplimiento de esta ley, ejerciendo contra los infractores una considerable brutalidad. A esta orden se opuso con vehemencia el obispo católico de Cartago, Eugenio, «porque buen número de nuestros católicos acudían al tem-

plo ataviados en sus ropas [vándalas], ya que trabajaban en la casa real»[125].

Para los reyes germanos era importante trabajar codo a codo con consejeros y asesores de la aristocracia romana, tanto para asegurar un funcionamiento correcto y provechoso de la administración como para poder estar seguros del apoyo político local. Todos los nuevos reinos de los que nos han llegado testimonios ofrecen algún ejemplo de acuerdos ventajosos para las dos partes entre reyes germanos y miembros de la aristocracia local: el rey daba a la aristocracia local acceso al poder, así como garantías de conservación de sus tierras y su posición, y les concedía privilegios y riquezas; los aristócratas, a cambio, prestaban servicio y ofrecían su apoyo, tanto en la corte como en los municipios. Incluso para la Britania anglosajona tenemos documentado este tipo de acuerdos. Las leyes de Ine nos hablan de los «jinetes galeses» del rey, británicos que habían entrado al servicio del rey de los sajones de Occidente como guerreros a caballo y, consecuencia de esto, habían ganado un estatus legal privilegiado[126].

Fuera de Britania, los ejemplos de cooperación entre la aristocracia romana local y los reyes germanos son innumerables. Por desgracia, la naturaleza misma de las fuentes de que disponemos hace que sean pocos los detalles sobre qué ventajas obtenían exactamente de su servicio estos romanos, pero está fuera de toda duda que un romano como Casiodoro, uno de los principales consejeros de Teodorico, y sucesor suyo como rey de Italia, debió de recibir de su amo espléndidas recompensas. La desintegración del imperio unificado, y su sustitución por un mosaico de cortes germanas, supuso para los provinciales romanos un acceso a la influencia y al poder más directo del que habían tenido durante el siglo IV,

cuando no había más que una corte imperial, generalmente muy alejada. Paulino de Pella, por ejemplo, un terrateniente del suroeste de la Galia, recibió la importante magistratura de «conde de la liberalidad privada» de manos de un emperador-títere que los visigodos establecieron durante su estancia en el sur de la Galia entre 412 y 416. Esto suponía una zancada tremenda en la ascensión de un aristócrata provincial galo, si bien, para desgracia de Paulino, su ambición se vio truncada al retirarse los godos del sur de la Galia y restaurar desde Italia su autoridad Honorio, el emperador. Sin embargo, el asentamiento de los visigodos en torno a Toulouse y Burdeos en 419 devolvió a Paulino la esperanza: dos de sus hijos fueron a vivir a Burdeos con los godos, en la idea de fortalecer los intereses de la familia. Tristemente, una vez más estas esperanzas de poder e influencia resultaron perecederas: ambos hijos murieron jóvenes, habiéndose ganado uno de ellos «tanto la amistad como la ira del rey». Hubo, no obstante, otros con mejor fortuna: Paulino nos cuenta que, en la época en que escribía —hacia 458—, «se ven muchos que florecen bajo el favor godo»[127].

La mayoría de los aristócratas de los que sabemos que entraron al servicio de los germanos a lo largo del siglo V y principios del VI, aún lo hicieron de la forma romana tradicional: como civiles. A finales del siglo V, Sidonio Apolinar, el decano de las convenciones de la aristocracia gala cultivada, escribió a Siagrio, el bisnieto de un cónsul romano del mismo nombre. Este Siagrio junior había entrado al servicio de los burgundios con buen pie, y era muy requerido como traductor y asesor jurídico. Su papel de «nuevo Solón con los burgundios» le había proporcionado una influencia considerable sobre sus nuevos amos: «te quieren, te visitan, te buscan; los deleitas, y te eligen; te consultan, tomas decisio-

nes, y te escuchan». Sin embargo, ya desde época temprana hubo también romanos que entraban al servicio de los nuevos reyes como guerreros. Italia gozó de paz durante la mayor parte del siglo V y comienzos del VI, por lo que fue una de las últimas regiones donde se mantuvo la antigua tradición romana de una aristocracia desmilitarizada, pero incluso aquí hubo romanos, como un tal Cipriano, que sirvieron a sus nuevos amos godos en cargos militares con la misma lealtad y entrega que en los civiles[128].

Ante un régimen como el de los ostrogodos en la Italia de principios del siglo VI, no debemos imaginar una nítida división horizontal del poder y los recursos, con solo godos sobre la línea y bajo ella romanos solo. Romanos como Casiodoro y Cipriano fueron muy ricos, y fueron poderes fácticos del país, pudiendo imponer allí su autoridad sobre la de muchos godos humildes. Por otra parte, tampoco debemos perder de vista que tanto el poder derivado del rey como casi todo el militar podía que estuviese en manos de godos, y que en casos de querella entre un godo y un romano era siempre un juez godo el que presidía el tribunal. En otras zonas de Occidente, las ventajas formales de los nuevos habitantes a veces eran incluso mayores. En la Ley Sálica de los francos, hacia 500, a los romanos se les ofrecía la protección de un *wergild* («valor de sangre»), como a sus vecinos francos. Dentro de los romanos, los pertenecientes al séquito del rey tenían un *wergild* mayor que los francos libres ordinarios, pero —y esto habla por sí solo— los francos del séquito real se establecía que valían exactamente el doble que un romano equivalente; del mismo modo, a los terratenientes romanos «ordinarios» (no al servicio del rey) se los valoraba exactamente en la mitad del precio de un franco normal libre.

> Pero si alguien matare a un franco libre [...], puédanle ser exigidos [...] 200 *solidi*.
>
> Pero si un terrateniente romano [...] es muerto, puedan ser [...] exigidos por él [...] 100 *solidi*.

Unos doscientos años más tarde, en Ine (Wessex), la situación era semejante: el «valor de sangre» de un británico al servicio del rey era superior al del de un sajón ordinario, pero muy inferior al de un sajón de posición equivalente. Las ventajas que suponía la riqueza y el patronazgo del rey significaban que, en el contexto de los nuevos reinos, algunos nativos se encontraban muy por encima en la pirámide social que muchos colonos germanos, pero, en el caso de colonos y nativos de igual riqueza y posición, las estructuras —ya formales o informales— favorecían siempre al recién llegado[129].

EL BIGOTE DE TEODORICO Y LA IDENTIDAD GERMANA

Naturalmente, con el tiempo la distinción entre gobernantes germanos y súbditos romanos iba tomándose difusa, y acabó por desaparecer del todo. El cambio fue, no obstante y sin lugar a dudas lento. Es también muy difícil documentarlo, porque las fuentes de que disponemos rara vez registran la clase de detalles que nos permitiría hacernos una idea de la separación y la posible asimilación culturales —qué idioma se utilizaba, por ejemplo—. La Italia ostrogoda es, con diferencia, de los reinos germanos de los primeros tiempos el caso mejor documentado, pero son solo retazos desperdigados los que nos dan a conocer el hecho, si no sorprendente significativo, de que los godos seguían hablando su gótico materno aun viviendo en Italia, y que algunos romanos optaron por aprender la lengua de sus nuevos amos[130]. Casiodoro nos dice que Cipriano, ese leal servidor de los reyes ostrogodos que vimos antes, había aprendido gótico, y también a

sus dos hijos los educó en ese idioma. Da la impresión de que el gótico era la lengua preferida de la élite goda, y eso haría que conocerlo fuese ventajoso. En su relato de la conquista de Italia por Justiniano en los años 30 y 40 del siglo VI, Procopio intercala dos historias donde encontramos a ostrogodos ordinarios comunicándose entre sí en gótico unos cuarenta años después de que su pueblo llegase a Italia. En una de las historias, acaecida durante el sitio de Roma de 537-538, aparece un soldado godo dirigiéndose a sus camaradas «en su lengua materna». La otra, ocurrida en 536, narra cómo Bessas, un soldado del ejército de Justiniano «godo de nacimiento», habla «en la lengua de los godos» a dos soldados enemigos que defendían Nápoles —probablemente fuesen ostrogodos—. El gótico hablado se mantuvo entre los ostrogodos de Italia durante los años 30 del siglo VI. Los godos de Italia aún estaban lejos de integrarse del todo con la mayoría latinoparlante [131].

Muy interesante es también un documento que muestra cómo el propio rey Teodorico, y uno de sus sucesores, seguía sintiéndose distinto de sus súbditos romanos, siendo la razón, casi con toda seguridad, sentirse todavía «gótico». Podemos afirmar que corresponde a Teodorico una retrato que conservamos en un medallón de oro conocido como el «medallón de Senigallia» (figura 2). Aparece de una forma muy romana, identificado por una inscripción latina y título romano, llevando una coraza y un manto —a la manera de los retratos en monedas de emperadores romanos orientales—, y sosteniendo una bola del mundo coronada por una Victoria, pero a esto se añaden unos largos cabellos que le cubren las orejas y, lo más importante, un bigote. Hasta donde alcanzo, no existe retrato alguno de romano, ni de griego, con bigote —excepto si lo acompaña una barba—, y en latín ni siquiera

hay una palabra que signifique «bigote». Los contemporáneos, ya romanos o godos, interpretarían el bigote de Teodorico como una exteriorización de su índole no-romana, o mejor dicho de su goticidad, y desde luego no se equivocarían.

Fig. 2.—Medallón de oro con el busto y nombre de Teodorico. La inscripción en el reverso «Rey Teodorico, vencedor de pueblos extranjeros» (*victor gentium*) es una afirmación implícita de que los ostrogodos eran menos extranjeros, y por tanto más romanos, que otras tribus germanas.

Fig. 3.—Rey filósofo con bigote gótico. Moneda de cobre del rey ostrogodo Teodato (534-536). El diseño del reverso está modelado siguiendo de cerca las monedas del siglo I d. C., hasta el punto de proclamar que ha sido acuñada por un decreto del Senado (*Senatus consultu*, la S. C. que aparece flanqueando a la victoria).

De fecha tan tardía como 534-536 data otra moneda cuyo centro ocupa un enhiesto bigote, perteneciente esta vez a Teodato, uno de los sucesores de Teodorico (figura 3). Teodato, según cuenta Procopio, fue hombre alejado de la guerra, instruido en la literatura latina y la filosofía platónica; en ese sentido, no cabe duda de que había dado un paso hacia la «romanización»: pero hasta el cultivado Teodato conservó su bigote godo[132].

Descorrer el velo de la cultura latina es especialmente complicado en el caso de la Italia ostrogoda, donde Casiodoro, el consejero de Teodorico, elaboró cuidadosamente para sus amos una imagen de la romanización goda. En la mayoría de textos de la época, se presenta a los godos como paladines de la cultura romana, como una fuerza que la exporta a otros pueblos menos civilizados. Por dar un ejemplo, en una carta que escribió en su nombre Casiodoro, Teodorico expresa el deseo de que un tañedor de lira que ha enviado a Clovis, rey de los francos, sepa «ejecutar una pieza maestra como la de Orfeo cuyo dulce son aplaca los salvajes corazones de los bárbaros». Un parecer así partía de la base de que los propios godos no eran bárbaros. La propaganda ostrogoda llegó a extrapolar a sus mismos «primos», los visigodos de la Galia e Hispania, esta actitud paternalista ante otros pueblos germanos. Hacia 510, poco después de haberse hecho con el control de gran parte del sur de la Galia, antes en manos visigodas, Teodorico escribió a sus nuevos súbditos galos describiendo su propio gobierno como «romano» y regulado por la ley, y oponiéndolo explícitamente al gobierno irregular, «bárbaro» de los visigodos: «Vosotros, a quienes, tras muchos años, al fin se os han devuelto, deberías someteros con alegría a los usos romanos [...]. De manera que, en cuanto hombres que ha restaurado en su antigua libertad el favor

de los godos, revestíos de las maneras de la toga, deponed el barbarismo, alejad pensamientos brutales, pues no está bien que viváis, bajo mi feliz reinado, según modos ajenos». Solo muy esporádicamente, como en el caso del bigote de Teodorico, se manifiesta una realidad distinta —la de la pervivencia de la identidad goda, la cual, naturalmente, los romanos calificarían sin titubeos de «bárbara»[133].

Aunque en menor medida, el problema de qué se escondía realmente tras una fachada oficial tan romana se nos plantea también en otros reinos. El rey visigodo Eurico (466-484), por ejemplo, tuvo gestos muy romanos: protegió a Lampridio, poeta latino, y contribuyó a la restauración del gran puente romano de Mérida, dejando constancia de esta empresa en una inscripción latina en verso. Bien distinta es la imagen que, sin ser su objetivo principal, ofrece de la corte visigótica de Toulouse la *Vida* de Epifanio, obispo italiano santo, al narrar su visita a Eurico en calidad de embajador. En este episodio, estando los embajadores de Italia presentes, Eurico se dirige a los personajes de su corte en gótico, «profiriendo una serie de balbuceos vernáculos incomprensibles». Cuando responde a Epifanio, que ha estado intentando calibrar la actitud del rey por su expresión facial, lo hace solo a través de un intérprete. Esta historia no demuestra que Eurico no supiese latín —bien podría perseguir con su comportamiento confundir y enervar a Epifanio—, pero sí deja claro que en su corte seguía muy en boga el gótico, más de cincuenta años después de la llegada de los visigodos a Aquitania[134].

No cabe duda de que, tras los asentamientos iniciales, durante muchos años persistieron diferencias significativas y fácilmente identificables entre los invasores germanos y sus súbditos romanos. A comienzos del siglo VI, los visigodos ha-

bían gobernado partes de la Galia durante más de ochenta años. Según los datos de que disponemos, parece que, concluida la fase primera de confiscación de bienes, no debieron de ser amos especialmente opresores; desde luego, no trataron de expandir su credo cristiano arriano de esa forma brutal que los vándalos usaron a veces en África. Y hay indicios de cierto grado de integración entre godos y nativos. Tenemos constancia de aristócratas romanos al servicio de los visigodos, como León de Narbona, que llegó a ser consejero de confianza de Eurico II (466-484). Y algunos godos adoptaron maneras muy romanas: hacia 480, Ruricio de Limoges, terrateniente aquitano, escribió a otro terrateniente una carta que se ceñía perfectamente a la sofisticada cortesía y las lindezas de estilo habituales en la correspondencia entre romanos profundamente instruidos de esta época. El destinatario de esta carta de amistad era, sin embargo, un hombre llamado «Freda», casi con toda seguridad godo de nacimiento. Algo después, en 507, Apolinar, noble romano, capitaneando una importante fuerza de romanos de Auvergne combatió a los francos del lado de los visigodos —a pesar de ser su padre aquel hombre a quien dolió tan fuertemente la toma visigótica de Clermont en 475—. Parece, pues, que hacia 500 los visigodos se habían asimilado e integrado por completo[135].

Sin embargo, al empezar el siglo VI, y siendo probablemente la razón la creciente amenaza de los francos, el rey visigodo tomó un par de medidas interesantes. En primer lugar, sacó un solemne compendio de Derecho romano —conocido como el *Breviarium* de Alarico— en la idea de que se usara en juicios de romanos bajo gobierno visigótico. Este código, nos dice su preámbulo, se elaboró tras una extensa deliberación, y un grupo de obispos y «hombres selectos de nuestra provincia» dieron su visto bueno en cada punto donde no se

reproducían las palabras exactas de textos imperiales. En segundo lugar, permitió —pudiendo casi decir «favoreció»— que se celebrase en Agde, en 506, un gran concilio de iglesias católicas de la Galia bajo su jurisdicción. Este acontecimiento supuso la llamada del exilio del obispo y líder católico Cesario de Arles, que presidió el concilio. Los obispos que se reunieron rezaron debidamente por su soberano, a pesar de sus creencias arrianas:

> El santo sínodo se reunió en la ciudad de Agde, en el nombre del Señor, y con el permiso de nuestro soberano, el monarca más glorioso, magnánimo y pío. Rodilla en tierra, pedimos al Señor por su gobierno, su longevidad y su pueblo, para que Dios le conceda más fortuna, le gobierne en justicia y proteja en su coraje el reino de aquel que nos concedió el derecho a reunirnos aquí.

Para el año siguiente (507) se planeó un concilio aún mayor, con sede en Toulouse, la capital real, y con la asistencia de obispos católicos no solo de la Galia, sino también de Hispania. El *Breviarium* y el concilio de Agde hicieron aparecer el gobierno visigodo en la Galia bajo su luz más benévola, pero también mostraron que, hasta su derrota final de 507, siguió siendo un gobierno ajeno, impuesto sobre súbditos romanos que se distinguían con claridad de los visigodos por su apego al Derecho romano y al catolicismo[136]. No fue, de hecho, hasta 587, más de 200 años después de su primera llegada al imperio (376), cuando los visigodos se decidieron a abandonar su arrianismo y convertirse al catolicismo.

Por regla general, a pesar de las diferencias, los habitantes de ascendencia romana y los de ascendencia germana convivieron en paz. Los romanos no tenían mucha opción, y los pueblos germanos no tenían necesidad, ni especial deseo, de resultar desagradables. Sin embargo, igual que hoy, circunstancias difíciles podían hacer que la tensión étnica se disparase, siendo los efectos sangrientos. En *552*, los godos de Ita-

lia encajaron, muy seguidos, dos reveses importantes de manos del ejército invasor de Justiniano: una derrota en campo abierto y la pérdida de la ciudad de Roma. Con la amargura de estos hechos, y ante el favor que recibió el ejército de Justiniano por parte de la aristocracia romana, los godos derrotados se ensañaron «sin piedad» con los romanos que encontraron en su retirada, matando, concretamente, a todos los patricios que encontraron en las ciudades de Campania y degollando a sangre fría a 300 niños romanos de la aristocracia que habían tomado como rehenes. La falta de confianza en sus padres hizo de aquellos niños prisioneros; los mató el resentimiento[137]. Al volverse la situación acuciante, la aparente convivencia pacífica de godos y romanos en Italia se desató en un baño de sangre.

ROMANOS CON BIGOTE Y BÁRBAROS PLUMA EN MANO: EL NACIMIENTO DE LAS NACIONES

No hay razón para creer, como se hacía en un tiempo, que el comportamiento étnico y la identidad se transmiten genéticamente y son, por tanto, inmutables, pero la experiencia sugiere que, a lo largo de la infancia y la primera juventud, un individuo adquiere de sus padres, del resto de la familia y de quienes lo rodean una parte sustancial de su identidad, y que esta identidad, una vez adquirida, no es fácil de olvidar. Así las cosas, los individuos nunca han sido por completo libres de elegir qué desean ser; las viejas identidades, aun inconvenientes, difícilmente se extinguen. Además, que un cambio de identidad llegue a buen término no solo requiere ajustes mentales y culturales de parte de la persona involucrada, sino también que a esa persona la acepte el grupo del que quiere pasar a formar parte. Como sabemos por experiencias actuales, la aceptación de ningún modo se ofrece siempre desinteresadamente, y a menudo ha de ganarse con

el tiempo —yo, por ejemplo, en cuanto inglés, no estoy seguro de si, aun de haber transcurrido mi vida en Escocia, habría podido lograr que me aceptasen como escocés—. Individuos y grupos pueden llegar a cambiar su identidad, incluso de forma dramática, pero para hacerlo deben superar barreras, tanto en su propia mente como en la del grupo en el que quieren integrarse. Esto lleva su tiempo, a menudo varias generaciones[138].

La experiencia actual también sugiere, y esto no es sorprendente, que hay cambios de identidad mucho más fáciles de efectuar que otros. Es, por dar un ejemplo, sencillo para mí ser «británico», y, si bien soy ya demasiado viejo para cambiar, en una época habría encontrado relativamente fácil convertirme en «americano». Ríos de tinta académica han corrido no hace mucho intentando demostrar cuán flexibles y moldeables eran algunas identidades tribales germanas en el Occidente post-romano, sugiriendo que los individuos y los grupos podían cambiar su adscripción de una tribu germana a otra con bastante facilidad y rapidez. Sin embargo, los cambios de esta clase, *dentro* de la vasta familia de pueblos germanos —pasar a ser, por ejemplo, franco un alamán, o a ser visigodo un suevo—, quizá fuesen de los menos dificultosos, aunque dudo que incluso estas metamorfosis relativamente fáciles pudiesen hacerse tan rápido.

Muy interesante es a este respecto el epitafio en verso de Droctulfo, un suevo que sirvió en el ejército bizantino en la Italia de finales del siglo VI. Nos dice que Droctulfo nació suevo, pero que creció entre los lombardos, para luego abandonar su pueblo adoptivo y luchar contra él junto a los bizantinos. También se nos especifica que llevaba una larga barba, que bien podía ser señal de su identidad adoptiva lombarda —los «longobardos», o lombardos, precisamente se

distinguían por eso—. A la hora de su muerte, sin embargo, según este epitafio «consideraba su patria [la bizantina] Rávena». El epitafio de Droctulfo muestra que era posible cambiar de identidad, en su caso más de una vez —de suevo a lombardo, y de lombardo a romano bizantino—, pero es prueba también de que el pasado de un individuo, y todas sus identidades anteriores hasta llegar al nacimiento y la filiación, no necesariamente se olvidaban; en el caso de Droctulfo, viajaron con él hasta la tumba[139].

La barrera entre los «romanos», de dentro del imperio, y los «bárbaros», de fuera de él, había sido imponente en el siglo IV y antes, por lo que no deberíamos esperar que la distinción entre los invasores germanos y sus súbditos romanos se evaporase velozmente, si bien con el tiempo lo normal es que las diferencias fuesen atenuándose, para acabar desapareciendo. Como vimos ante la Ley Sálica, en la Galia franca la distinción entre romanos y francos seguía siendo muy marcada hacia 500, siendo el «valor de sangre» de los romanos diferente —inferior— al de sus vecinos francos. Esta disparidad, sin embargo, parece que ya se había tornado difusa en tiempos de Gregorio de Tours, que escribió a finales del siglo VI una larga historia de su propio tiempo y numerosos relatos de milagros donde, vivaces detalles circunstanciales por todas partes, rara vez se menciona si alguien era romano o franco. Los habitantes de la Galia franca, fuera cual fuese su filiación, da la impresión de que paulatinamente iban adoptando una identidad común; de hecho, hacia finales del siglo VII no quedaban «romanos» en el norte de la Galia, solo gente que se tenía a sí misma por «franca»[140].

Lamentablemente, las fuentes de que disponemos casi nunca ofrecen sobre cómo tuvo lugar la asimilación más que unos datos desnudos. Es posible que, en parte, se produjese

porque los súbditos romanos quisieran mejorar su posición y, para conseguirlo, intentaran adoptar algo de la cultura, y en ocasiones de la identidad, de sus nuevos amos. Antes, en este mismo capítulo, hemos visto cómo los romanos católicos de Cartago trabajaban en la corte vándala y se vestían como vándalos —si bien, naturalmente, es posible que lo hiciesen a regañadientes y por indicación de sus jefes—. Un caso más extremo, y a todas luces voluntario, de transición cultural hacia la clase germana gobernante es el de Cipriano y sus hijos en la Italia ostrogoda. Era lo bastante ambicioso para aprender gótico, y para enseñar la misma destreza a sus hijos. Lo cual sus amos godos alabaron por ser señal segura del futuro servicio incondicional de aquellos jóvenes: «Esos chicos son de origen romano, pero hablan nuestro idioma, y eso muestra claramente la futura lealtad que habrán de guardarnos, pues parece han adoptado nuestra lengua». Por desgracia, ignoramos los nombres de estos chicos que con tanto esmero estaban siendo adiestrados para triunfar bajo el régimen ostrogodo. Es bien posible, y bastante verosímil, que ese padre tan deseoso de medrar que tenían les diese nombres godos[141].

Sin embargo, los romanos que querían adoptar la cultura germana encontraban problemas: especialmente la certeza secular, hondamente enraizada, de que eran sus propias costumbres infinitamente superiores a las de los bárbaros. En la Italia ostrogoda, el instruido Enodio se burlaba de Joviniano, un romano que ostentaba tanto un manto romano como una «barba gótica» —es muy posible que se tratase de un bigote en la línea de Teodorico y Teodato—. La vestimenta romana y el pelo en la cara de Joviniano constituyen un ejemplo fascinante de dos grupos étnicos que empiezan a fusionarse, pero, para Enodio, Joviniano era el «disonante producto híbri-

do de una alianza hostil», y le daba su barba un «aire bárbaro». El desdén de Enodio ejemplifica las barreras que seguían rodeando las costumbres romanas. Del mismo modo, cuando Sidonio Apolinar escribió a Siagrio, aquel noble romano que, por entrar al servicio de los burgundios, aprendió su lengua, se burló de él, y, aunque con delicadeza, le reprendió firmemente por hacerlo. Recordó a Siagrio su distinguida ascendencia romana y su educación en la literatura latina y la retórica, y le hizo saber lo que, al igual que otros, pensaba de sus recién adquiridas habilidades: «No te haces una idea de cuánto nos reímos al oír que, si estás delante tú, al bárbaro le da pavor cometer un barbarismo en su propio idioma». Las lenguas bárbaras, carentes de historia escrita o literatura, no eran para caballeros[142].

En cierto modo, los propios pueblos germanos compartían la fe en la superioridad de la cultura romana. Que presentasen su propio gobierno bajo una apariencia tan romana estaba, en parte, dirigido a sus súbditos romanos, pero casi con total seguridad también a ellos mismos les agradaba. En la Italia ostrogoda —ya lo hemos visto—, a Teodorico y a sus sucesores les encantaba presentarse como paladines de la cultura romana, y ver en ello una diferencia crucial entre los otros, verdaderos bárbaros, y ellos. De hecho, incluso cuando algún destello de «goticidad» llega a la superficie —como el bigote de Teodorico, o el deseo de Cipriano de que sus niños aprendiesen la lengua gótica—, lo hace de forma muy «romana». La alabanza que recibió Cipriano por educar a sus hijos en lengua gótica la puso por escrito Casio-doro en un elegante latín, y el soporte en que fueron incisos los cabellos y el bigote de Teodorico era un objeto de otro modo cien por cien romano (figura 2, pág. 116). Era inevitable que las maneras romanas, pulidas y perfeccionadas a lo largo de cientos

de años de incuestionada superioridad, resultasen seductoras para los nuevos amos germanos de Occidente, y que aflorasen incluso en contextos donde no cabría esperarlo. En el reino franco de la década de 570 tenemos constancia de que Chilperico construyó circos para carreras de cuadrigas en Soissons y París, emulando abiertamente la práctica romana. En fecha tan tardía y en semejante clima septentrional, podemos estar prácticamente seguros de que quería satisfacer, más que las expectativas de sus súbditos, su propia vanidad[143].

Si volvemos la vista a los dos grandes reinos germanos que sobrevivieron al final del siglo VI, el de los visigodos y el de los francos, parece que la población romana nativa acabó por adoptar la identidad de sus amos, convirtiéndose en «visigodos» o «francos» —de donde viene «*français*» y «francés»—, pero que, al mismo tiempo, esos amos adoptaron la cultura de sus súbditos, especialmente abandonando sus lenguas y religiones maternas para aferrarse a las de sus súbditos. La explicación, creo yo, es que así ambos grupos «ascendieron»: los romanos, hacia la identidad política de sus amos germanos; los pueblos germanos, hacia la cultura más sofisticada de sus súbditos romanos[144].

Los romanos, de hecho, tenían pericia en el arte de animar a los bárbaros a adoptar sus maneras. Hacia 477 Sidonio Apolinar, el mismo que tanta mofa hizo de Siagrio por su perfecto dominio del burgundio, escribió a un conde franco de Trier llamado Arbogastes. Arbogastes había dirigido a Sidonio una refinada carta en la que solicitaba de su pluma una obra teológica. Sidonio, con educación y humildad, rehusó, pero felicitó a Arbogastes efusivamente por su excelente latín:

> Alegas que sofisticado solo eres para las bromas, pero has bebido de lo hondo del manantial de la elocuencia romana y, aunque son las aguas que bebes ahora las del Mosela, las palabras que manan de ti son las del Tíber. Compañero eres de bárbaros, pero desconoces la barbarie. En palabras y hechos, igual eres que nuestros antiguos líderes, quienes con la misma frecuencia empuñaban la pluma que la espada[145].

Arbogastes gobernaba una ciudad de la zona del Rin donde la supervivencia de la cultura romana estaba seriamente amenazada. Sidonio le escribía no solo para elogiarlo, sino también para alentar sus inclinaciones literarias. Análogamente, en torno a 480, Remigio, obispo de Reims, escribió a Clovis, el nuevo rey franco de su zona. Remigio, por supuesto, también escribió en latín, la lengua de alta cultura, con historia, y felicitó a Clovis por hacerse cargo «del gobierno de Belgica Secunda». Lo cual no era del todo cierto: la provincia romana de Belgica Secunda hacía mucho tiempo que no existía[146]. Pero Remigio no solo estaba adulando a Clovis: refiriéndose a él con maneras romanas, al mismo tiempo con delicadeza lo predisponía hacia una forma muy concreta de ver su gobierno: más abajo, en la misma carta, exhortaba al rey —aún pagano— a escuchar el parecer de su obispo. La estrategia funcionó; más adelante, Clovis recibió el Bautismo en la fe católica de manos del propio Remigio.

Lo que ocurrió con la cultura germana en el Occidente post-romano es significativa y radicalmente distinto de lo que ocurrió con la de los árabes una vez lograron invadir Oriente Próximo y el norte de África en el siglo VII, y merece la pena explorar esta diferencia. En muchos aspectos, las conquistas árabe y germana parecen semejantes: ambas las llevaron a cabo fieras tribus, y ambas se apoderaron del territorio de imperios antiguos y sofisticados. En sus comienzos, el gobierno árabe también se parecía al de los estados germanos post-romanos de Occidente, con una pequeña élite

militar que se imponía sobre una población mucho más numerosa que continuaba viviendo en gran medida como antes.

Sin embargo, a largo plazo el impacto cultural de las invasiones árabes fue mucho más radical que el de los conquistadores germanos de Occidente. Igual que en la Galia, donde las poblaciones indígenas sometidas acabaron por asumir la identidad de los «francos», así en Oriente Próximo y el norte de África casi todo el mundo terminó por convertirse en «árabe». Sin embargo, al hacerlo adoptaron también la religión y la lengua de los conquistadores, el islam y el árabe. Es como si los habitantes de la Galia, ancestros de los franceses, hubiesen adoptado el paganismo y la lengua germana de los francos. Uno de los motivos de esta diferencia puede radicar en que los conquistadores árabes, aunque pocos en número, penetraron en el imperio bajo el estandarte de una nueva religión cuyo texto sagrado estaba escrito en árabe: con lo que esta religión mostró que, además de la verdadera, era poderosa, pues dio a los árabes aplastantes victorias igual sobre los persas que sobre los romanos de Oriente. Así las cosas, los árabes no iban a convertirse al cristianismo, ni iban a abandonar su lengua, por más que de muy buen grado hiciesen suyos otros aspectos sofisticados de la vida romana oriental, como muestran las residencias llenas de mosaico y mármol de sus gobernantes. El islam y el árabe siguieron siendo el núcleo de la identidad de los conquistadores, por lo que cualquier nativo conquistado que quisiese convertirse en «árabe» debía cambiar de religión y de lengua.

A diferencia de los árabes, los invasores germanos penetraron en el imperio con una identidad cultural extremadamente flexible. Un franco podía seguir siendo tal por más que hablase una lengua procedente del latín o rindiese culto

al altar de un santo galorromano como san Martín de Tours. Desde el punto de vista cultural, a largo plazo los invasores germanos resultaron muy adaptables. Aunque también merece la pena recordar que, en lo que respecta a la identidad política, fueron los galorromanos quienes acabaron por cambiar y convertirse en «francos». La fusión de pueblos que surgió de los asentamientos germanos necesitó siglos para completarse, y fue algo semejante a un compromiso: no era una simple cuestión de que, absorbidos por el subsuelo romano, los pueblos germanos desapareciesen sin dejar señales.

Una parte de los últimos estudios sobre los asentamientos germanos parecen describirlos como si fueran más bien un club social controlado por los romanos. Llega al pueblo, tímido, un nuevo vecino; piensan los del club que les podría ir bien para jugar a las cartas, y lo invitan por eso a una reunión. Hay un momento inicial embarazoso, el tiempo que tarda el recién llegado en encontrar una silla vacía y servirse un vino, pero la conversación, y la vida del pueblo, en seguida vuelve a fluir. La convivencia pacífica a que llegaron invasores e invadidos en el Occidente de los siglos V y VI fue mucho más difícil que esto —y mucho más interesante—. Nadie había invitado al recién llegado, y trajo consigo una familia numerosa; desconocía, además, las barras de los bares y los taburetes altos; nada más ver las aceitunas, corrió a llenarse los bolsillos. Al fin, invasores e invadidos acabaron coexistiendo en paz, y cada uno se adaptó a las maneras del otro, pero el proceso de acostumbramiento fue doloroso para los nativos, se prolongó en el tiempo y, como veremos en la segunda parte, dejó a los anfitriones en una situación nada envidiable.

SEGUNDA PARTE

EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN

4

DESAPARECE EL BIENESTAR

Hoy en día está muy mal visto decir que se dio al final del Imperio romano algo semejante a una «crisis» o «decadencia», o, peor aún, que se desmoronó una «civilización» y tras ello hubo una «Edad oscura». La nueva versión oficial consiste en que, tanto en Oriente como en Occidente, el mundo romano fue «cambiando» hacia una forma medieval, y que fue un proceso paulatino y esencialmente indoloro. Esta versión, sin embargo, plantea un problema serio: no se corresponde con el aluvión de datos arqueológicos que están ahora a nuestra disposición y muestran una alarmante decadencia del nivel de vida occidental entre los siglos V y VII[147]. Fue este un cambio que afectó a todos, desde labriegos a reyes; incluso a los cuerpos de santos que reposaban en sus iglesias. Y no se trató de una simple transformación: fue una decadencia, y de tal magnitud que es razonable presentarla como «el fin de una civilización».

LOS FRUTOS DE LA ECONOMÍA ROMANA

Los productos romanos —artículos cotidianos incluidos— eran de altísima calidad, se distribuían en cantidades enormes por un área muy extensa y llegaban a todas las capas sociales. Al ser tan pocos los detalles que ofrecen sobre estos aspectos de la vida cotidiana las fuentes escritas, hasta hace poco solía interpretarse que eran pocos los productos que eran transportados lejos, y que la complejidad de la econo-

mía romana servía para satisfacer las necesidades del estado y los caprichos de la élite, repercutiendo escasamente en la mayoría de la población[148]. Esta forma de ver las cosas, sin embargo, poco a poco la han ido transformando cientos de concienzudas excavaciones arqueológicas, con el registro y estudio sistemático de los artefactos encontrados. Esta búsqueda ha desvelado un mundo sofisticado en el que era posible que un labriego del norte de Italia consumiese alimentos de la zona de Nápoles, almacenase líquidos en un ánfora del norte de África o durmiese bajo un techo de teja. Casi todos los arqueólogos, y la mayoría de los historiadores, convienen hoy en que la economía romana se caracterizaba no solo por un tráfico impresionante de productos de lujo, sino también por un mercado importantísimo de productos funcionales de alta calidad y precios asequibles[149].

Con diferencia, de esos múltiples tipos de cerámica tan frecuentes en las excavaciones es de donde podemos extraer mayor cantidad de datos, y más elocuentes: utensilios de cocina para preparar los alimentos, delicadas vajillas en que presentarlos y consumirlos, y ánforas, esas anchas jarras que se usaban por todo el Mediterráneo para transportar y almacenar líquidos como vino o aceite[150]. Los informes sobre la cerámica son de árida lectura, pero contienen infinidad de datos que pueden sernos muy útiles para entender la economía romana y sus repercusiones en la vida diaria. De la forma y factura de una vasija podemos deducir cuándo y dónde se fabricó, así como establecer de qué calidad se consideraba; según sea el lugar en que aparezca, podemos decir desde dónde la habían transportado y el estatus de quienes la usaban[151]. Más aún: las suposiciones que nos permite la cerámica también arrojan luz sobre la producción y distribución de otros productos de los que hay muchos menos rastros ar-

queológicos. Aunque no suelen ser protagonistas en los libros de historia, las vasijas merecen nuestra atención.

Hay tres características básicas de la cerámica romana que no volverán a encontrarse en Occidente hasta muchos siglos después: artículos de óptima calidad y considerablemente uniformes; producidos en cantidades ingentes, y amplísimamente difundidos, no solo desde el punto de vista geográfico —en ocasiones viajaban cientos de kilómetros— sino también social, es decir, que llegaban, además de a los ricos, a los pobres. En las zonas del mundo romano que mejor conozco, la Italia central y septentrional, tras el fin del mundo romano este nivel de sofisticación no volverá a verse hasta quizá el siglo XIV, unos 800 años después.

Cuando se tienen en la mano piezas de vajilla, o incluso utensilios de cocina y ánforas, no quedan dudas de la alta calidad de la cerámica romana, pero desde un libro es imposible hacerle justicia, aun dejando que alcen su voz sobre la del lenguaje fotografías y dibujos. La mayor parte de la cerámica romana es ligera y suave al tacto, y muy resistente, aunque, como toda cerámica, se quiebra al dejarla caer sobre una superficie dura. Normalmente se hacía de una arcilla cuidadosamente seleccionada y refinada; sus finas paredes y su forma estandarizada se modelaban en un torno veloz, y su acabado consistente lo aseguraba una cocción en hornos adecuados. Al tratarse de cerámica hecha a mano, es inevitable encontrar pequeñas diferencias entre vasijas del mismo diseño, y ocasionalmente leves imperfecciones, pero lo que más poderosa e inmediatamente impresiona la vista y el tacto de la cerámica romana es su consistencia y calidad.

Y no es ya una consideración estética, sino práctica. Esas vasijas son sólidas —frágiles, pero no endebles—; son ligeras y suaves, agradables y manejables, y sus superficies duras y

en ocasiones esmaltadas retienen bien los líquidos y son de sencilla limpieza. Además, sus formas regulares, uniformes, harían que fuesen fáciles de amontonar y almacenar. Cuando se muestra hoy a alguien una vasija romana cualquiera, sobre todo si se le deja tomarla entre las manos, la reacción más frecuente es comentar lo «moderna» que parece y no dar crédito a su datación.

A esta impresión de modernidad contribuye, junto a la calidad y el acabado refinados, la llamativa uniformidad entre distintas vasijas del mismo diseño. Me parece, como a tantos otros, que la cerámica romana es predecible hasta el punto de resultar aburrida; pero esta uniformidad tiene sus ventajas. Con mucha frecuencia, es posible adscribir un fragmento de vasija romana, con ayuda del manual adecuado, a una época determinada de un punto de producción preciso, y esto se debe a que en otras excavaciones ya se han exhumado, para su datación, miles de artículos de idéntico color y aspecto —más allá de detalles ínfimos—. Por ejemplo: se encuentra un fragmento de cerámica en la isla de Iona, frente a Escocia, y, por peregrino que parezca, es posible afirmar que data del siglo VI y fue producido en la moderna Túnez, a miles de kilómetros por mar[152]. Más tarde veremos cómo se alcanzó esta uniformidad.

Pasando a las cantidades, puestos a desear, querríamos disponer de estimaciones globales de la producción de cada factoría de cerámica y del consumo de cada población. Por desgracia, salvo raras excepciones, el dato arqueológico es un mero resto de lo que existió una vez, y su naturaleza misma veta tales certezas.

Fig. 1.—Escala de la producción y el consumo romanos. Almacén industrial en la esquina de esta excavación en Cesarea (actual Israel), lleno de vasijas romanas.

Nadie, sin embargo, que haya trabajado en este campo cuestionará la abundancia de la cerámica romana, especialmente en la región mediterránea (figura 1). En los asentamientos romanos —sobre todo en las ciudades—, un porcentaje alto del volumen de trabajo del proceso inicial de una excavación arqueológica lo ocupa limpiar, clasificar y almacenar cerámica. Ya en la fase de estudio y publicación, el tiempo —y las páginas— que usurpa la cerámica es aún superior. Incluso el almacenaje de tal cantidad de material puede convertirse en un enorme quebradero de cabeza. Nítidamente recuerdo cómo en mi niñez, hacia 1960, ayudé a vaciar en un río —donde no contaminarían los datos arqueológicos— cajas y cajas de cerámica romana que, obtenida de un trabajo de campo efectuado al norte de Roma, sencillamente no cabía en el espacio de almacenamiento disponible[153]. Los arqueólogos recopilan, limpian, rotulan, clasifican, almacenan, estudian, dibujan y publican las miles y miles de piezas de cerámica que encuentran en excavaciones e investigaciones,

desarrollando así un sano respeto hacia la imponente cantidad —y calidad— de cerámica que circulaba en la Antigüedad. Lamentablemente, es complicado verter en palabras —por no hablar de números— esta experiencia, que convencería al resto.

Solo esporádicamente permiten los depósitos de vasijas rotas deducir cantidades «reales»[154], pero existe uno, caso excepcional, que representa una parte significativa de la historia global del consumo de su enclave, y aquí sí ha sido posible hacer una estimación aproximada. En Roma, en la ribera derecha del Tíber, junto a uno de los puertos fluviales de la antigua ciudad sobresale una colina de unos 50 metros de altura, Monte Testaccio, que podría traducirse como «monte de la cerámica» (figura 2).

Fig. 2.—La colina cercana al Tíber que se conoce como Monte Testaccio está enteramente formada por ánforas rotas (unos 53 millones) importadas del sur de España. Aquí se muestra en un grabado de la ciudad de 1625.

No la forman sino ánforas de aceite rotas, principalmente de los siglos II y III d. C. y procedentes en su mayor parte de la provincia de la Bética, al suroeste de Hispania. Se ha calculado que Monte Testaccio contiene los restos de unos 53 millones de ánforas, en las cuales se habrían importado a la ciudad por vía marítima alrededor de seis mil millones (6 000 000 000) de litros de aceite[155]. Las importaciones a la Roma imperial las sostenía el Estado, con toda su potencia, y eso

las hace bastante excepcionales, pero la magnitud de las operaciones de Monte Testaccio, y la producción y la complejidad que delatan, no puede dejar de impresionarnos. Se trataba de una sociedad que, como la nuestra, movía productos a una escala titánica, fabricando con esa finalidad recipientes de calidad y llegando, en ocasiones como la que nos ocupa, a deshacerse de ellos tras la entrega. Igual que nosotros, los romanos tenían el dudoso honor de engendrar montañas de basura de gran calidad[156].

La cerámica romana no solo se transportaba en grandes cantidades, sino que con frecuencia también recorría largas distancias. Muchos productos romanos de cerámica, concretamente ánforas y refinados utensilios destinados a la mesa, podían viajar cientos de kilómetros, a través del Mediterráneo y mucho más lejos, como hemos visto con el hallazgo de Iona (figura 4, pág. 142)[157], y la distribución más limitada de otros productos regionales no deja de ser sorprendente (figura 3).

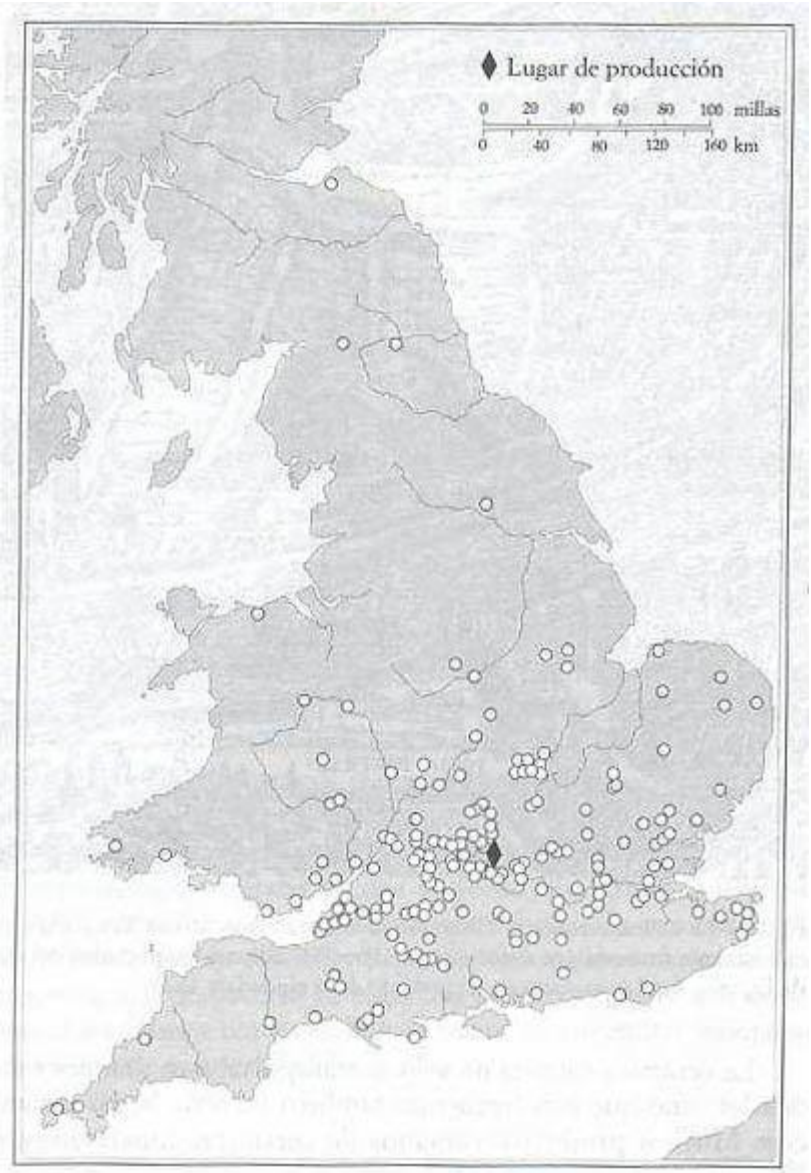


Fig. 3.—Distribución regional. Difusión de cerámica manufacturada en el siglo III y IV en un lugar de producción a las afueras del actual Oxford.

Pero esos mapas que muestran los innumerables puntos donde se han hallado muestras de un tipo concreto de cerámica no cuentan más que parte de la historia. Para nosotros, que intentamos hacernos una idea de la magnitud y el alcan-

ce de la economía antigua, y de qué impacto tuvo su desaparición, no nos importa tanto la difusión geográfica de estos productos de alta calidad como el acceso que pudiesen tener a ellos los distintos estratos sociales (figuras 3 y 4). Salvo quizá las más remotas, en todas las zonas del imperio encontramos cerámica del mejor tipo al excavar poblaciones modestas. Por ejemplo: en las ruinas de una pequeñísima granja situada en las colinas de detrás de la ciudad romana de Luna (Italia), y explotada entre los siglos II a. C. y I d. C., se encontraron los siguientes utensilios de cerámica: unas enormes jarras de depósito características del mundo antiguo (*dolia*); toscos utensilios de cocina, probablemente de fabricación local —en su mayoría modelados en el torno, pero algunos hechos a mano—; más utensilios de cocina, importados de fábricas de la costa occidental de Italia; ánforas de esta misma zona costera —con algunas traídas del sur de Italia y África—, y, por último, refinadas vajillas esmaltadas de la Campania, cerca de Nápoles, y de Arezzo, en el valle del Amo[158]. Las ánforas no necesariamente transportaban sus contenidos originales a su llegada a esta granja, por lo que no demuestran que en ella se consumiese vino y aceite del sur de Italia y África, pero la vajilla y los utensilios de cocina sí llegaron aquí para ser usados por primera vez. Esta lista no deja de ser sorprendente, tratándose del hogar de un labriego.

Fig. 4.—Distribución a escala imperial. La difusión de un tipo de cerámica romana fabricada en masa: emplazamientos de los hallazgos de vajillas manufacturadas en la Graufesenque (cerca de Millau, al sur de Francia).

LOS SÓLIDOS TEJADOS DE LA ANTIGÜEDAD

Hasta ahora, nuestra visión del asunto se ha basado solo en la cerámica. Los escépticos pueden argumentar que la cerámica no juega más que un papel secundario en la vida diaria, y que en cualquier economía la producción y distribución de vasijas son una fracción pequeña. Pero esto es verdad solo hasta cierto punto. En la mayoría de las culturas, la cerámica es vital en relación a una de nuestras necesidades

primeras: comer. Los utensilios de cerámica, de formas y tamaños varios, son parte esencial del almacenamiento, la preparación y el consumo de los alimentos, y desde luego en tiempos de los romanos lo eran incluso más que hoy, cuando, con la invención del papel y los plásticos, y con la difusión del metal y el vidrio, la conserva y la preparación de la comida resulta más sencilla. Además, en el Mediterráneo antiguo la función de la cerámica era particularmente importante, porque los recipientes normales para el transporte y almacenamiento doméstico de líquidos no eran los barriles, sino las ánforas. Todo empuja a considerar los utensilios de cerámica como centrales en la vida diaria de época romana.

Tengo también la convicción de que el panorama general que la cerámica nos permite reconstruir es razonable extrapolarlo al resto de la economía. Las vasijas cuestan poco, y abultan, y tienen la desventaja adicional de que se rompen; en otras palabras: fabricar solo una no reporta beneficio —salvo tratándose de objetos artísticos excepcionales—, y resulta complicado y caro apilarlas y transportarlas, por ser pesadas, aparatosas y frágiles. Si, a pesar de todos estos inconvenientes, los utensilios de cerámica —tanto refinadas vajillas como artículos más funcionales— seguían fabricándose según cánones de calidad y en grandes cantidades, y si seguían recorriendo largas distancias y llegando hasta los estratos más bajos de la sociedad —como de hecho ocurría en época romana—, entonces es mucho más verosímil que lo mismo ocurriese con otros productos cuya distribución no podemos documentar con la misma seguridad. Si cerámica de calidad llegaba incluso a las casas de los campesinos, casi total es entonces la certeza de que igual hacían otros productos que, como ropa, madera, mimbre, cuero o metal, normalmente ya han desaparecido del lugar cuando llegan los ar-

queólogos. Nada, por ejemplo, nos induce a pensar que fuesen menos sofisticados que el de la cerámica los enormes mercados del vestido, el calzado o las herramientas.

Últimamente, la capa de hielo de Groenlandia ha añadido ciertos datos fascinantes que parecen confirmar para la metalurgia el panorama general que deducimos de la cerámica: que la producción se efectuaba en época romana a gran escala. La nieve, al descender del cielo, recoge y aprisiona la suciedad del aire, de manera que en el Ártico cada año forma un estrato distinto, diferenciado de los de otros años por el deshielo parcial del verano y la posterior vuelta a la congelación. Es, pues, posible reconstruir cómo ha evolucionado a través de las Edades la contaminación atmosférica si se perfora la capa de hielo y se analizan muestras. Esta investigación ha mostrado que la contaminación de plomo y cobre —producida por la fundición de plomo, cobre y plata— fue muy alta durante época romana, descendiendo en los siglos post-romanos a niveles que se acercan mucho más a los de tiempos prehistóricos. Solo hacia los siglos XVI y XVII volvieron a alcanzarse los niveles de polución de cuando los romanos[159]. Igual que ante Monte Testaccio, podemos felicitar ambiguamente a los romanos por ser tan modernos.

Es posible encontrar ulterior confirmación para este punto de vista en un producto aún más modesto, uno que también se encuentra mucho en las excavaciones pero ha recibido menos atención que la cerámica: las tejas de los techos. En algunas zonas del mundo romano, las tejas eran tan frecuentes que los arqueólogos modernos apenas si las registran. Cuando se me ocurrió que sería interesante comparar el uso de techos tejados en Italia en época romana y post-romana, descubrí que la disponibilidad de ladrillo y teja en tiempos romanos no es motivo de discusión, y en su lugar se extien-

de la asunción tácita de que las tejas eran bastante comunes por toda la península, incluso en lugares recónditos y hogares muy humildes. Por ejemplo, unos arqueólogos que exploraban la zona rural en torno a Gubbio, en los Apeninos centrales, dividieron los asentamientos que encontraron en cuatro categorías, en función de la calidad y la cantidad de sus restos de superficie. La más baja de estas categorías se consideraba que englobaba las ruinas de meras «chozas». Pues bien: incluso estas «chozas» tenían cubierta de teja, a pesar de pertenecer al tipo de construcción más humilde y situarse en áreas remotas. En ciertas partes de Italia, de hecho, la cubierta tejada era ya normal en época prerromana, igual que la cerámica de calidad. En el Sur, por ejemplo, en torno a la ciudad griega de Metapontion, una excavación descubrió, a partir de restos de superficie, 400 granjas antiguas «con techo de teja todas»[160].

Las excavaciones han confirmado la impresión que los hallazgos en superficie producían de que en la Italia antigua con frecuencia tenían techo de teja incluso construcciones muy modestas. Esa granja de detrás de Luna donde tanta cerámica encontramos tenía la cubierta, al menos en parte, de teja, y más al Sur, en un lugar recóndito de los Apeninos —cerca de Campobasso, en Molise—, techo tejado tenía también una granja aún menor del siglo II a. C. No era raro que incluso construcciones destinadas al simple almacenamiento o a albergar animales tuviesen tejas: cerca de las colinas de Gubbio, se piensa que una estructura romana con techo de teja era un granero o un establo[161].

Ya hemos visto cómo los arqueólogos, al trabajar en muchas partes del mundo romano, presuponen las tejas, por ser tan comunes. Su misma frecuencia es, desde luego, extraordinaria, y muy digna de subrayar. Sería posible fabricarlas

localmente en buena parte del mundo romano, pero nunca deja de hacer falta un amplio horno, mucha arcilla, gran cantidad de combustible y no poca destreza. Una vez manufacturadas, sin disponer de medios mecanizados, su transporte no es empresa ridícula, aun siendo corta la distancia. A muchos de los enclaves donde han aparecido solo pudieron llevarse tras grandes fatigas, de pocas en pocas, empacadas a lomos de animales. Esos tejados de que venimos hablando puede que no parezcan gran cosa, pero representaron para la infraestructura de la vida rural una inversión significativa.

Puede que el motivo de tanta difusión del techo de teja fuera que se considerase distinguido y a la moda, pero es también cierto que ofrece ventajas prácticas frente a cubiertas de materiales perecederos, como la paja o la ripia. Sobre todo, porque durará mucho más, y, si el techo lo forman tejas uniformes y bien cocidas, como era el caso de los tejados romanos, ofrecerá una protección más sólida contra la lluvia: con un mínimo de mantenimiento, un techo de teja puede prestar servicio durante siglos, mientras que uno de paja deberá rehacerse por completo aproximadamente cada treinta años, aun si lo instalan profesionalmente hoy y con un carrizo cultivado específicamente por su durabilidad[162]. Es también la cubierta de teja mucho menos propensa a arder o a atraer insectos que la ripia o la paja. En la Italia romana, y en partes de la Italia prerromana, muchos campesinos, y puede que incluso algunos animales, vivían bajo techos tejados. Concluida la época romana, sofisticaciones de este tipo no se recuperaron hasta tiempos bastante recientes: igual que con la cerámica de calidad, sospecho que solo en la Italia del Medievo tardío volvieron las tejas a ser tan corrientes como en tiempos de los romanos.

¿CÓMO PUDO OBTENERSE SEMEJANTE SOFISTICACIÓN?

Como lo que más me interesa del cambio económico es su impacto en la vida diaria, hasta ahora me he centrado en el consumo de los productos romanos: la gama y calidad de artículos disponibles, y el tipo de personas que podían acceder a ellos. Pero, para que ese imponente panorama que he esbozado resulte verosímil, aún es necesario analizar brevemente la producción y la distribución. De nuevo, los datos más completos y convincentes nos los ofrece la cerámica. David Peacock, arqueólogo, en un estudio de gran repercusión combinó con datos etnográficos modernos los testimonios arqueológicos y dividió la producción cerámica romana en varias categorías: la más simple, de «producción casera», se caracteriza por un aspecto tosco y una tecnología muy rudimentaria —sin uso de torno ni horno—; de los «talleres artesanales» sale cerámica cocida en horno, de buena calidad y modelada al torno; la última clase la forman algunos «grandes fabricantes de género de calidad», cuyo ritmo de producción debe calificarse de «industrial»[163]. Tanto los talleres artesanales como los grandes fabricantes necesitaban mano de obra experta, especializada, y para poder sobrevivir debían vender sus productos en cantidades importantes, lo que a menudo requería enviarlos lejos.

Estas distintas formas de producción coexistieron en el mundo romano, variando en cuanto a proporción según el caso. Por ejemplo, mientras que el mercado de vajillas lo dominaban en el Mediterráneo los productores «industriales», en la Britania romana tardía fabricaban cerámica sobre todo talleres más pequeños, con distribución regional —aunque a veces no desdeñable— (figura 3, pág. 140 [de la edición impresa]). Ni en Britania ni en el Mediterráneo, sin embargo,

estos artículos más sofisticados llegaron a desplazar por completo la sencilla «producción casera».

Como no es de extrañar, el testimonio más impresionante de métodos de producción complejos y sofisticados nos lo ofrecen esas fábricas de cerámica romanas verdaderamente grandes. El caso mejor son unas factorías que florecieron entre 20 y 120 d. C. en la Graufesenque, cerca de Millau, en lo que entonces era el sur de la Galia. Los productos de la Graufesenque, igual que los refinados artículos de mesa de otras fábricas gigantes, tenían en el imperio una amplia distribución, llegando incluso fuera (figura 4). Pero en este caso tenemos, además, la suerte de contar con datos muy elocuentes de la excavación del propio lugar de producción, concretamente una serie de grafitos sobre fragmentos de vasijas rotas. Un grupo de estos muy probablemente se refiere a centros de enormes hornos comunales que distintos talleres compartían, de forma que, acabada la cocción, cada uno pudiese recobrar sus piezas (figura 9 del capítulo 6, pág. 229 [de la edición impresa]). Talleres independientes modelaban y decoraban sus propias vasijas —aunque según diseños comunes—, pero se unían para afrontar el precio y la mano de obra especializada que exigía el proceso de cocción, esencial y lleno de dificultades técnicas[164].

Todavía más impresionante es el contenido de una fosa de escombros del mismo lugar (figura 5). Lo componen los restos de unas 10 000 vasijas, de las cuales más de 1000 se encontraron intactas. Eran artículos «tarados», desechados —algunos, deliberadamente horadados en la base para impedir que entrasen en circulación—; no se ajustaban lo suficiente a los niveles esperados, y los alfareros de la Graufesenque los descartaban para mantener la calidad y la solidez características de sus productos[165]. Este orgullo de los fabricantes, y

el valor que los consumidores otorgarían a sus artículos, lo sugiere también el prominente sello del fabricante que adorna muchas vasijas del sur de la Galia —la Graufesenque y otros lugares—. Es razonable inferir que estos sellos fuesen garantía de calidad y nivel, como serían hoy «Royal Worcester» o «Meissen».

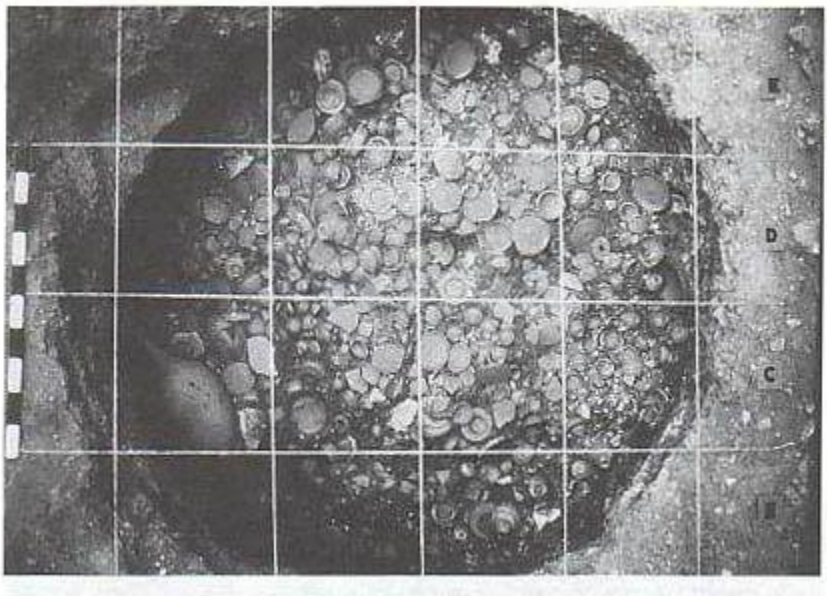


Fig. 5.—Control de calidad. Un pozo de desechos en un lugar de producción de cerámica (la Graufesenque). El pozo tiene tres metros de profundidad y 2,3 metros de diámetro. Como se puede ver en la foto, está lleno de cerámica descartada por taras.

En la zona mediterránea durante la época imperial domina-ron siempre la fabricación de artículos para la mesa unos pocos productores potentes que trabajaban con un volumen —y probablemente una sofisticación— comparable a la documentada en la Graufesenque. En otras partes la producción romana era de escala menor, como en algunas alfarerías de la Britania romana tardía, con hornos pequeños, menos indicios de control de calidad y redes de distribución que deben llamarse «regionales» (figura 3, pág. 140 [de la edición impresa])[166]. Sin embargo, incluso esas factorías menores debieron de necesitar, para ser prósperas, destrezas considera-

bles y cierta especialización, lo que incluiría, por ejemplo: seleccionar y preparar la arcilla y las franjas decorativas; fabricar y mantener las herramientas y los hornos; dar el primer moldeado a las vasijas en el torno; darles el acabado cuando están ya semisecas; decorarlas; recolectar y preparar el combustible; cuidar y hacer funcionar los hornos, y empaquetar los artículos para su transporte. Desde la arcilla sin trabajar al producto acabado, un vaso pasaría por procesos muy variados, y por manos distintas, cada una experta en la labor que le era propia.

Tras ello, que la cerámica llegase al consumidor requería una red de mercaderes y comerciantes y una infraestructura de transportes, con carreteras, vehículos y animales de carga; en ocasiones, embarcaciones y navíos, puertos marítimos y fluviales. Nunca sabremos cómo funcionaba exactamente todo esto, porque son muy pocos los textos de época romana que conservamos que lo documenten, pero el testimonio arqueológico de artículos tan alejados de su lugar de producción es prueba suficiente de que había complejos mecanismos de distribución que unían a un alfarero en su horno con un granjero que necesitaba un cuenco nuevo donde comer. Esporádicamente, un hallazgo arqueológico feliz nos acerca algo más al proceso, como hizo el descubrimiento de una caja de cerámica del sur de la Galia que seguía esperando que la abriesen en una tienda de Pompeya, o los muchos naufragios de época romana que se han encontrado en el Mediterráneo, con mercancía aún cuidadosamente almacenada en sus bodegas (figura 6). Son tan comunes los barcos hundidos cargados de ánforas, que recientemente dos estudiosos se han preguntado si volvió a igualarse antes del siglo XIX el volumen de comercio del Mediterráneo durante el siglo II d. C. **[167]**

Me interesa mucho señalar que, en tiempos de los romanos, incluso consumidores humildes tenían a su alcance artículos de calidad, y que tanto la producción como la distribución eran complejas y sofisticadas. Se trata, en muchos sentidos, de un mundo como el nuestro, aunque es importante ser algo más específico al respecto. Yo creo —aunque no deja de ser una suposición— que nos enfrentamos a un mundo que, más que un espejo de nuestro propio tiempo, a grandes rasgos se podría comparar con el de los siglos XIII-XV. En época romana no se daban el frenesí del consumo y la producción globalizada del mundo desarrollado actual, donde la fabricación mecanizada y el transporte han originado, y el acceso a mano de obra barata en países terceros, montañas de productos bastante asequibles, con frecuencia manufacturados a miles de kilómetros.

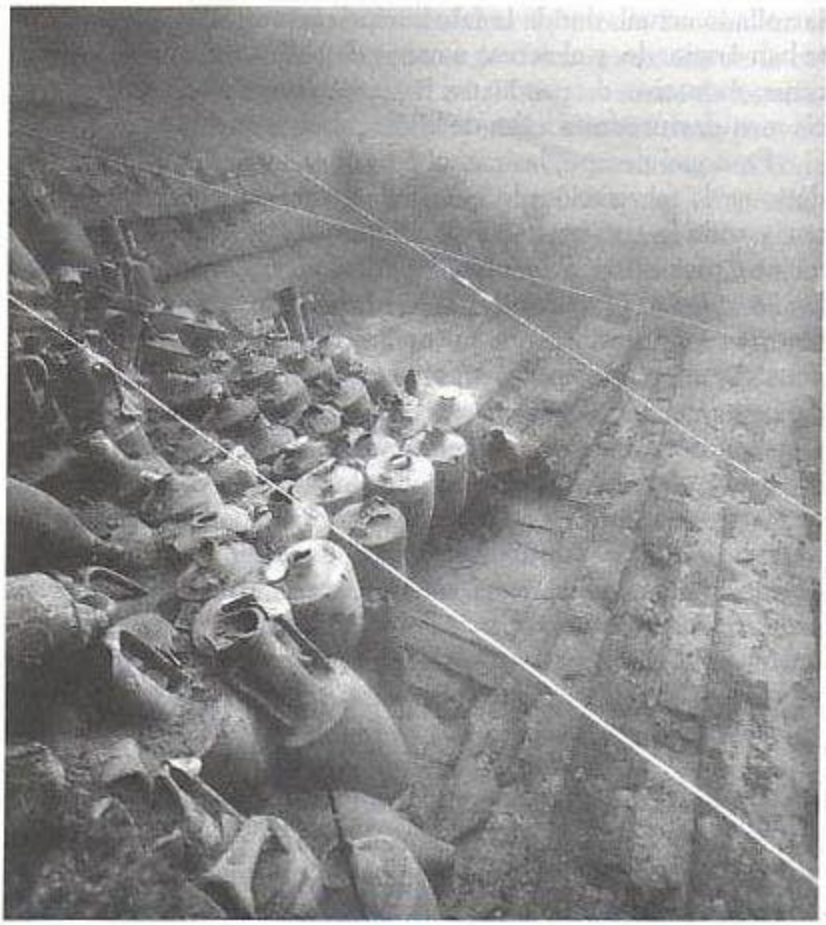


Fig. 6.—Transporte romano. Restos del naufragio de un barco cargado con ánforas en una excavación submarina al sur de Francia.

En aquel tiempo, las máquinas aún jugaban un papel secundario en la fabricación, lo que restringía el volumen de productos, y todo lo transportaban seres humanos y animales, o, en el mejor de los casos, el viento y las corrientes. Consecuentemente, los artículos importados desde lejos sin duda serían más caros y tendrían más prestigio que los de fabricación local. En el Egipto del siglo VII, por ejemplo, un obispo de Alejandría vio aumentada su reputación de asceta al negarse sistemáticamente a beber vino traído de Palestina, optando por una cosecha local, si bien «su sabor no era para

presumir de ello y su precio bajo»[168]. Aunque algunos productos viajaban distancias notables, la mayor parte de lo que se consumía era, sin duda, local y regional, apareciendo la cerámica romana las más veces cerca de su lugar de producción. Pero lo que más llama la atención de los datos arqueológicos es la cantidad de gente que podía permitirse, si no muchos, sí algunos artículos más caros, traídos de fuera.

FABRICAR Y DISTRIBUIR PRODUCTOS PARA EL ESTADO

Un gran debate han mantenido los historiadores sobre si la causa primera de toda esta producción y distribución era la búsqueda de beneficio o la generaban las necesidades del Estado. El consenso —alcanzado en los años 60 del siglo xx— acerca de que el Estado era el primer motor de la economía romana ha sido puesto en cuestión —desde mi punto de vista, con motivo— por parte de una eclosión de trabajo arqueológico centrado en unos productos y unos esquemas de distribución que es muy difícil —si no imposible— explicar en términos de actividad estatal. Muy enrevesada, por ejemplo, tendría que ser la explicación de quien leyese un esquema de producción del estado romano en el mapa que muestra la distribución en la Britania romana de la cerámica hecha en Oxford (figura 3, pág. 140): las zonas de las alfarerías no eran centros de la administración romana de la provincia, y en hogares del Sur desmilitarizado encontramos casi toda la cerámica oxoniense. Estos hallazgos presentan una imagen directamente comercial del mundo de la cerámica, con una distribución de los productos que, bastante uniforme alrededor de los hornos, desciende con relación a la distancia y al consecuente encarecimiento del transporte[169].

Sin embargo, aunque ahora muchos —entre los que me incluyo— optarían por dar más importancia al papel del mer-

cader que al del Estado, nadie negará que el impacto de la distribución estatal también era considerable. Ya solo Monte Testaccio da fe de un enorme esfuerzo del Estado con amplia repercusión: en los aceituneros hispanos; en los fabricantes de ánforas; en los navegantes, y, naturalmente, en los consumidores de la propia Roma, que de aquella forma veían su provisión de aceite de oliva garantizada. Las necesidades de las capitales imperiales, como Roma y Constantinopla, más las de un ejército de aproximadamente medio millón de hombres —acantonados principalmente en el Rin y el Danubio y en la frontera con Persia—, eran muy dignas de consideración, y al menos parcialmente conocemos por fuentes escritas las imponentes infraestructuras que el Estado romano creó para satisfacerlas. De hacia 400 d. C. data, por ejemplo, una lista que conservamos de las fábricas imperiales (*fabricae*), cuyos productos estaban destinados a los empleados estatales[170]. Estaban repartidas por todo el imperio —aunque la mayoría se situaban comparativamente cerca de las fronteras, donde estaba el ejército— y producían, sobre todo, vestimenta y armas. En el norte de Italia, por ejemplo, *fabricae* de géneros de lana había en Milán y Aquileia; de lino, en Rávena; de escudos, en Cremona y Verona; de corazas, en Mantua; de arcos, en Pavía; había, para terminar, factorías de flechas en Concordia. El simple número de estas *fabricae* es impresionante, pero también haría falta una coordinación administrativa considerable para recoger, transportar y distribuir tanto producto tan vario. Fuese cual fuese, alguna conexión tenía que haber entre el arquero que se enfrentara a los bárbaros al otro lado del Rin y su arco de Pavía y sus flechas de Concordia, y lo mismo con sus calzas de Milán o Aquileia.

Se ha querido a veces señalar un conflicto entre las actividades de distribución del Estado y las de los particulares, pero es casi seguro que, al menos bajo algunas circunstancias, ambas partes cooperaban en provecho mutuo. Por ejemplo, el Estado obligaba y favorecía la navegación entre África e Italia, y ejecutó y mantuvo las grandes obras portuarias de Cartago y Ostia, pues necesitaba alimentar a la ciudad de Roma con enormes cantidades de grano africano. Pero estos barcos y estas infraestructuras encaminadas al mercado de trigo también posibilitaban un uso comercial más general. En el caso de algunos productos, el vínculo con el mercado estatal de grano debió de ser muy estrecho. Es probable que la cerámica africana más refinada, que dominó el mercado de vajillas en el Occidente romano tardío, al menos en parte no saliese de Cartago sino para Roma, como mercancía secundaria de los barcos que llevaban grano a la capital del imperio; y la mayoría seguramente hizo ese trayecto porque los navegantes africanos tenían privilegios estatales gracias a los cuales les costaba menos transportar productos. Un buen ejemplo de esa relación simbólica que podía darse entre distribución estatal y comercial lo encontramos en los ladrillos que, fabricados en Italia, a menudo se usaban para edificios de Cartago en la primera época imperial. Transportar ladrillos cientos de kilómetros por mar no es rentable generalmente: podemos suponer que esos ladrillos italianos llegaron a África porque los barcos que transportaban el grano eran inestables y sin lastre y esta mercancía misma era un lastre que podía dar algún beneficio[171].

Tanto el Estado como la empresa comercial crearon unas sofisticadas redes de producción y distribución, a veces relacionadas estrechamente. Y desde el punto de vista del consumidor, que es lo que más nos interesa, poco importa si un

plato africano le llegaba por medio de una empresa privada, por medio del Estado o un poco por medio de los dos. Lo que cuenta es que el mundo antiguo disponía de un aparato de complejas estructuras que, de alguna forma, hacían llegar un plato de alta calidad desde África a las manos del habitante de la provincia, que lo usaría.

También pudo el Estado estimular el comercio privado de maneras más sutiles. El hallazgo, por ejemplo, en la muralla de Adriano de la fortaleza de Vindolanda —siglos I y II— no solo llama la atención por su estado de conservación, sino también por la rica variedad de objetos que atestigua.

Nos han llegado de Vindolanda cartas y listas que dejan claro que los soldados y sus familiares usaban cotidianamente una plétora de objetos, a menudo traídos de otros lugares. Una carta, por ejemplo, se refiere a un envío de calcetines, sandalias y ropa interior; otra, a uno de artículos de madera, desde cuerpos de cama a ejes de carro. El calzado que se ha recobrado en este sitio engloba desde botas militares corrientes —pero sólidas—, sin duda cosa del ejército, hasta una babucha de señora que, confeccionada con toda delicadeza y exhibiendo prominentemente el sello del fabricante, probablemente perteneciese a la mujer del comandante —el equivalente, no cabe duda, de un zapato Gucci actual, ya en cuanto a diseño o señal de estatus—. Se ha sugerido, y con razón, que esta fortaleza, situada en la parte más remota de una provincia periférica, era en aquellas tinieblas del consumo un faro que llamaba hacia la sofisticación mediterránea. Al defender el norte de Britania, el Estado llevó no solo soldados con dinero en los bolsillos, sino también una avalancha de objetos de buena factura, que ofrecían la imagen tentadora de la cultura de consumo del Sur[172].

EL FIN DE LA COMPLEJIDAD

En el Occidente post-romano, casi toda esta sofisticación material desapareció. Excepto para artículos de lujo, la producción especializada y la distribución más que local se hicieron raras; la imponente variedad y cantidad de artículos funcionales de calidad que había caracterizado la época romana se esfumó o, en el mejor de los casos, se redujo drásticamente. Esos medianos y pequeños mercados que tales cantidades de productos básicos de calidad habían absorbido durante el imperio, da la impresión de que desaparecieron casi enteramente.

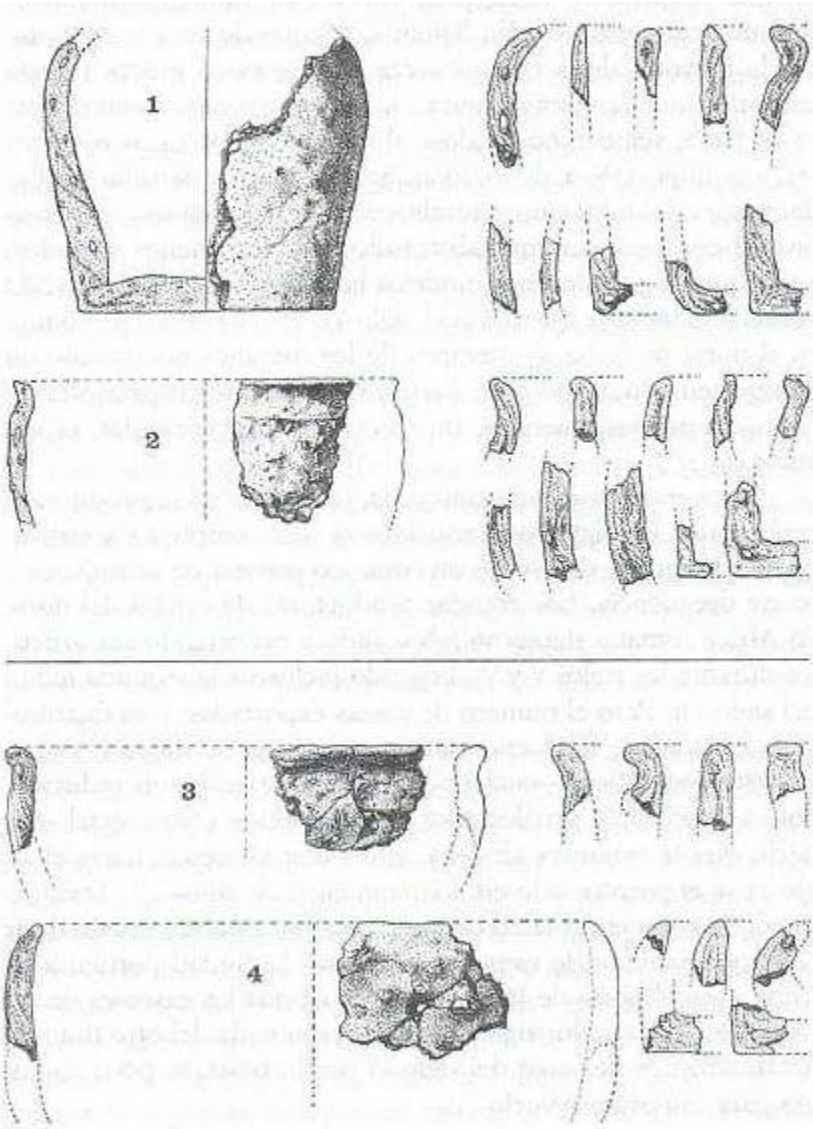


Fig. 7.—¿Cerámica digna de un rey? Vasijas del siglo VI-VII de Yeavering, palacio real de los reyes anglosajones de Northumbria. Los vasos están modelados a mano, pobremente fabricados y solo ligeramente cocidos (son muy endebles).

La idea más completa nos la da, de nuevo, la cerámica[173]. En algunas regiones, como el conjunto de Britania y partes del litoral hispano, todo rastro de sofisticación en la producción y el comercio de la cerámica parece que desapareció: ya

solo eran asequibles vasijas modeladas sin torno y sin ningún refinamiento funcional o estético.

En Britania, además de muy rudimentaria, la mayoría de la cerámica era frágil y poco práctica hasta extremos que dan pena (figura 7). En otras zonas, como el norte de Italia, seguían haciéndose al torno algunos vasos resistentes, y se importaban algunas vasijas de esteatita, pero las vajillas decoradas desaparecieron totalmente, o casi; incluso los utensilios de cocina se fueron fabricando cada vez menos variados, hasta quedar ya solo unos modelos básicos. La *olla*, una sencilla cazuela abombada que hacia el siglo VII era la pieza más común en el norte de Italia, en tiempos de los romanos no era sino un componente más de una *batterie de cui sine* impresionante (jarros, bandejas, cuencos, fuentes, morteros, cacerolas, tapas, ánforas, etc.).

En ciertas zonas muy concretas, la historia de la producción cerámica en los siglos post-romanos es más compleja y sofisticada, pero siempre dentro de un contexto general de inequívoca y fuerte decadencia. Los grandes productores de vajillas del norte de África romano siguieron fabricando y exportando sus artículos durante los siglos V y VI, llegando incluso a la segunda mitad del siglo VII. Pero el número de piezas exportadas, y su distribución, cada vez se fue viendo más mermada, tanto desde el punto de vista geográfico —enclaves costeros que acabaron reduciéndose a unos pocos privilegiados, p. ej., Roma— como social —es decir, que la cerámica africana, antes omnipresente, hacia el siglo VI se encuentra solo en asentamientos de élite[174]—. También fue decayendo la variedad de los vasos, y su calidad. Puedo decir con conocimiento de causa, pues excavé la ciudad portuaria de Luna —en el norte de Italia— que, igual que los cascotes

de cerámica africana de los siglos III y IV no son nada del otro mundo, los fragmentos de vasos del siglo VI son lo bastante poco comunes para causar un revuelo.

Sobrevivieron también hasta tiempos post-romanos algunas alfarerías regionales. En el sur de Italia, por ejemplo, y en la zona del Rin, durante los siglos V, VI y VII siguió moldeándose al torno y distribuyéndose en un área bastante extensa cerámica de tipo práctico, en ocasiones con adornos como incisiones a rayas o pintura roja. Pero ni siquiera estos productos igualan la calidad de muchos artículos romanos anteriores, ni la vasta gama de modelos que antes se encontraba. No sé de ninguna zona del Occidente post-romano donde la variedad de cerámica disponible durante los siglos VI y VII sea comparable a la de época romana, y en la mayor parte de lugares la caída de la calidad asusta.

Y no fue solo la calidad y la variedad lo que decayó; el volumen de cerámica en circulación lo hizo también drásticamente. Esto, difícil de probar de forma concluyente, lo compartirá cualquiera que haya trabajado en una excavación post-romana: de allí se saca, en vez de montañas de cerámica, unas pocas cajas de cascotes post-romanos, interesantes pero modestas. Tanto en excavaciones como en trabajos de campo, mientras que la cerámica romana, de tan abundante, puede ser una molestia positiva, cualquier tipo de pieza post-romana escasea sin casi excepción.

En medio de este panorama yermo había algunos oasis de mayor sofisticación. Recientemente se ha mostrado cómo, durante los siglos VII y VIII, la historia de la cerámica fue en la ciudad de Roma considerablemente más compleja que en la mayor parte de Occidente. Roma siguió importando de África ánforas y vajillas incluso a finales del siglo VII, y en la Ro-

ma del VIII fue donde se produjo uno de los primeros artículos medievales vidriados. Estos datos son impresionantes, y apuntan a que en la ciudad sobrevivió algo semejante a una economía de la cerámica de tipo romano. Sin embargo, si miramos al volumen de la mercancía, incluso en este caso excepcional salta a la vista una fuerte caída con respecto a tiempos anteriores. Las importaciones post-romanas se conocen, sobre todo, por un depósito de escombros de esta época, excavado donde la antigua cripta Balbi, en el centro de la ciudad, y de allí se extrajeron en torno a 100 000 fragmentos del siglo VII, entre los cuales alguna vajilla africana y los restos de unas 500 ánforas importadas[175]. Para lo que era el Occidente post-romano, este depósito de cerámica resulta imponente —ningún otro se le iguala en dimensiones ni variedad—, y hace pensar que a finales del siglo VII el comercio transmediterráneo se mantenía, cosa que hasta hace poco ni se sospechaba. Pero también hay que ponerlo en su contexto. Importaciones a esta escala, y con esta variedad, en época romana no llamarían la atención ni en una ciudad provincial, y 500 ánforas probablemente no fuesen más que media carga de un barco mercante del siglo VII[176].

La fosa de escombros de la cripta Balbi recogía, además, casi con total seguridad los desperdicios de un rico monasterio cuyos habitantes pertenecían a la élite de la ciudad. Según los datos que hoy tenemos, durante los siglos VI y VII la cerámica de calidad y las ánforas importadas estaban solo al alcance de los ricos incluso en Roma: se convirtieron en artículos de lujo los que otro tiempo fueron productos de amplia difusión. Por ejemplo, la excavación de una vasta franja rural colindante con el norte de Roma sacó a la luz, tanto en moradas humildes como aristocráticas, grandes cantidades de vajillas importadas de época romana, pero casi ninguna

de los siglos VI y VII, independientemente del tipo de casa[177]. Ya habían desaparecido por completo, incluso en esos raros sitios donde la importación de cerámica se mantuvo a flote —como Roma—, ese mediano y pequeño mercado de artículos de calidad tan característico de tiempos anteriores.

Este relato de cómo decayeron la fabricación y el consumo de cerámica en Occidente cobra aún más vida si le oponemos la historia que, totalmente distinta, se dio en Oriente durante los siglos V y VI. Aquí los siglos IV, V y VI vieron surgir y difundirse nuevas vajillas fabricadas en Chipre y Focea —al noroeste de la actual Turquía—, y nuevas clases de ánfora que transportaban el vino y el aceite de distintas zonas de Oriente Medio y el Egeo. Encontramos grandes cantidades de estos productos por todo el Mediterráneo oriental, incluso en enclaves rurales comparativamente humildes, y además se exportaban a África, y más lejos. Es decir, que el Oriente de los siglos V y VI se parecía al Occidente de época romana, y no a su situación contemporánea, mucho más desoladora. Estas historias tan distintas de Oriente y Occidente nos ponen delante la cuestión de por qué se dio tal divergencia, punto que trataré en el próximo capítulo.

El testimonio de otros productos confirma el panorama de decadencia occidental que se desprendía de la cerámica. En Britania, por ejemplo —caso extremo—, cada una de las técnicas arquitectónicas que introdujeron los romanos, tanto las más funcionales como las de lujo, desaparecieron por completo durante el siglo V. Absolutamente ningún indicio nos hace pensar que aún funcionasen las canteras, ni que se preparase mortero, ni que se fabricasen y usasen ladrillos y tejas. Todas las nuevas construcciones de los siglos V y VI, ya de zona anglosajona o británica aún no conquistada, eran, si no

de madera u otros materiales perecederos, de muros de piedra sin mortero, y todos los tejados eran de madera o paja.

En Northumbria, muy a finales del siglo Benito Biscop, abad reformista, quiso construir en sus recién fundados monasterios de Jarrow y Monkwearmouth iglesias «de estilo romano»: en otras palabras, con la piedra y el mortero que se había acostumbrado a ver en el transcurso de dos peregrinaciones que hizo a Roma. Llamó, para reintroducir estas técnicas, a maestros de la Galia, entre los cuales maestros vidrieros que decorasen las ventanas —descritos como «artesanos aún desconocidos en Britania»[178]—. Los edificios que resultaron, conservados parcialmente, son diminutos en relación a cánones romanos o medievales posteriores, y sus ventanas son puras fisuras en la piedra, pero atestiguan la heroica reintrodución de la construcción en piedra y la vidriería en una zona que no había visto nada parecido en unos tres siglos. Las sólidas iglesias de Biscop, con sus ventanas de vidrio de color, debieron de causar una impresión profunda en aquel mundo de casas de madera.

En la zona mediterránea, la decadencia de las técnicas y la calidad de construcción no fue tan drástica: presenciamos, como ya ante la cerámica, no tanto una desaparición completa como una reducción dramática. Las casas particulares de la Italia post-romana parece que fueron, tanto en la ciudad como en el campo, casi exclusivamente de materiales perecederos. Desaparecieron esas casas de época romana hechas sobre todo con piedra y ladrillo, y las sustituyeron construcciones casi de solo madera. Mucho más efímeras se hicieron incluso las moradas de los terratenientes aristócratas, y mucho menos cómodas: aun empeñándose en buscarlo, los arqueólogos no han sido capaces de encontrar indicio alguno de que, a finales del siglo VI y durante el VII, siguiesen

construyéndose esas viviendas impresionantes que, rurales o urbanas, en época romana estaban por todas partes, con sus sólidos muros, suelos de mármol y mosaico, y esos refinamientos como calefacción bajo el suelo y agua corriente. Hoy por hoy, parece que en Italia solo los reyes y los obispos seguían viviendo en semejante bienestar de estilo romano[179].

De forma muy localizada, en Italia y otros lugares sí sobrevivió la tradición de la piedra y mortero, sobre todo para construir iglesias, pero en unas dimensiones que, junto a los edificios que se mantenían de época romana, eran enanas (figura 4 del capítulo 6, pág. 215 [de la edición impresa]). Además, hasta donde sabemos, la piedra y el ladrillo, cuando se usaban, ni siquiera se tallaban o se cocían para la ocasión, sino que eran materiales de segunda mano, retocados solo de forma superficial para que encajasen en el nuevo edificio. El ladrillo de las primeras iglesias medievales italianas no tiene la regularidad de tiempos romanos o medievales posteriores, y fustes, basas y capiteles de columnas no volvían a labrarse, sino que, ya fuese el conjunto disonante, directamente se reutilizaban los antiguos mármoles. Se labraban solo piezas pequeñas, como mamparas de presbiterios, doseles de altares y púlpitos, que eran el centro de la liturgia[180].

Como con la cerámica, el cambio fue más completo, y más significativo, en el pequeño y mediano mercado. Las tejas, que, como ya vimos, habían sido muy asequibles en la Italia romana, desaparecieron, con la excepción de unos pocos edificios de élite[181]. No fue sino unos mil años después, quizá en los siglos XIV o XV, cuando los techos de tejas volvieron a ser tan asequibles y corrientes como en época romana. Entretanto, la inmensa mayoría de la población hubo de vérselas con cubiertas de materiales perecederos, inflamables e in-

festadas de insectos. Y este cambio en los tejados no fue un fenómeno aislado, sino un síntoma más de la decadencia de los niveles de construcción de las viviendas: los suelos de la primera Edad Media, por ejemplo, salvo en palacios e iglesias, por lo común parece que eran de simple tierra batida.

Puede ponerse en cuestión todo este retablo desolador, con hogares post-romanos caracterizados, tanto en Britania como Italia, por paredes de madera que atravesaba la corriente, tejados podridos llenos de goteras y suelos sucios. No hay ninguna ley incontestable según la cual un techo de paja, o una construcción de madera, sean inferiores a otra de materiales más sólidos. La paja de los tejados de la actual Inglaterra, si bien es cosa de otro tiempo y, por tanto, de lujo —debe renovarse periódicamente, y cuesta bastante—, cumple su función como material de cubierta, y hasta ofrece mejor aislamiento contra el calor y el frío que la teja o la pizarra; y las casas de madera de Escandinavia y América del Norte son sofisticadas y cómodas como cualquier edificio de ladrillo. Es, pues, lícito argumentar que esa sustitución de los materiales de construcción sólidos por otros perecederos a finales de época romana no fue un paso atrás, hacia la penuria, como he dicho yo, sino uno adelante, hacia una manera nueva de vivir, producto de una opción cultural.

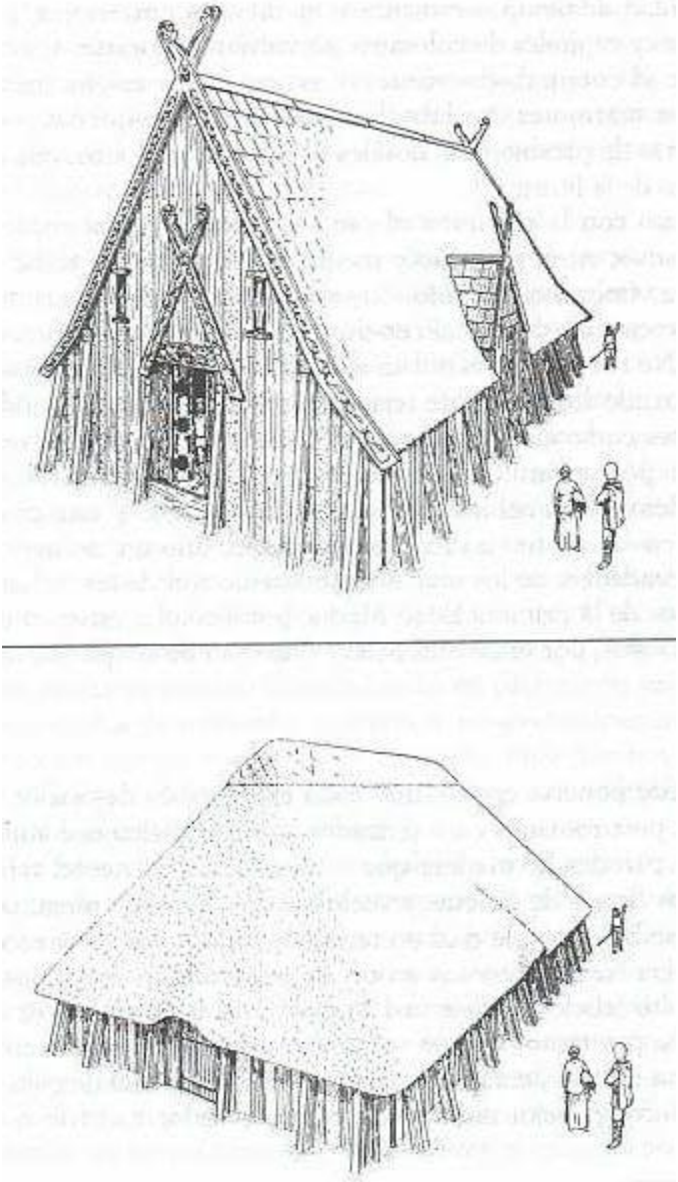


Fig. 8.—¿Resistencia elaborada decorada o simple choza de madera? Reconstrucciones alternativas —y ambas posibles— del mismo edificio del siglo VII excavado en Cowdery's Down, en Hampshire.

Precisamente a causa de que las construcciones post-romanas se hacían con materiales perecederos, tenemos muy poca certeza sobre cómo eran realmente. Por lo general, el

único rastro suyo son los agujeros que los maderos que las sostenían dejaron en el subsuelo. Sobre esos agujeros, según nuestra disposición podemos imaginar superestructuras de sofisticación y complejidad variables (figura 8). Si nos parece, podemos labrar las vigas de madera, añadir un pavimento también de madera y, naturalmente, atiborrar estas estructuras imaginarias de objetos de refinada factura, como tapices y muebles —todos, eso sí, de materiales perecederos, y por eso tampoco presentes en la excavación—. Personalmente, vista la pobre calidad que caracteriza la cerámica post-romana, el producto que más fácilmente podemos comparar con su equivalente romano, considero que las casas post-romanas eran, en su mayor parte, rudimentarias. Debo admitir, sin embargo, que no puedo demostrarlo de forma concluyente.

UN MUNDO SIN CALDERILLA

Otro indicio notable de que hubo un cambio sustancial en los niveles de sofisticación económica es que en el Occidente post-romano el sistema monetario desapareciese casi totalmente de la vida cotidiana. En época romana, la vida diaria se caracterizaba por un sistema monetario complejo y omnipresente; en tres metales: oro, plata y cobre. Las piezas de oro y plata, de valor considerable y, consecuentemente, rara vez extraviadas, no es normal encontrarlas fuera de los tesoros ocultos. Pero las monedas romanas de cobre sí son frecuentes en las excavaciones arqueológicas de casi todas las zonas del imperio. Por ejemplo, de la excavación de una granja romano-británica del siglo IV bastante remota, en Bradley Hill (Somerset), salieron setenta y ocho monedas de cobre, de las cuales sesenta y nueve fueron hallazgos dispersos, es decir, que los antiguos habitantes las perderían una a una. Hallazgos así, sumados a los testimonios escritos, de-

muestran que las monedas estaban por todas partes y que se usaban recurrentemente para facilitar el intercambio económico, tanto en un ámbito cotidiano como en otros mayores[182].

A Britania, salvo en pequeñas cantidades, dejaron de llegar monedas nuevas a comienzos del siglo v. No excluimos, claro, la posibilidad de que siguiesen usándose los millones de monedas que circularon durante el siglo iv, de hecho alguna aparece ocasionalmente en asentamientos o sepulcros post-romanos. Sin embargo, prácticamente todos esos lugares últimos donde encontramos monedas tuvieron antes una fase romana, o sea, que no podemos saber si esas monedas seguían usándose para facilitar las transacciones o si eran reliquias inertes de un tiempo pretérito. Si nos centramos en los asentamientos post-romanos sin fase previa romana, es decir, donde no hay duda posible, dar con monedas desperdigadas o es extremadamente raro o simplemente no ocurre. En la magna e impresionante fortaleza costera de Tintagel, por ejemplo, situada en Cornualles, centro de importancia política y económica notable en los siglos post-romanos v y vi, no se ha encontrado ni una sola de esas piezas desperdigadas que demostrarían que la moneda aún se usaba regularmente cuando el asentamiento estaba en su punto álgido[183]. Tintagel era, en dimensiones e importancia, muy superior a aquella granja del siglo iv de Bradley Hill, y sin embargo en Bradley Hill se usaban estas monedas cotidianamente. Al igual que la cerámica hecha al torno, la moneda, en otro tiempo común, realmente desapareció de Britania durante los siglos v y vi.

En el occidente mediterráneo la caída de la moneda es menos absoluta y abrupta, como sucede con otros aspectos de la

civilización. Muchos de los nuevos gobernantes germanos de Occidente acuñaron su propia moneda de oro, y algunos lo hicieron también en plata, con frecuencia queriendo imitar la circulación contemporánea del Imperio romano de Oriente (p. ej., figura 1 del capítulo 3, pág. 110). En el África vándala, y en la Italia ostrogoda, los nuevos regímenes produjeron también moneda de cobre (p. ej., figura 3 del capítulo 3, pág. 117 [de la edición impresa]). Estas piezas, aunque mucho más raras entre los hallazgos arqueológicos que las romanas imperiales del siglo IV, no eran insignificantes: se piensa, por ejemplo, que esas grandes monedas de cobre de la Italia de finales del siglo V inspiraron la importante reforma monetaria que se daría en el Oriente romano algunos años más tarde. En otras partes de Occidente, sin embargo, las piezas de cobre habían dejado de emitirse con regularidad ya durante el siglo V. Las únicas excepciones que hoy conocemos son dos monedas de cobre locales, probablemente ambas del siglo VI: una, acuñada en la zona en torno a Sevilla, en la Hispania visigoda; la otra, en el principal puerto franco del comercio en el Mediterráneo, Marsella[184].

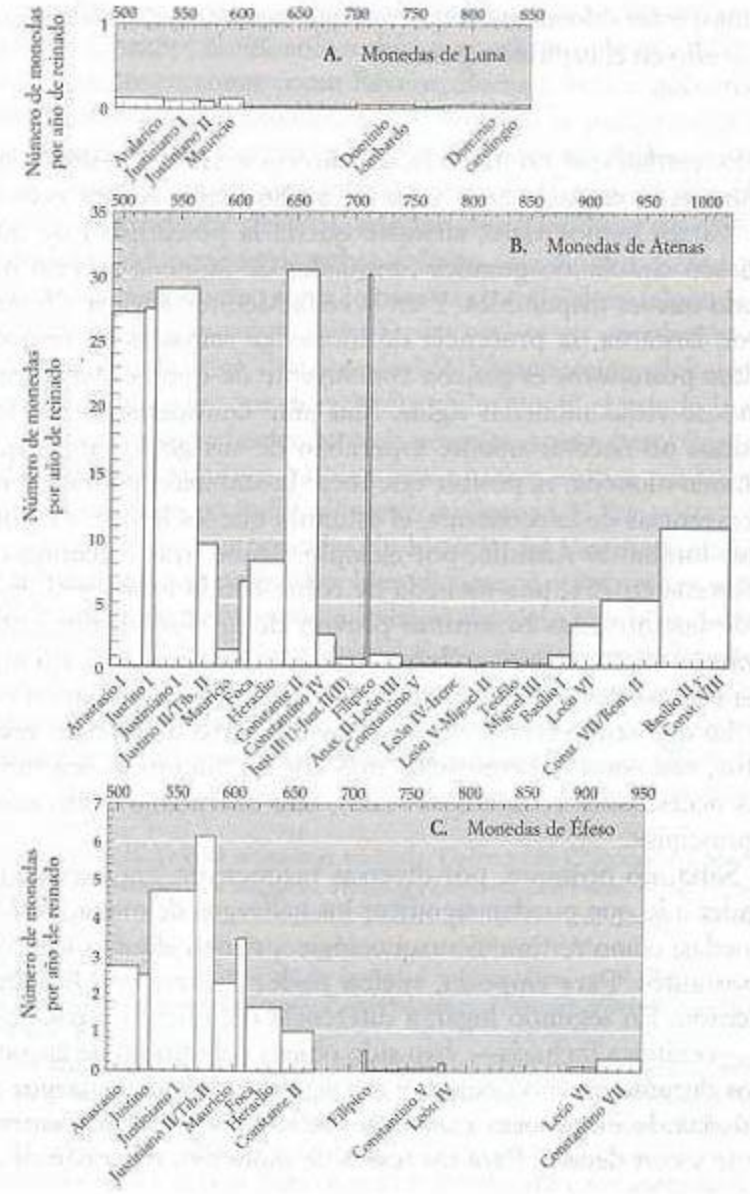


Fig. 9A.— La disponibilidad de la calderilla. Hallazgos de monedas de cobre de nuevo cuño (se muestra el número de monedas por año) en diferentes lugares del Mediterráneo occidental y oriental. A. La ciudad de Luna, en Liguria (Italia); B. Atenas (Grecia); C. Éfeso, en la costa del Egeo (actual Turquía).

Incluso estos sistemas monetarios desaparecieron durante el siglo VI. Durante el VII, solo volvió a acuñarse moneda de cobre en Occidente en zonas como Rávena, Roma y Sicilia,

gobernadas por los romanos orientales, pero también la producción y la circulación de estas monedas debieron de ser limitadas, pues no es normal que aparezcan en excavaciones (figura 9). En el siglo VII y principios del VIII, encontramos indicios de emisión abundante de moneda de cobre solo en una ciudad, Roma, y se trata en su mayoría de piezas locales «extraoficiales» (algunos datos apuntan que quizá también Sicilia tuviese en circulación una cantidad significativa de monedas)[185]. El panorama global para Occidente es, pues, que durante los siglos V y VI el uso de la moneda de cobre se va haciendo cada vez más escaso, hasta llegar en el VII a niveles mínimos, si bien este proceso es más paulatino y menos dramático en Italia, al menos en Roma y el Sur.

Igual que con la cerámica, la historia del sistema monetario en el Mediterráneo oriental es bien distinta. Aquí abundan monedas de cobre de nuevo cuño a lo largo del siglo VI y bien entrado el VII (figura 9B-E). En la zona del Egeo, sin embargo, durante el siglo VII empezaron a escasear las piezas de cobre nuevas, salvo en Constantinopla (figura 9B, C, D). Siguieron siendo comunes solo más al Sur, en las provincias de Oriente Medio (figura 9E)[186]. Una vez más, estas diferencias requieren una explicación, y trataremos de hacerlo en el capítulo siguiente.

Es verdad que no hay relación directa entre la emisión o no de nuevas monedas y los niveles de sofisticación de una economía. Como hemos visto, siempre queda la posibilidad de que siguiesen circulando grandes cantidades de moneda aun no habiendo nuevas disponibles. Y en la zona Mediterránea, a diferencia de Britania, la presencia de monedas romanas en tesoros ocultos posteriores es prueba concluyente de que podían seguir usándose viejas monedas siglos. Más aún:

considerando que los súbditos no necesariamente esperaban de sus gobernantes que acuñasen moneda, es posible que fuese la ambición política, y no las exigencias de la economía, el estímulo que les llevase a emitir. El rey lombardo Aistulfo, por ejemplo, acuñó, tras su conquista de Rávena en 751, una moneda de cobre con la forma y el diseño de las monedas bizantinas previas de la ciudad, poniendo nombre y efigie propios en lugar de los del emperador[187]. En ninguna otra parte de Italia volvieron los lombardos a acuñar en cobre. La que acuñó en Rávena Aistulfo se trataba de un caso aparte; fue, casi con total seguridad, más que un intento de respuesta a las necesidades económicas reales, una bravucona declaración de principios.

Sería, no obstante, por diversas razones, un grave error no atender a lo que pueden significar los hallazgos de monedas. Las monedas, como testimonio arqueológico, tienen algunas ventajas importantes. Para empezar, suelen poder datarse con bastante precisión. En segundo lugar, a diferencia de muchos otros objetos —cerámica incluida—, han sido objeto del estudio de arqueólogos durante mucho tiempo, y eso significa que los hallazgos de monedas de numerosas excavaciones se han publicado enteramente y con detalle. Para los restos de monedas, disponemos de algunas bases de datos sustanciosas y fiables que, si se toman las debidas precauciones, permiten la comparación a lo largo de toda la zona del mundo romano previo (como en la figura 9).

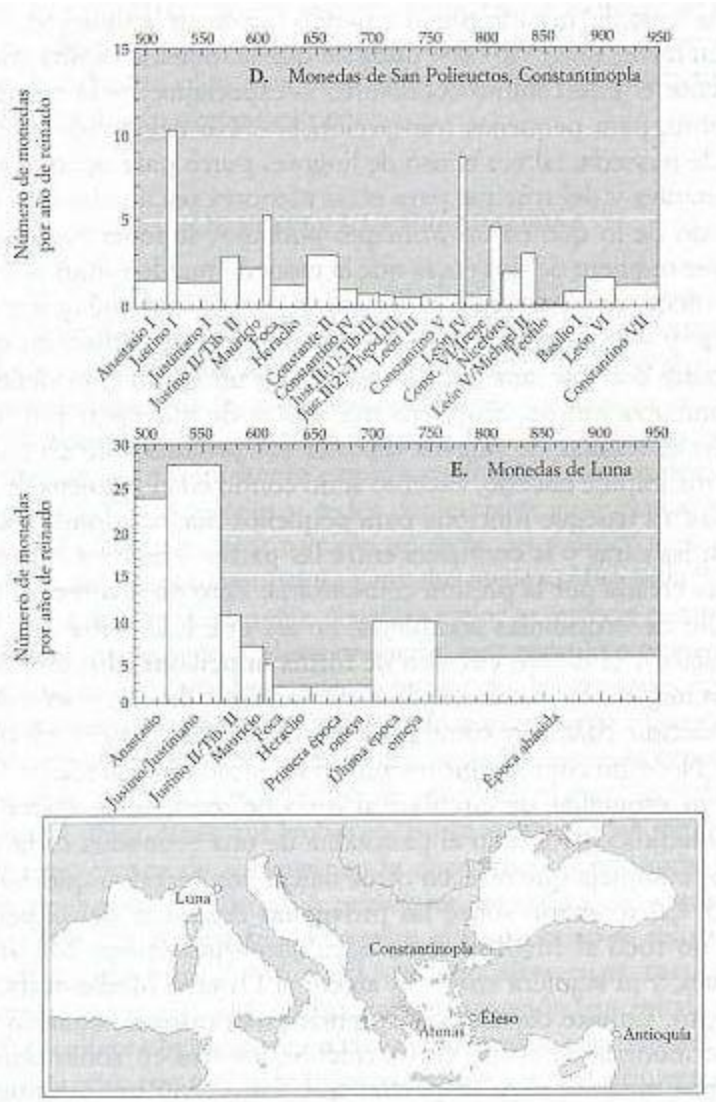


Fig. 9B.—D. Constantinopla (en especial, de la excavación de la iglesia de San Polieuctos); E. Antioquía (Siria). Nota: el eje vertical de cada histograma es diferente.

En tercer lugar, no cabe duda de que la moneda facilita enormemente el intercambio económico —especialmente la moneda de cobre, para pequeñas transacciones—. No negaremos que, a falta de moneda, tal vez el uso de lingotes puros para operaciones importantes y del trueque para otras menores sea mucho más sofisticado de lo que en un principio

podamos suponer[188]. Pero el trueque requiere de dos cosas que la moneda puede evitar: que en el momento del trato cada parte sepa con exactitud qué quiere de la otra, y —especialmente si se trata de un intercambio en que una parte cobrará más tarde— que exista un grado considerable de confianza mutua. Si quiero trocar una de mis vacas por una provisión regular de huevos durante los próximos cinco años, nada me impide hacerlo, excepto si no confío en el granjero de las gallinas. El trueque funciona para pequeños núcleos donde todos se ven las caras y la confianza entre las partes o bien ya existe, o bien es creada por la presión comunitaria. Pero no favorece el desarrollo de economías complejas, en las que hace falta que los productos y el dinero circulen de forma impersonal. En una economía monetaria, puedo cambiar mi vaca por dinero, y solo después decidir cuándo y cómo gastarlo, lo cual haré, quizá, en otro lugar. Necesito confiar únicamente en las monedas que recibo.

Los esquemas de circulación o no de moneda de cobre en gran medida corroboran el panorama de una economía cada vez menos compleja que ofrecen otros datos: una recesión que, hacia 400 d. C., se abatió sobre las provincias del norte del imperio, pero no tocó al Mediterráneo occidental hasta unos 200 años después, y ni siquiera entonces afectó al Oriente Medio árabe ni a Egipto. En este contexto, sorprenden tres casos de emisión local de moneda de cobre en Occidente, los tres en zonas donde tenemos motivos para sospechar que sobrevivió una economía algo más sofisticada: el suroeste hispano del siglo VI, en el corazón del reino visigodo; la Marsella del siglo VI, puerto de entrada a los reinos francos, y la Roma papal del siglo VII y principios del VIII. Las pocas zonas que seguían necesitando moneda de cobre la producían; que no aparezca en más sitios debe leerse como

síntoma de una economía occidental que desde la época romana había cambiado dramáticamente.

¿DE VUELTA A LA PREHISTORIA?

El cambio económico al que me he referido fue extraordinario. Al final del mundo romano no presenciamos una «recesión» o —por usar un término que últimamente han sugerido algunos— una «moderación», con una economía que, en esencia la misma, sigue funcionando a menor marcha. Nos enfrentamos, por el contrario, a un importante cambio cualitativo que supone la desaparición de industrias y redes comerciales enteras. La economía del Occidente post-romano no es la del siglo IV a escala reducida, sino otra bien distinta y mucho menos sofisticada [189].

Donde más claramente ocurre y mejor se aprecia es en Britania. Durante el siglo V, desaparecieron por completo una serie de técnicas básicas, y solo se reintroducirían siglos después. Algunas de estas técnicas, como la de construir con mortero y piedra o ladrillo, pueden considerarse resultado de costumbres específicas romanas, y por ello especialmente sensibles al cambio político y cultural. Para otras, sin embargo, no se sostienen las explicaciones que, en vez de apoyarse en la decadencia económica, lo hacen en el cambio cultural. A principios del siglo V desapareció de toda Britania el arte de la cerámica al torno, y no se reintrodujo hasta pasados casi 300 años. El torno del alfarero es, más que un elemento de identidad cultural, una innovación funcional que facilita y aligera la producción de una cerámica con paredes finas; desapareció, con todo, de Britania. Aunque soy el primero en admitir que esto se asume con dificultad, probablemente se debió a que ya no había consumidores suficientes con que pudiesen mantenerse alfarerías especializadas.

Sobrevivió en la Britania post-romana la sofisticación de la producción y el intercambio, pero solo para los niveles más altos de la sociedad y para los artefactos más de élite. A principios del siglo VII, en Sutton Hoo se enterró a un gobernante de East Anglia con un rico y exótico ajuar de tesoros: platos de plata y cobre del Mediterráneo oriental; un cuenco de bronce esmaltado, probablemente del oeste de Britania; algunas armas fabulosas, parte de las cuales quizá fueran escandinavas; monedas de oro de los reinos francos, y algunas delicadas joyas locales de oro, con granates y cristal de colores de más allá del canal de la Mancha —o puede que de más lejos—. Las joyas, que sin lugar a dudas se hicieron en la Britania anglosajona, son de un acabado y un diseño extraordinariamente refinados (figura 10).

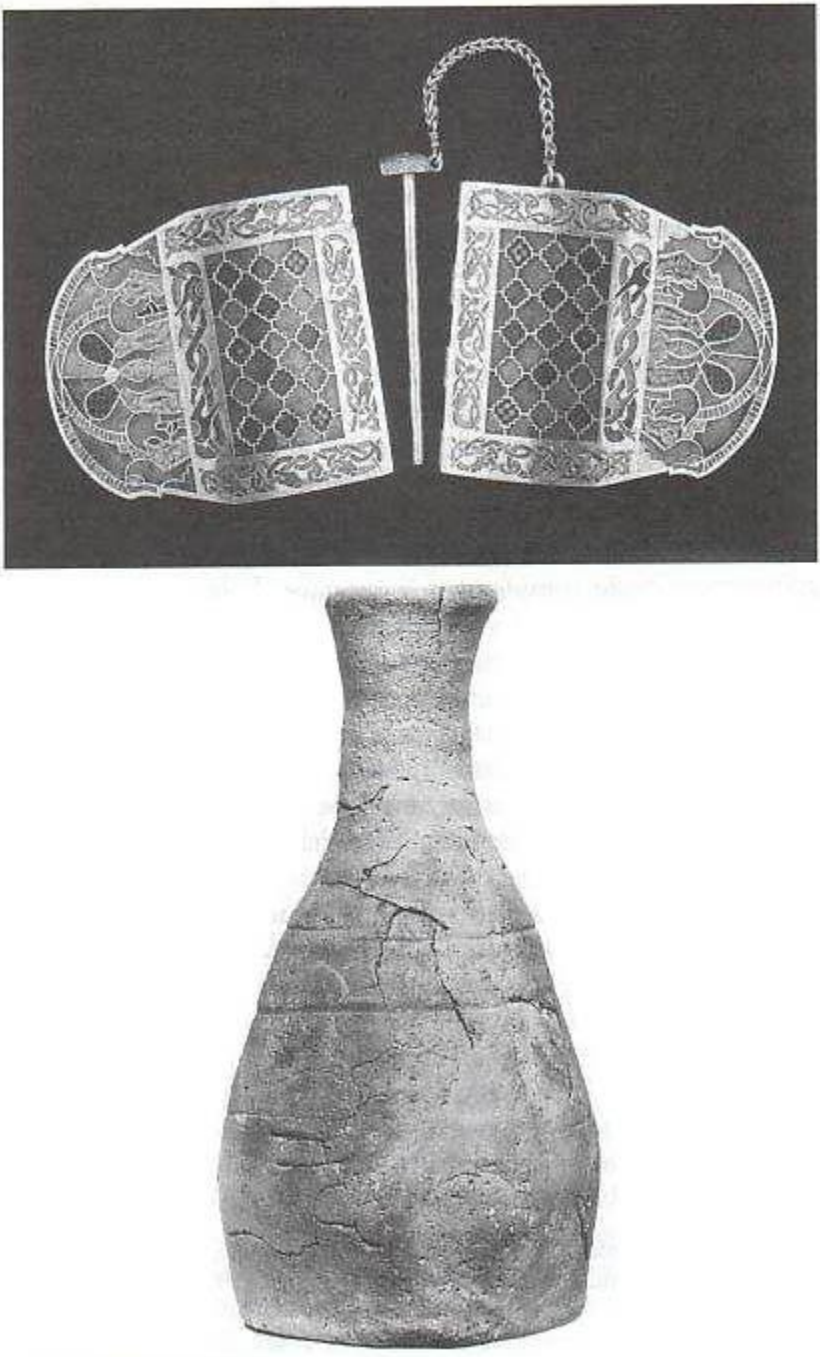


Fig. 10.—El declive de los productos de bajo coste. Arriba, un broche para las hombreras decorado con granates y vidrio; abajo, una vasija de cerámica. Ambos fueron enterrados junto a un rey de East Anglia, en Sutton Hoo, hacia 625.

Pero se trata de artículos de élite, poco comunes, fabricados o importados para los niveles más altos de la sociedad. En ese contexto sí seguían creándose bellos objetos que, además, viajaban largas distancias (como producto venal o como obsequio). Lo que había desaparecido por completo eran esos artículos de calidad y bajo precio que, hechos en serie, estaban tan a mano en época romana. Mucho tiene que decirnos un objeto del entierro de Sutton Hoo que allí en su urna del Museo Británico llama muy poco la atención: la vasija de cerámica (figura 10, abajo). En el contexto de East Anglia, en el siglo VII, casi sin duda era un producto de alto estatus, importado —pues, en una época en que toda la cerámica británica se moldeaba a mano, estaba al torno—. En cualquier contexto de tiempos romanos, sin embargo, incluso en el hogar de un campesino, no tendría nada de particular, salvo quizá su textura esponjosa y su acabado tosco. Había desaparecido esa economía que mantuvo y proporcionó artículos funcionales a buen precio a un pequeño y mediano mercado enorme, y la producción y el intercambio sofisticados quedaron reducidos a un volumen raquítico de objetos de elevado estatus[190].

Al principio puede resultar inverosímil, pero lo cierto es que la Britania post-romana naufragó en unos niveles de complejidad económica muy por debajo de los de la Edad del Hierro prerromana. En los años anteriores a la conquista romana del año 43 d. C., el sur de Britania importaba de la Galia vino y cerámica; tenía sus propias industrias alfareras regionales, y sus productos se distribuían; tenía, incluso, monedas locales de plata que, además de por motivos de prestigio y para hacer obsequios, muy bien podían usarse para facilitar las transacciones[191]. El esquema de los asentamientos en la Britania de la última Edad del Hierro refleja también

una complejidad económica incipiente, con bastantes enclaves costeros que, como Hengistbury, en la actual Hampshire, dependían del comercio al menos parcialmente. Nada de esto puede afirmarse de la Britania post-romana de los siglos v y vi. Solo hacia 700 d. C., tres siglos después de la desintegración de la economía romano-británica, el sur de Britania se reincorporó realmente al nivel de complejidad económica de la Edad del Hierro prerromana, de lo cual son indicios vasijas importadas del continente, la primera alfarería anglosajona de entidad que usase el torno —en Ipswich—, la emisión de moneda de plata y el surgimiento de enclaves comerciales en la costa, como Hamwic —Saxon Southampton— y Londres[192]. Hacia 700 d. C., estos elementos o eran nuevos o estaban empezando, pero todos ya habían existido en el sur de Britania durante la Edad del Hierro prerromana.

En el Mediterráneo occidental, la regresión económica en ningún caso fue tan total como en Britania. Como hemos visto, durante los siglos post-romanos se mantuvo algún comercio, emporios, sistemas monetarios y algunas industrias locales y regionales. Pero es bueno recordar que el nivel de complejidad y sofisticación económica al que llegó en época romana el mundo mediterráneo era muy superior al que Britania jamás alcanzó. La caída de la complejidad económica en Britania llama grandemente la atención, pero el hecho de que el descenso del Mediterráneo se detuviera en niveles superiores se debe a que partía de un punto mucho más alto. Si, como hemos hecho con Britania, comparamos las economías pre-y post-romanas del Mediterráneo, al menos en algunas zonas podremos encontrar un panorama semejante al esbozado arriba: una regresión que sitúa a la economía en niveles de complejidad inferiores a los alcanzados en época prerromana. En la Italia meridional y central, por ejemplo,

tanto de las colonias griegas como de las zonas etruscas tenemos muchos más indicios de mercado e industrias locales sofisticadas que no de lo que esas zonas mismas serían en época post-romana. Con los templos de Agrigento y Pesto, con las tumbas de Cerveteri y Tarquinia —más una avalancha de cerámica y joyas tanto de importación como de factura local—, el pasado prerromano nos ha dejado restos materiales suficientes para ser gran atracción turística. Esto no puede decirse de los primeros siglos post-romanos.

El caso de la Italia central y meridional nos lleva a un punto importante. Ese complejo sistema de producción y distribución de cuya desaparición hemos estado tratando era un fenómeno mucho más fuertemente arraigado que una economía exclusivamente «romana». Se trataba, más bien, de una economía «antigua» que en el sur y el este del Mediterráneo florecía mucho antes de que Roma adquiriese su significación, y hasta en el norte y el oeste del Mediterráneo ya se iba desarrollando a paso firme durante los siglos previos a la dominación romana. Es verdad que, en algunas provincias lejanas del Norte —el interior de los Balcanes, el norte de la Galia, la zona del Rin y Britania—, el gobierno romano y la complejidad económica más o menos coincidieron en el tiempo. Pero, como hemos visto ante la Britania de la Edad del Hierro, quizá incluso en estas regiones esta situación fue el resultado de la conquista romana, que, más que cambiar radicalmente la dinámica económica, intensificó tendencias preexistentes. Lo que se vino abajo durante los siglos post-romanos, y luego no se recobró sino muy lentamente, fue un mundo sofisticado que, además, tenía raíces muy hondas. ¿Cómo pudo ocurrir un cambio tan drástico?

5

¿POR QUÉ SE ACABÓ EL BIENESTAR?

Jamás sabremos con exactitud por qué se desmoronó la economía sofisticada que se había desarrollado bajo dominio romano. Los datos arqueológicos, que en realidad es todo lo que tenemos, pueden decirnos qué ocurrió, y cuándo, pero por sí solos no son una respuesta que explique este cambio. Una frágil vasija anglosajona moldeada a mano es testimonio elocuente de una dramática caída en los niveles de vida, pero no puede decirnos qué acabó con esas factorías cuyos productos de calidad pocas décadas antes se extendían por todo el sur de Britania. Nosotros, en cambio, sí podemos comparar el desarrollo de la decadencia con otros cambios y acontecimientos que conocemos del mundo romano, para ver si existe alguna conexión.

ESQUEMAS DE CAMBIO

La quiebra no tuvo un momento claro, ni siquiera un siglo. Según la parte del imperio, la economía antigua desapareció en épocas distintas y a velocidades variables. Si mostramos en un gráfico, por hacer una comparación clara y directa, la evolución de cinco regiones —desde la complejidad romana de hacia 300 d. C. hasta el mundo dramáticamente simplificado de en torno a 700—, enseguida veremos diferencias significativas entre las distintas zonas del imperio, pero también algunos paralelismos (figura 1).

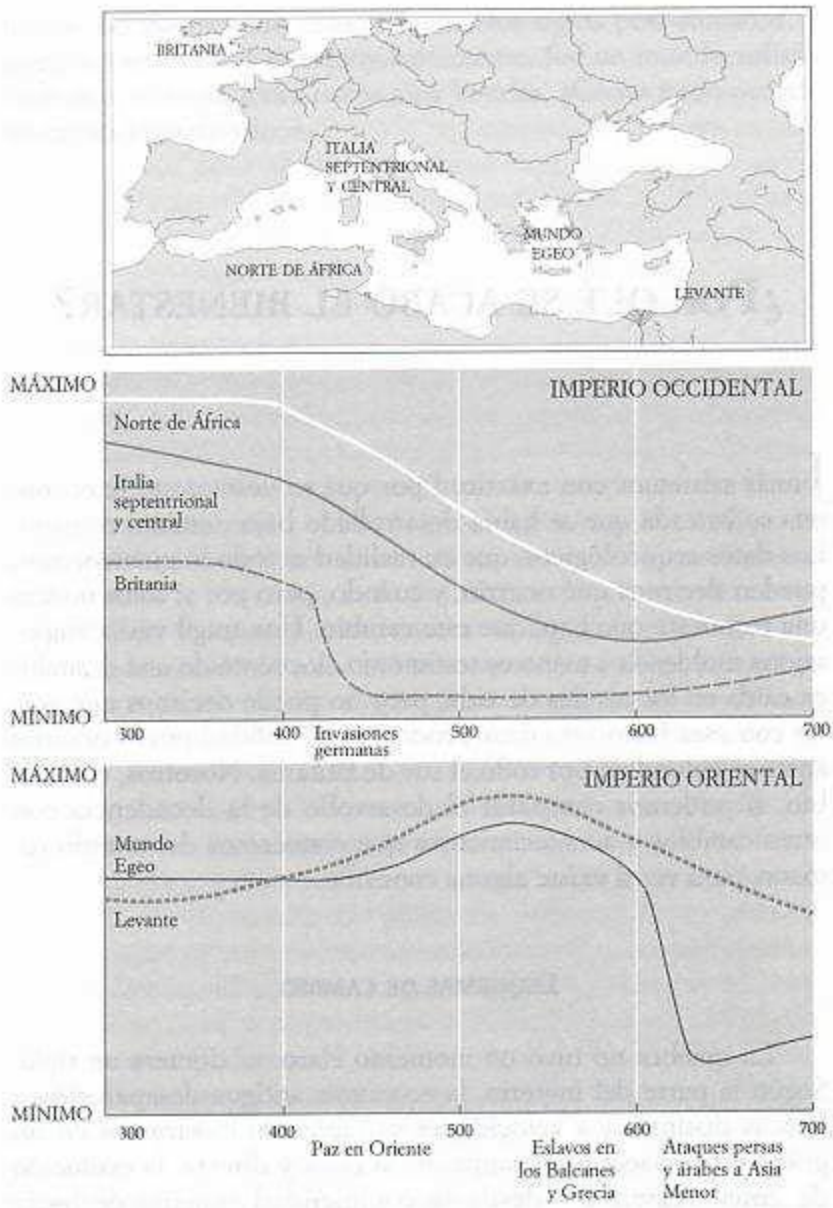


Fig. 1.—Los altibajos dramáticos de la complejidad y la prosperidad entre 300 y 700 en cinco regiones del mundo romano: Britania, Italia central y septentrional, las provincias romanas del norte de África, las islas y provincias costeras del Egeo y Oriente Medio, entre Turquía, al Norte, y Egipto, al Sur.

Es inevitable que este gráfico sea la simplificación grosera de una mole de datos arqueológicos difíciles, en ocasiones

polémicos, pero espero que los esquemas de cambio que he ofrecido estén razonablemente cerca de los testimonios de que hoy disponemos, y que puedan servir, por ello, más de ayuda que de confusión[193].

Todos convienen en que llama la atención lo rápido y lo pronto que desapareció la sofisticada economía de la Britania romana. Puede que ya a finales del siglo IV hubiese habido una decadencia importante, pero sería, en cualquier caso, una recesión, no un colapso total: aún circulaba en el siglo V con normalidad moneda nueva, y funcionaban todavía factorías sofisticadas. A principios del todo esto desapareció, hundiéndose Britania, como vimos en el capítulo anterior, en unos niveles de simplicidad económica comparables a los de la Edad del Bronce, sin sistema monetario, y con cerámica modelada sin torno y solamente casas de madera[194].

Hacia el Sur, en las provincias del Occidente mediterráneo, el cambio fue mucho más lento y gradual, lo que dificulta exponerlo con detalle, pero podríamos resumir que se trató, tanto en Italia como en el norte de África, de una decadencia paulatina que, iniciada en el siglo V —en Italia puede que antes—, continuó hasta el VII por una senda de declive constante. Mientras que en Britania se alcanzó el punto más bajo ya en el siglo V, en Italia y el norte de África es probable que esto no llegase hasta casi dos siglos después, muy a finales del VI o, para el caso de África, incluso ya bien entrado el VII[195].

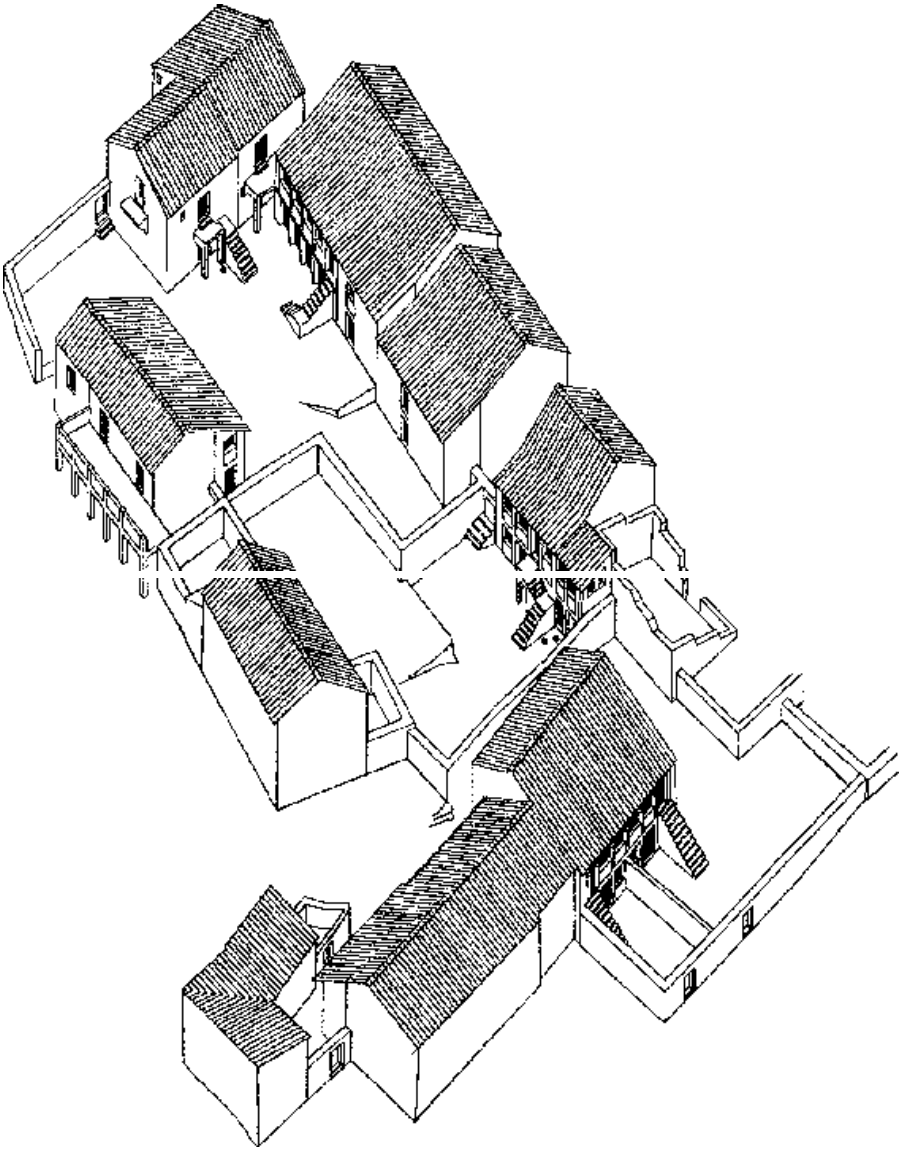


Fig. 2.—Granjas del siglo IV-VI en la aldea de Déhès, al norte de Siria. Los muros están cuidadosamente construidos en piedra caliza y han sobrevivido casi en su altura original. Los techos que se conocen, derrumbados, eran de teja. En plano y tamaño, son estructuras sencillas, casas de granjeros «normales» con animales y graneros en la planta de abajo y habitaciones en la de arriba, pero su solidez y comodidad funcional son impresionantes, y deben de haber sido construidas por profesionales. Cientos de casas parecidas sobreviven; algunas, con techos y muros nuevos, están habitadas aún hoy.

En el Mediterráneo oriental encontramos una historia muy distinta. Entrado el siglo v, lo mejor que puede decirse

de cualquier provincia occidental es que algunas zonas, sin sustraerse por ello al contexto de decadencia general, seguían presentando cierta complejidad económica. En casi todo el imperio oriental, en cambio, desde la Grecia central hasta Egipto, los siglos V y VI fueron una época de notable expansión. Que durante ella los asentamientos no solo se multiplicaron, sino que además fueron prósperos, lo sabemos por la gran cantidad de casas rurales de nueva construcción que dejó, a menudo de piedra, más una avalancha de iglesias y monasterios en el paisaje (figura 2). Por todas partes circulaba moneda de nuevo cuño (figura 9B-E del capítulo 4, págs. 170 y 171 [de la edición impresa]), y en Turquía, Chipre y Egipto se desarrollaron nuevas alfarerías que proveían a mercados tanto locales como lejanos. Aparecieron, además, nuevos tipos de ánfora donde se transportaba, tanto dentro de la región como fuera de ella —llegando hasta Britania y más allá del Danubio—, vino y aceite de Levante y el Egeo. Si las «Edades de Oro» dependen de los restos materiales, dorados fueron, sin duda, para la mayor parte del Mediterráneo oriental los siglos V y VI, en algunas zonas, las huellas arqueológicas de este período son más numerosas e imponentes que las del Imperio romano anterior[196].

Esta prosperidad tuvo en el Egeo un fin repentino y muy dramático hacia 600 d. C.[197]. Se redujeron a una mera fracción de su anterior tamaño grandes ciudades que, como Corinto, Atenas, Éfeso y Afrodisias, habían dominado la zona desde mucho antes de que llegasen los romanos: excavaciones recientes de Afrodisias dan a entender que a comienzos del siglo VII la mayor parte del enclave se convirtió en una ciudad fantasma, poblada solo por estatuas de mármol[198]. La manera repentina en que desaparecieron vajillas y moneda nueva, elementos tan característicos de los siglos V y VI, se

asemeja a la experiencia de Britania unos dos siglos antes (figura 9B, C del capítulo 4, pág. 170 [de la edición impresa]). Cabe, por ejemplo, la posibilidad de que en algunas partes de la Grecia del siglo VII solo se usara una cerámica tosca, hecha sin torno[199]. Quizá la sola excepción de este panorama por lo general desolador fuese Constantinopla, la capital imperial. Aquí, entre otras cosas, seguía emitiéndose y usándose moneda nueva de cobre (figura 9D, pág. 171 [de la edición impresa]), y durante el siglo VII se desarrolló una nueva vajilla vidriada que sustituyese a las de tiempos anteriores, pero incluso Constantinopla vio reducida la opulencia y la población de aquel enclave bullicioso que, con quizá medio millón de habitantes, era alrededor de 500 d. C. La Constantinopla del siglo VII siguió siendo una gran ciudad, pero lo fue, sobre todo, gracias a edificios del pasado y porque la decadencia había sido aún más calamitosa en las otras grandes ciudades del Egeo, como Éfeso[200].

Hacia 700 d. C., una sola zona del antiguo mundo romano quedaba por experimentar la decadencia económica aplastante: las provincias de Levante y, junto a ellas, Egipto, que los árabes habían conquistado en los años 30 y 40 del siglo VII. Aquí se mantenían en su apogeo sofisticadas alfarerías, en centros como Jerash —en la actual Jordania—, y se emitían cantidades importantes de moneda de cobre (figura 9E del capítulo 4, pág. 171 [de la edición impresa]).). Durante los siglos VII y VIII, la moneda de cobre y la cerámica de calidad seguían siendo habituales incluso en un asentamiento rural del interior como Déhés, al norte de Siria; en el Egeo y el Mediterráneo occidental, sin embargo, su uso se había extinguido incluso en los mayores emporios. En la Baysān árabe, la antigua Escitópolis —actual Israel—, en el segundo

cuarto del siglo VIII el Califa mandó reconstruir completamente el pórtico de una sección de calle comercial, y dejó constancia de su obra en dos elegantes inscripciones de mosaico, con letras árabes en teselas de oro sobre fondo azul oscuro: «En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso, Hishám, siervo de Alá, Comandante de los creyentes, dispuso que se construyese este edificio [...]» (figura 3).

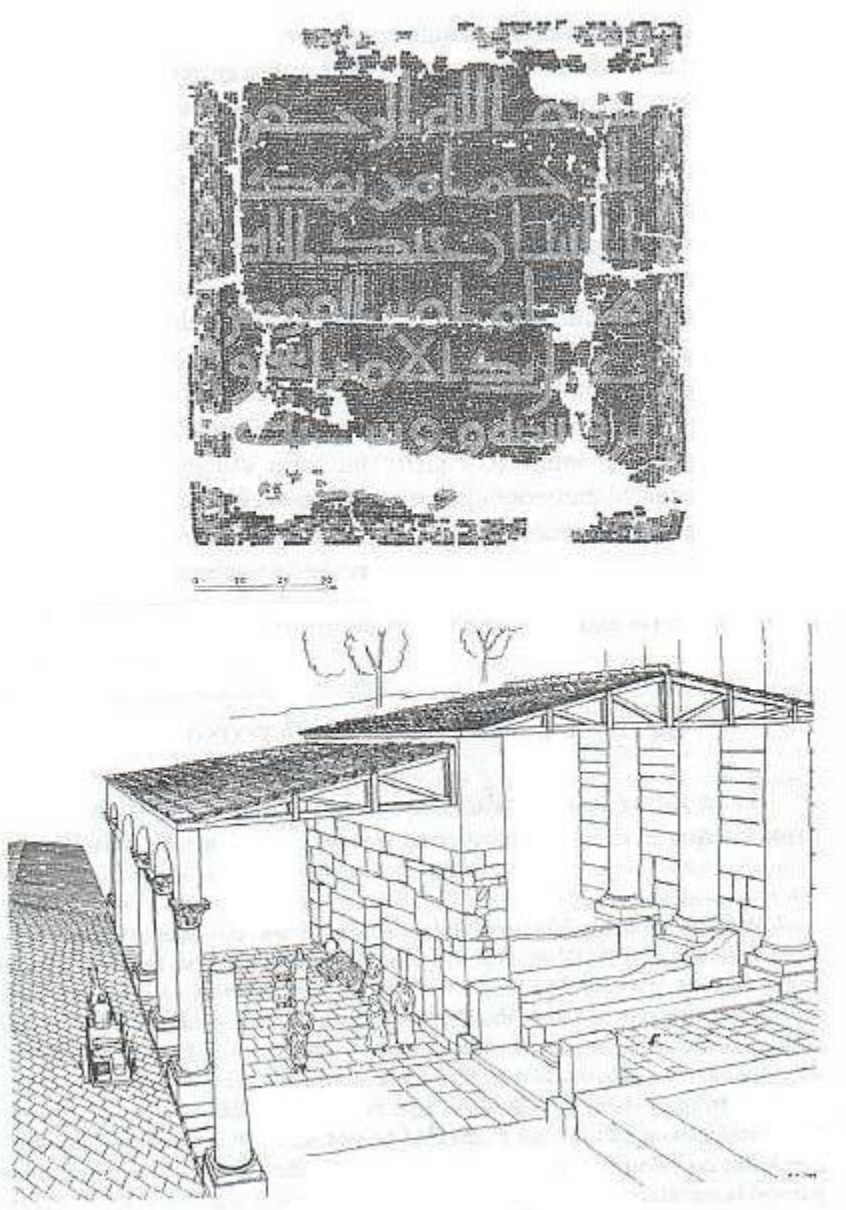


Fig. 3.— Tiendas porticadas de comienzos del siglo VIII en la ciudad árabe de Baysān. La inscripción en el mosaico, en la fachada del edificio, conmemora su construcción bajo el califa Hishām en 737-738.

El nuevo mercado de Hishām es, para los cánones romanos, bastante pequeño, pero sugiere un nivel de sofisticación

y prosperidad sin parangón en las abatidas provincias del resto del viejo imperio[201].

EL FIN DE UN IMPERIO Y DE UNA ECONOMÍA

Basta mirar a los gráficos de sesgo presentados para comprender que el desmoronamiento del Imperio romano y la desintegración de la economía antigua debieron de estar estrechamente relacionados. Muchos historiadores han estudiado a lo largo de los años esta conexión entre decadencia económica y política, pero se han centrado, en su mayoría, en el período de *antes* de la caída del imperio, queriendo averiguar si una recesión debilitó la capacidad romana de resistir a la invasión. Esta cuestión no deja de ser importante, y ya la he discutido en este libro (págs. 69-71 [de la edición impresa]).). Ahora, sin embargo, voy a ocuparme de lo que ocurrió *después* de que empezase la invasión. Los datos de que disponemos apuntan decisivamente a que las dificultades políticas y militares acabaron con las economías regionales, estuviesen estas aún en su apogeo o ya en decadencia.

En Britania, pues ambos fenómenos se dieron casi al mismo tiempo, no cabe duda de que ese final de la complejidad acaecido a principios del siglo v y la retirada del poder romano de la provincia tuvieron mucho que ver. Las únicas dudas son si ya a finales del siglo iv se producían problemas económicos serios y cuán rápido fue el cambio exactamente[202]. Una de las características del registro arqueológico post-romano, en Britania como en otros sitios, es la desaparición de cualquier objeto que pueda datarse con fiabilidad, por ejemplo, las monedas. En un registro arqueológico sin puntos de referencia cronológicos se corre el riesgo de que el cambio parezca más rápido de lo que fue en realidad.

Hacia el Sur, en el Occidente mediterráneo, la decadencia fue mucho más gradual, y no se da una correspondencia tan

obvia e inmediata con acontecimientos concretos políticos y militares. Mi gráfico muestra, para Italia y el norte de África, dos líneas rectas que, a comienzos del siglo V, se inclinan hacia abajo para luego, sin prisa pero sin pausa, seguir descendiendo, reflejando una pérdida de complejidad inexorable y continua cuyo origen fueron las invasiones de Occidente. La verdad es que aún no estamos en condiciones de fijar con tanta precisión el inicio de la decadencia económica de África e Italia, y de igual modo sigue abierta la cuestión de cómo se desarrolló el proceso una vez empezado. Es muy posible que el descenso fuese, en realidad, todo menos paulatino, y que se caracterizase por períodos alternos de mejora y caída abrupta.

Resulta, sin embargo, necesario asumir un vínculo estrecho entre procesos políticos y económicos si nos fijamos en el esquema general de la decadencia de África e Italia durante los siglos V y VI, y sobre todo si lo comparamos con lo que estaba ocurriendo en el Mediterráneo oriental. Durante todo el siglo V, y también en el VI, tanto en el Egeo como en Oriente Medio las dimensiones y la complejidad de la economía iban en aumento, es decir, que avanzaban en una dirección totalmente contraria a la de Occidente (figura 1, pág. 180 [de la edición impresa]).). Si exceptuamos el turbulento norte de los Balcanes, cercano a la frontera del Danubio, en Oriente este período se caracterizó, desde el punto de vista político y militar, por una paz y una estabilidad insólitas, solo quebrantadas de verdad por una invasión persa menor en 540. Es lo más verosímil que en los destinos económicos divergentes de Oriente y Occidente desempeñasen un papel decisivo sus distintas historias políticas y militares.

Confirma esta suposición lo que a finales del siglo VI sucedió en Grecia, y en Asia Menor —actual Turquía— durante la

primera mitad del VI el poder militar y el control político romanos de Oriente se derrumbaron y casi desaparecieron primero en Grecia, ante las invasiones de eslavos y ávaros; ocurrió luego lo mismo en Asia Menor, siendo la causa las invasiones e incursiones de persas y árabes. En 626, y aún en 674-678 y 716-718, se vio asediada la propia Constantinopla. A diferencia de lo que ocurrió con Roma y Occidente en el siglo V, aquí la primera ciudad y el sostén de su imperio consiguieron resistir, pero por los pelos. No puede ser coincidencia que la sofisticación del Egeo tardo-antiguo se evaporase durante las conflictivas décadas en torno a 600 d. C.[203]

Como hemos visto, las únicas zonas del antiguo mundo romano que, a finales del siglo VII, seguimos hallando económicamente desarrolladas son las provincias de Oriente Medio, y, junto a ellas, Egipto, cuya historia económica se conoce sobre todo por fuentes escritas. Esto sugiere, de nuevo, una relación estrecha entre estabilidad y prosperidad: estas zonas las invadieron los árabes sin necesidad de combates prolongados, y hasta 750 se beneficiaron del gobierno árabe, pues constituían las pacíficas tierras de suministro de un nuevo imperio con capital en Damasco.

Salvo Egipto y Levante, todas las otras zonas sufrieron cuando el imperio se desintegró, pero de las divergencias entre las historias de regiones concretas inferimos que las repercusiones del cambio fueron bastante variables. En la Britania del siglo V, y en el Egeo de hacia 600 d. C., la ruina parece que se dio de forma repentina y fulminante, siendo su causa una serie de reveses devastadores. En Italia y África, sin embargo, el cambio fue mucho más gradual, como si se tratase de complejos sistemas agonizantes.

Estas trayectorias distintas tienen bastante sentido. A comienzos del siglo VI, y durante todo el VII, el Egeo fue objeto de invasiones e incursiones recurrentes: primero, eslavos y ávaros —en Grecia—; luego, persas —en Asia Menor—, y, por último, árabes —por tierra y mar—. En más de una ocasión, el poder imperial fáctico se vio limitado al recinto amurallado de la propia Constantinopla, y hasta esta estuvo a punto de perderse: si en 626 la ciudad sobrevivió al ataque de una entente perso-ávara, probablemente se debió a que los persas fueron incapaces de cruzar el Bósforo y colaborar en un asalto conjunto a las murallas. Una llamativa colección de historias milagrosas de Tesalónica, segunda ciudad del imperio, nos da una idea de cómo era la vida en este enclave durante los arduos años del siglo VII. La ciudad era asediada una y otra vez por eslavos y ávaros, y su territorio estaba sujeto a incursiones periódicas. Según nuestras fuentes, a Tesalónica no la salvaron de la hambruna y la conquista enemiga sino los milagrosos poderes de San Demetrio[204]. Este panorama se asemeja bastante al que 200 años antes nos pinta de Noricum la *Vida* de Severino. No es peregrino pensar que condiciones así provocasen la ruina económica.

Con mucha menos exactitud conocemos lo que ocurrió en la Britania del siglo V, pues las fuentes escritas son muy pobres, pero la mera enumeración de los problemas ya choca: incursiones y asentamientos de irlandeses al Oeste; invasiones de los pictos desde el Norte, anglosajones —y otros— abriéndose paso hacia el interior desde el Sur y el Este, y, además, luchas internas entre subreinos romanos rivales. En circunstancias así, la producción, el transporte y la venta debieron de verse muy seriamente afectados, por no hablar del poder adquisitivo del consumidor, lo más importante de todo. En Britania, además, hubo muy pocos intervalos de cal-

ma prolongados, en los que pudiese activarse un proceso de recuperación.

Italia sí disfrutó, en cambio, durante el siglo V y comienzos del VI, de períodos de respiro dilatados, y el quebranto que supuso a África la conquista vándala de 429-439 fue comparativamente pequeño. De manera que no nos sorprende no encontrar en estas zonas esa caída vertiginosa de la sofisticación que nos consta se dio en la Britania del siglo V y el Egeo del VII. Lo que ocurrió en Italia y África fue, probablemente, que unos sistemas imperiales y comerciales pan-mediterráneos se fueron deshaciendo poco a poco, proceso que acelerarían algunas dificultades concretas, como las guerras godas y las invasiones lombardas de la Italia del siglo VI, y las incursiones bereberes del norte de África[205]. Procopio, el historiador de las guerras godas, quien fue testigo de muchas de las campañas de Italia, nos da algunas pistas del daño que aquellos combates causaron. Nos cuenta la evocadora historia de cómo al principio de la guerra el rey ostrogodo Teodato buscó un profeta judío que le dijese cómo iban a ir las cosas. El vate tomó tres decenas de cerdos, asignó una a los godos, otra a los invasores romanos orientales, otra a los italianos nativos, y encerró las tres piaras separadamente durante unos días, sin darles alimento. Cuando se abrieron los corrales, mientras que en la piara goda solo seguían con vida dos cerdos, en la de los romanos orientales no habían muerto sino unos pocos. De la piara italiana, la mitad murió; el resto había perdido todo su pelaje. No tenemos por qué creer esta historia literalmente; pero Procopio fue testigo del impacto de las guerras godas en Italia, y su relato debió de sonar, cuando menos, verdadero[206].

Los vínculos comerciales y financieros que en época romana —o incluso antes— se habían forjado por todo el Mediterráneo supusieron que zonas como Italia y África sufriesen no solo sus propios problemas parroquiales, sino también —aunque en una medida más limitada— los de otras regiones. Las relaciones de Italia con el resto del Mediterráneo se debían, en parte, a que la península era el núcleo tradicional del poder romano —privilegio que, inevitablemente, murió con el imperio—. La aristocracia italiana, por ejemplo, perdió gran parte de su poder adquisitivo al sucumbir en 429-439 África ante los vándalos, pues muchos terratenientes italianos poseían extensas haciendas africanas[207]. Según la *Vida* de Melania —piadosa aristócrata italiana que a comienzos del siglo V hizo donación de sus bienes—, una de sus posesiones africanas, cercana a la pequeña ciudad de Tagaste, era «mayor que la propia ciudad, con su edificio de baños, numerosos artesanos —orfebres del oro, la plata y el cobre— y dos obispos, uno para nuestra fe, otro para los herejes». Con los recursos que les proporcionaban sus propiedades africanas, Melania y su marido pudieron edificar y mantener dos grandes monasterios, uno para 130 vírgenes consagradas, otro para 80 varones[208]. Riquezas así perdió la aristocracia italiana con la conquista vándala; por no hablar, claro, de la pérdida, por parte de Italia y su emperador residente, de los impuestos que pagaba África, y de la importante provisión de grano que se destinaba a la ciudad de Roma.

El efecto que tuvo en África la desintegración del imperio fue menos inmediato, y quizá principalmente comercial. Durante los siglos III y IV, las provincias africanas habían exportado al Mediterráneo occidental grandes cantidades de vajilla fina y aceite de oliva. Este mercado se mantuvo los siglos V y VI, e incluso el VII, y es posible que, limitado a África, real-

mente jamás llegase a desaparecer. Pero el volumen de productos exportados fue menguando gradualmente, para acabar resultando en el siglo VII, comparados con los niveles del siglo IV, una nada insignificante[209]. Como mejor se explica esta decadencia es, probablemente, mediante la desintegración de un sistema de comercio privilegiado que sostenía el estado, y por el empobrecimiento paulatino de los consumidores de las costas septentrionales del Mediterráneo, malheridas de la inseguridad de los siglos V y VI. En tiempos propicios, las relaciones estrechas entre las distintas costas del Mediterráneo significaron complejidad y riqueza; sin embargo, con la llegada de días difíciles, supusieron que los problemas de una región pudiesen afectar negativamente a la prosperidad de otra.

El Imperio romano promovió y facilitó el desarrollo económico de varias maneras, ya directas o indirectas. El propio Estado ordenó la producción y distribución de muchos productos; recaudó —para luego redistribuirlas— cantidades ingentes de dinero en concepto de impuestos. El final del Estado debieron de acusarlo de forma dura y directa muchas zonas: cuando, por dar un ejemplo, en el siglo V se desintegró el ejército profesional del Rin y el Danubio, de esa región fronteriza desapareció también el poder adquisitivo de decenas de miles de soldados —pagados con oro de todas partes del imperio—; igualmente desaparecieron de zonas como el norte de Italia las factorías que habían confeccionado su armamento. Los soldados posteriores fueron hombres del lugar, con su propio armamento, menos completo; como fuerza de combate, estos hombres puede que fuesen igual de eficientes que el ejército romano, o que no lo fuesen; para la economía, en todo caso, serían un motor mucho menos potente. Las consecuencias de la desmembración del estado ro-

mano debieron de ser bastante comparables a las que provocó tras 1989 la desintegración de la planificación económica soviética. La estructura soviética era, desde luego, una máquina mucho mayor y más compleja que la romana, y lo incluía todo, pero, mientras que la mayor parte del antiguo bloque comunista se ha enfrentado a los problemas que supone la adaptación a un nuevo mundo en un contexto de paz, para los romanos de Occidente el final de la economía estatal coincidió con una larga época de invasión y guerra civil.

También mantuvieron los emperadores —principalmente porque lo necesitaban para sus propios designios— muchas de las infraestructuras que facilitaban el comercio: antes que nada, un único sistema monetario omnipresente en el imperio; junto a esto, una impresionante red de puertos, puentes y carreteras. El estado romano acuñó moneda, más que por el bien de sus súbditos, para poder cobrarles impuestos más fácilmente, y las carreteras y puentes se reparaban, sobre todo, para acelerar el movimiento de tropas y envíos del gobierno. Las monedas, sin embargo, pasaron por las manos del mercader, el comerciante y el ciudadano ordinario con mucha mayor frecuencia que por las del recaudador de impuestos, y mucho más a menudo que las legiones recorrieron las carreteras carros y animales con su carga[210]. Con el final del imperio, la inversión en estas infraestructuras cayó de forma dramática: en tiempos romanos, por ejemplo, se mejoraba y reparaba continuamente la red de carreteras, en conmemoración de lo cual se erigían jalones fechados; ningún indicio hay de que esto continuase de forma sistemática más allá de comienzos del siglo VI[211].

Sin duda fue la seguridad la bendición mayor que trajeron los romanos. Durante su época, la paz no fue constante: la

quebrantaban con frecuencia guerras civiles, y en el siglo III lo hizo un largo período de preocupantes invasiones persas y germanas. Con todo, los 500 años transcurridos entre la victoria de Pompeyo sobre los piratas —67 a. C.— y la toma vándala de Cartago y su flota —439 d. C.— son la época de paz más prolongada que el Mediterráneo jamás haya conocido. En el interior, por su parte, llama la atención que pocas eran las ciudades amuralladas del imperio temprano, cosa que no volvió a verse en la mayor parte de Europa, ni en el Mediterráneo, hasta finales del siglo XIX, y entonces fue solo porque los potentes explosivos habían desposeído a las murallas de su poder protector. La seguridad de tiempos romanos desplegó las condiciones ideales para el crecimiento económico.

La desintegración del estado romano, y el final de siglos de seguridad, fueron factores cruciales en la destrucción de la sofisticada economía de la Antigüedad, pero otros problemas tuvieron también su parte subsidiaria. En 541, por ejemplo, llegó al Mediterráneo desde Egipto la peste bubónica, que inexorablemente se expandió por todo el antiguo mundo romano, rebrotando en varias ocasiones a lo largo de las siguientes décadas. Evagrio, historiador residente en Antioquía —Siria—, interrumpió el curso de su narración para relatar cómo la plaga afectó a su propia familia. Ya de niño la había sufrido él mismo, cuando la peste hizo su primera aparición en el imperio, pero tuvo la suerte necesaria para sobrevivir. Más tarde, sin embargo, había de rebrotar, y en esta ocasión mató a su primera esposa y a varios de sus hijos, junto a otros miembros de su familia más amplia. Justo dos años antes de empezar a escribir Evagrio, la enfermedad visitó Antioquía por cuarta vez, y el historiador perdió tanto a su hija como a su hijo. Nada impide pensar que estas apari-

ciones recurrentes de la enfermedad supusiesen, además de una tragedia privada para personas como Evagrio, también un duro golpe demográfico para el imperio[212].

Recientemente se ha dicho, a partir de fuentes escritas y de los datos que ofrecen los anillos de los árboles, que en 536-537 durante más de un año el sol estuvo oscurecido, quizá como resultado de la colisión de un asteroide, y que eso trajo para las cosechas consecuencias desastrosas[213]. Catástrofes así no cabe duda que ocurrieron, y sus consecuencias fueron terribles para muchos individuos. Pero probablemente deben verse como causas, más que primarias, subsidiarias de la decadencia de la economía antigua. Los «azotes divinos» tienden a desplomarse sobre el mundo en todas las épocas históricas, pero sus efectos, por lo general, son duraderos solo si la economía ya renqueaba. Una economía estable puede sobrevivir a crisis intermitentes: aun si son de gran escala, raramente afectan a las estructuras que subyacen a la sociedad[214]. La Peste Negra de la Inglaterra del siglo XIV, por ejemplo, sabemos que mató entre un tercio y la mitad de la población total, o sea un porcentaje extraordinariamente alto, pero no destruyó las estructuras de la vida inglesa ni, por tanto, llegó realmente a dejar fuera de juego a la economía medieval tardía de Inglaterra. El mundo romano podía haberse repuesto de los «azotes divinos»; a lo que no pudo sobrevivir fue a los problemas constantes del final del imperio y a la disolución definitiva del estado romano.

Fueron, como hemos visto, las invasiones del siglo V las que crearon estas dificultades, echando abajo la economía antigua de Occidente. Esto no significa, sin embargo, que la idea de los pueblos germanos fuese acabar con el sofisticado mundo de la Antigüedad. Los invasores entraron en el imperio queriendo participar de su alto nivel de vida, no destruir-

lo: ya en este libro hemos visto a quienes, como los ostrogodos, vivían en palacios de mármol, acuñaban moneda al estilo imperial y se servían de consejeros romanos de educación exquisita. Pero, fuese cual fuese la intención de los germanos, sus invasiones, el desmadejamiento que causaron y la subsiguiente desintegración del estado romano sin duda fueron la causa principal de la muerte de la economía romana. Los invasores, sin ser culpables de asesinato, sí cometieron homicidio.

LA EXPERIENCIA DE LA RUINA

La *Vida* de san Severino, con su testimonio pormenorizado de la caída de Noricum (véanse págs. 37-41 y figura 2 del capítulo 1, pág. 38), ofrece ejemplos elocuentes de cómo afectaba al día a día de los habitantes de una provincia fronteriza la desmembración del poder romano. Habla de esos frecuentes actos de violencia que complicaban por igual la vida de fabricantes, distribuidores y consumidores, y colateralmente añade alguna información más específica. En un pasaje, los desdichados ciudadanos de Batavis suplican al santo que interceda por ellos ante el rey de una tribu germana de los alrededores para que se les permita comerciar. Hasta el comercio local —da la impresión— resultaba imposible. Como no es de extrañar, también importar productos desde lejos se ha vuelto en Noricum muy complicado. En un momento dado, con la ayuda de un milagro Severino hizo entre los pobres de Lauriacum un reparto de aceite de oliva; este, según dice nuestra fuente, solo superando unas dificultades tremendas lo habían logrado transportar hasta la provincia unos mercaderes. Y es que el aceite, para llegar a Noricum, debía efectuar primero un arriesgado viaje por tierra: ya desde Italia, ya desde el bajo Danubio, tan agitado, a cientos de kilómetros. Así las cosas, que los pobres noricenses de fina-

les del siglo v siguiesen esperando recibir aceite de oliva importado —en vez de usar para quemar, cocinar y lavarse grasa animal—, es más sorprendente que la noticia de que las garantías del suministro eran precarias[215].

La desaparición del estado romano supuso que los noricenses no pudiesen disfrutar ya más de la seguridad que necesitaban para beneficiarse del comercio; hubo, no obstante, otro efecto igualmente inmediato e importante. Antes incluso de que llegase Severino —la década de 450—, la defensa ya era —nos dice la *Vida*— casi por completo responsabilidad local. Solo una guarnición, la de Batavis, seguía recibiendo del gobierno imperial de Rávena la soldada por su trabajo en el Danubio. Pero no fue por mucho tiempo, como ya hemos visto. La paga debía ir a recogerla un destacamento de los propios soldados, que hacían el viaje de ida y vuelta cruzando para llegar a Rávena campos peligrosos y los Alpes. Un año, a estos viajeros los atacaron y los mataron[216]. Nunca más volvió a llegar a Noricum oro imperial. Este relato fascinante es testimonio de cómo llegó a su fin ese proceso de redistribución que durante siglos bombeaba oro de las provincias interiores del imperio, pacíficas y prósperas, para trasvasarlo a las zonas fronterizas, que de esta forma, aun aguantando el embate de la ofensiva bárbara, al mismo tiempo se beneficiaban de la demanda sustanciosa que generaba el ejército.

Estas historias, estampas de la desintegración, muestran también que las estructuras económicas pueden ser muy resistentes: los ciudadanos de Batavis buscaban del rey germano del lugar permiso para continuar con el comercio; aún llegaba a Lauriacum algo de aceite de oliva —hasta los pobres seguían esperándolo—, y los soldados de una ciudad estaban dispuestos a emprender un viaje largo y peligroso para

recoger su paga habitual. Cuando las dificultades se repiten, sin embargo, termina por derrumbarse la estructura más dada a renacer. Si, además de una época prolongada de respiro, alrededor hubiese habido economías en mejor forma, muy bien podría Noricum haberse recuperado —igual cualquier ciudad—. Pero eran raros los intervalos de calma que durasen, y no quedó en Occidente provincia alguna indemne del todo a aquellos problemas. En estas circunstancias, las provincias occidentales se vieron atrapadas en un círculo vicioso de decadencia económica. Recobrar desde esa situación los niveles romanos de sofisticación llevaría siglos.

EL PELIGRO DE LA ESPECIALIZACIÓN

He argumentado que el final de la economía antigua, y los jalones de su agonía, guardan una relación estrecha con la caída del Imperio romano, pero, si queremos comprender esta decadencia en toda su inesperada magnitud —convirtió sofisticadas regiones en lugares subdesarrollados—, necesitamos ser conscientes del lado negativo de la sofisticación económica. De haber consistido la economía antigua en una serie de sencillas unidades locales, esencialmente autónomas, con poca especialización en el trabajo cada una, poco intercambio también entre unas y otras, algunas partes de esa economía —puede que mermadas, pero en el fondo reconocibles— habrían sobrevivido a los problemas de época post-romana. Sin embargo, al ser la economía antigua un sistema complicado, entretejido, su misma sofisticación la hizo frágil y poco adaptable al cambio[217].

Para que una producción voluminosa y de calidad pudiese florecer como ocurrió en época romana, se requería que muchísimas personas se encargasen de tareas más o menos especializadas. Hacían falta, para empezar, artesanos cualificados, capaces de fabricar productos de calidad en una canti-

dad que garantizase el bajo costo de la unidad. En segundo lugar, tenía que haber una sofisticada red de transporte y comercio que permitiese la distribución eficaz de estos productos en una zona vasta. Era esencial, por último, un cuerpo de consumidores amplio —normalmente, por tanto, desperdigado— con dinero que gastar y costumbre de hacerlo. Y aún dependía toda esta complejidad de cientos de personas que, trabajando en el mantenimiento de infraestructuras como la moneda, las carreteras, las naves, los remolques, etc., engrasaran las bisagras de la producción y el comercio.

La complejidad económica, que posibilitaba el acceso a productos hechos en serie, hacía también que la gente dependiese para muchas de sus necesidades materiales de especialistas o semiespecialistas que, en ocasiones, trabajaban a cientos de kilómetros de distancia. Esto funcionó bien en tiempos estables, pero provocó que los consumidores quedasen muy desprotegidos si, por la razón que fuese, las redes de producción y distribución quebraban, o si ellos mismos dejaban de poder permitirse esa clase de artículos. Si la producción especializada fallaba, sustituirla con las propias manos ya no era tan sencillo.

La comparación —obvia— con el mundo occidental contemporáneo es importante. Naturalmente que en ninguna parte fue la economía antigua intrincada hasta los extremos del mundo desarrollado del siglo XXI. Nosotros nos sentamos en diminutos puestos de producción, aportamos a la economía global nuestro especializadísimo granito de arena —en mi caso, un poco de docencia, más algo de escritura sobre el final del mundo romano—, y dependemos para nuestras necesidades de miles —cientos de miles, de hecho— de personas que, desperdigadas por el globo, ejecutan cada una de ellas su pequeño cometido. Realmente, ni en una emergencia

sabríamos cubrir nuestras necesidades localmente. El mundo antiguo no había llegado tan lejos en esta senda de la especialización y el desvalimiento, pero de algún modo ya la había tomado.

Esta especialización fue, con certeza casi total, causa directa de que la desmembración económica del fin del imperio fuese de tal magnitud. El mundo romano regresó a unos niveles de simplicidad económica que, con poco comercio, viviendas toscas, y solo los más básicos productos manufacturados, eran aun inferiores a los de tiempos inmediatamente prerromanos. La sofisticación de época romana, difundiendo por doquier en la sociedad productos de calidad, acabó con destrezas y redes locales que hasta la conquista habían posibilitado una complejidad económica de menor nivel. La población del antiguo imperio necesitó siglos para recobrar aquellas destrezas y redes regionales que le permitirían retornar a los niveles prerromanos de sofisticación. Resulta irónico que, desde la perspectiva de la Britania del siglo V, y de gran parte del Mediterráneo de los siglos VI y VII, la experiencia romana fue altamente dañina.

6

¿LA MUERTE DE UNA CIVILIZACIÓN?

Vasijas, tejas y monedas, protagonistas de los dos últimos capítulos, no siempre se consideran aspectos centrales de la vida humana. En el opulento mundo desarrollado, de hecho —donde florecen los historiadores—, los objetos de buena factura son en el día a día algo tan normal que su importancia tiende a pasar desapercibida, sobre todo para los intelectuales, que suelen verse a sí mismos por encima de tan mundanales cosas. Sin embargo, incluso estos intelectuales de penetrante mirada, que usan para registrar sus elevados pensamientos un ordenador portátil de última tecnología, lo hacen en un cuarto sin goteras, vestidos con ropa cómoda y rodeados de esos artículos fabricados en masa que se denominan «libros». Cada minuto de nuestra experiencia cotidiana debería enseñarnos cuán importantes son para nuestro bienestar los objetos funcionales de calidad.

Hasta ahora nos hemos centrado en productos manufacturados, pero los beneficios de una economía sofisticada también pueden observarse a un nivel «inferior», incluso más básico —la producción de alimentos—, y en empresas humanas «más altas», como la expansión de la alfabetización y las construcciones monumentales.

UNA POBLACIÓN QUE SE EVAPORA

Aunque no podemos asegurarlo, es verosímil que las consecuencias del final de la economía antigua fuesen mayores

incluso que las de una regresión dramática de la industria. La producción de alimentos también puede que se desplomase, provocando un descenso abrupto de la población. Sin casi excepción, las prospecciones arqueológicas han encontrado en Occidente muchos menos asentamientos rurales de los siglos V, VI y VII d. C. que del imperio temprano[218]. Esta decadencia suele dejarnos atónitos: un paisaje romano densamente poblado y cultivado deviene un mundo post-romano habitado solo en puntos esporádicos (figuras la, b). Casi todos los asentamientos de época romana desaparecen, dejando espacios vacíos no más. Descienden también drásticamente hacia esa época los indicios de vida en los núcleos urbanos: la caída del número de asentamientos rurales en ningún caso se debe a un éxodo hacia la ciudad.

A primera vista, estos datos parecen apuntar con claridad total a un descenso *en masa* de la población durante los siglos post-romanos: hasta la mitad del nivel de época romana, o incluso hasta un cuarto. Pero la cuestión —así suele ser— no es tan sencilla como parece en un primer momento. Los arqueólogos pueden encontrar poblaciones del pasado solo si dejaron tras de sí restos materiales duraderos. Los asentamientos de población que pertenecieron a una cultura como la romana, que produjo grandes cantidades de materiales de construcción sólidos, y una lustrosa cerámica, se dejan ver hoy muy fácilmente en el terreno excavado: se identifican inmediatamente cúmulos de teja rota, fragmentos de mortero y restos de vasijas. Por desgracia, sin embargo, esto no ocurre con períodos en los que los objetos duraderos escasean, y, como hemos visto, justo ese es el caso de los siglos post-romanos. Predominaban las casas de madera y los techos de paja, que no dejan fragmentos de teja ni mortero, y la cerámica medieval primera, además de ser mucho menos

frecuente que su equivalente romano, por lo general es de un tenue tono marrón o gris, y eso la hace no destacar en el suelo excavado. Suele ser muy complicado dar con asentamientos post-romanos, y, por tanto, con personas de esa época.

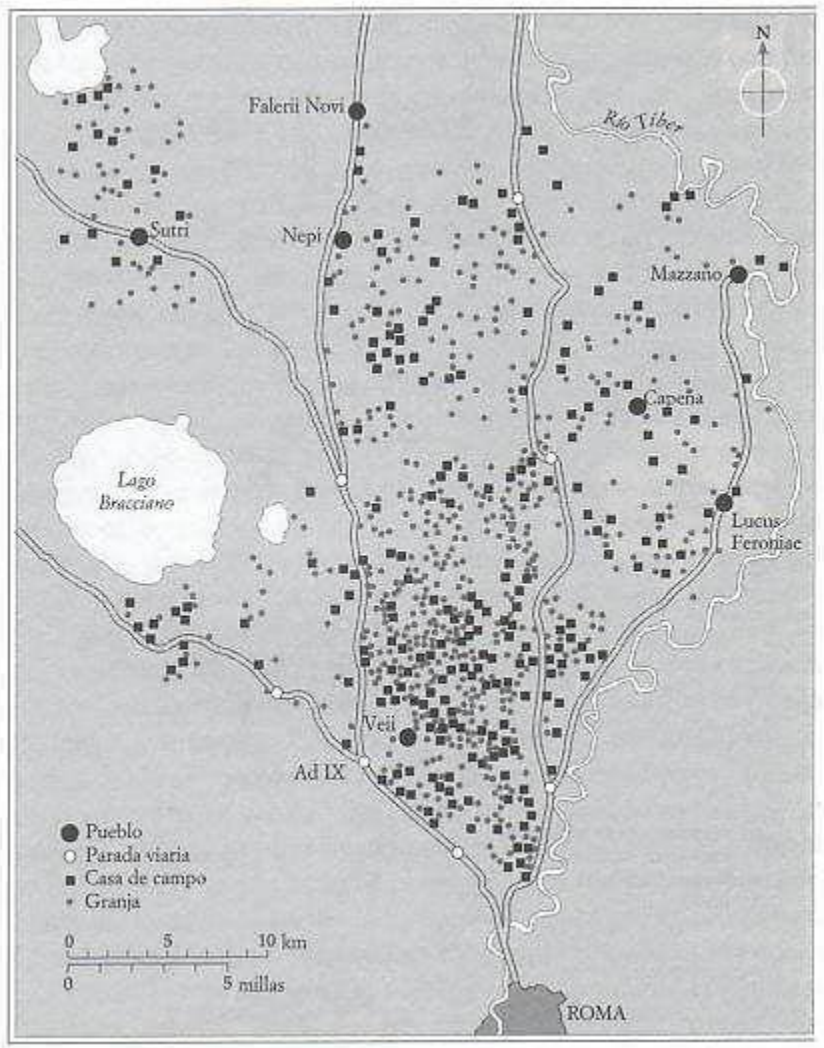


Fig. 1a.—Una población que se evapora. Asentamientos rurales al norte de la ciudad de Roma en el período romano y post-romano, según indican las excavaciones. *a)* Lugares habitados en el período en torno al año 100.

Los restos materiales, aunque buen indicador de sofisticación económica, desgraciadamente no tienen por qué serlo de volumen de población. Ilustra esta idea fundamental la comparación de dos asentamientos de Britania: uno romano, otro post-romano. La pequeña granja de Bradley Hill, en Dorset, es de cubierta en parte de teja, y su excavación produjo unos 3500 fragmentos de cerámica romana más, como ya vimos, setenta y ocho monedas. Puede que lo habitasen solo dos o tres familias de granjeros —alrededor de veinte personas—, y durante no más de cincuenta años, pero dejaron tras de sí muchos datos arqueológicos. Sus restos superficiales los podría advertir hoy un observador cualquiera que pasase por allí. Es muy verosímil que Yeavering, en cambio, corazón de las posesiones de los monarcas de Northumbria, durante más de un siglo fuera habitado por más de cien personas, entre ellas hombres y mujeres de los estratos más altos de la sociedad, pero sus edificios, al estar hechos de materiales perecederos, no dejaron rastro en la superficie; su cerámica, además de ser escasísima, era extremadamente frágil y dada, por ello, a convertirse en polvo al excavarse el suelo (figura 7 del capítulo 4, pág. 157). Podría incluso ser que una excavación arqueológica completa pasase sobre Yeavering sin advertir huella alguna de asentamiento. Se descubrió, de hecho, porque las condiciones del lugar hacían visibles desde el aire los agujeros que dejaron sus edificios de madera[219]. Con el ejemplo de Yeavering presente, es casi seguro que las vastas zonas vacías de mapas como el de la figura 1b oculten mucha población hoy por hoy arqueológicamente invisible. Estaban allí, pero no podemos encontrarlos.

Al tener los datos arqueológicos estas limitaciones, no podemos considerar la aparente ausencia de asentamientos post-romanos como prueba concluyente de que en época

post-romana hubiese un descenso de población catastrófico. Es evidente, sin embargo, que tampoco debe inferirse lo contrario, es decir, que el volumen demográfico no variase. Del todo probable es que sea difícil encontrar habitantes post-romanos, además de porque dejasen poco rastro material, porque fuesen menos numerosos. No solo no deberíamos perder un sano escepticismo frente a la sensación de vacío que transmiten mapas como la figura 1b, sino cuidarnos también de rellenar los huecos con gente ficticia. Parte de esas personas que no podemos ver, bien podrían no haber estado allí jamás.

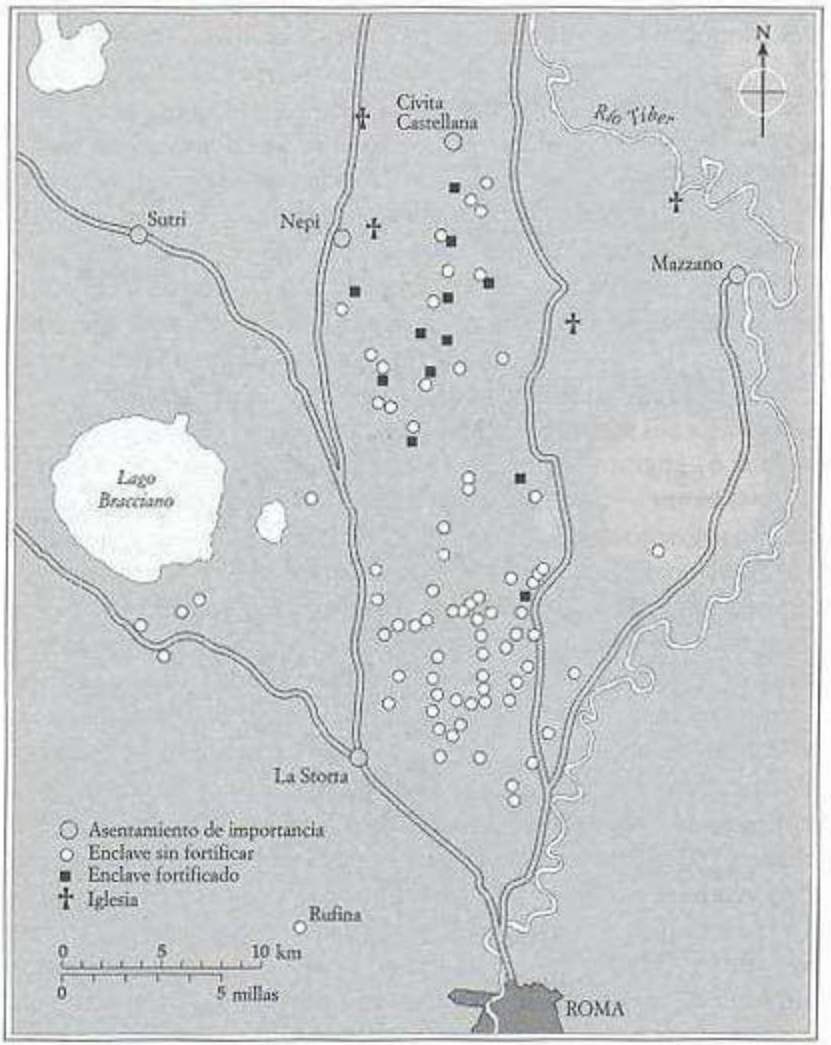


Fig. 1b.—*b)* Lugares indicados por la cerámica de los siglos V-VIII.

Considerando que la complejidad económica aumentó la calidad y la cantidad de los artículos manufacturados, lo más verosímil es que aumentase también la producción de alimentos y, por tanto, el volumen de población que la tierra podía nutrir. Parece, efectivamente, que, según los datos arqueológicos de épocas prósperas, cuando la sofisticación de la producción y el mercado crecen, suele hacerlo también la

población. Ya comentamos, por ejemplo, cómo se expandieron en el Mediterráneo oriental durante los siglos V y VI la producción y la exportación de cerámica fina, y las de vino y aceite, que se transportaban en ánforas; en la misma época hubo un auge de nuevos asentamientos en Oriente, incluso en zonas adversas para la agricultura, como esas colinas calizas del norte de Siria gran parte de cuyo suelo cultivable son pequeñas franjas entre pura roca (figura 2)[220]. Y los habitantes de esta tierra poco prometedora estaban, como nos permiten afirmar los restos materiales que dejaron, lejos de arrastrar una existencia miserable en niveles de mera subsistencia. Podían permitirse invertir en una serie de espectaculares iglesias rurales y en algunas viviendas cuya solidez es imponente (figura 2 del capítulo 5, pág. 182).

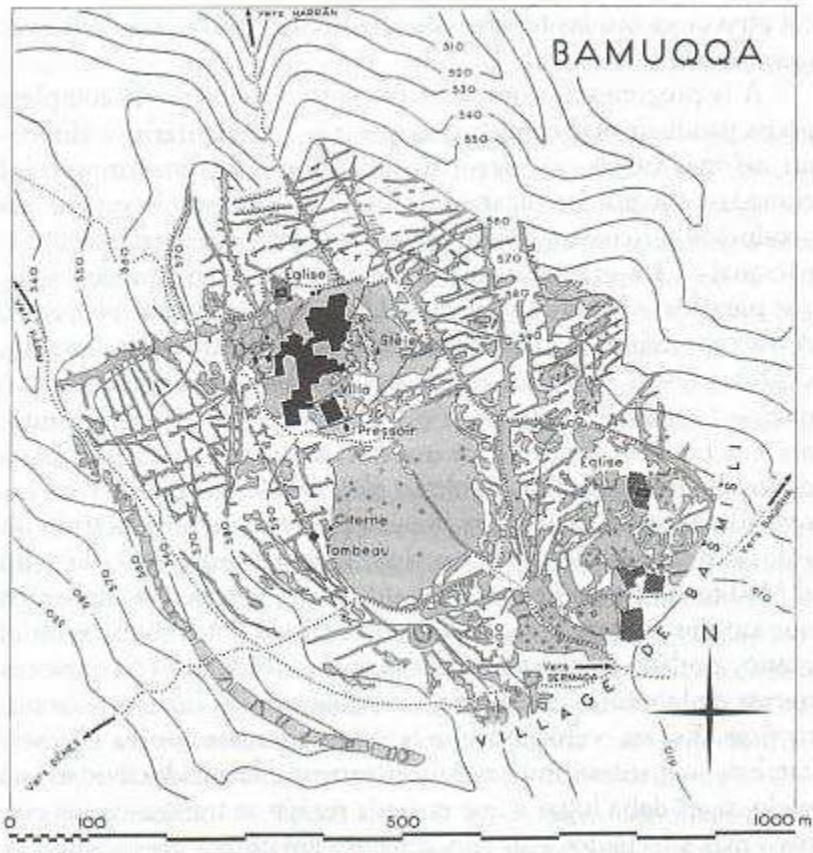


Fig. 2.—Prosperidad en un entorno difícil. El antiguo pueblo de Bamuqqa en las colinas de piedra caliza del norte de Siria. En torno al asentamiento (en negro) se muestran (en gris) las franjas de suelo cultivables, la mayoría de ellas minúsculas.

Una relación igual de estrecha entre el desarrollo de una economía orientada al mercado y una población más densa y más omnipresente la sugieren en Occidente datos anteriores: de la Italia del siglo I, de la Galia y la Hispania de los siglos I y II, y del norte de África del siglo IV.

A modo de ejemplo, aquella familia de labriegos de Luna, en el norte de Italia, a quienes nos referimos comiendo de platos de cerámica importados, vivía en un cerro abrupto, muy poco apto para el cultivo convencional. Permitió la explotación rentable de las laderas de la colina —origen del

bienestar de este hogar campesino— casi con total certeza el desarrollo y la exportación de un prestigioso vino local para cuya uva las terrazas de una loma propiciaban condiciones óptimas[221].

A la pregunta de cómo exactamente una economía compleja podía producir más comida que una más rudimentaria, y alimentar así más bocas, pueden ofrecerse dos respuestas muy relacionadas. En primer lugar, si era sencillo exportar y vender los productos agrícolas —ya en un mercado regional o en uno internacional—, los granjeros podían especializarse en aquellos cultivos para los que las condiciones del lugar fuesen más propicias. A los campesinos de las colinas del norte de Siria, por ejemplo, explotar entre las rocas cercanas a sus asentamientos esas pequeñas franjas de tierra poco prometedoras les permitía mantener muchos más olivos de los que necesitaban (figura 2). El excedente de aceite podían venderlo al resto de la región, y en los siglos V-VII podía exportarse incluso por mar, como muestran las ánforas de Siria y provincias vecinas que han aparecido por todo el Mediterráneo, y aún más lejos. Al mismo tiempo, los alimentos que no era posible cultivar allí en cantidad suficiente, como el grano, podían importarse de zonas de alrededor con mejores tierras de labrantío, por ejemplo las llanuras de aluvión mesopotámicas. Es, así, verosímil que la especialización, unida al intercambio, aumentase muy significativamente la productividad del suelo, pues daba lugar a que en cada región se trabajasen los cultivos más adecuados a las condiciones climáticas y geológicas.

En segundo lugar, la especialización, y la habilidad de convertir cosechas en dinero, permitió a los granjeros invertir en mejoras que aumentaron aún más la productividad. A modo de ejemplo, los agricultores sirios de las colinas de pie-

dra caliza construyeron alrededor de sus asentamientos una serie de sólidas prensas de aceituna que, aún hoy sus restos en pie, les permitían extraer el aceite allí mismo y con eficacia. Paralelamente, sus colegas de las llanuras podían extender e intensificar sus cultivos labrantíos gestionando el agua con unos complejos sistemas de regadío que incluían, además de las habituales acequias, presas, canales subterráneos y depósitos[222]. Invirtiendo en ella capital, los granjeros estaban en condiciones de sacar mucho más de la tierra.

En tiempos posteriores, sin embargo, cuando ya no florecían los mercados regionales e internacionales, la especialización y la inversión se hicieron mucho más difíciles, y los habitantes de zonas como las colinas calizas se vieron obligados a volver a una agricultura más híbrida y, por tanto, menos productiva. Al ocurrir esto, la población tenía que disminuir. Se cree, de hecho, que hasta bien avanzado el siglo XIX, o incluso hasta el XX, algunas partes de Oriente Medio no volvieron a alcanzar los niveles de densidad de población que mantuvieron en tiempos romanos tardíos y árabes tempranos.

Por desgracia, hoy en día ningún método fiable nos deja medir el rendimiento agrícola romano, y mucho menos compararlo con el de los siglos post-romanos, pero sí contamos con algunos datos muy elocuentes de Occidente: el cambio de tamaño de las cabezas de ganado. Los zoólogos, que han registrado cuidadosamente los fémures de los animales encontrados en excavaciones datables, han podido trazar la evolución de las dimensiones de los animales en diferentes épocas. Los resultados son impactantes. Los especímenes vacunos y, en menor medida, otros animales domésticos muestran en época romana un aumento significativo de su envergadura media (figura 3). Estos animales mayores aportaban,

como el ganado vacuno actual, muchos más kilos de carne que sus ancestros prerromanos, pero a cambio de una alimentación intensiva en pastos de buena calidad y, probablemente, abundante forraje en invierno[223]. Un entorno económico como el de tiempos romanos, que favorecía cierta especialización en la explotación del campo y la ejecución de las labores, satisfacía esos requisitos, pero en las condiciones más rudimentarias de los siglos post-romanos parece que fue imposible mantener estas mejoras. El tamaño de las cabezas vacunas regresó a niveles prehistóricos.

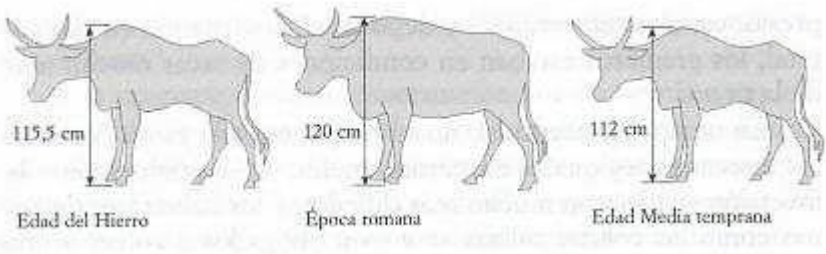


Fig. 3.—La ascensión y declive de la vaca romana. Tamaño aproximado del ganado, desde la Edad del Hierro hasta la Alta Edad Media. La información está basada en hallazgos de 21 lugares de la Edad del Hierro, 67 romanos y 49 de la Alta Edad Media.

No cabe duda de que en época romana el campo soportó altos niveles de población, pero no hay indicios de que los recursos estuviesen saturados, pues los hogares de los labriegos podían permitirse artículos como cerámica importada incluso en zonas densamente pobladas. La producción de alimentos hubo de ser muy eficaz para poder mantener este nivel de población y bienestar. Es posible también que en tiempos post-romanos la sofisticación de la agricultura desapareciese igual de globalmente que esas factorías cuyo destino infeliz tanto mejor documenta el registro arqueológico. Pienso, en resumen, que, resbaladizos y huidizos cuanto se quiera los datos, mucho más verosímil que lo contrario es que la época post-romana viese una fuerte decadencia de la productividad agrícola y, por tanto, del número de habitantes

que el campo podía mantener. Fue una decadencia de los aspectos básicos para la existencia humana.

¿MAYOR LA SOFISTICACIÓN O LA EXPLOTACIÓN?

Se considera a veces que el mundo romano, en vez de elevar el nivel de vida de la población más vasta, enriquecía solo a la élite. Afirman, de hecho, algunos estudiosos que los miembros de la sociedad más ricos y más poderosos lo eran precisamente a expensas de los menos privilegiados, y en detrimento suyo. A modo de ejemplo, un libro reciente sobre la Britania romana presenta su economía como un instrumento de opresión, y establece una comparación explícita entre el impacto de Roma en la isla y los efectos peores del imperialismo y el capitalismo actuales. Celebra el fin del poder romano como el fin de la explotación: «La masa del pueblo británico pudo disfrutar entonces, libre de señores y publicanos, una breve edad de oro». La sofisticación económica había beneficiado solo a los terratenientes y al estado, y las «Edades Oscuras» subsiguientes a su final fueron, en realidad, una «edad dorada»[224].

Considero este y otros semejantes planteamientos equivocados. Para mí, lo más llamativo de la economía romana es precisamente que, lejos de limitarse a ser un fenómeno elitista, hiciese asequibles a todos los estratos sociales productos básicos de calidad. Como hemos visto, la cerámica de calidad era accesible en todas partes, y en regiones como Italia también lo era la comodidad que brinda un techo tejado. Igual de peregrina encuentro esa otra afirmación romántica de que supuso la simplificación de la economía una sociedad más libre y más igualitaria. Que la Britania post-romana no tuviese sistema monetario, ni cerámica hecha al torno, ni edificios construidos con mortero, no significa que fuese, burlada la opresión de señores y gobernantes, baluarte de igualdad. Los

impuestos, cierto es, no podían cobrarse ya en moneda; pero el «tributo», su equivalente más rudimentario, muy bien podía confiscarse en gavillas de trigo, cerdos y hasta esclavos.

Con todo, aun criticando a quienes con ojos tan hostiles miran el mundo romano, no quisiera yo pintarlo con demasiado color de rosa. La presencia de una economía más compleja, y de productos manufacturados de mejor calidad, no supuso un mundo universalmente feliz donde no había oprimidos ni parias —como no resuelve hoy el bienestar material del mundo occidental su propia pobreza (por no hablar de la de esos países lejanos de los que todos dependemos)—. Muchos de los más sorprendentes logros romanos de ingeniería los ejecutó mano de obra esclava. Por dar un ejemplo, esas columnas graníticas del Panteón que tanto me impresionaron de niño, las extrajeron laboriosamente de la roca del desierto egipcio convictos y esclavos a quienes se hacía trabajar en unas condiciones de dureza y sordidez inconcebibles. Un observador del siglo I a. C. llama la atención sobre que «los esclavos que trabajan en las minas [...] desgastan sus cuerpos día y noche [...], y mueren numerosos por las penalidades extraordinarias que soportan»[225].

Había también diferencias enormes de riqueza incluso entre los hombres libres —como hoy—, y bien pudo ser que la sofisticación económica agrandase la zanja entre ricos y pobres. La capa social más baja es posible que viviese una vida terrible y muriese en la miseria hasta en las zonas del imperio prósperas y más desarrolladas. En el Egipto romano, por ejemplo —una de las provincias más ricas del imperio—, con tal frecuencia se abandonaba en muladares a recién nacidos, que se les conocía por el nombre de «expósitos de estiércol» (*coprianairetoi*). Es posible que los padres de algunos de estos infantes los abandonasen por motivos sociales, como no ser

hijos del matrimonio, pero sin duda otros se dejaron a la caridad ajena solo por no poder permitirse alimentarlos. Sabemos que los basureros de Egipto contenían ánforas rotas y finos cuencos de todo el Mediterráneo, pero de poco consuelo debieron de serle al niño abandonado en la inmundicia y a sus desdichados padres[226].

Del mismo modo, por sofisticada que fuese la agricultura romana, aun así las cosechas podían malograrse, y el transporte, cuando eso ocurría, no era lo bastante económico o rápido para que llegase a tiempo el volumen de grano que podría haber salvado a los pobres de la hambruna. Edesa (Mesopotamia), rodeada de prósperas tierras de labranza, era una de las ciudades más ricas del Oriente romano, pero en 500 d. C. una plaga de langosta echó a perder la cosecha de trigo, y algo después se perdió también una de mijo. Para los pobres, fue catastrófico. El precio del pan se disparó, y la gente, para comprar qué comer, se veía obligada a vender sus pocos haberes por una miseria. Muchos probaron en vano a sofocar el hambre con hojas y raíces. Quienes podían, huían de la región; pero multitudes de personas hambrientas se congregaban en Edesa y otras ciudades, donde dormían a la intemperie y mendigaban: «Dormían en las columnatas y en las calles, quejándose noche y día de las punzadas del hambre». La enfermedad, y las noches frías de invierno, mataron a muchos; levantar los cadáveres, y darles sepultura, llegó a ser un problema acuciante[227].

MORADAS DIGNAS DE LOS SANTOS

Si pasamos revista a varios aspectos de la sociedad, desde lo más básico —la producción y distribución de alimentos— hasta fenómenos «más elevados» como las dimensiones de los edificios y la expansión de la alfabetización, al final del mundo romano encontramos invariablemente una caída dra-

mática. Lo cual no es sorprendente, pues el artesanado y la especialización no pueden florecer en un vacío material: arquitectos, constructores, trabajadores del mármol, mosaicistas, profesores y escritores, todos ellos necesitan cierto grado de complejidad económica que los sostenga.

En Italia y otras zonas del Mediterráneo, durante los siglos post-romanos hemos visto que no se interrumpió la tradición de construir con mortero y ladrillo o piedra, y muchos imponentes edificios anteriores recibieron mantenimiento. Los visitantes anglosajones de la Roma de finales del siglo VI, por ejemplo, verían cosas con las que ni soñar pudiesen en su Britania natal, donde los edificios romanos se había dejado que se deteriorasen y toda nueva construcción era de madera. Habrían encontrado algunas iglesias de ladrillo de construcción reciente, profusamente decoradas con mosaicos y frescos, pero, sobre todo, bien conservadas y en funcionamiento, gran cantidad de basílicas impresionantes de los siglos IV y V. La antigua basílica de San Pedro, por ejemplo, construida en el siglo IV y predecesora de la actual, se mantuvo en pie orgullosa durante la Edad Media: un edificio enorme, de unos 100 metros de largo y con cinco naves laterales separadas por un bosque de columnas de mármol.

Sin embargo, lo que primero nos llama la atención a quien se acerca a las nuevas iglesias de la Italia post-romana es lo pequeñas que son (figura 4). Los edificios de finales del siglo VI, del VII y del VIII rara vez superan los 20 metros de largo; un observador actual las llamaría, más que «iglesias», «capillas». También de pequeña escala era con frecuencia la decoración de estos edificios primeros. A principios del siglo VIII, el papa Juan VII no cabe duda de que se enorgullecía de los trabajos decorativos que había realizado en las basílicas de

Roma, pues su breve biografía los enumera con cierto detalle. Puede que su proyecto principal fuese el oratorio que, dedicado a María, Madre de Dios, construyó dentro de San Pedro. Según su biógrafo, hacerlo le costó «gran cantidad de oro y plata». El oratorio fue demolido al construirse la actual San Pedro, pero dio tiempo a que lo dibujasen anticuarios renacentistas, y eso deja que veamos de qué tamaño permitía construir una estructura «gran cantidad» de dinero del siglo VIII. Comparado con lo habitual de época romana, o de la Edad Media posterior, el oratorio del papa Juan era raquítico: algunas columnas —en su mayoría viejas y reutilizadas— y, como decoración, una pared con un modesto panel de mosaico[228].

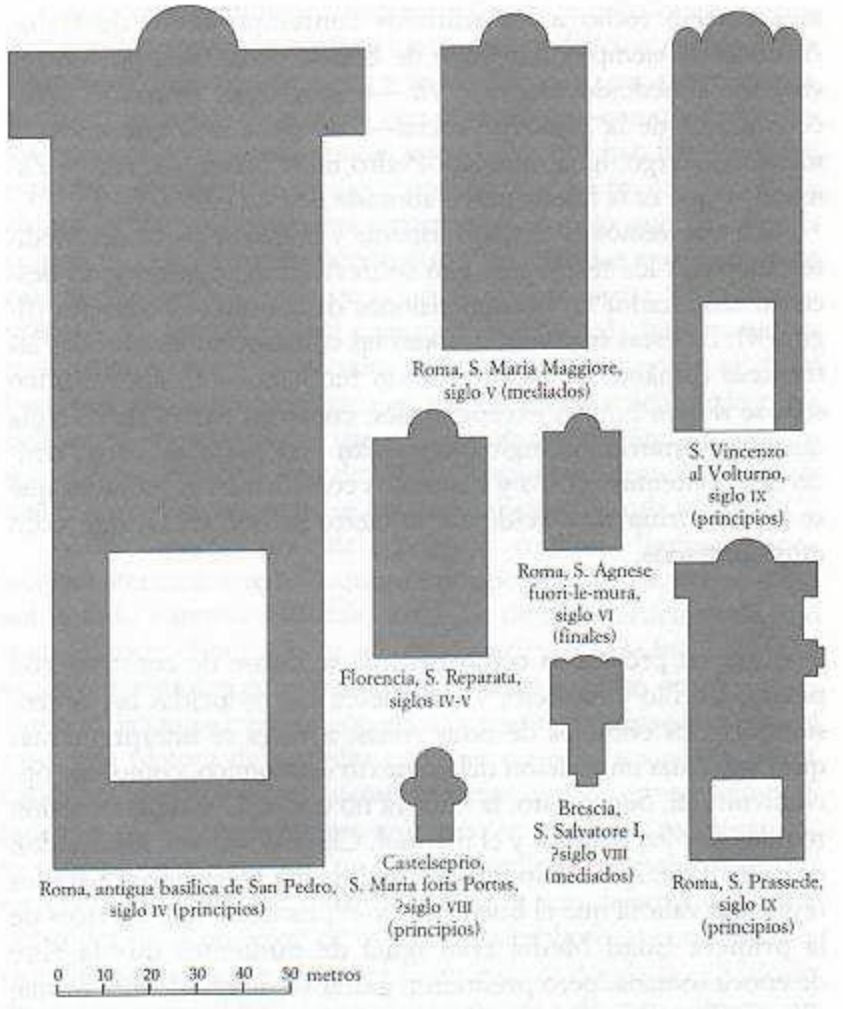


Fig. 4.—Estrecheces para los santos. Planta de algunas iglesias representativas de Italia, dibujadas a la misma escala. El reducido tamaño de los edificios del siglo VI al VIII está muy claro; solo a finales del siglo VIII y en el X aparecerán de nuevo iglesias más grandes.

El panorama de Italia lo confirman los datos de la Hispania visigoda, que cuenta con la mejor colección de iglesias del siglo VII de todo Occidente. Las iglesias visigodas, de solidez impresionante, están construidas en sillares de piedra, pero en dimensiones se asemejan todas a los edificios contemporáneos de Italia. A modo de ejemplo, San Juan de Baños, construida por un rey visigodo a mediados del siglo VII

—encargo, por tanto, del vértice superior de la pirámide social—, no tiene más que unos 20 metros de largo, igual que San Pedro de la Nave —cerca de Zamora—, que es la iglesia más elaborada de esta época[229].

Lo que vemos en Italia, Hispania y la mayor parte del Mediterráneo son los restos que aún sobreviven del pasado y un descenso abrumador en las dimensiones de los nuevos edificios (figura 4). En estas regiones, ni todas las construcciones ni todas las técnicas romanas se perdieron: un fenómeno tan apocalíptico solo se dio en puntos excepcionales, como las partes de Britania que conquistaron los anglosajones. Por otra parte, de haber tenido que contentarse Dios y sus santos con las nuevas moradas que se les construía en Occidente, lo cierto es que se habrían visto muy apretados.

Que en provincias como Britania se dejase de construir con piedra, ladrillo y mortero, y que fuesen tan reducidas las dimensiones de los edificios de otras zonas, a veces se interpreta, más que como una imposición del contexto económico, como una opción cultural. Según esto, la élite ya no era esclava de la obsesión romana por los ladrillos y el mármol. Chris Wickham, historiador, decía en 1988 que «la indumentaria fina iba volviéndose para los reyes más valiosa que el buen ladrillo»[230]. Es decir, que los ricos de la primera Edad Media eran igual de pudientes que la élite de época romana, pero prefirieron gastar su dinero de otra forma: sobre todo en joyas y en tejidos finos, ya ropajes o tapices.

Pero este argumento indefectiblemente colisiona con una barrera: los romanos tenían, junto a sus edificios espléndidos, abundancia también de joyas y tejidos finos. Comparativamente, al no ser habitual enterrarlas con el muerto —como sí era entre los pueblos germanos—, pocas joyas suyas nos han llegado, pero esporádicamente aparece alguna muestra,

y las fuentes escritas y el arte hablan de ellas y las representan, con lo que tenemos la certeza de que refinados pendientes y gargantillas eran elementos característicos de la vida de la aristocracia romana. Que los romanos ricos aprovechaban cualquier excusa para hacer ostentación de su acceso a los metales preciosos lo demuestran también bastantes hallazgos espectaculares de grandes artículos de plata delicadamente decorados (figura 5)[231]. Paralelamente, los suntuosos tejidos que sobreviven de Egipto bastan para convencernos de que el atuendo romano no se caracterizaba por la ruda toga.

Si las joyas y obras de orfebrería romanas llaman menos nuestra atención que sus equivalentes post-romanos, eso se debe sobre todo a que nos distrae una mole de otros artículos de lujo que, acabado el imperio, si no desaparecieron sí se hicieron muy escasos: viviendas de mármol con mosaicos, tanto en el campo como en la ciudad; baños con agua corriente y calefacción bajo el piso; una plétora de comidas exóticas, especias y vinos, y puros caprichos desproporcionadamente caros, como animales importados con la sola idea de que muriesen en el anfiteatro (llevándose consigo, ¿por qué no?, un par de desdichados esclavos «cazadores»). El estatus de muchos romanos acaudalados llegaba a depender de la posesión de una costosa biblioteca y una instrucción literaria igualmente cara. Era un mundo donde la exhibición de la superioridad social alcanzaba extremos de gran sutileza: un aristócrata romano que desembolsase enormes sumas de dinero por esclavos bárbaros y fieras exóticas cuya muerte en el anfiteatro necesitaba para consolidar su posición, al mismo tiempo podía solicitar una instrucción filosófica que lo situase por encima de tan vulgares espectáculos.

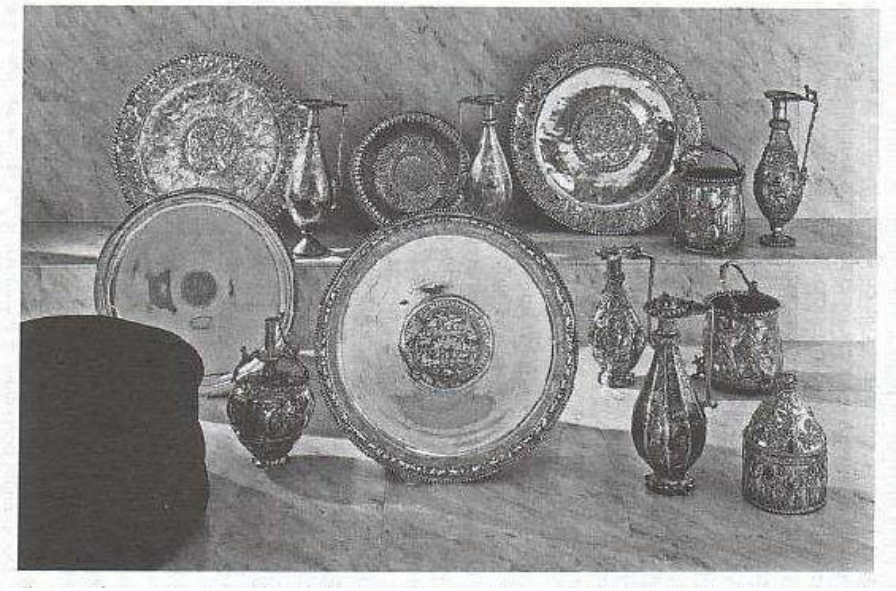


Fig. 5.—El gusto romano por los metales preciosos. Tesoro de un romano rico enterrado aproximadamente después de 450 y descubierto a finales de la década de 1970. El peso total de la plata es de 68,5 kilos.

«AQUÍ JODIÓ FEBO, EL DROGUERO, ESTUPENDAMENTE»: EL USO DE LA ESCRITURA EN TIEMPOS ROMANOS

Este mensaje, rayado en la pared de un prostíbulo del centro de Pompeya poco antes de la fatídica erupción del Vesubio (79 d. C.)[232], parece obra de un cliente satisfecho —igual podría, claro, ser no más petulancia masculina—. Deja claro, en cualquier caso, que un comerciante de Pompeya, además de saber escribir, entendía que otros clientes que a su vez sabrían leer apreciarían lo bien que supo invertir su tiempo y su dinero. Testimonios así han llevado a un intenso debate sobre en qué medida sabría leer y escribir la población de época romana, y sobre la relevancia de la palabra escrita en esa sociedad[233]. Esta discusión, como no tenemos estadísticas, quedará siempre abierta: nunca podremos aportar datos fiables sobre el volumen de población alfabetizada —por no hablar de añadir el matiz de cuál era su nivel real de alfabeti-

zación—. Para gente que supiese escribir, los principales indicios que tenemos son textos como el que nos ocupa: llegados hasta nosotros por casualidad, constituyen solo una pequeña proporción de lo que existió —imposible saber cuál—; en cuanto a quienes supiesen leer, los indicios aquí serán necesariamente más exiguos. No hay forma de saber cuántos pompeyanos podían leer el mensaje de Febo.

Sin embargo, lo que choca de la época romana y, a mi modo de ver, no ha vuelto a darse hasta días recientes es que se usase la escritura casualmente, de una forma totalmente efímera y cotidiana que, con todo, no dejaba de tener su sofisticación. Como no es de extrañar, los mejores ejemplos vienen de Pompeya, pues la erupción de 79 d. C. garantizó para los edificios de la ciudad, y para las diversas formas de escritura de que fueron soporte, un nivel de conservación insuperable. En Pompeya se han registrado más de 11 000 inscripciones de muy distinto género, ya sea grabadas, pintadas o rayadas en las paredes. Algunas son majestuosas y formales, como las que dedican templos, o los epitafios, y se asemejan a otras que encontramos por todo el mundo romano. Inscripciones así no necesariamente implican que la alfabetización estuviese muy extendida. La frecuencia enorme con que se ejecutaban en el mundo romano podría reflejar, más que una expansión vastísima de la lectura y la escritura, sencillamente una querencia por esta forma de expresión.

Más elocuentes son esas otras inscripciones pompeyanas donde el deseo de comunicarse con el resto de habitantes se manifiesta de un modo menos formal, más cotidiano. A menudo aparecen las calles de Pompeya decoradas con mensajes pintados cuya disposición y trazo regulares delatan el trabajo de cartelistas profesionales. Algunos son anuncios de acontecimientos como los juegos del anfiteatro; otros, encar-

go de individuos o grupos de la ciudad, son propaganda de candidatos a las magistraturas. Esta propaganda es muy formularia, y en su mayor parte se limitan a afirmar: los pompeyanos de bien están al lado de un candidato u otro. Este molde lo rompe, sin embargo, un fascinante grupo de tres epígrafes. Los tres apoyan al mismo candidato, un tal Marco Cerrinio Vatia. Una asegura haber sido pintada a cargo de «todos los durmientes» de la ciudad; otra, de los ladrones de poca monta, y otra, de los borrachos noctámbulos[234]. O bien tenía este Marco un sentido del humor loable, o bien sus adversarios políticos estaban dispuestos a valerse de sucias mañas contra él. Fuese como fuese, sin embargo, estos textos reflejan una sociedad lo bastante sofisticada no solo para tener carteles políticos pintados por profesionales, sino también para burlarse de ellos.

Los grafitos ofrecen indicios aún más impresionantes de la expansión y el uso de la escritura en la sociedad pompeyana. Omnipresentes en la ciudad, los rayaron en piedra o estuco ciudadanos con la sazón necesaria y un mensaje que legar a futuros ociosos; con el de Febo, el droguero, ya hemos visto un ejemplo de un subgrupo particularmente célebre, el de grafitos burdelarios (figura 6). Al no disponer de datos que dan por sabidos, muchos de estos mensajes nos son herméticos, pero otros, como «Sabinus hic» (Sabino [estuvo] aquí), nos resultan tan simples como familiares[235].

Como los carteles electorales, la cultura del grafito era en Pompeya lo bastante sofisticada para reírse de sí misma. He aquí un verso que ha aparecido rayado en cuatro sitios distintos de la ciudad, siempre por manos diferentes:

> Te admiro, oh muro, por no desatarte en ruinas
> Tantos tediosos escritos debiendo soportar[236].

A pesar de no poder hacer estimaciones sobre el porcentaje de pompeyanos alfabetizados (¿era el 30 por 100, o más?; ¿o quizá solo un 10 por 100?), sí podemos decir con seguridad que la escritura era una parte esencial del día a día de la vida en la ciudad. Escribir era, de hecho, lo bastante común para frivolizar sobre ello.

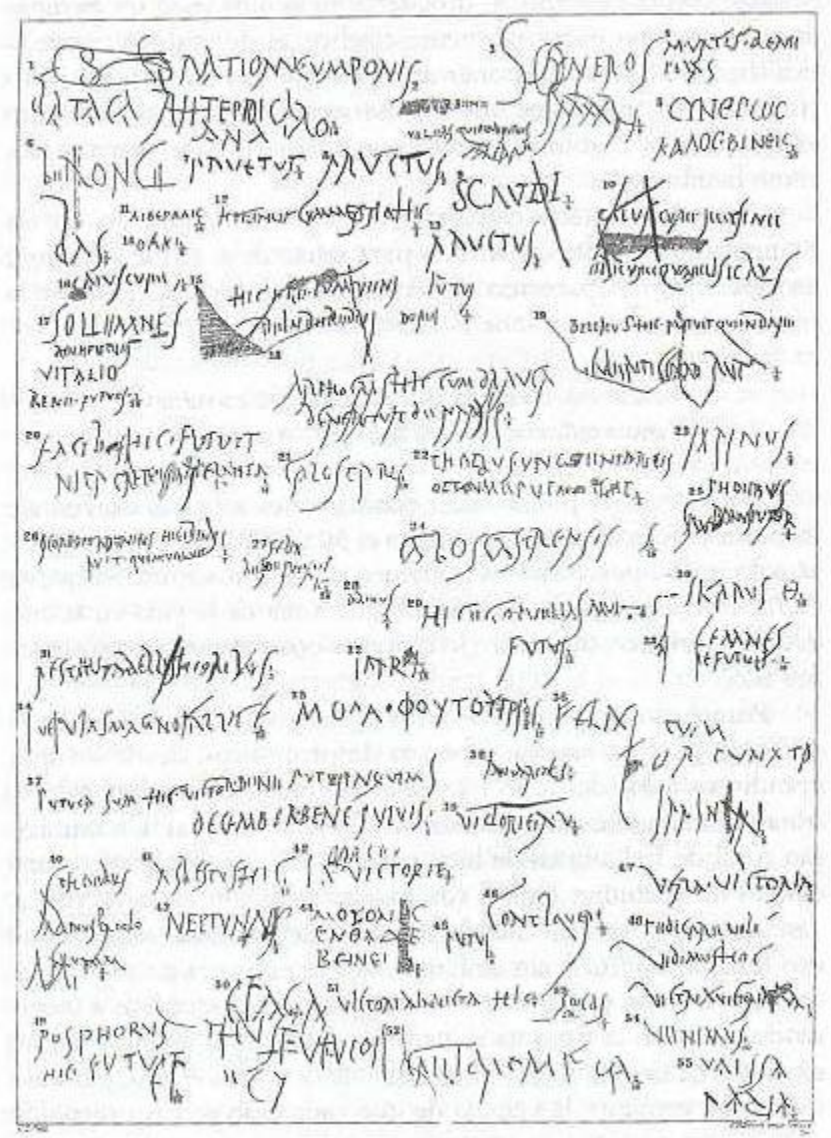


Fig. 6.—Grafitos de un burdel de Pompeya. El del droguero Febo es el número 22.

Pompeya es un ejemplo único de cómo una ciudad usaba la escritura para un amplio espectro de propósitos, desde los más grandiosos a los del todo triviales. También es verosímil que se tratase de un asentamiento más letrado de lo normal. Un municipio rural de Italia igual de bien conservado que Pompeya, o una ciudad de cualquier región con menos tradición en la escritura, casi seguro es que produciría muchos menos testimonios de su uso. Eso no significa, sin embargo, que la escritura no consiguiese llegar a zonas periféricas —con sus usos más efímeros e insustanciales—. En la Britania romana han aparecido muchos menos ejemplos de escritura que en la Italia de la misma época, pero eso mismo ha supuesto la ventaja de que cada caso se haya recogido y publicado con esmero. Estos volúmenes resultan, comparados con los datos de Pompeya, escasos, pero no por ello menos sorprendentes. Las inscripciones son de tipo extraordinariamente vario: dedicatorias solemnes y epitafios —en piedra—; sellos de fabricante sobre una amplia gama de objetos —lingotes, tejas, vasijas metálicas, cerámica y productos de cuero —; etiquetas y sellos metálicos inscritos, y breves epígrafes rayados que, sobre los más diversos objetos —como 875 fragmentos de vajilla cerámica, o 619 utensilios de cocina—, principalmente denotan posesión. La diversidad de esta lista es ciertamente impresionante. Incluye, por ejemplo, veintisiete fragmentos de barriles de madera marcados o rayados con el nombre o las iniciales de su dueño, y treinta y un pequeños sellos inscritos que —se piensa— servirían para rotular los ungüentos que vendían los oculistas[237].

La arqueología de la Britania romana se conoce excepcionalmente bien, y está enteramente publicada. Eso ha hecho posible establecer incluso la distribución a lo largo de la provincia de estilos, esos punzones metálicos que los romanos

usaban para escribir en tablillas enceradas. Unos 350 aparecieron en asentamientos rurales, sobre todo en el Sureste, más rico, pero también con testimonios en el Norte y el Oeste. La mayor parte —esto no nos sorprende— proviene de residencias campestres, o sea propiedad de la clase dirigente, pero no es esa la única procedencia: se han encontrado estilos también en numerosos asentamientos rurales más humildes, sin pretensiones aristocráticas. Algunos usos de la escritura parece que penetraron hasta en enclaves rurales de baja condición[238].

Como en Pompeya, también en la Britania romana han aparecido testimonios del uso de la escritura más efímero y trivial, ese que de una forma tan directa —y a menudo enigmática— trae individuos a la vida desde el pasado remoto. Tenía una teja del Londres romano una leyenda que alguien le había inscrito mientras se secaba: «Austal se ha marchado durante trece días solo». ¿Quién fue Austal? ¿Quién escribió aquello? ¿Uno que hacía tejas, un supervisor, o quizá alguien que pasaba por allí? Una segunda teja, procedente de Silchester, contiene, claramente trazado por un dedo, un mensaje de una sola palabra: «SATIS» (`suficiente') (figura 7).

Fig. 7.—SATIS ("suficiente"), dibujado con el dedo en una teja romana de Calleva (Silchester, en Hampshire) mientras se estaba secando.

Probablemente se tratase del capataz, marcando el término de una hornada, pero también podemos fantasear con que así celebraba el fin de una jornada especialmente dura un trabajador cansado. Un tercer grafito, cuyo soporte es la tubería de barro que proveía de agua el pabellón de baños de una casa de campo de Lincolnshire, proclama: «Liber esto» ("Serás libre"), fórmula con que se manumitía a un esclavo. ¿Se trataba, quizá, del sueño de un esclavo en el ladrillar? Jamás sabremos la respuesta a todas esas preguntas, como nunca tendremos certezas sobre la posición social de las personas cuyos mensajes han llegado hasta nosotros, pero no cabe duda de que escribir cosas informales, efímeras, era normal en la Britania romana[239].

En Britania, y en cualquier otro lugar del mundo romano, es evidente que ciertos sectores de la sociedad usarían la escritura más que otros. En el ejército, concretamente, se dependía mucho de la palabra escrita. Algunos de los usos que

hacían de ella los militares no requerían una formación vastísima. El ejército romano compartía con las fuerzas armadas actuales una obsesión por rotular su armamento —quizá porque tampoco allí era raro que desapareciese del almacén—, y cualquiera que conociese superficialmente las letras podía, si no leer, sí al menos reconocer este tipo de inscripciones tan escuetas. A numerosos soldados, sin embargo, era posible pedirles más. En los años 70 y 80 del siglo XX, en la fortaleza de Vindolanda —parte del Muro de Adriano— se descubrieron, escritos con tinta sobre láminas de madera finas y suaves —conservadas, en casos excepcionales, empapadas— centenares de documentos de finales del siglo I d. C. y comienzos del H. Los expertos han identificado en ellos la caligrafía de cientos de individuos diferentes. Esto quizá no sorprenda para las cartas recibidas de fuera del fuerte, pero varios textos de la misma mano escasean incluso entre los escritos en el mismo Vindolanda: una docena de solicitudes de permiso que se conservan, por ejemplo, todas las escribieron personas diferentes. No cabe duda de que los oficiales de Vindolanda estaban alfabetizados; y también pudieron estarlo algunos de los soldados de sus filas[240].

Indicios semejantes de otras zonas del imperio, a menudo de tipo muy cotidiano, sugieren un nivel alto de alfabetización en el ejército. En 41 a. C., durante la guerra civil que siguió a la muerte de Julio César, Octaviano —el futuro emperador Augusto— hizo que Lucio Antonio y Fulvia —hermano y esposa de Marco Antonio— se acantonasen en la ciudad italiana de Perugia. Allí se han recobrado una serie de balas de plomo para honda que, con el tamaño aproximado de una avellana, se fabricaron durante el asedio que siguió; eran sus moldes de forma tal que llevasen las balas breves inscripciones, con lo que provocaban, además de muerte o daño, gue-

rra de palabras. Algunas de estas inscripciones son bastante anodinas: desean la victoria de un lado u otro, o comentan la recesiva frontera capilar de Lucio Antonio —de la que sabemos también por las monedas—. Otras hay con más picardía, como esa que, disparada del lado de Octaviano, abruptamente pide: «Lucio Antonio —calvo—, Fulvia: abrid el culo *[L[uci] A[ntoni] calue, Fuluia, culum pan[dite]]*»[241]. Quienquiera que compusiese y fundiese en bala de plomo esta fina pieza de propaganda no cabe duda de que esperaba que alguno de los soldados del otro lado supiese leer.

Si nos preguntamos cómo pudo la alfabetización llegar a extenderse tanto en el mundo romano, la respuesta probablemente resida en una serie de procesos que, combinados, fomentaron el uso de la escritura. En concreto, no cabe duda de que los complejos mecanismos del estado romano necesitaban en todos sus niveles agentes letrados. De otra forma el Estado no habría podido cobrar a los habitantes de las provincias —ya en metálico o especie— sus impuestos, reunirlos, embarcarlos en largas travesías y consumirlos o invertirlos donde hiciese falta. Requeriría muchas listas y cuentas asegurar que un *solidus* de oro recaudado en una de las provincias pacíficas del imperio, como Egipto o África, luego efectivamente se gastase en un soldado de las lejanas fronteras de Mesopotamia, el Danubio o el Rin.

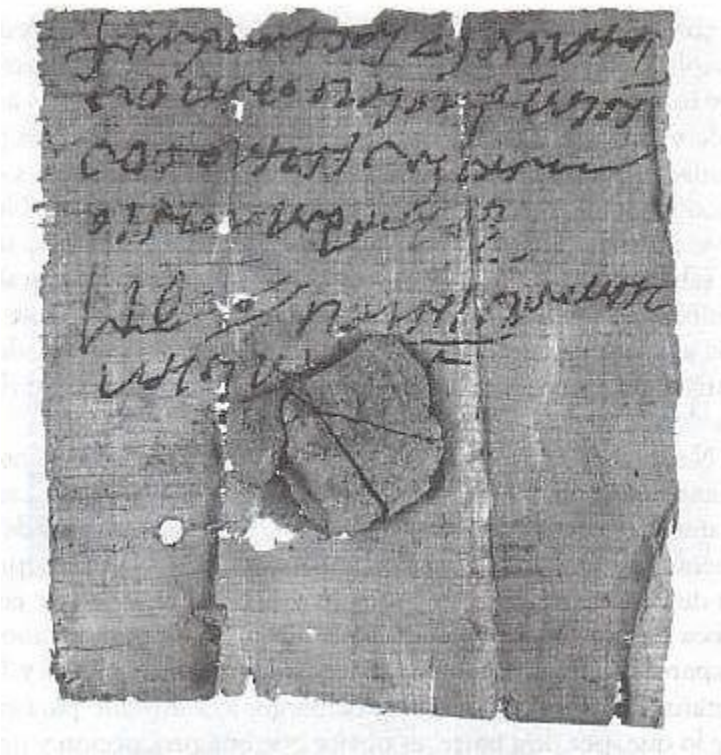


Fig. 8.—Alfabetización y administración. Un recibo de impuesto del Egipto romano. El documento, en papiro y con un sello de arcilla en el medio, se reproduce aquí en su tamaño original.

Un ejemplo del alto nivel de alfabetización que la máquina estatal necesitaba y producía ya lo vimos con los documentos de Vindolanda, en el Muro de Adriano. Muchos más testimonios, y muy varios, se han recuperado del otro extremo del imperio, en Egipto, donde el clima seco ha conservado infinidad de notas administrativas de muy distinta clase, en ocasiones muy perecederas. La figura 8 representa un pequeño recibo de finales del siglo II d. C. Se expidió para un tal Sotuet que atravesó las puertas del asentamiento de Soknopaiou Nesos, en el Fayum. El aduanero imperial a cargo recibió el 3 por 100 del valor de los bienes que Sotuet transportaba, y tal hizo constar en este impecable recibo, al que dio la garantía extra de un sello de barro, en su centro, con las ca-

bezas de los emperadores reinantes. Este pedazo de papiro muestra que a la estructura fiscal y burocrática romana no se le escapaba un detalle: Sotuet no llevaba más que seis ánforas de vino. Conservamos más recibos similares, la mayoría para cantidades igual de insignificantes de productos alimenticios que, cargados en burros o camellos, ya se traían a Soknopaiou Nesos o se exportaban de allí. Un agente de la burocracia romana tenía que saber redactar un recibo claro y formal incluso si operaba a estos niveles, y el mercader en cuestión, aunque es probable que fuese analfabeto, lo normal es que echase mano de aquel documento si, más tarde, necesitaba demostrar haber pagado los derechos de aduana[242].

Naturalmente, también en niveles más complejos la economía romana necesitaba la palabra escrita para poder funcionar. Las secas arenas de Egipto han dado infinidad de tipos distintos de documentos comerciales: pedidos, contratos para servicios y provisión de productos, listas de artículos y deudas, registros de envío, recibos de mercancías y pagos, etc. Fuera de Egipto, testimonios así aparecen en las excavaciones solo de forma ocasional y fragmentaria. Afortunadamente, sin embargo, lo suficiente para constatar lo que, por otra parte, es obvio: que una producción y un comercio de tal magnitud requerían de la palabra escrita.

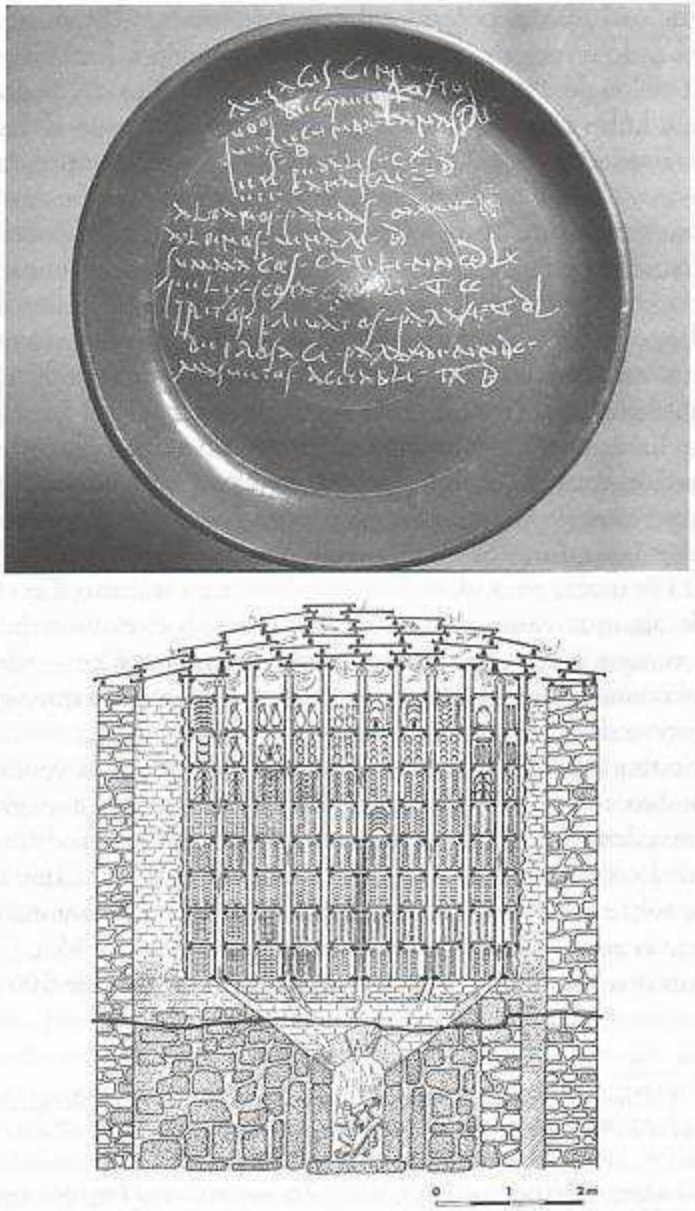


Fig. 9.—Alfabetización y comercio. La carga de un horno de cerámica listada en la base de una vasija rota, de la fábrica de la Graufesenque, al sur de Francia. Abajo, el dibujo de una sección del horno mientras era calentado (basado en las pruebas de un gráfico similar y en los restos excavados de un horno).

De la gran factoría de cerámica que hubo en la Graufesenque —a modo de ejemplo—, ya vimos que se recogieron más

de 200 grafitos rayados en trozos de cerámica rota. Lo más frecuente son listas, a menudo de cuatro columnas: un nombre —posiblemente el propietario de un taller—; un tipo de vasija; un tamaño, y, por último, un número (figura 9). Si las columnas de cifras se suman, el resultado es más de 30 000. Estos grafitos son, casi con total certeza, registros de almacenes de enormes hornos comunales: gracias a ellos, tras la cocción cada taller podía recobrar las piezas que había llevado[243].

Incluso más necesario cabe que fuese escribir durante el complicado e incierto proceso de la distribución. En la segunda mitad del siglo XIX se reconstruyeron los muelles del Saône, en Lyon, y hubo que dragar el río. Durante este proceso se recuperaron alrededor de 4000 pequeños sellos —casi siempre de plomo— cuya misión fue un día identificar y proteger fardos y banastas. Muchos de estos sellos eran del ejército, u originarios de la aduana imperial de Arles, pero la inmensa mayoría simplemente llevaba inscripciones, con frecuencia solo las iniciales de un nombre, que casi sin duda eran la señal identificativa de mercaderes y productores concretos. Los productos que pasaban por Lyon —encrucijada vital en la ruta desde y hacia el Mediterráneo— había que identificarlos, y eso en época romana —de alfabetización muy difundida— se hacía con pequeños sellos con inscripciones[244]. Cuando su estado de conservación es bueno, también las ánforas nos dan testimonios similares de cómo la escritura se usaba para identificar productos en tránsito. En el cuello de algunos vasos sobreviven, pintadas, breves inscripciones que, aunque a veces parecen dirigidas al consumidor —identifican el contenido—, parece casi siempre que tuviesen que ver con el proceso de producción y transporte[245].

Se requería también de la escritura a la hora de la venta o intercambio. Algo de luz arrojaron sobre este asunto unos grafitos conservados en un enclave comercial situado en lo alto de una colina de la actual Austria. Los mercaderes de este lugar, que trabajaban sobre todo artículos de hierro —materia prima y manufactura de la zona—, en el período aproximado de entre 35 a. C. y 45 usaban dos depósitos. En los muros quedaron más de 300 grafitos, con mensajes simples como «Orobio 565 ganchos» o «Surulo 520 ganchos». Puede que fuesen registros de ventas, o quizá de productos guardados en los depósitos[246].

Hasta aquí nos hemos centrado en la difusión de la alfabetización entre los mercaderes y los agentes del estado, ya civiles o militares, pero también los ricos se veían presionados a aprender. En el mundo romano, saber leer y escribir era un requisito previo para la vida de la clase alta. Esto se debía, en parte, a razones totalmente prácticas. En una sociedad donde el gobierno y la economía giraban en torno a la escritura, quienes controlasen el poder y el dinero tenían motivos poderosos para dominar también tal técnica. Pero igualmente contribuían a que la aristocracia tuviese buena instrucción, presiones sociales y económicas. En época romana, leer y escribir era —junto a poseer una base de cultura literaria clásica— un signo esencial de estatus. Una instrucción básica en literatura, de hecho, no era más que el principio para los terratenientes más ricos —la aristocracia del Senado—. Los varones de esta casta debían conocer en profundidad la lengua y la literatura del mundo antiguo, y ser duchos en oratoria y retórica, habilidades que era posible alcanzar solo tras una educación prolongada y cara. Gracias a estos alicientes, no era normal encontrar analfabetos en las clases sociales más altas.

Hasta qué extremo era el romano un mundo alfabetizado lo ejemplifica el sorprendente retrato de una pareja pompeyana (figura 10). El hombre tiene en la mano un rollo de papiro, y la mujer se lleva a los labios un extremo del estilo que sirve para escribir en las tablillas de cera cuya otra mano sostiene. Estos cónyuges, que no procedían de los estratos más altos de la aristocracia pompeyana, probablemente eligieron que los pintasen en esta pose para subrayar su estatus: pertenecían a la clase de los que sabían escribir, y querían que se advirtiera. En este sentido, el retrato implica que la escritura no estaba ni mucho menos universalmente difundida en la Pompeya romana. No obstante, no deja de llamar la atención un hecho impresionante que, típico del mundo romano, difícilmente encuentra parangón sino en tiempos modernos: que un matrimonio provincial eligiese ser retratado de una manera que celebraba específicamente una estrecha relación con la palabra escrita, tanto por parte del hombre como de la mujer.

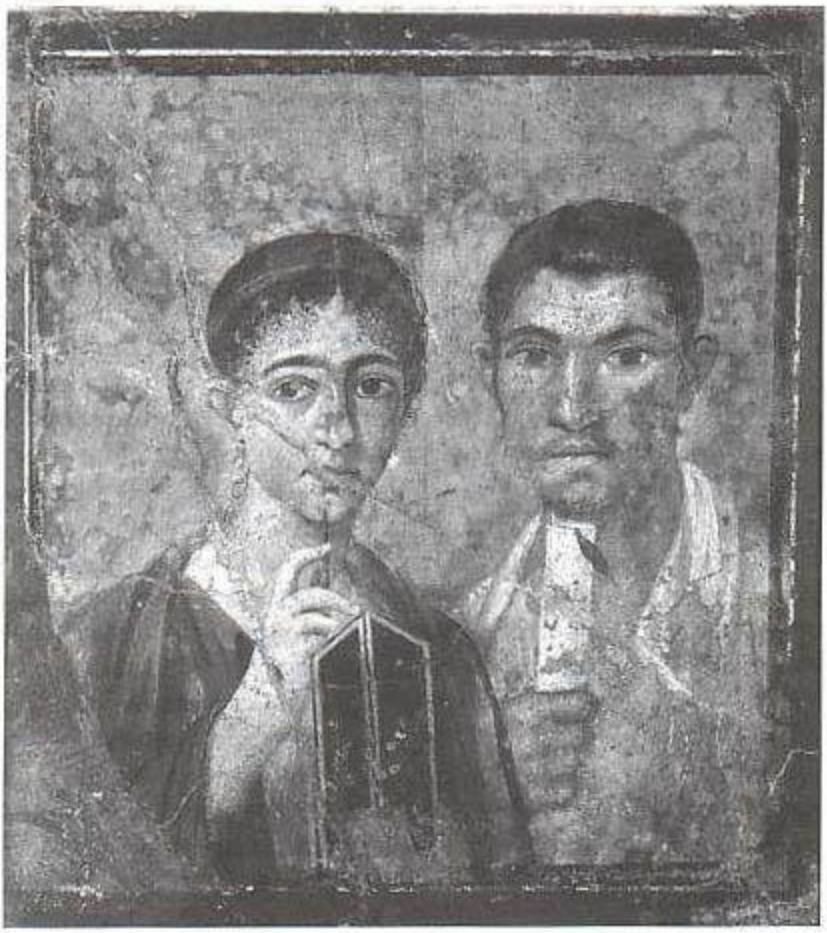


Fig. 10.—Una pareja pompeyana celebra su conocimiento de las letras. La casa donde se halló el retrato era próspera, pero en absoluto una de las más ricas de Pompeya.

Otro indicio de lo profundamente arraigada que llegó a estar la cultura escrita entre las clases gobernantes es el hecho asombroso de que, a pesar de los frecuentes golpes militares, no se dice de ningún emperador que no supiese leer ni escribir hasta que Justino I sube al trono de Oriente en 518. Procopio, que escribió poco después de su reinado, dice de Justino —soldado de los Balcanes sin cultura— que «ignoraba las letras, siendo, como suele decirse, analfabeto [*analphabetos*], el primer caso así entre los romanos». Ya había sido ob-

jeto de burlas la falta de refina-miento de emperadores previos, en particular Maximino Tracio (235-238), otro soldado de los Balcanes, pero lo peor de lo que acusa a Maximino su hostil biógrafo es de ignorar el griego y de haber aprendido el latín recientemente[247].

«VIVAS POR SIEMPRE EN DIOS, PEREGRINO TURÓN»: LA ESCRITURA EN LA EDAD MEDIA TEMPRANA

En algún momento entre el siglo VII mediado y mitad del IX, un peregrino llamado «Turón» rayó este mensaje en el monumento sepulcral de San Michele sul Gargano, en el tacón de Italia (figura 11). A diferencia de otras inscripciones del mismo lugar más decorosas —probablemente en nombre de los peregrinos las rayaron manos más diestras—, esta caligrafía es lo bastante forzada para pertenecer al propio Turón. Al final de la inscripción se lee un añadido: «Quienes esto leáis, rezad por mí»[248].

Naturalmente, la escritura y la lectura no desaparecieron en el Occidente post-romano. Solo en algunas provincias remotas el uso de la escritura se esfumó sin más, como ocurrió durante el siglo VI en la Britania anglosajona —solo hacia 600 d. C. la reintroducirían misioneros cristianos—. En regiones más sofisticadas, como Italia, Hispania o la Galia, la escritura nunca perdió su importancia. A modo de ejemplo, el código de Rotario, rey lombardo de Italia —a mediados del siglo VII—, recomendaba que, previendo eventuales problemas, se formalizase un acta para la manumisión de cada esclavo, y decretaba para quienquiera que falsificase un acta, «o cualquier otro género de documento», la amputación de una mano. Si los documentos se falsificaban, sin duda es que eran importantes; y si se recomendaba a antiguos esclavos que los usa-

sen en defensa de su libertad, además de importantes debían de ser cosa frecuente [249].

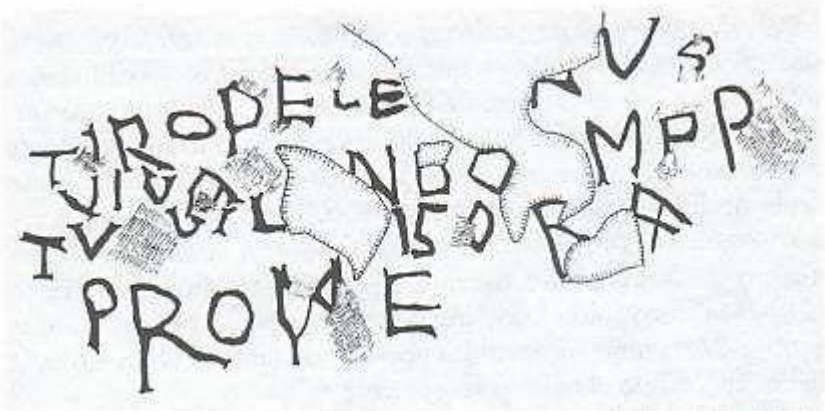


Fig. 11.—El mensaje de Turón, que conmemora su visita al altar de San Michele sul Gargano, en el sur de Italia.

La mayor parte de los ejemplos de escritura que tenemos de época post-romana son documentos formales que, o bien se suponen duraderos —leyes, tratados, actas, registros de impuestos—, o bien son la correspondencia epistolar de miembros de los rangos de la sociedad más altos. Merecen la pena, con todo, una serie de textos de la Hispania visigoda de los siglos VI y VII: dejan ver que también un uso cotidiano de la escritura fue frecuente. En el sur de Salamanca hay mucha pizarra y en la primera Edad Media acabó usándose como soporte de escritura: la superficie pulimentada servía para rayar las cartas. La pizarra no es un material perecedero, y algunos hallazgos de estas tablillas rayadas han sido publicados (el catálogo más reciente incluye, entre completos y fragmentarios, 153 textos). Algunos de ellos son de tipo religioso —como plegarias, salmos o un conjuro contra el granizo—; otros son documentos formales que registran la transferencia de tierras. Muchos, sin embargo, son simples notas de responsables de fincas, con fecha de caducidad: listas de animales —de los que en un caso detalladamente se especifi-

ca sexo y edad—, deudas devueltas y repartos realizados; una tablilla trae un inventario de ropa. De estos textos, el más evocador en mi opinión es una «lista de quesos [Notitia de casios]»; enumera algunas variedades, y a cada una le asigna una cifra. Probablemente se trate del registro del pago de una renta en especie. En el Occidente post-romano debieron de existir, de poderse juntar todas las fincas, cientos de miles de documentos semejantes; estos pocos han sobrevivido gracias a la abundancia de pizarra en Salamanca[250].

Por otra parte, en los siglos posteriores a la caída del imperio escasean los indicios de que el uso de la escritura estuviese muy difundido; particularmente ese uso trivial tan característico de la época romana. Da la impresión de que desaparecen por completo la avalancha de estampillas, sellos e inscripciones —pintadas o rayadas— típica de la vida comercial y militar romana. La necesidad de rotular grandes cantidades de productos venales parece haberse evaporado, probablemente debido a que la producción y la distribución fueron mucho más simples y reducidas que en otro tiempo. Contamos con algunas tejas selladas de los siglos VII y VIII, pero el contenido de la inscripción sugiere que fue hecha, más que para clasificar la producción, para dar prestigio al fabricante[251]. Del mismo modo, al no haber ya un ejército profesional, ni un complejo sistema de intendencia para su aprovisionamiento, tampoco había miles y miles de inscripciones militares, ni ese rasgo peculiar de la vida romana: un ejército más letrado que la sociedad que lo alimentaba.

Lo más interesante de todo es la casi completa desaparición del grafito casual, ese tan frecuente en época romana. Hay grafitos de los siglos V-IX, como el de Turón, pero en verdad son testimonios semiformales, votos de peregrinos en santuarios como el de San Michele sul Gargano o en las cata-

cumbas de alrededor de Roma. Qué duda cabe que algunos peregrinos escribirían sus nombres ellos mismos —incluidos unos que, venidos del Norte, escribieron en Gargano runas—, pero a otros les escribirían el nombre terceros versados en inscribir sobre piedra o estuco[252]. Aunque el término «grafito» es apropiado, por ser la incisión superficial, en apariencia no hendida muy dentro, estos testimonios de peregrinos tienen una pretensión mucho más formal que la crónica casual de Febo en su visita a un prostíbulo pompeyano.

Claro que no tenemos una Pompeya medieval temprana que nos permita establecer una comparación verdadera y justa de los niveles de escritura fortuita —no religiosa— romanos y post-romanos. Pero contamos con numerosos objetos domésticos de ambos períodos, y esto en época romana sí constituye un filón de letras rayadas y nombres, así como, ocasionalmente, mensajes —como aquellos que vimos de Britania en unas tejas—. Los objetos domésticos de la temprana Edad Media casi siempre callan[253]. Muy esporádicamente tienen nombres incisos o rayados, pero casi indefectiblemente se trata de inscripciones muy cuidadas, y sugieren, más que el garabato de los propios usuarios, haberlas ejecutado incluso un grabador profesional[254]. Ningún hallazgo de época post-romana es ni aun remotamente equiparable a los 400 grafitos, a menudo simples iniciales, que contienen bases de vasijas de un fuerte de Germania y muy probablemente fueron inscritas por los propios soldados para identificar con ello cada uno la suya[255].

En un mundo mucho más sencillo, la necesidad de leer y escribir disminuyó, y con ello la convención social de que la élite fuese letrada. En el Occidente post-romano acabó habiendo un alto índice de alfabetización solo en el clero. Un estudio pormenorizado de casi 1000 firmantes de actas del si-

glo VIII ha mostrado que únicamente sabía firmar menos de un tercio de los testigos —los demás, se limitaban a hacer una marca que el escriba identificaba como suya—. Pero la mayoría de los que firmaban —71 por 100— formaban parte del clero. Escribieron su nombre, de los 633 firmantes seglares, solo 93 —14 por 100—. Teniendo en cuenta que los testigos de actas solían pertenecer a los estratos más altos de la sociedad local, y que saber firmar no requiere una práctica excesiva, estos índices sugieren que ni aun los rudimentos de las letras era común que los conociese un seglar[256].

Llama la atención —a la vez que contrasta con tiempos romanos— que en la primera Edad Media podía haber incluso poderosos gobernantes analfabetos. Muchos no lo eran: el rey franco Chilperico (561-684) y el visigodo Sisebuto (612-621), ambos probaron suerte en la poesía latina —Sisebuto escribió, además, una *Vida* de san Desiderio de Vienne[257]—; pero sabemos de otros para quienes la escritura era algo totalmente exótico. Einhardo, biógrafo de Carlomagno, nos habla del loable esfuerzo que al final de su vida hizo el emperador por aprender las letras: su real padre —parece ser— no incluía aprender a escribir entre los requisitos de la educación de un príncipe franco. Relata Einhardo que Carlomagno tenía debajo de la almohada tablillas de escritura donde practicar en momentos de tranquilidad, pero reconoce que este intento de autosuperación fue, más que éxito real, devota intención[258].

¿SE TRATÓ, EFECTIVAMENTE, DEL FINAL DE UNA CIVILIZACIÓN?

Debido a razones que examinaré en el próximo capítulo, el concepto de «fin de una civilización» ha caído en un desuso total. «Civilización» es una palabra que hoy en día la gente prefiere no usar. Si connota superioridad moral, se trata,

efectivamente, de una palabra que es mejor apartar. La experiencia del siglo XX nos ha hecho ver que personas altamente sofisticadas e instruidas son capaces de las conductas más despiadadas e «incivilizadas», y que creer en la propia superioridad a menudo fomenta actitudes así. Es ya figura mitológica moderna ese comandante de un campo de concentración que, tras un duro día de trabajo matando inocentes, se relaja al son de Beethoven. La mirada más de sesgo al mundo romano advierte indicios numerosos de comportamientos similares. En nombre del mundo «civilizado», los romanos dieron a los bárbaros un trato cruel y despiadado (figuras 3 y 4 del capítulo 1, págs. 48 y 49), y Símaco, el cultivado aristócrata, no vio en el acto heroico que fue el trágico suicidio de sus gladiadores sajones sino una burla que ponía a prueba su paciencia (pág. 46).

Es posible, con todo, usar también «civilización» como abreviatura de «sociedades complejas y lo que se crea en torno a ellas» (como las «civilizaciones» antiguas de Egipto o Mesopotamia). Ese es el camino que he seguido en este libro, porque tengo la convicción de que últimamente los estudiosos han dejado que lo difuminen las aguadas del juicio de valor. Ignoran, por querer presentar los siglos post-romanos como iguales a los romanos, la decadencia fascinante y extraordinaria que de la complejidad se dio con el fin del imperio.

Aunque la alta cultura también se vio afectada, me he centrado en las personas de extracción social media o baja y en qué acceso tenían a herramientas y productos sofisticados como la escritura o la cerámica de calidad. Muy inmediato lo tenían, como hemos visto, en época romana, y muy complicado después. En ese sentido, la «civilización» antigua llegó a su fin en Occidente con la caída del imperio. Lo que hicie-

ron los antiguos con esa civilización suya «sofisticada» es tan complejo, y en ocasiones tan turbio, como sigue ocurriendo hoy con nosotros. Un campesino de cerca de Luna podía ahora comer de un plato hecho en Campania: en Monte Testaccio se originó una montaña de desperdicios; un esclavo pudo expresar en Britania sus deseos de libertad: en Pompeya, un droguero pudo dejar constancia de un polvo especialmente grato. Cosas como estas, junto a multitud de libros y edificios imponentes, caracterizan una sociedad compleja o, quien lo prefiera, una «civilización».

7

¿TODO LO MEJOR EN EL MEJOR MUNDO POSIBLE?

Si en el siglo v Occidente fue asolado por violentas invasiones, y si la sofisticada civilización del mundo antiguo se desmoronó durante los siglos subsiguientes, ¿cómo es posible que recientemente se haya propuesto una visión tan radicalmente distinta, edulcorada? ¿Por qué ahora se interpreta de esa forma nueva este período clave?[259].

EL ORIGEN DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

Es un asunto en parte de perspectiva: como yo mismo he reconocido ya, mi forma de mirar sin duda la han condicionado una educación y una atmósfera familiar muy «romanas». En Italia, poner en duda la primacía de la civilización antigua no es frecuente, y se mantiene muy viva una versión tradicional del final del mundo romano. La mayor parte de los italianos comparten mi escepticismo sobre esa «integración» pacífica de los bárbaros, y esa «transformación» del mundo romano en algo nuevo pero igualmente sofisticado[260]. No ha arraigado la idea de que los germanos fuesen inmigrantes pacíficos e inocuos.

En algunas zonas de Italia, de hecho, algunas versiones muy simplistas y totalmente negativas de las conquistas bárbaras siguen muy en boga. *La última legión*, obra de un profesor de Arqueología Clásica de Milán, es una novela de entretenimiento muy popular que transcurre a finales del siglo

v. Sus romanos son, sin prácticamente excepción, nobles, valientes y puros: se baten con enemigos más fuertes en defensa del último emperador y de los valores de los días gloriosos de Roma. En un momento dado, el bando de los héroes —igual cristianos que paganos— alza su voz entonando el *Carmen Saeculare*, el gran himno que compuso Horacio a los dioses y a la gloria de la ciudad. Los bárbaros, por el contrario, son traicioneros, y adoptan maneras romanas solo si creen que hacerlo ayudará en su cometido de sojuzgar a los romanos; son brutales y crueles, tragan cantidades inconcebibles de carne y cerveza malas, y sus barbas llevan pegados trozos de comida[261]. Me temo que el autor, que vive en Bolonia, deberá esta forma de ver el asunto, no menos que al siglo v, a su propia experiencia de turistas alemanes y británicos en las pizzerías de Rimini.

Como era de esperar, la idea de que los invasores fueron inmigrantes pacíficos tiene su sede en el norte de Europa y América del Norte. Esos volúmenes recientes que, patrocinados por la Fundación Europea para la Ciencia, examinan los asentamientos del siglo v y los presentan como esencialmente no traumáticos, los dominan estudiosos sobre todo austriacos, alemanes, ingleses y escandinavos. Los idiomas oficiales del proyecto eran inglés y francés, pero oí que las conversaciones tras las que se originaron los volúmenes a que nos referimos a menudo derivaban al alemán, lengua común más evidente de los participantes.

La mayoría de historiadores que han defendido una Antigüedad tardía nueva e idílica son norteamericanos, o europeos establecidos en Estados Unidos, y han desviado su atención del Imperio romano occidental. Muchos de los datos sobre los que se sostiene esta Antigüedad tardía nueva y optimista son exclusivos del Mediterráneo oriental, donde, como

hemos visto, hay atestiguada prosperidad para los siglos V y VI en Levante incluso para el VIII. Hice un rudimentario sondeo de las entradas breves de la reciente *Guía* de la Antigüedad tardía, y encontré 183 que se ocupaban de personas, lugares u otros que fuesen específicamente orientales; solo 62 —el 25 por 100— lo hacían de occidentales. En la nueva Antigüedad tardía, partes del mundo antiguo que se consideraban marginales se han convertido en centrales, mientras que zonas orientales que una vez fueron importantes se pierden de vista. Esta *Guía* no contiene, por dar un ejemplo, entrada para los francos ni los visigodos, pueblos que dominaron la Europa continental de los siglos VI-VII; tampoco aparecen los británicos, ni los anglosajones.

Un punto importante de esta forma de ver el asunto sí resulta positivo. Viene muy bien recordar que, mientras los pueblos de Britania quizá ni merezcan una entrada en un libro de texto que se ocupe de los siglos III-VIII, la cultura oriental estuvo en su apogeo hasta finales del siglo VI —y más—. La nueva Antigüedad tardía es, en parte, el correctivo de un vicio anterior: el de asumir que en el siglo V decayó todo el mundo romano solo porque tal ocurriese en Occidente. Reubicar el centro del mundo para los siglos IV-VIII en Egipto, Oriente Medio y Persia supone un estimulante desafío a nuestros esquemas mentales y expectativas culturales.

Se desprende, no obstante, claramente un problema de imponer, a partir de datos solo orientales, a todo el mundo romano y post-romano una Antigüedad tardía floreciente. En los «malos tiempos» del pasado se imponía a las provincias orientales la decadencia occidental de finales de la Antigüedad. Ahora, en vez de dejar cada región del imperio a su aire —floreciendo algunas entre los siglos V-VIII, otras no—, se im-

pone a Occidente la plantilla de Oriente. Una Antigüedad tardía apacible y prolongada, una que se extendiese incluso hasta 800 d. C., podría ser una manera interesante y constructiva de acercarse a la historia de Oriente Medio, pero distorsiona gravemente la historia de Occidente posterior a 400, y la de la región del Egeo de aproximadamente después de 600. Que a lugares así se haya impuesto un período ininterrumpido y dilatado que se denomina Antigüedad tardía y abarca 250-800, solo ha sido posible dando la espalda a un corte traumático en la vida política, administrativa, militar, social y económica[262].

La única forma en que puede concebirse una misma Antigüedad tardía para todo el mundo romano —y se trata de algo constructivo— es centrarse en el único cambio «positivo» que durante dicho período —entre 250 y 800— afectó al mundo post-romano en su conjunto: la difusión y triunfo trascendente de dos grandes cultos monoteístas sobre las religiones más antiguas romana y persa. Precisamente en torno a este proceso se ha construido la nueva Antigüedad tardía, y a través de los notables cambios que supuso en las actitudes hacia muchos aspectos de la condición humana, como el sexo, la muerte o la identidad. Esta Antigüedad tardía es, antes que nada, un mundo mental y espiritual, hasta el extremo de que los datos seglares prácticamente se olvidan. Hasta hace bastante poco, la historia de los siglos V-VII se escribía desde puntos de vista institucionales, militares y económicos[263]. Ahora se da lo contrario, al menos en Estados Unidos. De los treinta y seis volúmenes hasta ahora publicados de una serie titulada «Las transformaciones del legado clásico» (*The transformatíons of the Classical Heritage*, University of California Press), treinta discuten los mundos mental y espiritual (aspectos esencialmente originales del pensamiento

y la práctica cristianas); solo cinco o seis cubren asuntos más seglares (como la política o la administración); de los detalles de la vida cotidiana no se ocupa ninguno[264].

En cierto sentido, en la nueva Antigüedad tardía encontramos, aunque bajo formas mucho más sofisticadas y sectarias, una vuelta a una concepción anterior de los siglos post-romanos como era espiritual, incluso como «Edad de la Fe». A modo de ejemplo, en trabajos recientes se oyen nítidos los ecos de la opinión que en 1922 expresó sobre las «Edades Oscuras» el escritor católico inglés Christopher Dawson; su entusiasmo religioso, y su querencia, son mucho más transparentes que los de los historiadores actuales:

> Al historiador seglar la primera Edad Media necesariamente seguirá pareciéndole una Edad Oscura, una edad de barbarie, sin cultura ni literatura seglar, dada a disputas ininteligibles y a dogmas incomprensibles [...]. Para los católicos, sin embargo, no son oscuras, pues son un amanecer: presenciaron la conversión de Occidente, la fundación de la civilización cristiana, y la creación del arte cristiano y la liturgia católica. Fue, por encima de todo, la Edad de los Monjes[265].

Vuelve a ser instructiva una ojeada a las entradas breves de esa reciente *Guía* americana. Si nos fijamos en los pueblos del mundo antiguo tardío, ya hemos visto que están ausentes visigodos, francos, británicos y anglosajones. «Demonios» y «ángeles», sin embargo, sí tienen su entrada cada uno, como hay otra para «Infierno» y otra para «Paraíso». A los oficiales seglares se los despacha en poco espacio, pero una serie de herejes y ascetas cuentan con entradas individuales. En vano busqué al «Prefecto Pretorio», una de las figuras más poderosas de la política y la administración romanas tardías: nada hallé entre las entradas de «Pornografía» y «Plegarias». Igual que vimos con el asunto de la ubicación geográfica, este nuevo énfasis es un útil correctivo de un interés anterior excesivo en temas estrictamente administrativos, políticos y económicos, pero quizá también aquí se ha ido la

cosa un poco de las manos. La nueva Antigüedad tardía ha abierto la veda a la investigación de un mundo mental y espiritual fascinante e importante, pero la gente del pasado, como la de hoy, transcurre la mayor parte de su vida sólidamente atada al mundo material, con lo que un cambio religioso les afecta menos que uno en su nivel de vida.

LOS EURO-BÁRBAROS

Las perspectivas distintas que ante los mismos hechos van adoptando estudiosos sucesivos reflejan siempre procesos más amplios del mundo contemporáneo. La manera como vemos nuestro propio mundo y como interpretamos el pasado están inevitablemente conectadas. Qué duda cabe de que en la idea de unos invasores germanos esencialmente pacíficos influye el notable éxito —merecido— de la Alemania actual en su iniciativa de construir una identidad europea nueva y positiva tras los catastróficos años nazis. Desde la Segunda Guerra Mundial, al ser otra la concepción de los alemanes contemporáneos, y de su papel en la nueva Europa, los pueblos germanos del siglo v y su asentamiento también se ven de forma distinta.

En la época de la amenaza nazi, y en la primera posguerra, a los invasores del siglo v se los veía bajo una luz bastante lúgubre —no es de extrañar—. En la década de 1930, el medievalista inglés Eileen Power escribió un ensayo sobre el Imperio romano tardío y su caída. Está lleno de presagios, y pinta un contraste neto entre la barbarie germana y el mundo romano civilizado, amenazado —y al cabo abatido— este por aquella:

Las sagas de batallas de la raza [germana], que, si directamente no han desaparecido, han sobrevivido en forma de leyendas elaboradas en edades posteriores; las pocas y toscas leyes que precisaban para regular las relaciones personales,

esto difícilmente era civilización en el sentido romano [...]. Roma y los bárbaros no solo eran [...] dos partes contendientes, sino dos actitudes distintas ante la Vida: la civilización y la barbarie[266].

André Piganiol y Pierre Courcelle, distinguidos estudiosos franceses, en la primera posguerra publicaron —fuertemente influenciados por la invasión alemana de Francia de 1940 y la ocupación que siguió— sendos libros sobre la caída de Occidente. Piganiol hizo responsables de la destrucción de un imperio cristiano floreciente a unas tribus germanas que, según él, habían alcanzado el logro insólito de, viviendo siglos en la frontera romana, «no civilizarse». Cierra su libro con dos frases memorables: «La civilización de Roma no murió de muerte natural. Fue asesinada»[267]. Courcelle, por su parte, abiertamente establecía paralelismos entre el pasado reciente de Francia y la experiencia del siglo v de la invasión bárbara, y se valía de unos argumentos y un lenguaje clara y rotundamente antigermanos: los invasores eran «barbares», «ennemies», «envahisseurs», «hordes» y «pillards»; su paso por el imperio lo jalonaron «incendies», «ravages», «sacs», «prisonniers» y «massacres»; dejaron tras de sí «ruines désertes» y «régions dévastées»[268]. Mejor prensa tenían en Courcelle solo los francos, ancestros de los franceses: el capítulo final nos cuenta cómo, acabando por adoptar el catolicismo y otras maneras romanas, prepararon el camino para los logros de Carlomagno[269].

Poco a poco, las actitudes hacia los alemanes del siglo xx fueron suavizándose, y con ellas la imagen de los invasores germanos del siglo v. En la década de 1960 y 1970, los pueblos germanos ya estaban rehabilitados: quienes habían sido asesinos bestiales y destructivos, ahora eran pieza esencial para la construcción de la nueva Europa —véanse libros co-

mo *The Formation of Europe and the Barbarian Invasions*[270] —. Así, cuando en 1980 Goffart lanzó su teoría del «asentamiento» pacífico, lo hizo sobre terreno abonado. Parece que con su libro el propio Goffart pretendiese quitar importancia al papel de los pueblos germanos en la historia europea. Esperaba ser capaz de demostrar que los asentamientos, decididos por los romanos y llevados a cabo dentro de una estructura administrativa romana, en realidad fueron más «romanos» que «bárbaros»: «Que de forma más o menos ordenada se acantonasen tropas extranjeras en la Galia, Hispania, África e Italia no es razón suficiente para hablar de un "Occidente bárbaro"»[271]. Pero irónicamente, los estudiosos han utilizado esta teoría suya en una idea totalmente distinta: la de elevar a los pueblos germanos a la categoría de colaboradores pacíficos de los romanos nativos.

La Unión Europea necesita forjar un espíritu de cooperación entre las naciones del continente —en otra época enemigas—, y el proyecto de investigación de la Fundación Europea para la Ciencia con respecto a este período no es casual que se llame «La transformación del mundo romano», sugiriendo una transición progresiva y pacífica desde época romana hasta la «Edad Media» y después. En esta nueva versión del final del mundo antiguo, el mundo romano no lo «asesinan» invasores germanos, sino que romanos y germanos juntos trasladan a un nuevo mundo romano-germano muchas cosas que antes solo eran romanas[272]. La Europa «latina» y «germana» están en paz.

Los europeos siempre han tenido que penar para encontrar raíces comunes y gérmenes de unidad en su pasado turbulento. Buenas credenciales históricas para ser base de una cultura y una identidad comunes podría tener la herencia cristiana compartida, pero razones actuales hacen de este un

tema delicado: el cristianismo, con tantas querellas sectarias, separa hoy igual que en otro tiempo unía, y adoptarlo como insignia de «lo europeo» es obvio que acabaría de excluir del club a todos los no-cristianos. Además, asociar Europa y cristianismo podría dar al Papa ideas de grandeza, tendría un molesto tono «americano», y —esto sin duda— entraría en conflicto con tradiciones europeas —liberales, de signo izquierdista— de política seglar.

El Imperio romano en sí, aunque en algunos sentidos sea un fabuloso precedente de mucho a lo que aspira la Europa actual —con sus zonas de mercado libre, su competencia abierta y esa lealtad sin dobleces que inspiraba—, nunca ha acabado de ser para la Unión Europea un antepasado del todo satisfactorio. Demasiado recientemente Mussolini usó el poder romano como parte de un programa nacional e imperial específicamente italiano, y demasiado grande es la parte del norte y el noreste de Europa que nunca estuvo en manos romanas —siendo las costas meridionales y orientales del Mediterráneo, sin embargo, centrales del mundo romano—. Una Unión Europea completamente romana marginaría el norte de Europa, y podría tener su centro en Roma, Atenas y Estambul, pero no en Estrasburgo, Fráncfort y Bruselas. Mucho más satisfactoria es una interpretación de la historia que, manteniendo el pasado romano, lo «transforme» en una Europa post-romana dominada por los francos. El centro de la Unión Europea actual —el triángulo Estrasburgo-FráncfortBruselas— y el centro del imperio franco de los siglos VIII-IX coinciden bastante bien: Bruselas, por ejemplo, dista poco más de 100 kilómetros de Aquisgrán, residencia preferida y sepulcro de Carlomagno.

Al norte de los Alpes, en ocasiones se ha querido utilizar a los francos en favor de Europa de forma más populista y ex-

plícita, concretamente porque se los reconoce como ancestros comunes tanto de franceses como de alemanes. Ya en 1949 se instituyó un «Premio Carlomagno», concedido anualmente a figuras notables por su contribución a la unidad de Europa; también a Carlomagno se conmemoró en 1965, en Aquisgrán, en una exposición que lo presentaba como «el primer emperador que miró por unir Europa»[273]. Es discutible —cuando menos— que esto les pareciese digno de loa a los lombardos, quienes perdieron ante él su reino italiano, o a los sajones, a quienes masacró a millares. A los francos de una época anterior honraba en 1996 una segunda exposición que, fruto de la cooperación franco-alemana, conmemoraba el aniversario ciento cincuenta del bautismo de Clovis —acaecido, se supone, en 496—. Se eligió para este proyecto el título «Los Francos, Precursores de Europa» (*«Les Francs, Précurseurs de l'Éurope», «Die Franken, Wegbereiter Europas»*)[274]. Una vez más cabe preguntarse si los francos históricos responderían a estas ideas tan altas que se les proyecta, aunque hay que reconocer que el bautismo de Clovis, poderoso guerrero germano a quien el obispo de Reims aceptó en la fe católica, se ajusta bastante bien a la visión francesa de los papeles respectivos de Francia y Alemania en la Unión Europea: la cultura y el civismo galos filtran y canalizan hacia fines positivos la potencia germana (figura 1).

UNA ANTIGÜEDAD TARDÍA «NEW AGE»

También hunde sus raíces claramente en actitudes contemporáneas frente al mundo la concepción de la Antigüedad tardía como un conjunto de logros culturales. A modo de ejemplo, no es raro que últimamente el Imperio romano no esté muy en boga y que, por tanto, su fin no se llore en exceso. En Europa, los imperios y el imperialismo definitivamente pasaron de moda durante las décadas siguientes a la

Segunda Guerra Mundial, y rara vez se los miró con simpatía en Estados Unidos, cuyos orígenes se remontan a una lucha por obtener la libertad del control imperial británico. En Hollywood, el «imperio» de *La guerra de las galaxias* es la fuerza del Mal, y sus soldados de asalto en parte están diseñados como guardias pretorianos.

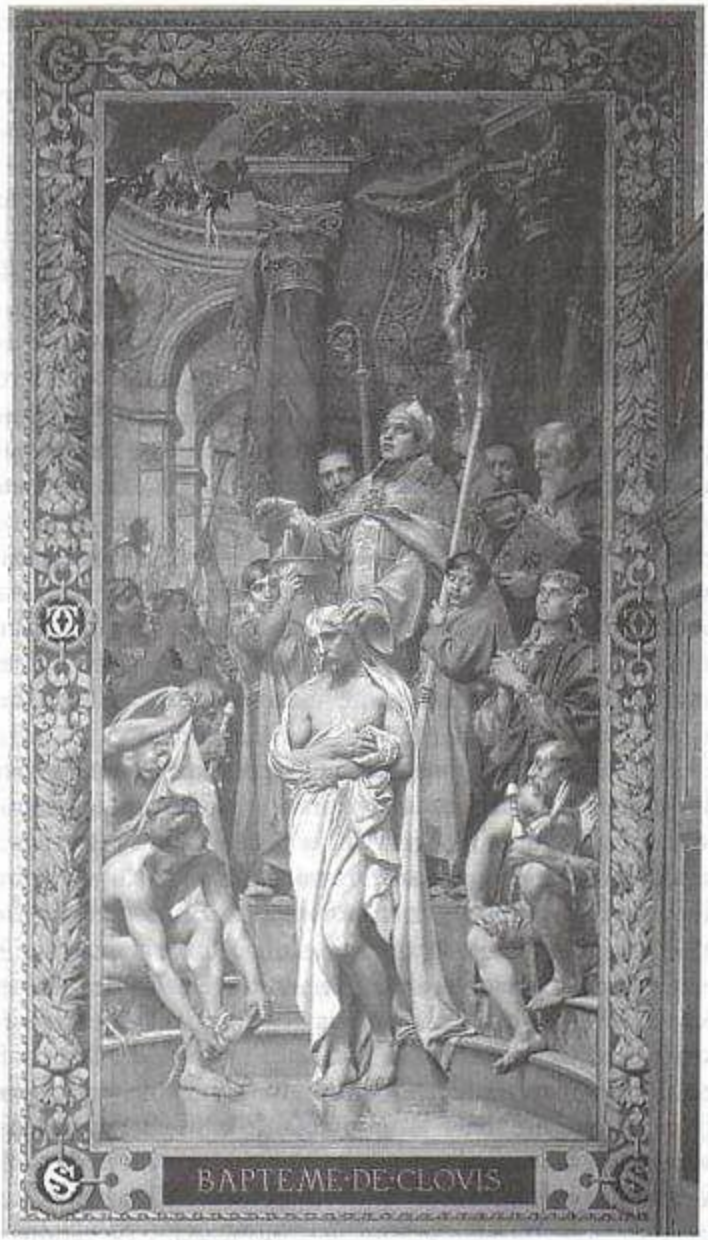


Fig. 1.—Forjando la alianza franco-germana: el bautismo de Clovis por el obispo galorromano de Reims, tal y como se pintó en 1877 en el Panteón de París.

No soy abogado del imperialismo del siglo XXI —los imperios, me parece, ya tuvieron su día—, pero juzgar a todos los imperios del pasado de forma sumaria universalmente malos

es un claro error. La imposición del poder romano innegablemente fue brutal, y muchos se opusieron con coraje, pero el imperio, más allá de eso, fue evolucionando hasta convertirse en algo bastante sorprendente, muy distinto de cualquier imperio moderno. Hacia el siglo IV puede decirse que la aristocracia provincial había olvidado sus ancestros tribales y se había resignado a ser «romana». A diferencia de cualquier imperio moderno, Roma no cayó porque sus súbditos provinciales luchasen por «la libertad». Entre todas las posibles causas de la caída de Roma que los historiadores han considerado, las revueltas populares para sacudirse el yugo del gobierno imperial ocupan uno de los últimos lugares de la lista. Esto difícilmente puede sorprender, dado que, como ya largamente he argumentado en este libro, el gobierno romano, y sobre todo la paz romana, crearon en Occidente unos niveles de bienestar y sofisticación que, antes desconocidos, por muchos siglos no volverían a verse.

Relacionado con el prestigio menguado de Roma en tiempos modernos, pero excediéndolo, durante el último siglo también ha sufrido una llamativa decadencia el estatus de las «Clásicas», el estudio de la cultura grecorromana. En el siglo XIX, un europeo cultivado debía tener algún conocimiento de la cultura clásica, pues se consideraba el producto de una gran civilización. Hace poco me quedé de piedra al ver que en editoriales de *Times* de la década de 1880 se intercalaban adagios en griego antiguo sin traducción, mientras que las citas en latín eran habituales. Para un lector de *Times* de esa época resultaba evidente que Homero y Virgilio, a pesar de tener la desgracia de no haber nacido ingleses, eran superiores incluso a eximios representantes de la cultura de la Edad Oscura como el poeta autor del *Beowulf* y Beda el Venerable.

Una Antigüedad tardía prolongada, y de estatus igual al de la época clásica, simplemente era inimaginable.

Mucho ha cambiado la cosa desde aquellos días. Los antiguos egipcios ahora aparecen en los planes de estudios de la escuela británica al mismo rango que los romanos, y gracias a momias y pirámides son incluso más populares. Muy poca gente sabe hoy algo de latín o griego, al menos en el norte de Europa: hoy en día, por ejemplo, está pasando a ser pedante insistir en que «curricula» es en español actual el plural de «currículum» —mientras que se prefieren «currículos» o incluso «currículums» nuevos, muy poco clásicos—. Cuando, hace poco, se identificó un posible décimo planeta del sistema solar, no continuó el panteón romano del resto de planetas, sino que tomó su nombre, Sedna, de una diosa inuit. Incluso en Oxford, bastión de formación tradicional, el estudio de las clásicas ha ido perdiendo envergadura, y lo amenazan restricciones adicionales. Al perder la cultura grecorromana su estatus privilegiado, los siglos post-romanos ya no se ven automáticamente como la «Edad Oscura» que siguió a la caída de una gran civilización.

Más aún: en el mundo post-colonial moderno, ya el concepto mismo de «civilización», tanto antigua como moderna, resulta incómodo, por parecer que disminuye a las sociedades que quedan fuera del término. Hoy en día, en lugar de «civilización» se usa universalmente «cultura», forma neutra; todas las culturas son iguales, y no son más iguales unas que otras. Este cambio ha tenido importancia decisiva en el auge de la Antigüedad tardía. Los autores del período post-romano ya no tienen que vivir a la sombra extensísima de una «civilización» anterior: escritores locales armenios, siríacos o coptos pueden ocupar su puesto al mismo nivel que los escritores canónicos griegos y latinos. Y es que en el nue-

vo mundo post-colonial, la cultura local a menudo se percibe más auténtica y orgánica que los productos del centro dominante.

No tengo nada que objetar a este cambio en su esencia, y claro que me congratulo de ver caer la «civilización» como insignia de superioridad moral. El abandono total, sin embargo, de la idea de «una civilización» puede llevar a la imposición de un concepto de las culturas del mundo demasiado plano. Para bien o para mal —y a menudo resulta para mal—, algunas culturas son mucho más sofisticadas que otras. Las sociedades con grandes ciudades, redes complejas de producción y distribución, y una amplia difusión de la alfabetización, claramente se diferencian de las sociedades de asentamientos rurales, de producción esencialmente casera y cultura oral. La transición del mundo romano al post-romano fue un salto abrupto desde la sofisticación hacia una simplicidad mucho mayor.

Mi idea de la civilización romana, y de su caída, es muy material, y eso mismo quizá haga que no esté de moda. La capacidad de producir en masa artículos de calidad, y expandir con ello el bienestar, hace que el mundo romano se parezca casi demasiado a nuestra propia sociedad, con su materialismo feroz, rapaz. En vez de estudiar los complejos sistemas económicos que sostenían otro mundo sofisticado, y cómo acabaron por caer, parece que preferimos leer historias completamente distintas de nuestra experiencia propia, como esos santos ascetas del mundo romano tardío y post-romano tan de moda en estudios tardo-antiguos. Lo que hacía atractivos a estos santos en vida era el rechazo de los valores materiales de su propia sociedad, y nuestro mundo da la impresión de que los encuentra igual de llamativos, aun siendo más materialista y «corrupto». No nos invade el deseo de

emular el ascetismo de un santo como Cuthberto de Lindesfarne, quien pasó noches solitarias inmerso en el mar del Norte alabando a Dios, pero, visto desde una distancia conveniente, resulta muy atractivo, en contacto tanto con Dios como con la naturaleza: tras sus vigilias, un par de nutrias saldrían del mar a secarlo con su pelaje y calentarle los pies con su aliento[275]. Se trata de una versión del pasado mucho más fraudulenta que la mía, con sus mapas de distribución de asentamientos agrícolas y su discusión sobre la cerámica de buena o mala calidad.

Romper con la historia económica no es patrimonio exclusivo de la Antigüedad tardía. Al prototipo actual de estudiante de Historia es muy complicado convencerlo de que merece la pena emplear incluso unos días indagando en un asunto de historia económica. Al menos en Oxford, incluir «economía» en el título de una asignatura de la licenciatura de Historia es condenarla a muerte, y me doy también cuenta —con dolor— de que a muchos lectores les habrá empujado a dejar este libro mi uso repetido de esa palabra —por lo que, si usted ha llegado aquí, me siento agradecido—. En la década de 1960, la historia económica estaba muy en boga, porque llevaba una parte importante en las interpretaciones marxistas del pasado. Cuando la llamada de la teoría marxista remitió —como ocurrió con la caída del comunismo—, la mayor parte de los historiadores y el público lector, en vez de buscar modos alternativos de estudiar la historia económica y comprender su importancia, parece que se limitaron a abandonarla.

La nueva Antigüedad tardía está fascinada con la historia de la religión. Esto, como laico que soy, me aturde, y no me ofrezco como comentarista fiable del fenómeno. A veces me he preguntado si es más fuerte en Estados Unidos por de-

sempeñar hoy allí la religión un papel mucho más central que en la mayor parte de Europa. Es un hecho que solo en Europa se encuentran historiadores como yo, con un interés activo en aspectos seglares de finales del mundo romano, como la historia política, económica y militar. Por otra parte, los estudiosos que sostienen la nueva Antigüedad tardía en Estados Unidos provienen de la *intelligentsia* de ambas costas, de manera que no, no nos hallamos ante una relación estrecha con el «Cinturón de la Biblia»[276]. Suelen centrarse, de hecho, no en los aspectos más intransigentes y fundamentalistas de la religión tardo-antigua (que eran muchos), sino más bien en su sincretismo y flexibilidad.

Puede ser que nuestra propia época haya contribuido a la manera concreta en que actualmente se estudia la religión de la Antigüedad tardía —sobre todo en Estados Unidos—. Esta manera hoy de moda no es la tradicional, que aún se practica, por ejemplo, en algunas zonas de la Europa católica, y se caracteriza por la reconstrucción laboriosa de textos canónicos, así como por el estudio de instituciones religiosas, como el papado, y estructuras y creencias ortodoxas. Las figuras religiosas típicas de la Antigüedad tardía no son papas y obispos reunidos en concilios, estableciendo la doctrina o desarrollando la liturgia, sino carismáticos ascetas e intelectuales que, ya aislados, ya en comunidades pequeñas, buscan su senda hacia Dios de forma individualista, no corporativa o formal. Quizá haya tenido un impacto profundo en esta manera de estudiar y presentar la religión tardo-antigua la moderna espiritualidad *new age*.

SUS MÁS...

Aunque creo que las nuevas actitudes hacia las invasiones bárbaras y la «transformación» del mundo antiguo son defectuosas, qué duda cabe que también tienen aspectos positi-

vos. La teoría según la cual los pueblos germanos se establecieron en el imperio de forma pacífica corrige el mito de que la caída de Occidente fue una titánica lucha ideológica entre dos grandes fuerzas unidas, Roma y «los bárbaros». La verdad es que hubo bastante lugar para alianzas y para cierto grado de entendimiento entre las tribus germanas y los romanos nativos, y tanto unos como otros luchaban entre sí con igual frecuencia que contra el enemigo. Detenerse aquí equivale, sin embargo, a centrarse en el grado de colaboración y entendimiento que tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial en la Francia ocupada, o en las islas del Canal de la Mancha, y concluir que la presencia alemana ni causaba dolor ni problemas. Demasiados indicios de los siglos V y VI apuntan a que la invasión fue traumática; a que vivir con los conquistadores suponía aceptar unas condiciones muy difíciles.

En mi opinión, la nueva idea de una Antigüedad tardía prolongada tiene más a su favor que la teoría de una conquista bárbara pacífica. En efecto, estudiar los siglos V-VIII como parte de la Antigüedad, ya no de la «Edad Media», resulta ofrecer ventajas incluso para Occidente, donde, como he dicho, se ajusta muy mal ese modelo de un período sin rupturas, próspero. Especial ayuda es ser «Antigüedad tardía» y «tardo-antiguo» moneda de nuevo cuño, aún no difundida entre el vulgo, y estar libres, por ello, de ese sustancioso añadido de connotaciones equívocas que sí llevan consigo «Edad Media» y «medieval» —por no decir «Edad Oscura»—. La imagen popular de la Edad Media tiende a ser, o bien altamente romántica —mundo de caballeros andantes, damas y bizarros unicornios—, o bien extraordinariamente lúgubre: el término medio, si es que existe, escasea. En el mundo actual, concepciones así tienen mucha fuerza: en in-

glés norteamericano recientemente ha aparecido la expresión «ponerse medieval»; significa ponerse violento hasta extremos de verdad desagradables. La nueva edición electrónica del *Oxford English Dictionary* ilustra este uso con una cita de la película *Pulp Fiction*, de Tarantino: «I ain't through with you by a damn sight. I'm gonna git Medieval on your ass»[277]. La «Antigüedad tardía» y «tardo-antiguo», al no llevar adosado semejante bagaje, son un relevo bienvenido.

La «Antigüedad tardía» tiene aún más ventajas. El mundo antiguo tiende a verse como un conjunto, y los historiadores que lo estudian, como suelen estar bien informados sobre los procesos que afectaron a todo el imperio, se valen de comparaciones y contrastes para aislar lo específico de una región concreta. Pero esta visión global e inclusiva se estrecha una vez entramos en la «Edad Media»: varias veces me he quedado de piedra al darme cuenta de lo poco que sabían, a pesar de la abundancia de fuentes disponibles, del reino franco vecino distinguidos estudiosos de la Britania y la Italia post-romanas. Los estudios «medievales» han tendido a ir hacia el pasado desde el presente, en busca de los orígenes de las naciones de Europa, y por eso con frecuencia quedan demasiado limitados a una zona[278]. La «Antigüedad tardía», al partir del mundo romano, ofrece un marco mucho más amplio y cosmopolita.

... Y SUS MENOS

He defendido el derecho de los historiadores a usar palabras complicadas, como «civilización» y «crisis», aunque deben esgrimirse con cuidado y precisión, pues son algunos términos en verdad polémicos. De hecho, cada vez me deja más con la boca abierta que en la literatura histórica tanto se rebata la palabra «decadencia» y sin que nadie se inmute constantemente se use «ascenso»[279]. Quizá estribe la difi-

cultad en la psicología moderna. «Decadencia» es posible que tenga, además de sus connotaciones fuertemente negativas, otras morales. Cuando usamos esta palabra, normalmente damos a entender que se puede, de hecho se debería, responsabilizar a alguien del cambio: una «decadencia —por ejemplo— en el nivel de la educación». En este libro, he usado «decadencia» en el sentido negativo, y sin ambigüedades, porque creo que fue mucho lo que se perdió al llegar a su fin la sofisticación antigua, pero espero no estar acusando a nadie de haber provocado la decadencia que he descrito. Me gusta el período post-romano, y siento una honda conexión con quienes hubieron de bregar con los precipitados cambios de los siglos V y VI.

Los historiadores actuales parecen sentirse más cómodos discutiendo el «ascenso» de esto o aquello, pues no hay entonces en su vocabulario peligro alguno de que a nadie se critique, o que se emita juicio alguno de valor negativo; sucede más bien lo contrario: se da en la espalda a cada uno su palmadita tranquilizadora. Tal es —creo yo— el problema primero de la nueva forma de ver el final del mundo antiguo: si surge un punto delicado, se suaviza integrándolo en una transformación de la sociedad paulatina y esencialmente positiva. Se establece a los invasores germanos en las provincias romanas pacíficamente, y la cultura de Roma va evolucionando hacia nuevas formas de manera progresiva. Jamás nada marcha terriblemente mal: descensos graves y cambios abruptos no conoce esta versión del pasado —por no hablar de rupturas completas—, sino que todo avanza en la misma línea horizontal, o incluso en una ligeramente ascendente[280].

Confieso que esto me parece limitado, y creo —más importante aún— que no se ajusta a los datos: no logra reflejar

con exactitud lo que ocurrió en la mitad occidental del imperio. En mi opinión, el siglo v fue testigo de una crisis militar y política profunda que provocaron los invasores bárbaros al tomar el poder, y muchos recursos, de forma violenta. La población nativa en cierta medida supo adaptarse a estas nuevas circunstancias, pero lo más interesante de este arreglo es que se alcanzó en unas condiciones muy adversas. Creo también que los siglos post-romanos vieron una decadencia dramática de la sofisticación y la prosperidad de la economía, lo cual repercutió en el conjunto de la sociedad, desde la producción agrícola hasta la alta cultura, desde los labriegos a los reyes. Muy verosímil es que la población cayese drásticamente; incuestionable que cesó la amplia distribución de productos de calidad. Herramientas culturales sofisticadas como es la escritura, en algunas zonas desaparecieron por completo; en otras se restringieron mucho.

Con todo, mis dudas sobre la nueva Antigüedad tardía van más allá de que, por tanto restringirse a la religión, transmitan una idea equivocada. Considero también que una versión del pasado que explícitamente aparca cualquier idea de crisis o decadencia constituye un auténtico peligro para el momento actual. El final del Occidente romano presenció un horror y un desbarajuste tales que, sinceramente, espero nunca tener que vivir algo semejante; destruyó, además, una compleja civilización, arrojando a los habitantes de Occidente a niveles de vida prehistóricos. Los romanos de antes de la caída estaban igual de seguros que nosotros de que su mundo permanecería para siempre esencialmente inalterado. Se equivocaban. Haríamos bien no repitiendo su autocomplacencia.

APÉNDICE

DE LA CERÁMICA A LAS PERSONAS

La cerámica tiene un papel protagonista en mi versión de las economías romana y post-romana, como lo tiene en cualquier discusión académica de la historia económica temprana que considere los datos arqueológicos con seriedad. En estas pocas páginas explico cómo nos es dado deducir tanto sobre la producción y la difusión de la cerámica a partir de fragmentos mudos. Las fuentes escritas son insignificantes para la mayoría de zonas de las economías romana y post-romana, así que debemos reconstruir la naturaleza de la producción y la distribución a partir de los propios objetos excavados.

La cerámica, al sobrevivir en cantidades tan grandes, es el sueño del arqueólogo —o su pesadilla—. Como se rompen con facilidad, los vasos cerámicos se fabrican y se tiran numerosos, pero cada fragmento de uno roto es altamente duradero, y a menudo emerge de la tierra en condiciones perfectas. Además, la única forma normal de reciclarlos —muy complicada— no destruye su forma original —el reciclaje de objetos de metal, cristal o piedra suele implicar volver a fundirlos o labrarlos—. Fragmentos de cerámica se han encontrado a millones, y en casi todas las excavaciones arqueológicas son con diferencia el artefacto más común. Que en

alguna parte del subsuelo sobrevivan, esperando excavación y estudio, casi todos los fragmentos de toda la cerámica jamás hecha no es inferencia absurda.

Los fragmentos de cerámica no solo son frecuentes; están también excepcionalmente cargados de información. Al variar la composición de la arcilla según la geología del lugar de donde se extrajese, y al variar también de una zona a otra el diseño de los vasos, muy a menudo es posible establecer la procedencia de un fragmento —en otras palabras: atribuirlo a un punto concreto de producción—. Además, pueden datarse: los diseños no solo cambian geográficamente, sino también en el tiempo. Los cambios a menudo fueron drásticos, como cuando, a comienzos del siglo I a. C., los alfareros romanos dejaron de hacer vajillas con esmalte negro para usar el rojo, pero el proceso por lo general era más sutil, y se manifestaba en alteraciones relativamente leves de forma y diseño. Gracias a la labor meticulosa de estudiosos en depósitos fechables, para ciertas clases de cerámica contamos con una cronología precisa. Las vajillas romanas, particularmente sensibles a cambios de moda, a veces pueden datarse en un espectro de pocas décadas.

Al ser posible establecer de la cerámica procedencia y fecha, y al ser tan común en las excavaciones, a menudo es posible mostrar la evolución de la importación para un asentamiento concreto, según aumente o decaiga la proporción de vasos de una zona dada (figura 1). La información obtenida de una sola muestra o de un solo asentamiento debería cuestionarse siempre, pero si, como de hecho cada vez ocurre más, muchas excavaciones presentan esquemas concordantes, esto ya sí empieza a parecer fiable. Un trabajo concienzudo consistente en registrar cada aparición de tipos concretos de vaso en diferentes asentamientos puede permitirnos

incluso empezar a especular sagazmente sobre los mecanismos de distribución. La figura 2, por ejemplo, muestra los ejemplos que se han hallado de un tipo de *mortarium* (cuenco usado en la cocina para moler y mezclar) que se fabricaba en Colchester en el período 140-200 d. C. Claramente se distinguen dos núcleos de estos hallazgos. El más septentrional consiste en *mortaria* descubiertos a lo largo de los Muros de Adriano y Antonino, y deben de ser vasos comprados o requisados por el ejército —traídos, probablemente, en barco por la costa Este—. Frente a esto, el esquema de distribución de entorno a Colchester parece, con su forma de arco, comercial, disminuyendo según se aleja del lugar de producción debido al coste del transporte —el marítimo, más barato, quizá explique algunos de los hallazgos periféricos, como en Kent y el valle del Támesis—. El trabajo de cientos de arqueólogos que han ido excavando y publicando infinidad de asentamientos muy dispersos ha acabado trazando un panorama económico complejo y convincente.

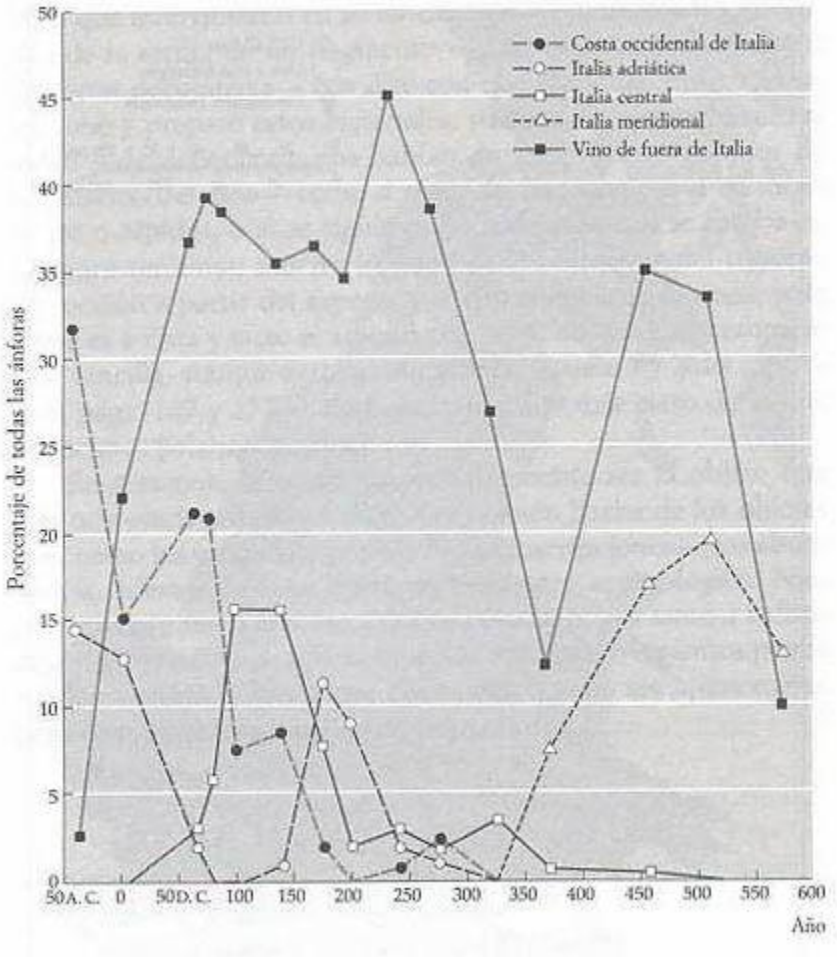


Fig. 1.—El origen cambiante de las ánforas de vino —y, por tanto, del vino— que llegaba a Ostia, puerto de Roma, entre 50 a. C. y 600 d. C. Los productos italianos desaparecieron, salvo por importaciones de la Italia meridional.

Por último, la cerámica contiene, igual que el resto de artefactos, numerosos indicadores de los niveles de destreza y tecnología que intervinieron en su fabricación. Concretamente, la calidad de la arcilla de un fragmento —y de eventuales vidriados o cubiertas decorativas— nos dice con qué grado de esmero se seleccionó y preparó estos materiales, y las marcas de moldeado al torno y de decoración nos hablan de los procesos mismos de fabricación del vaso —como si se

modeló a mano o con un torno (lento o rápido), o si se siguió trabajando mientras se secaba—. Es, para terminar, mucho lo que puede deducirse del proceso de cocción a partir del aspecto y la consistencia de la masa, y de cómo es a vista y tacto el acabado de la superficie. Una comparación sencilla, aunque extrema —entre las figuras 5 y 7 del capítulo 4, págs. 149 y 157—, deja este particular más claro de lo que las mejores palabras podrían.

En resumen, la cerámica probablemente sea el objeto que más nos ayuda y más nos dice —excepción hecha de los objetos que, como las monedas, además llevan inscripciones—; su abundancia, además, la hace única en el registro arqueológico. Ningún otro producto está tan a la mano, ni se presta tanto a sofisticados análisis comparativos. Excavar y procesar cerámica puede resultar tedioso, y leer sobre ella puede que no sea apasionante, pero constituye una mina de datos preciosos.

Fig. 2.—Dos mercados diferentes: la difusión de los cuencos para mezclar (*mortaria*) fabricados en Colchester durante el segundo siglo después de Cristo. El rombo es la propia Colchester.

CRONOLOGÍA

376 Los godos, huyendo de los hunos, pasan el Danubio y penetran en el Imperio oriental.

378 Batalla de Adrianópolis: los godos aplastan al ejército del Imperio oriental y matan a su emperador, Valente.

391 El emperador Teodosio promulga leyes contra quienquiera que practique sacrificios paganos.

401 Los godos, capitaneados por Alarico, penetran en Italia desde los Balcanes.

402 El general occidental Estilicón expulsa de Italia a los godos de Alarico.

405-406 Invade Italia un ejército germano, Radagaiso al mando, pero al final sufre derrota en Fiesole, cerca de Florencia.

406 Vándalos, suevos y alanos cruzan el Rin y penetran en el Imperio romano el último día del año. Gran parte de la Galia es saqueada entre 407 y 409.

407 Los ejércitos romanos de Britania y el norte de la Galia apoyan a un usurpador imperial, Constantino III. El control imperial de Britania es, tras esto, muy tenue, y la isla aparece cada vez más suje-

ta a saqueos e invasiones de irlandeses, pictos y anglosajones.

408 Vuelven los godos de Alarico a Italia desde los Balcanes. Estilicón, el comandante imperial occidental, muere asesinado con la complicidad de su emperador, Honorio.

409 Los vándalos, y otros pueblos, pasan de la Galia a Hispania por los Pirineos.

410 Los godos de Alarico toman y saquean la ciudad de Roma.

411 Vándalos, alanos y suevos se reparten la península Ibérica.

412 Los godos, tras fracasar en su intento de alcanzar Sicilia y África por mar, parten de Italia hacia Provenza.

419 En virtud de un acuerdo con el gobierno imperial, los godos occidentales (visigodos) se establecen en el suroeste de la Galia (Aquitania).

429 Los vándalos pasan al norte de África por el estrecho de Gibraltar.

Años 20 y Emerge un imperio huno al norte del Danubio.

30 del s. v Los vándalos conquistan Cartago, establecen un reino,

439 y empieza un período de saqueo marítimo del Mediterráneo.

441 Los hunos toman el fuerte balcánico de Naissus.

447 El emperador oriental accede a pagar a los hunos un tributo anual de 2100 libras de oro.

443 En virtud de un tratado con el gobierno imperial, los (aprox.) burgundios se asientan cerca del lago Ginebra.

451 Batalla de los Campos Cataláunicos: una entente romano-visigoda derrota al ejército huno de Atila.

452 Los hunos invaden Italia y saquean Aquileya, gran ciudad del Noreste.

453 Muerte de Atila, y subsiguiente descomposición progresiva del poder huno.

455 Segundo saco de Roma por los vándalos, llegados por mar desde Cartago.

456 en adelante Los visigodos extienden su poder a Hispania. Hacia el final del siglo ya controlan casi toda la Península.

468 Los emperadores occidental y oriental fracasan en su intento conjunto de reconquistar África de los vándalos.

476 Rómulo Augústulo (último emperador residente en Italia) es depuesto por el general germano Odoacro, que se hace rey a sí mismo. Queda, tras esto, un único emperador romano: el oriental, residente en Constantinopla.

480 (aprox.) Clovis, rey de los francos, empieza a extender su poder en la Galia septentrional y central.

489-493 Teodorico el ostrogodo toma la Italia de Odoacro, a quien sustituye como rey.

507 Batalla de Vouillé: los francos de Clovis derrotan a los visigodos, estableciendo su dominio en la mayor parte de la Galia. Hacia esa época, Clovis

se convierte del paganismo al cristianismo católico ortodoxo.

526 En Italia, con la muerte de Teodorico se abre un período de inestabilidad dinástica para los ostrogodos.

533 Un ejército oriental dirigido por el emperador Justiniano derrota a los vándalos y toma su reino africano, que se incorpora al Imperio oriental (o bizantino).

535 Con la invasión de la Italia ostrogoda por parte de tropas bizantinas se abre una guerra que durará casi veinte años.

540 Los persas invaden Siria y saquean Antioquía, reabriendo un período de intensas hostilidades entre los imperios bizantino y persa.

541 Aparece en Egipto la peste bubónica, y poco a poco se expande por todo el mundo romano.

553 Derrota definitiva de los ostrogodos de Italia: establecimiento del gobierno bizantino en la Península.

568-572 Los lombardos invaden Italia y establecen un reino con centro en Pavía, pero no logran conquistar gran parte de la Península, que —Roma y Rávena incluidas— sigue en manos bizantinas.

582 Los ávaros capturan —con sus aliados eslavos— la ciudad bizantina de Sirmium, cerca de la frontera del Danubio. Con este hecho se abre un largo período de gran inseguridad en los Balcanes y Grecia. En 582 también Atenas sufre conquista y saqueo.

587 Los visigodos de Recaredo se convierten del cristianismo arriano al catolicismo de sus súbditos hispanos.

597 Gregorio, obispo de Roma, envía a Agustín (luego de Canterbury) al frente de una misión para convertir a los anglosajones de Britania, paganos.

603 Estalla una gran guerra entre los imperios bizantino y persa.

611 Los persas toman Antioquía, y durante los años subsiguientes penetran en Asia Menor (actual Turquía).

626 Constantinopla es asediada por ejércitos ávaros y persas.

629 Llega a su conclusión la guerra con Persia, que es derrotada.

633 Los árabes, a quienes las insignias del islam han vuelto a unir, empiezan a conquistar el Levante bizantino.

636 Batalla del río Yarmuk: vencen sobre los bizantinos los árabes, cuyo dominio en Levante queda confirmado. Hacia 646 también controlan Egipto.

Años 40 del s. VII Los árabes empiezan sus incursiones en Asia Menor, la región del Egeo y África.

674-678 Los árabes asedian Constantinopla.

698 Cartago y la provincia de África sucumben ante los árabes.

711 Un ejército árabe penetra en Hispania, iniciando lo que supondría la conquista de prácticamente toda la Península.

716-718 Segundo asedio árabe de Constantinopla.

732 Charles Martel, rey franco, derrota cerca de Poitiers a un ejército musulmán que había penetrado en la Galia desde Hispania.

768 Sube al trono el rey franco Charles, conocido de la posteridad como Carlomagno.

800 Carlomagno es coronado emperador en Roma, el primero desde hacía más de 300.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DE LA ÉPOCA

Siempre que ha sido posible he citado ediciones con traducción inglesa, o bien he citado una traducción por separado[281]. La traducción de los pasajes usados en este libro, si no se cita otra, siempre es mía.

AMIANO MARCELINO, *Historia*

Ammianus Marcellinus, *Rerum Gestarum Libri qui Supersunt*, edición bilingüe latín-inglés, trad. J. C. Rolfe, 3 vols. (Loeb Classical Library; Cambridge —Massachusetts— y Londres, 1935-1939). Amiano Marcelino, *Historia*, M. L. Harto Trujillo (trad.), Madrid, Ediciones Akal, 2002.

CASIODORO, *Miscelánea Magni Aurelii Cassiodori Variarum Libri XII*, ed. Á. J. Fridh (Corpus Christianorum, Series Latina, XCVI; Turnholt, 1973). Hay una traducción de una selección de las *Variae* en S. J. Barniz, *The Variae of Mangus Aurelius Cassiodorus Senator* (Translated Texts for Historians, 12; LiVerpool, 1992). Todas las cartas (pero solo en traducción abreviada) están disponibles en inglés en T. Hodgkin, *The Letters of Cassiodorus, being a Condensed Translation of the Variae Epistolae of Magnus Aurelius Cassiodorus Senator* (Londres, 1886). Cf. también M. Aurelii Cassiodori, Ópera omnia, Uni-

Versidad de Valencia, Servicio de Publicaciones, 2000.

Crónica de 452

Chronica Gallica a. CCCCLII, en *Chronica Minora saec. IV. V. VI. VII.*, ed. T. Mommsen (Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi, IX; Berlín, 1891-1892), 646-662.

ENODIO, *Obras*

Magni Felicis Ennodi Opera, ed F. Vogel (Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi, VII; Berlín, 1885). Para una traducción inglesa de la Vida de Epifanio: G. M. Cook, *The Life of Saint Epiphanius by Ennodius* (Washington, 1942). Hay traducción castellana en prensa, en Editorial Gredos, que será publicada a lo largo de 2007.

EUGIPIO, *Vida de Severino*

Eugippius, *Das Leben des heiligen Severinin*, ed. y trad. alemana R. Noll (Schriften und Quellen der alten Welt, ii; Berlín, 1963). Traducción inglesa: Eugipio, *The Life of Saint Severin*, trad. L. Bieler y L. Krestan (The Fathers of the Church, 55; Washington, 1965).

GILDAS, *La ruina de Britania*

Gildas, *The Ruin of Britain (De Excidio Britanniae)*, ed. y trad. M. Winterbottom (Londres, 1978).

GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos*

Gregori Episcopi Turonensis Historiarum Libri X, ed. B. Krusch (Monumenta Germaniae Historica, Scriptores Rerum MeroVingicarum, I.i; HannoVer, 1937-1942). Traducción inglesa: Gregory of Tours,

History of the Franks, trad. L. Thorpe (Harmondsworth, 1974).

HIDACIO, *Crónica*

R. W. Burges (ed. y trad.), *The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana: Two Contemporary Accounts of the Final Y ears of the Roman Empire* (Oxford, 1993).

JORDANES, *Historia de los godos*

Iordanis Romana et Gaetica, ed. T. Mommsen (Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi, V.i; Berlín, 1882). Traducción inglesa: *The Gothic History of Jordanes*, trad. C. C.

Mierow (2.a edición, Princeton, 1915). Jordanes, J. M. Sánchez Martín (trad.), *Origen y gestas de los godos*, Madrid, Cátedra, 2001.

OLIMPIODORO, *Historia*

La historia fragmentaria de Olimpiodoro, con texto griego e inglés, ed. y trad. R. C. Blockley, *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus*, 2 vols. (LiVerpool, 1981-1983), 151-210.

OROSIO, *Historia contra los paganos*

Pauli Orosii Historiarum adversum Paganos, ed. C. Zangemeister (Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum, V; Viena, 1882). Traducción inglesa: Orosius, *The Seven Books of History against the Pagans*, trad. R. J. Deferrari (Washington, 1964). Paulo Orosio, *Historias* (2 Vols.), E. Sánchez Salor (trad.), Biblioteca clásica Gredos, 53, Madrid, Gredos, 1982.

PABLO EL DIÁCONO, *Historia de los lombardos*

Pauli historia langobardorum, ed. L. Bethmann y G. Waitz (Monumenta Germaniae Historica, Scriptores rerum Langobardicarum et Italicarum saec. VI-IX; HannoVer, 1878). Traducción inglesa: Paul the Dea-con, *History of the Lombards*, trans. W. D. Foulke (Filadelfia, 1907).

PAULINO DE PELLA, *Acción de gracias*

Paulin de Pella, *Poéme d'action de gráces et priére*, texto latino y francés, ed. C. Moussy (Sources Chrétiennes, 209; París, 1974). Texto latino e inglés en Ausonius, *Works*, trad. H. G. EVelyn White (Loeb Classical Library; Cambridge [Massachusetts] y Londres, 1921), ii 304-351.

POSIDIO, *Vida de Agustín*

Possidius, *Life of Augustine*, en A. A. R. Bastiaensen (ed.), *Vita di Cipriano, Vita di Ambrogio, Vita di Agostino* (Verona, 1975). Traducción inglesa: en *Early Christian Biographies*, trad. R. J. Deferrari *et al.* (Fathers of the Church, 15; Washington, 1952).

PRISCO, *Historia*

La historia fragmentaria de Prisco, en ed. y trad. R. C. Blockley, *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus*, 2 Vols.

(Liverpool, 1981-1982), ii. 222-377.

PROCOPIO, *Historia secreta* y *Guerras*

En Procopius, *Works*, texto griego e inglés, trad. H. B. Dewíng, 7 Vols. (Loeb Classical Library; Cambridge —Massachusetts— y Londres, 1914-1940). Procopio de Cesarea, *Historia secreta*, J. Signes (trad.), Biblioteca clásica Gredos, 279, Madrid, Gre-

dos, 2000. Procopio de Cesarea, *Historia de las guerras* (2 Vols.), F. A. García Romero y J. A. Flores Rubio (trads.), Biblioteca clásica Gredos, 280, Madrid, Gredos, 2000.

RURICIO, *Cartas*

Ruricii Lemovicensis epistularum libri duo, en *Foebadius, Victricius, Leporius, Vicentius Lerinensis, Evagrius, Ruricius*, ed. R. Demeulenaere (Corpus Christianorum, Series Latina, 64; Turnholt, 1985), 313-394. Traducción inglesa: *Ruricius of Limoges and Friends: A Collection of Letters from Visigothic Gaul*, trad. R. W. Mathisen (Translated Texts for Historians, 30; Liverpool, 1999).

RUTILIO NAMACIANO, *Regreso*

Rutilius Namatianus, *De reditu suo*, texto latino e inglés, en *Minor Latín Poets*, trad. A. M. Duff (Cambridge —Massachusetts— y Londres, 1934), 764-829. Claudio Rutilio Numanciano, *El retorno; Geógrafos latinos menores*, A. García-Toraño Martínez (trad.), Biblioteca clásica Gredos, 304, Madrid, Gredos, 2002.

Ley sálica

Lex Salica, ed. K. A. Eckhardt (Monumenta Germaniae Historica, Leges Nationum Germanicarum, IV.2; Hannover, 1969). Traducción inglesa: *Laws of the Salían and Ripuarian Franks*, trad. T. J. RiVers (NueVa York, 1986). [Yo he usado la numeración de las leyes antigua, la de Rivers.]

SALVIANO, *El gobierno de Dios*

Salvien de Marseille, *Oeuvres, Du Gouvernement de Dieu*, ed. y trad. francesa G. Lagarrigue (Sources

Chrétiennes, 220; París, 1975). Traducción inglesa: Salvian, *On the Goverment of God*, trad. E. M. Sanford (NueVa York, 1930).

SIDONIO APOLINAR, *Poemas* y *Cartas*

Sidonius Apollinaris, *Poems and Letters*, texto latino e inglés, trad. W. B. Anderson, 2 Vols. (Loeb Classical Library; Cambridge —Massachusetts— y Londres, 1939-1965). Sidonio Apolinar, *Poemas*, A. López Kindler (trad.). Biblioteca clásica Gredos, 337, Madrid, Gredos, 2005.

Código teodosiano

Theodosiani Libri XVI cum Constitutionibus Sirmondianis, et Leges Novellae ad Theodosianum pertinentes, ed. T. Mommsen y P. M. Mayer, 2 Vols. en 3 partes (primera reimpresión; Dublín y Zúrich, 1971). Trad. inglesa: *The Theodosian Code and Novels and the Sirmondian Constitutions*, trad. C. Pharr (Princeton, 1952).

VEGECIO, *Epítome*

P. Flavii. Vegeti Renati Epitoma Rei Militaris, ed. A. Onnerfors (Stuttgart y Leipzig, 1995). Traducción inglesa: Vegetius, *Epitome of Military Sciences*, trad. N. P. Milner (Translated Texts for Historians, 16; Li-Verpool, 1992). Flavio Vegecio Renato, *Compendio de técnica militar*, D. Paniagua Aguilar (trad.), Madrid, Cátedra, 2006.

VICTORIO DE VITA, *La persecución vándala en África*

Victorius Vitensis Historia Persecutionis Africanae Provinciae sub Geiserico et Hunirico Regibus Wandalorum, ed. C. Halm (Monumenta Germaniae Histo-

rica, Auctores Antiquissimi, III; Berlín, 1879). Traducción inglesa: Victor of Vita, *History of the V andal Persecution*, trad. J. Moorhead (Translated Texts for Historians, 10; LiVerpool, 1992).

ZÓSIMO, *Nueva historia*

Zosime, *Histoire Nouvelle*, ed. y trad. francesa F. Paschoud, 3 Vols. en 5 partes (París, 1971-1989). Traducción inglesa: Zosimus, *New History*, trad. R. T. Ridley (Sydney, 1982). Zósimo, *Nueva historia*, J. M. Canday Morón (trad.), Madrid, Gredos, 1992.

ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS

Los trabajos aquí enumerados, bien son especialmente útiles, bien los he citado en varias ocasiones.

AMORY, P., *People and Identity in Ostrogothic Italy 489-554* (Cambridge, 1997). *Atlante delle forme ceramiche, Ceramica fine romana nel bacino mediterraneo, medio e tardo impero* (suplemento a la *Enciclopedia dell'Arte Antica*; Roma, 1981).

BARNIZ, S. J. B., «Taxation, Land and Barbarian Settlement in the Western Empire», *Papers of the British School at Rome*, 54 (1986), 170-195. BROWN, P. R. L., *The Rise of Western Christendon: Triumph and Diversity, AD 200-1000* (segunda edición, Oxford, 2003).

—*The World of Late Antiquity: From Marcus Aurelius to Muhammad* (Londres, 1971). Trad. esp.: *El mundo en la Antigüedad tardía*, Madrid, Taurus, 1989.

BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire* (segunda edición, Londres, 1923). *Cambridge Ancient History*, xiii. *The Late Empire, A. D. 334-425*,

eds. AVeril Cameron y P. Garnsey (Cambridge, 1998). *Cambridge Ancient History*, xiv. *Late Antiquity: Empire and Successors, A. D. 425-600*, eds. Averil Cameron, B. Ward-Perkins y M. Whitby (Cambridge, 2000).

CAMERON, Averil, The Mediterranean World in Late Antiquity AD *395-600* (Londres y Nueva York, 1993). Trad. Esp.: *El mundo mediterráneo en la antigüedad tardía, 395-600*, Barcelona, Crítica, 1998.

– *«The Perception of Crisis», en Morfologie sociali e culturali in Europa fra Tarda Antichità e Alto Medioevo* (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, 45; Spoleto, 1998), 9-31.

CARANDINI, A., «L'ultima civiltá sepolta o del massimo desueto, secondo un archeologo», en A. Carandini, L. Cracco Ruggini y A. Giardina (eds.), *Storia di Roma*, 111.2. *L'età tardoantica. I luoghi e le culture* (Roma, 1994), ii-38.

CARVER, M., *Arguments in Stone: Archaeological Research and the European Town in the First Millenium* (Oxford, 1993). *Ceramica in Italia secolo*, ed. L. Saguì, 2 Vols. (Florencia, 1998).

COURCELLE, P., *Histoire littéraire des grands invasion germaniques* (París, 1948).

COURTOIS, C., *Les Vandales et l'Afrique* (París, 1955).

DARK, K. R., *Civitas to Kingdom: British Political Continuity 300-800* (Leicester, 1994).

– (ed.), *External Contacts and the Economy of Late Roman and Post-Roman Britain* (Woodbridge, 1996).

DELOGU, P., «Transformation of the Roman World: Reflections on Current Research», en E. Chrysos y I. Wood (eds.), East and W est: Modes of Communication, Leiden, Boston y Colonia, 1999, 243-257. DEMANDT, A., Der Fall Roms: Die Auflösung des römischen Reiches im *Urteil der Nachwelt* (Múnich, 1984).

– *Die Spätantike: Römische Geschichte von Diocletian bis Justinian 284-565 n. Chr.* (Múnich, 1989).

DEMOUGEOT, E., *La Formation de l'Europe et les invasions barbares, 2* Vols. en tres partes (París, 1969-1979). *Economy and Exchange in the East Mediterranean during Late Antiquity*, eds. S. Kingsley y M. Decker (Oxford, 2001). *Edilizia residenziale tra V e VIII secolo*, ed. G. P. Brogiolo (Mantua, 1994).

ESMONDE CLEARY, A. S., *The Ending of Roman Britain* (Londres, 1989).

EVERETT, N., *Literacy in Lombard Italy c. 568-774* (Cambridge, 2003).

FAULKNER, N., The Decline and Fall of Roman Britain (Stroud, 2000). Foss, C., «The Near Eastern Countryside in Late Antiquity: A ReView Article», The Roman and Byzantine Near East: Some Recent Archaeo *logical Research (Journal of Roman Archaeology*, series suplementarias, 14; Ann Arbor, 1995), 213-234.

FOWDEN, G., «Elefantiasi del tardoantico», *Journal of Roman Archaeology*, 15 (2002), 681-686.

GEARY, P. J., *The Myth of Nations: The Medieval Origins of Europe* (Princeton, 2002).

GIARDINA, A., «Esplosione di tardoantico», *Studi Storici*, 40.i (1999), 157-180.

GOFFART, W., *Barbarians and Romans AD 418-584: The Techniques of Accomodation* (Princeton, 1980).

– «Rome, Constatinople, and the Barbarians», *American Historical Review*, 86 (1981), 275-306; también en Goffart, *Rome's Fall and After*, 1-32 (la puesta en página que he citado). *Rome's Fall and After* (Londres y RonceVerte, 1989). [Recopilación de artículos.] «*The Theme of "the Barbarian Invasions"*», en E. Chrysos y A. Schwarcz (eds.), *Das Reich und die Barbaren* (Veröffentlichungen des Istituts für österreichische Geschichtsforschung, 29; Viena, 1989), 87-107; también en Goffart, *Rome's Fall and After*, iii-32 (la puesta en página que he citado).

GREENE, K., *The Archaeology of the Roman Economy* (Londres, 1986).

GRIERSON, P., *Byzantine Coins* (London, 1982).

– y BLACKBURN, M., *Medieval European Coinage*, i. *The Early Middle Ages (5th-10th Centuries)* (Cambridge, 1986).

HARRIS, W. V., *Ancient Literacy* (Cambridge -Massachusetts-, 1989). HAYES, J. W., *Late Roman Pottery: A Catalogue of Roman Fine-Wares* (Londres, 1972). [En 1980, Hayes añadió un *Supplement to Late Roman Pottery* con alguna información adicional, principalmente la identificación del «Vaso romano tardío C» como procedente de la Fócide.]

– *Excavations at Saraçhane in Istanbul, 2 The Pottery* (Princeton, 1992).

HEATHER, P., «The Huns and the End of the Roman Empire in Western Europe», *English Historical Review*, 110 (1995), 4-41.

– *The Goths* (Oxford, 1996).

– *La caída del Imperio Romano*, Barcelona, Crítica, 2006.

– *Hommes et richesses dans l'Empire byzantin, IVe-VIIe siécle* (París, 1989).

HORDEN, P., y PURCELL, N., *The Corrupting Sea: A Study of Mediterranean History* (Oxford, 2000).

HUMPHREY, J. H. (ed.), *Literacy in the Ancient World (Journal of Roman Archaeology*, series suplementarias, n.º 3; Ann Arbor, 1991).

JONES, A. H. M., The Later Roman Empire 284-602: *A Social, Economic and Administrative Survey* (Oxford, 1964). *Late Antiquity: A Guide to the Post-Classical World*, eds. G. W. Bowersock, Peter Brown y Oleg Grabar (Cambridge -Massachusetts-y Londres, 1999).

LIEBESCHUETZ, J. H. W. G., *Barbarians and Bishops* (Oxford, 1991).

– «Cities, *Taxes and the Accomodation of the Barbarians: The Theories of Durliat and Goffart*», en W. Pohl (ed.), *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity* (Leiden, Nueva York y Colonia, 1997), 135-151.

– «Late Antiquity and the Concept of Decline», *Nottingham Medieval Studies*, 45 (2001), 1-11. *The Long Eight Century: Production, Distribution and Demand*, eds. I. L. Hansen y C. Wickham (Leiden, Boston y Colonia, 2000).

MCCORMICK, M., «Bateaux de vie, bateaux de mort: Maladie, comerce, transports annonaires et le passage économique du bas-empire au moyen âge», *Settimane di studio del Centro italiano di studi sull' alto medioevo*, 45 (1998), 35-122.

MATHISEN, R. W., *Roman Aristocrats in Barbarian Gaul: Strategies for Survival in an Age of Transformation* (Austin, Tejas, 1993).

– y Shanzer, D. (eds.), *Society and Culture in Late Antique Gaul: Revisiting the Sources* (Aldershot, 2001).

MATTHEWS, J., *Western Aristocracies and Imperial Court A. D. 364-425* (Oxford, 1975).

MOORHEAD, J., *The Roman Empire Divided 400-700* (Harlow, 2001).

MUSSET, L., *Les Invasions: Les Vagues germaniques* (París, 1965).

PANELLA, C., «Merci e scambi nel Mediterraneo tardoantico», en A. Carandini, L. Cracco Ruggini y A. Giardiana (eds.), *Storia di Roma*, MI. L'età tardoantica: I luoghi, le culture (Turín, 1993).

PEACOCK, D. P. S., *Pottery in the Roman World: An Etnoarchaeological Approach* (Londres y NueVa York, 1982).

POHL, W. (ed.), *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity* (Leiden, Nueva York y Colonia, 1997).

– «Conceptions of Ethnicity in Early MedieVal Studies», en L. K. Little y B. H. Rosenwein (eds.), *Debating the Middle Ages: Issues and Readings* (Ox-

ford, 1998), 15-24. Trad. esp.: *La Edad Media a debate*, Madrid, Akal, 2003. BIBLIOGRAFÍA.

POHL, W., y REIMITZ, H. (eds.), *Strategies of Distinction: The Construction of Ethnic Communiti es, 300-800* (Leiden, Boston y Colonia, 1998).

POTTER, T. W., *The Changing Landscape of South Etruria* (Londres, 1979). *Prosopography of the Later Roman Empire*, A. H. M. Jones, J. R. Martindale y J. Morris, 3 Vols. en 4 partes (Cambridge, 1971-1992).

RANDSBORG, K., *The First Millenium A. D. in Europe and the Mediterranean: An Archaeological Essay* (Cambridge, 1991).

RENFREW, C., «Systems Collapse as Social Transformation: Catastrophe and Anastrophe in Early State Societies», en C. Renfrew y K. L. Cooke (eds.), *Transformations: Mathematical Approches to Culture Change* (NueVa York, San Francisco y Londres, 1979), 481-506.

SCHIAVONE, A., *La storia spezzata: Roma antica e Occidente moderno* (Roma y Bari, 1996). Edición inglesa, *The End of the Past: Ancient Rome and the Modern West*, trad. M. J. Schneider (Cambridge -Massachusetts-, 2000). *The Sixth Century: Production, Distribution and Demand*, eds. R. Hodges y W. Bowden (Leiden, Boston y Colonia, 1998). *La Storia dell'Alto Medioevo italiano (VI-X secolo) alla luce dell'archeologia*, eds. R. Francovich y G. Noyé (Florencia, 1994).

SWAIN, S., y EDWARD, M. (eds.), *Approaching Late Antiquity: The Transformation from Early to Late Empire* (Oxford, 2004).

WALMSLEY, A., «Production, Exchange and Regional Trade in the Islamic East Mediterranean: Old Structures, New Systems?», en *The Long Eighth Century: Production, Distribution and Demand*, eds. I. L. Hansen y C. Wickham (Leiden, Boston y Colonia, 2000), 265-343.

WARD-PERKINS, B., «Specialized Production and Exchange», en *Cambridge Ancient History*, xi V. *Late Antiquity: Empire and Successors, A. D. 425-600*, eds. Averil Cameron, B. Ward-Perkins y M. Whitby (Cambridge, 2000), 346-391.

—«Why did the Anglo-Saxons not Become More British?», *English Historical Review*, 115 (2000), 513-533.

WHITTOW, M., *The Making of Orthodox Byzantium 600-1025* (Basingstoke, 1996).

WICKHAM, C. J., *Framing the Early Middle Ages* (Oxford, en prensa).

WILLIAMS, S., y FRIELL, G., *The Rome that Did Not Fall: The Survival of the East in the Fifth Century* (Londres y NueVa York, 1999). WILSON, A., Machines, «Power and the Ancient Economy», *Journal of Roman Studies*, 92 (2002), 1-32.

—WOLFRAM, H., *Das Reich und die Barbaren zwischen Antike und Mittelalter* (Berlín, 1990). *History of the Goths*, trad. T. J. Dunlop (Berkeley y Los Ángeles, y Londres, c. 1988). [Texto revisado, y traducción autorizada de la primera edición en alemán.]

—y SCHWARCZ, A., *Anerkennung und Integration: Zu den wirtschaftlichen Grundlagen der Völke-*

rwanderungenzeit 400-600 (Viena, 1988).

ÍNDICE ILUSTRACIONES

INTRODUCCIÓN

Fig. 1

Londres en ruinas, según lo imaginó Gustave Doré en 1873. Mary Evans Picture Library.

Fig. 2

Las invasiones germanas según aparecen en un atlas histórico.

De F. W. Putzger, *Historischer Weltatlas*, 1970 (© Velhagen & Klasing, Berlin and Bielefeld), 38.

Fig. 3

Atila pisoteando Italia y las Artes, según lo pintó Delacroix. Assemblée Nationale Palais-Bourbon, París; Giraudon/www. bridgeman.co.uk

Fig. 4

Dos representaciones recientes de los invasores germanos: el rey enterrado en Sutton Hoo y una pareja franca del siglo VII. Fig. 1.4a, de M. O. H. Carver, *Arguments in Stone* (Oxbow Monograph 29; Oxford, 1993), fig. 15; I.4b, de L.-C. Feffer y P. Périn, *Les Francs: Á l'origine de la France* (Armand Colin, París, 1987), ii.177.

Fig. 5

Romanos y bárbaros luchando en una ilustración reciente.

De Warrior 17, S. MacDowall y A. McBride, *Germanic Warrior 236-568 AD* ilustrado por Angus McBride (O Osprey Publishing Ltd, 1996), lámina D.

CAPÍTULO 1

Fig. 1

Mapa que muestra el asentamiento de 419 y las subsiguientes conquistas de los visigodos.

Fig. 2

Mapa del alto Danubio en la época de Severino de Noricum.

Fig. 3

Escenas de la columna de Marco Aurelio que muestran qué trato recibían los bárbaros.

Fig. 2.3 a, de E. Petersen *et al., Die Marcus Säule auf Piazza Colonia in Rom* (Múnich, 1896), lámina 106B.

Fig. 4

Moneda del siglo IV (de Constantino II, 337-361) con un soldado romano alanceando a un jinete bárbaro.

CAPÍTULO 2

Fig. 1

Doscientas diez razones que se han propuesto para explicar la decadencia y caída del Imperio romano.

De A. Demandt, *Der Fall Roms* (C. H. Beck, Múnich, 1984), página final.

Fig. 2

Las murallas de Constantinopla (dibujo de reconstrucción).

De E Krischen, *Die Landmauer von Konstantinopel* (Walter de Gruyter, Berlín, 1938), lámina I; © Deutsches Archäologisches Institut.

Fig. 3

Armamento militar romano tal como aparece en *Notiti a Di gni tatum* Boedlian Library, University of Oxford (MS. Canon. Misc. 378, fol. 101).

Fig. 4

El emperador Honorio en una placa de marfil de 406 d. C. Tesoro catedralicío, Aosta; Foto Alpina su concessione della Regione Autonoma Valle d'Aosta.

Fig. 5

Mapa que muestra los movimientos de los godos entre 376 y 419.

Fig. 6

Mapa que muestra las áreas de la Galia concedidas a ejércitos germanos por medio de acuerdos.

Fig. 7

Soldados rebeldes que reciben muerte al querer cruzar el Bósforo. Dibujo de un relieve de la columna de Arcadio de Constantinopla. De J. H. W. G. Leibeschuetz, *Barbarians and Bishops* (Oxford University Press, 1991), lámina 3.1.

CAPÍTULO 3

Fig. 1

Moneda de oro acuñada en nombre del emperador Anastasio por Teoderico, rey ostrogodo de Italia.

© British Museum.

Fig. 2

Medallón de oro de Teoderico.

Su concessione del Minstero per i Beni e le Attività Culturali – Soprintendenza Archeologica di Roma.

Fig. 3

Moneda de cobre del rey ostrogodo Teodahad.

© British Museum.

CAPÍTULO 4

Fig. 1

Cerámica romana en proceso de excavación en Cesarea (Israel).

Fig. 2

Monte Testaccio, Roma, según un grabado del paisaje de la ciudad de 1625.

Mapa de Giovanni Maggi, Biblioteca Nazionale di Roma.

Fig. 3

Mapa que muestra la difusión de la cerámica manufacturada en los siglos III y IV cerca de la actual Oxford.

Basado en D. P. S. Peacock, *Pottery in the Roman World* (Longman, Londres y Nueva York, 1982), fig. 56. A partir de C. J. Young, *The Roman Pottery Industry of the Oxford Region* (British Archaeological Reports 43; Oxford, 1977), fig. 45.

Fig. 4

Mapa que muestra la difusión de las vajillas finas romanas fabricadas en la Graufesenque (sur de Francia).

Basado en C. Bémont y J.-P. Jacob, *La Terre si gillé gallo-romaine: Lieux de production du Haut-Empire: implantations, produits, relations* (Documents d'archéologie française 6; París, 1986), 102. © Éditions de la Maison des sciences de l'homme, París.

Fig. 5

Un pozo de deshechos durante la excavación del enclave de producción cerámica de la Graufesenque.

De una serie de diapositivas que ilustran la alfarería de la Graufesenque; CDDP, Aveyron.

Fig. 6

Un barco romano hundido cargado de ánforas, cerca de Giens, en la costa meridional de Francia.

CNRS-CCJ, foto de G. Réveillac.

Fig. 7

Cerámica de los siglos VI y VII procedente del enclave anglosajón de Yeavering (Northumbria).

De B. Hope-Taylor, *Yeavering, an Anglo-British Centre of Early Northumbria* (HMSO, Londres, 1977), dig. 81; © Crown Copyright.

Fig. 8

Reconstrucciones alternativas de una casa del siglo VII excavada en Cowder's Down (Hampshire).

De M. Millett y S. James, «Excavations at Cowdery's Down», *The Archaeological Journal*, 140, 1983, 246, fig. 71.

Fig. 9

Cifras de monedas de cobre de nuevo cuño de distintos sitios del Mediterráneo.

La información procede de las siguientes fuentes: A. Bertino, «Monete», in A. Frova (ed.), *Scavi di Luni* (Rome, 1973), 837-882, y en A. Frova (ed.), *Scavi di Luni II* (Roma, 1977), 679-707; M. Thompson, *The Athenian Agora: Volume II, the Coins* (Princeton, 1954); C. Foss, *Ephesus after Antiquity: A Late Antique, Byzantine and Turkish City* (Cambridge, 1979), 197, e informes provisionales de posteriores hallazgos de monedas de H. Vetters, publicados en *Österreichische Akademie der Wissenschaften, philosophi sche-historische Klasse*, Vols. 116-123 (1979-1986); M. F. Hendy, «The Coins», en R. M. Harrison, *Excavations at Saraçhane in Istanbul*, I (Princeton, 1986), 278-373; G. C. Miles, «Islamic Coins», en E O. Waagé (ed.), *Antioch on the Orontes: Volume IV, Part Ceramics and Islamic Coins* (Princeton, 1948), y D. B. Waagé, *Antio-*

ch on the Orontes: Volume IV, Part 2, Greek, Roman, Byzantine and Crusaders' Coins (Princeton, 1952).

Fig. 10

Hombrera y botella del enterramiento de Shutton Hoo (c. 625). British Museum, Londres; UK/www.bridgeman.co.uk (hombrera); © British Museum (botella).

CAPÍTULO 5

Fig. 1

Gráficos que muestran niveles cambiantes de complejidad económica entre 300 d. C. y 700 en cinco regiones del mundo romano.

Fig. 2

Reconstrucción dibujada de casas de los siglos IV-VI en la aldea siria de Déhés.

De J.-P. Sodini y otros, «Déhés (Syrie du Nord): Campagnes (1976-1978)», *Syria*, LVII, 1980, fig. 243 (Librairie Orientaliste Paul Geuthner).

Fig. 3

Reconstrucción dibujada de los comercios de los soportales de Baysân (Israel), y dibujo de la inscripción de mosaico conmemorativa de su construcción en 737-738.

Dibujo de los comercios –de M. Drewes– extraído de Y. Tsafrir y G. Foerster, «From Scythopolis to Baysân», en G. R. D. King and Averil Cameron (eds.), *The Byzantine and Early Islamic Near East II, Land Use and Settlement Patterns* (Princeton, 1994), fig. 16. Dibujo de la inscripción, de E. Khamis, «Two Wall Inscriptions from the Umayyad Market Place in Bet Shean/Baysân», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 64.2, 2001, fig. 5. Cortesía de Yoram Tsafrir, Gideon Foerster y Elias Khamis.

CAPÍTULO 6

Fig. 1

Dos mapas que muestran asentamientos rurales al Norte de Roma, hacia 100 d. C., y en los siglos V-VIII.

Basado en T. W. Potter, *The Changing Landscape of South Etruria* (Paul Elek, Londres, 1979), digs. 35 y 41.

Fig. 2

La antigua aldea de Bamuqqa, Siria, y la tierra cultivable en torno a ella.

De G. Tchalenko, *Villages antiques de la Syrie du Nord* (París, 1953), ii, fig. xcii (Librairie Orientaliste Paul Geuthner, París).

Fig. 3

Diagrama que muestra el cambio en el tamaño de las cabezas de ganado desde la Edad de Hierro hasta tiempos medievales.

Fig. 4

Los planos de superficie, presentados a la misma escala, de algunas iglesias italianas de los siglos IV-IX.

Fig. 5

El tesoro de plata de Seuso, probablemente escondido en el siglo V d. C.

Cortesía de The Trustee of the Marquess of Northampton 1987 Settlement.

Fig. 6

Dibujos de algunos grafitos burdelarios de Pompeya. De *Corpus Inscriptionum Latinarum*, vol. 4, fig. xxxvi.

Fig. 7

Dibujo de una teja romana de Calleva (Silchester, en Hampshire) con la palabra «Satis (basta)» escrita.

De R. G. Collingwood y R. P. Wright, *The Roman Inscriptions of Britain*, vol. II, fascículo 5

(Sutton Publishing Ltd, Stroud, 1993), núm. 2491.159.

Fig. 8

Un recibo de pago de impuesto en papiro, del Egipto romano. Bodleian Library, University of Oxford (Ms Gr. Class. G.27 [P]).

Fig. 9

Grafito de la Graufesenque que registra una hornada de cerámica, y reconstrucción dibujada de uno de los hornos del enclave durante la cocción.

Reconstrucción dibujada, de A. Vernhet, «Un four de la Graufesenque (Aveyron)», *Gallia*, 39, 1981, fig. 10; (CNRS Éditions).

Fig. 10

Fresco que representa a una pareja pompeyana con estilo, tablilla de cera y rollo de papiro.

Museo Archeologico Nazionale, Nápoles, Italia; www.bridgeman.co.uk

Fig. 11

Grafito de Turón, peregrino del altar de S. Michele sul Gargano (sur de Italia).

De C. Carletti y G. Otranto (eds.), *Il Santuario di S. Michele sul Gargano dal VI al IX secolo* (Edipuglia, Bari, 1980), 86, núm. 79.

CAPÍTULO 7

Fig. 1

El bautismo de Clovis según lo pintó en 1877 Joseph Paul Blanc (1846-1904) en el Panteón de París.

Lauros / Giraudon / www.bridgeman.co.uk

APÉNDICE

Fig. 1

Gráfico que muestra el origen de los distintos vinos que llegaban a Ostia, el puerto de la ciudad de Roma.

Basado en C. Panella y A. Tchernia, «Produits agricoles transportés en amphores. L'huile et surtout le vin», en *L'Italie d'Auguste á Dioclétien* (Collection de l'École française de Rome 198; Rome, 1994), 156, gráfico 3.

Fig. 2

Mapa que muestra la difusión de los morteros hechos en Colchester durante el siglo II d. C.

Basado en D. P. S. Peacock, *Pottery in the Roman World* (Longman, Londres y Nueva York, 1982), fig. 51. A partir de K. F. Hartley, «The Marketing and Distribution of Mortaria», en A. Detsicas (ed.), *Current Research in Romano-British Coarse Pottery* (Council for British Archaeology, Londres, 1973), 50, fig. 7.

Notas

[1] Edward Gibbon, *Autobiography of Edward Gibbon as Originally Edited by Lord Sheffield* (Oxford, 1907), 160. <<

[2] De la «Introducción» a William Robertson, *The History of the Reign of the Emperor Charles V: With a View of the Progress of Society in Europe, from the Subversion of the Roman Empire, to the Beginning of the Sixteenth Century* (Londres, 1769). <<

[3] El surgimiento de esta nueva Antigüedad tardía lo analizo con mucho más detalle en la *Festschrift* dedicada a Wolf Liebeschuetz, eds. John Drinkwater y Benet Salway (de próxima publicación). <<

[4] P. R. L. Brown, *The World of Late Antiquity: From Marcus Aurelius to Muhammad* (Londres, 1971). Trad. esp.: *El mundo en la Antigüedad tardía*, Madrid, 1989. <<

[5] P. Brown, «The World of Late Antiquity Revisited», *Symbolae Osloenses, 72* (1997), 5-30, 14-15. <<

[6] *Late Antiquity: A Guide to the Post-Classical World*, G. W. Bowersock, P. Brown y O. Grabar (eds.), Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts) y Londres, 1999, ix. <<

[7] B. Cornwall, *The Winter King* (Harmondsworth, 1996). <<

[8] Véase, sobre todo, A. Cameron, «The Perception of Crisis», en *Morfologie sociali e culturali in Europa fra Tarda Antichitá e Alto Medioevo* (Settimane di studio del Centro ita-

liano di studi sull' Alto Medioevo, 45, Spoleto, 1998), 9-31, 10. <<

[9] Las ponencias que se presentaron en las conferencias europeas poco a poco van apareciendo publicadas en Brill. <<

[10] Las «oleadas» (*vagues*) tienen su origen en el título de A. Musset *Les invasi ons: Les Vagues germaniques*, París, 1965. <<

[11] J G. Herder, *Outlines of a Philosophy of History*, trad. ing. T. Churchill (Londres, 1800), 421. <<

[12] Excepción interesante —ancestro de corrientes de pensamiento recientes— fue Alphons Dopsch, *The Economic and Social Foundations of European Civílization* (Londres, 1937). <<

[13] E. A. Freeman, *Old English History for Children* (Londres, 1869), 28-29. <<

[14] Véanse págs. 173 y 174. <<

[15] El título es de la edición inglesa de Musset *Les invasions* (1965). Trad. ing.: *The Germanic Invasions: The making of Europe AD 400-600*, E. y C. James, Londres, 1975. <<

[16] W. Goffart, *Barbarians and Romans AD 418-584. The Techniques of Accomodation* (Princeton, 1980). Dos artículos importantes son, además: W. Goffart, «Rome, Constantinople and the Barbarians», *American Historical Review*, 86 (1981), 275-306, y Goffart, «The Theme of "the Barbarian Invasions"», en E. Chrysos y A. Schwarcz (eds.), *Das Reichund die Barbaren* (Veröffentlichungen des Instituts für österreichische Geschichtsforschung, 29; Viena, 1989), 87-107, ambos en Goffart, *Rome's Fall and After* (Londres y Ronceverte, 1989), 132 y 111-132 (cuya paginación es a la que me refiero). <<

[17] W. Goffart, «The Theme», 132. <<

[18] Las citas son de W. Goffart, *Barbarians and Romans*, 230, 35 (véase también Goffart, «The Theme», 130). <<

[19] W. Pohl (ed.), *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1997. A pesar de su título, el volumen contiene artículos tanto a favor como en contra de las tesis de Goffart. <<

[20] R. W. Mathisen y D. Shanzer (eds.), *Society and Culture in Late Anti que G Revisiting the Sources* (Aldershot, 2001), 1 y 2. Para puntos de vista similares, cf. P. Amory, «The Meaning and Purpose of Ethnic Terminology in the Burgundian Laws», *Early Medieval Europe, 2* (1993), 1-28, en 1-2; B. D. Shaw, «War and Violence», en *Late Antiquity: a Guide*, 130-169, 152 y 153, 163; G. W. Bowersock, «The Vanishing Paradigm of the Fall of Rome», en G. W. Bowersock, *Selected Papers on Late Antiquity* (Bari, 2000), 187-197. <<

[21] León, Ep *istolae* XII. viii y xi (Migne, *Patrologia Latina* LIV, cols. 653-655). <<

[22] P. Heather, *The Goths* (Oxford, 1996), 181-191; H. Wolfram, *History of the Goths*, trad. ing. T. J. Dunlop (Berkeley [Los Ángeles] y Londres, 1988), 172-189. <<

[23] Sidonio Apolinar, *Cartas*, VII 7.3. Para la defensa de Clermont: J. Harries, *Sidonius Apollinaris and the Fall of Rome, AD 407-485* (Oxford, 1994), 224-229 y 235-236. <<

[24] Hidacio, *Crónica*; entradas 39 [47] para los saqueos; 196 [201], 202 [207] para su captura y final liberación. <<

[25] Para los acontecimientos de 406-409: C. Courtois, *Les Vandales et l'Afrique* (París, 1955), 42-51; P. Courcelle, *Histoire littéraire des grands invasions germaniques* (París, 1948), 58-79. Para el azote visigodo de 413: Wolfram, *History of the Goths*, 162. <<

[26] Godos en Italia: J. Matthews, *Western Aristocracies and Imperial Court A. D. 364-425* (Oxford, 1975), 284-306; Wolfram, *History of the Goths*, 150-162. Exenciones de impuestos: *Código Teodosiano* XI.28.7 (8 de mayo de 413), XI.28.12 (15 de noviembre de 418). <<

[27] Hambruna creciente: Zósimo, *Historia nueva*, V.39 (trad. Ridley). La rendición de Roma: Olimpiodoro, *Historia*, fragmento xi.3 (trad. Bockley, 168 y 169). <<

[28] Para los vándalos y el saqueo de 455: Courtois, *Les Vandales et l'Afrique*, 194-196; Victorio de Vita, *La persecución vándala en África*, 1.25. <<

[29] Eugipio, *Vida de Severino*. Una instructiva discusión de la *Vida* —de la que en parte dependo— se encuentra en E. A. Thompson, *Romans and Barbar" The Decline of the Western Empire* (Madison, 1982), 113-133. <<

[30] Hidacio, *Crónica*, entradas 83 [93], 85 [95]; Sidonio Apolinar, *Poemas* VII, línea 233. <<

[31] Eugipio, *Vida de Severino*, cap. 20. <<

[32] Inseguridad rural: los soldados en ibidem, cap. 20; también ibídem, caps. 4.1-5, 10.1 —el incidente en el campo de Favianis, 25.3. <<

[33] Ibidem, cap. 30 (la defensa de Lauriacum); caps. 5, 8, 19 (acuerdos con reyes; 19 narra la visita real alamana). <<

[34] Ibidem, caps. 17.4 (Tiburnia), 12.5 (Asturis); 24.1-3 (Joviaco); 22.4-5, 27.3 (Batavis). <<

[35] Ibidem, caps. 27 (traslado de la población de Quintania), 31 (rendición de Lauriacum). <<

[36] Ibidem, cap. 31.6. <<

[37] Ibidem, caps. 1.4, 2.1-2. Describe a las tropas como «bárbaros… que habían alcanzado un acuerdo con los romanos». Es posible que los «romanos» que alcanzaron el acuer-

do no fueran —como he supuesto— los habitantes de la ciudad, sino el gobierno imperial de Italia. <<

[38] Hidacio, *Crónica*, entradas 188-191 [193-196]. <<

[39] Orosio, *Historia contra los paganos*, V11.39, 11.19 (para mayor detalle sobre el saqueo galo). <<

[40] Saqueo de Roma: Jordanes, *Historia goda*, 156 («spoliant tantum, non autem, ut solent gentes, igne supponunt»).

Alianza de 451: ibídem, 185-218. <<

[41] Gildas, *La ruina de Britania*, cap. 24.3-4; Victorio de Vita, *La persecución vándala en África*, 1.7. <<

[42] Vándalos: Posidio, *Vida de Agustín*, 28.5; la Galia: Orientio de Auch, *Commonitorium*, en *Poetae Christiani Minores*, ed. R. Ellis (Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum, XVI; Viena, 1888), líneas 179-184: «uno fumauit Gallia tota rogo». <<

[43] Primero —siglo VI— Jordanes, *Historia goda*, 219-222. <<

[44] León, *Epistolae* CLIX (Migne, *Patrologia Latina* LIV, col. 1136-1117). <<

[45] C. R. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study* (Baltimore y Londres, 1994), 194-200; A. Chauvot, *Opinions romaines face aux barbares au IVe siècle après J.-C.* (París, 1998). <<

[46] Símaco, *Cartas*, 11.46 (*Symmachi Opera*, ed. O. Seeck [Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi, VI.1; Berlín, 1885]). <<

[47] Orosio, *Historia contra los paganos*, VII.35.19. Salviano, *El gobierno de Dios*, IV.13.60, V.5.21. Durante el siglo V, las actitudes hacia los bárbaros fueron cambiando poco a poco: J. Moorhead, *The Roman Empire Divided 400-700*

(Harlow, 2001), 13-24; P. Heather, «The Barbarian in Late Antiquity: Image, Reality and Transformation», en R. Miles (ed.), *Constructing Identities in Late Antiquity* (Londres, 1999), 234-258, 242-255. <<

[48] Prisco, *Historia*, fragmento 22.3 (trad. Bockley, 314 y 315). ¿Quién sabe si Atila realmente hizo pintura semejante?

La iconografía descrita no es inverosímil, dado que se encuentra en los despachos consulares romanos tardíos. <<

[49] Orosio, *Historia contra los paganos*, VII.37. <<

[50] Estilicón: *Prosopography of the Later Roman Empire*, 3 vols. en 4 partes, ed. A. H. M. Jones, J. R. Martindale y J.

Morris (Cambridge, 1971-1992), I, «Stilicho»; *Corpus Inscriptionum Latinarum*, VI, 1731. Matanza de 408: Zósimo, *Historia nueva*, V.35.5-6 (estima en 30 000 los soldados que desertaron). Esclavos de Roma que se unen a Alarico: ibidem V.42.3. <<

[51] La monografía clásica para este asunto —a la que debo mucho— es Courcelle, *Histoire littéraire*. <<

[52] Jerónimo, *Ezequiel*, I Praef. y III Praef. (Migne, *Patrologia Latina* XXV, cols. 15-16, 75D): «in una urbe totus orbis interiit». <<

[53] Agustín, *Concerning the City of God against the Pagans*, trad. H. Bettenson (Harmondsworth, 1972). <<

[54] Orosio, *Historia contra los paganos*. Compartían su optimismo, entre sus contemporáneos, la aristocracia pagana y el poeta Rutilio Namaciano, *Regreso*, I, línea 142. <<

[55] *The Carmen Prouidentia Dei; attributed to Prosper of Aquitaine*, ed. y trad. M. P. McHugh (Washington, 1964), líneas 903-909. <<

[56] Orientio de Auch, *Commonitorium* (citado en n. 22), líneas 195 y 196. <<

[57] Salviano, *El gobierno de Dios*, IV.12.54, VII.6.24 y *passim* para pasajes similares. <<

[58] Ibidem VI. 18.98-99. *Crónica de 542*, entrada 138, 662. <<

[59] A. Momigliano, «La caduta senza rumore di un impero nel 476 d. C.», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, ser. III, vol. 111.2 (1973), 397-418 (reimpr. en su antología de ensayos *Sesto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, i [Roma, 1980], 159-179). <<

[60] A. Demandt, *Der Fall Roms: Die Auflösung der römischen Reiches im Urteil der Nachwelt* (Múnich, 1984). <<

[61] Como acertadamente subraya en varias ocasiones Goffart: «Rome, Constantinople»; «The Theme» (especialmente 7-17, 125-132); *Barbarians and Romans*, 3 -35. <<

[62] F. Millar, *The Roman Empire and its Neighbours* (Londres, 1981), 239-248. Para la piel de Valeriano: Lactancio, *De Mortibus Persecutorum*, ed. y trad. L. Creed (Oxford, 1984), 15.6 (10 y 11). <<

[63] Vegecio, *Epítome* I.i. <<

[64] Fuerza marítima: no consta que se repitiesen en la época que nos ocupa las intrépidas incursiones marinas de los godos durante los años 50 y 60 del siglo III en el mar Negro (costa septentrional de Asia Menor). Murallas: Amiano Marcelino, *Historia*, XXXI.6.4: «pacem sibi esse cum parietibus memorans». <<

[65] Amiano Marcelino, *Historia*, XXXI.15. <<

[66] Ibidem XVI.12 para la batalla entera (XVI.12.47 para el pasaje citado). <<

[67] Tácito, *Anales*, 1.61-62, en *Tacitus, iü* (Loeb Classical Library: Cambridge [Massachusetts] y Londres, 1931), 346-349. W. Schlüter, «The Battle of the Teutoburg Forest: Archaeolo-

gical Research at Kalkreise near Osnabrück», en J. D. Creighton y R. J. A. Wilson (eds.), *Roman Germany: Studies in Cultural Interaction* (Portsmouth, RI, 1999), 125-159. <<

[68] Amiano Marcelino, *Historia*, XXXI.13. En el siglo in hubo más derrotas importantes, como la que supuso la muerte del emperador Decio a manos de los godos (251). Pero la pobreza de las fuentes de que disponemos para este período impide pronunciarse sobre la magnitud de las pérdidas militares. <<

[69] Véase pág. 46. <<

[70] 11 Uso habitual de mercenarios germanos y hunos: J. W. G. Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops* (Oxford, 1991), 33-36. Su lealtad a Roma: A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire 284-602: A Social, Economic and Administrative Survey* (Oxford, 1964), 621-623. <<

[71] Teodosio: *In Praise of Later Roman Emperors: The panegyrici Latini*, ed. y trad. C. E. V. Nixon y B. S. Rodgers (Berkeley [Los Ángeles] y Londres, 1994), panegírico II, caps. 32-33. Invasión de 405-406: Zósimo, *Nueva historia*, V.26.4 (para los hunos y los alanos); *Código Teodosiano*, VII.13.16 de abril de 406 (para el alistamiento de esclavos). <<

[72] Claudiano, *Works*, trad. M. Platnauer, 2 vols. (Cambridge [Massachusetts] y Londres, 1922), *De Bello Getico*, líneas 423-429 (414-422 para el detalle de dónde salieron las tropas). <<

[73] Edward Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. La cita es de las «Observaciones generales sobre la caída del Imperio romano», que cierra el volumen III (1781). <<

[74] La monografía clásica sobre el volumen del ejército sigue siendo Jones, *Later Roman Empire*, 679-686. R.

MacMullen, *Corruption and the Decline of Rome* (New Haven y Londres, 1988) mantiene una tesis de corrupción en aumento y consecuente ineficacia en la cadena que unía el cobro de impuestos y la paga de los soldados. Defiende su tesis muy coherentemente, pero yo no estoy seguro de que ese problema en esa época acuciase o fuese más grave de lo habitual en estados premodernos, y en muchos modernos. <<

[75] Para versiones anteriores de la decadencia económica, véase la pormenorizada discusión de Jones, *Later Roman Empire*, 812-823, 1039-1045. Valoraciones más recientes sobre el estado de la cuestión: R. Duncan-Jones, en S. Swain y M. Edwards (eds.), *Approaching Late Antiquity: The Transformation from Early to Late Empire* (Oxford, 2004), 20-52; B. Ward-Perkins, «Specialized Production and Exchange», en *Cambridge Ancient History*, xiv. *Late Antiquity: Empire and Successors, A. D. 425-600*, ed. Averil Cameron, B. Ward-Perkins y M. Whitby (Cambridge, 2000), 346-391, 350-361. Para más detalle, véase cap. 5. <<

[76] *Código Teodosiano*, XI.28.7 (8 de mayo de 413). Véase pág. 35. <<

[77] *Código Teodosiano*, VII.13.16 (esclavos), 17 (esos a quienes se acabaría de pagar *rebus patratis)*, ambos de abril de 406. <<

[78] Exenciones de impuestos de 413 y 418: 16. Ley de 444: Nov. Val. 15.1, en *Código Teodosiano*. No puedo estar de acuerdo con H. Elton, *Warfare in Roman Europe AD 350-425* (Oxford, 1996), quien propone que la decadencia del ejército occidental tuvo lugar solo bien avanzado el siglo v (p. ej., 265-268). <<

[79] *Narratio de imperatoribus domus Valentinianae et Theodosianae*, en *Chronica Minora Saec. iv. v. vi. vii*, ed. T. Mommsen (Monumenta Germaniae Historica, Auctores antiquis-

simi, IX; Berlín, 1891-1892), 630. Orosio, *Historia contra los paganos*, VII.42, plantea el asunto igual pero con más empatía. Para las guerras civiles: J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire* (segunda edición, Londres, 1923), i. 187-196; Goffart, «Rome, Constantinople», 17-18; Goffart, «The Theme», 126-127; P. Heather, «The Huns and the End of the Roman Empire in Western Europe», *English Historical Review*, 110 (1995), 4-41, 23-25. <<

[80] Zósimo, *Nueva historia*, Vi.8.2 (tropas orientales), V.50.1 (hunos), VI.1.2 (ejércitos de la Galia, Hispania y Britania no disponibles). <<

[81] Gracias a la crónica pormenorizada de Zósimo (basada en la *Historia* perdida de Olimpiodoro) estamos relativamente bien informados de todos estos acontecimientos: Zósimo, *Nueva historia*, VI.1-6. <<

[82] Eudoxio, *arte medicus*, cabecilla de 448: *Crónica de 452*, 662, entrada 133 (no conocemos la condición de Tibato, el otro cabecilla que se nombra). Los esclavos de la Galia (en 435): *Crónica de 453*, 660, entrada 117 (para 435): «omnia paene Galliarum seruitia in Bacaudam conspirauere». I. N. Wood, «The North-Western Provinces», en *Cambridge Ancient History*, xiv. 497-524, 502-504, es una introducción general a los *bacaudae*. <<

[83] Roma: Zósimo, *Nueva historia*, V.42. Bazas: Paulino de Pella, *Eucarísticos*, líneas 333-336. <<

[84] Goffart, «Rome, Constantinople», 18-19. <<

[85] La revuelta de 399-400 y la columna conmemorativa se discuten, describen e ilustran en Liebeschuetz, *Barbarians and Bishops*, 100-103,111-125,273-278 y láminas 1-7. Esclavos y proscritos: Zósimo, *Nueva historia*, V.13. <<

[86] Hispania: Orosio, *Historia contra los paganos*, VII.40.6; *Prosopography of the Later Roman Empire*, II, «Didymus I» y «Verenianus». Italy: Nov. Val. 9, en *Código Teodosiano*. Clermont: Sidonio Apolinar, *Cartas*, 111.3.3 -8. Soissons: Gregorio de Tours, *Historias*, 11.27. <<

[87] Tácito, *Germania* 33, en *Tacitus*, i (Loeb Classical Library; Cambridge [Massachusetts] y Londres, 1914), 182-183; Séneca, *De Ira* en *Seneca*, i (The Loeb Classical Library; Cambridge [Massachusetts] y Londres, 1928), 132-135. <<

[88] Unidad germana en aumento: Heather, *Goths*, 51-65. Levas por la fuerza godas en 376-378: Amiano Marcelino, *Historia*, XXXI.6.5-6. W. Pohl, «Conceptions of Ethnicity in Early Medieval Studies», en L. K. Little y B. H. Rosenwein (eds.), *Debating the Middle Ages: Issues and Readings* (Oxford, 1998), 15-24, es una útil introducción en inglés al reciente debate sobre la «etnogénesis» (ese proceso en virtud del cual grupos dispares poco a poco convergen en un solo «pueblo»). <<

[89] Goffart, «The Theme», 112-113. Véanse, por ejemplo, las campañas visigodas en Hispania contra vándalos y alanos «en nombre de Roma» (Hidacio, *Crónica*, entradas 55 [63], 59 [67], 60 [68]). <<

[90] Paulino de Pella, *Eucarísticos*, líneas 383-385. <<

[91] Hidacio, *Crónica*, entrada 60 [68]: «oblito regni nomine Gunderici regis Vandalorum [...] se patrocinio subiugarent». <<

[92] «Rex Vandalorum et Alanorum»: A. Gillett (ed.), On *Barbarian Identity: Critical Approaches to Ethnicity in the Early Middle Ages* (Turnhout, 2002), 109 n. 30. El poeta latino Draconcio, de la corte del rey vándalo Guntamundo (484-496), incluyó a los alanos en una heterogénea lista de pue-

blos bárbaros —que, por supuesto, omitía a los vándalos—, y esto sugiere cierto grado de desdeño vándalo hacia sus socios alanos: Draconcio, *Romulea* V, líneas 34-35 (Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi, XIV, ed. F. Vollmer, Berlín, 1905, 141). <<

[93] Posidonio, *Vída de Agustín*, 28.4. <<

[94] Goffart, «The Theme»; Goffart, «Rome, Constantinople». <<

[95] Matthews, *Western Aristocracies*, 284-306; Wolfram, *Historia de los godos*, 117-181; Heather, *Goths*, 130-151, 181-187. <<

[96] Para los acuerdos de 435 y 442: Courtois, *Les Vandales et l'Afrique*, 169-175. <<

[97] Visigodos: Hidacio, *Crónica*, entrada 61 [69]; Próspero, *Epitoma Chronicon*, en *Crónica Minora Saec. iv. v. vi. vi*, ed. T. Mommsen (Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi, ix; Berlín, 1891-1892), pág. 469, entrada 1271. Concesiones a burgundios y alanos: *Crónica de 452*, entradas 124, 127, 128 (pág. 660). Localización del asentamiento burgundio: P. Duparc, «La Sapaudia», *Comptes rendus de l'Académie des lnscriptions et Belles-Lettres* (1958), 371-383. <<

[98] Para la distinción entre intereses imperiales y locales: M. Kulikowski, «The Visigothic Settlement in Aquitaine: The Imperial Perspective», en Mathisen y Shanzer (eds.), *Society and Culture*, 26-38. Para posibles razones tras el asentamiento de 419: I. N. Wood, «The Barbarian Invasions and First Settlements», en *Cambridge Ancient History*, xiii.

The Late Empire, A. D. 334-425, ed. Averil Cameron y P. Garnsey (Cambridge, 1998), 516-537, 531 y 532. <<

[99] Asentamiento de 442: *Crónica de 452*, entrada 127 (660); Wood, en *Cambridge Ancient History*, XIV. 534. <<

[100] Sidonio Apolinar, *Cartas*, VII.7.2: «Facta est servitus nostra pretium securitatis alienae». <<

[101] A. Loyen, «Les Débuts du royaume wisigoth de Toulouse», *Revue des études latines*, 12 (1934), 406-415. <<

[102] Paulino de Pella, *Eucarísticos*, líneas 498-515 (los años 20 del siglo v es una fecha —aunque incierta— probable: *Prosopography of the Late Roman Empire*, I, «Paulinus 10»). Expansión visigoda: Heather, *Goths*, 185-186; Wolfram, *History of the Goths*, 175-176. <<

[103] La presentación más impactante de la caída de Occidente como «consecuencia de *una serie de acontecimientos contingentes*» sigue siendo Bury, *Later Roman Empire*, 308-313 (la cita —cursiva del propio Bury— es de la pág. 311). También se ha debatido si podía haber destruido a Alarico Estilicón —y, de haberlo podido hacer, por qué no lo hizo—: S. Mazzarino, *Stilicone: La crisi imperiale dopo Teodosio* (Roma, 1942), 272-275, 310-318. <<

[104] Courtois, *Les Vandales et l'Afrique*, 173, 199, 201. <<

[105] Heather, *Goths*, 230-235. <<

[106] Para la posibilidad de que el gobierno oriental pudo afrontar menos problemas a la hora de subir sus impuestos que Occidente: Jones, *Later Roman Empire*, 1066-1067; B. Ward-Perkins, «Land, Labour and Settlement», en *Cambridge Ancient History*, xiv. 342-343, y, centrado en los problemas occidentales, Matthews, *Western Aristocracies*, 268-269, 277-278, 285. <<

[107] Acontecimientos inmediatamente posteriores a Adrianópolis: Amiano Marcelino, *Historia*, XXXI.15 -16. La reconstrucción del ejército oriental: Liebeschuetz, *Barbarians and Bi shops*, 23-31. Ayuda occidental a Oriente en 395 y 397: Jones, *Later Roman Empire*, 183. Política imperial hacia los

godos: P. Heather y D. Moncur, *Politics, Philosophy, and Empire in the Fourth Century: Select Orations of Themistius* (Translated Texts for Historians, 36; Liverpool, 36), 199-207, 211-213. <<

[108] Campañas contra los hunos: S. Williams y G. Friell, *The Rome that Did Not Fall: The Survival of the East in the Fifth Century* (Londres y Nueva York, 1999), 63-93. Naissus: Prisco, *Historia*, fragmentos 6.2, 11.2.51-55 (Blockley, 230-233, 248-249). Tributo de 447: Prisco, *Historia*, fragmento 9.3.1-35 (Blockley, ii. 236-239). Pueblos presentes en el ejército de Ecio: Jordanes, *Historia goda*, 191. <<

[109] Largas murallas: J. G. Crowe, «The Long Walls in Thrace», en C. Mango y G. Dagron (eds.), *Constantinople and its Hinterland* (Aldershot, 1995), 109-124. Ciudad amurallada: F. Krischen, B. Meyer-Plath y A. M. Schneider, *Die Landmauern von Konstantinopel, 2* vols. (Berlín, 1938-1943). Ley de 418: *Código Teodosiano*, IX.40.24. <<

[110] Incursión huna de 395: E. A. Thompson, *A History of Attila and the Huns* (Oxford, 1948), 26-28. Valor de las distintas partes del imperio: M. F. Hendy, *Studies in the Byzantine Monetary Economy c. 300-1450* (Cambridge, 1985), 616-618. Política: Goffart, «Rome, Constantinople», 16-17. <<

[111] Relaciones romano-persas: R. C. Blockley, *East Roman Foreign Policy: Formation and Conduct from Diocletian to Arcadius* (Leeds, 1992), 30-96, 123-127. Consecuencias para la seguridad de los Balcanes de una campaña en otro sitio: ibidem 57, 59-62, 76-77. <<

[112] Los godos en 410 y 415: Wolfram, *History of the Goths*, 159, 170. Fuerza marítima vándala tras 439: Courtois, *Les Vandales et l'Afrique*, 185-196. <<

[113] Hidacio, *Crónica*, entrada 41 [49]. <<

[114] África: Nov. Val. 34.1-2, en *Código Teodosiano*. Otros testimonios africanos de espolio y exilio: Courtois, *Les Vandales et l'Afrique*, 279-282. Britania: Gildas, *La ruina de Britania*, 25.1. Migraciones a Bretaña: L. Fleuriot, *Les Origines de la Bretagne* (París, 1980), especialmente 110-118. <<

[115] Véanse, en particular, Goffart, *Barbarians and Romans*; H. Wolfram, *Das Reich und die Barbaren zwischen Antike und Mittelalter* (Berlín, 1990), 173-177, y Wolfram, *History of the Goths*, 295-297 (partidarios de la concesión de impuestos); frente a ellos, S. J. B. Barnish, «Taxation, Land and Barbarian Settlements in the Western Empire», *Papers of the British School at Rome*, 54 (1986), 170-195, y J. H. W. G. Liebeschuetz, «Cities, Taxes and the Accomodation of the Barbarians: The Theories of Durliat and Goffart», en W. Pohl (ed.), *Kingdoms of the Empire: The Integrations of Barbarians in Late Antiquity* (Leiden, Nueva York y Colonia, 1997), 135-151 (partidarios de la concesión de tierras). <<

[116] Casiodoro, *Variae* 11.16 (según lo traduce Barnish, 29-30; la cursiva, naturalmente, es mía). <<

[117] Jones, *Later Roman Empire, 257*; Casiodoro, *Variae* VII.3 (para el *comes Gothorum)*... <<

[118] Bárbaros que adquieren tierras de manera limpia o turbia: Goffart, *Barbarians and Romans*, 93-97. Ejemplo de un abuso de poder romano previo: Sidonio Apolinar, *Cartas*, 11.1.1-3. Teodato: Procopio, *Guerras*, V.3.2 (reforzado por Casiodoro, *Variae* IV.39, V.12). Tanca: Casiodoro, *Variae* VIII.28 (según traduce Barnish). Cunigasto: Boecio, *Philosophiae Consolatio*, ed. L. Bieler (Corpus Christianorum, Series Latina, XCIV, Turnholt, 1984), I.4 (trad. ing. Boecio, *The Consolation of Philosophy*, V. E. Watts [Harmondsworth, 1969], 41). <<

[119] Casiodoro, *Variae* XII.5.4. <<

[120] Sermo 24 («In litanis»), en *Patrologiae Latinae Supplementum*, III, ed. A. Hamman (París, 1963), cols. 605-608, en col. 606: «et tamen Romano ad te animo uenit, qui barbarus putabatur» (trad. —ligeramente alterada— de R. W. Mathisen, *Roman Aristocrats in Barbarian Gaul: Strategies for Survival in an Age of Transition* [Austin (Texas), 1993], 120). <<

[121] Supervivencia de familias romanas en la Galia: K. F. Stroheker, *Der senatorische Adel im spätantiken Gallien* (Darmstadt, 197W; Mathisen, *Roman Aristocrats*, 60-64. Para Hispania, desgraciadamente no tenemos datos detallados. Victoriano de Hadrumento: Victorio de Vita, *La persecución vándala en África*, 111.27; Courtois, *Les Vandales et l'Afrique*, 276-279 (para ejemplos suplementarios). Leyes de Ine: E Liebermann (ed.), *Die Gesetze der Angelsachsen*, i. (Halle, 1903), cláusula 24.2 (trad. de D. Whitelock, *English Historical Documents*, i. c. 500-1042 [Londres, 1955], 367). <<

[122] Victorio de Vita, *La persecución vándala en África*, 1.2 (según traduce Moorhead); Goffart se ocupa del asunto en *Barbarians and Romans*, 231-234. <<

[123] C. Courtois *et al., Tablettes Albertini: Actes privés de l'époque vandale* (París, 1952). <<

[124] Italia ostrogoda: Casiodoro, *Variae*, IX.14.8: «Gothorum laus est ciuilitas custodita» (para el sentido de «ciuilitas»: J. Motead, *Theoderic in Italy* [Oxford, 1992], 79-80). <<

[125] Victorio de Vita, *La persecución vándala en África*, 111.3 (decreto de 484), 11.8 (católicos del norte de África bajo dominio vándalo). <<

[126] Liebermann (ob. cit. en nota 9), cláusula 33, «the king's horse-Welshman (cyninges horswealh)». Véase pág. 71 para romanos al servicio de la corte franca hacia 500 d. C. <<

[127] Aristócratas galos al servicio de los bárbaros: Mathisen, *Roman Aristocrats*, 125-129. Casiodoro, *Variae* 1.4.17 y IX.25.9 son testimonio del patrimonio del autor, pero no de sus orígenes. Paulino de Pella, *Eucarísticos*, líneas 293-303 (servicio a Átalo); líneas 498-515 (los hijos en la corte visigoda); líneas 306-307 (quienes florecieron bajo dominio godo). <<

[128] Siagrio: Sidonio Apolinar, *Cartas*, V.5.3. Romanos al servicio de las armas godas: Mathisen, *Roman Aristocrats*, 126-127. Cipriano: P. Amory, *People and Identity in Ostrogothic Italy 489-554* (Cambridge, 1997), 154-155, 369-371 (390-391 para la carrera parecida de Liberio). <<

[129] 17 *Ley Sálica*, 41.1 5, 8 y 9. Un romano del entorno real valía 300 *solidi*; un franco, 600. <<

[130] En mi versión de Italia no estoy de acuerdo con Amory, *People and Identity* —libro inteligente y útil pero, en mi opinión, mal orientado—. Amory considera que las etiquetas étnicas de la Italia goda de principios del siglo VI son artificiales y que se usaban para distinguir militares (dichos «godos») de civiles (llamados «romanos»). Tiene razón cuando enfatiza que la distinción godo-romano no era nítida, que había personas cuya condición no era tan clara y que otras preocupaciones y otras lealtades con frecuencia pasaban por encima de la etnia. Pero eso no demuestra que las identidades romana y goda hubiesen desaparecido. La experiencia moderna nos muestra cómo todo grupo étnico tiene difusas las fronteras y fidelidades divergentes. <<

[131] Historia de 537-538: Procopio, *Guerras*, VI.1.11-19 (tē patriō glôssē): este godo podía comunicarse con uno enemigo (presumiblemente en latín). Bessas: Procopio, *Guerras*, V.10.10 (*tē Gotthōn phōnē*), con V.16.2. Amory, *People and Identity*, se ocupa de la lengua en las págs. 102-108 (soste-

niendo —cosa poco verosímil— que el «godo» que aprendió Cipriano y hablaban estos soldados fuese la jerga universal del ejército romano tardío). <<

[132] Medallón de Senigallia: W. Wroth, *Catalogue of the Coins of the Vandals, Ostrogoths and Lombards... in the British Museum* (Londres, 1911), 54. Amory, *People and Identity*, 338-346 yerra al asumir que un simple bigote —como aquel que exhibiesen Teodorico y Teodato— equivale a una barba con bigote —como la que gastaban algunos romanos—. Monedas de Teodato: Wroth, *Catalogue*, 75-76. Teodato y su identidad aprendida: Procopio, *Guerras*, V.3.1. <<

[133] Carta a Clovis: Casiodoro, *Variae* II.40. Carta a los súbditos galos: Casiodoro, *Variae* III.17. <<

[134] Lampridio: *Prosopography of the Later Roman Empire*, II, «Lampridius»; Sidonio Apolinar, *Cartas*, VIII 9.1. Puente de Mérida: J. Vives, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda* (segunda edición, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1969), 126-127, n.º 363. Epifanio: Enodio, *Vita Epifani*, en Ennodius, *Works*, 84-109, 95 (párrs. 89 y 90): «gentile nescio quod murmur infringens». <<

[135] Persecuciones visigodas —módicas—: Heather, *Goths*, 212-215; Wofram, *History of Goths*, 197-202. Romanos al servicio de los visigodos: Mathisen, *Roman Aristocrats*, 126-128; *Prosopography of the Later Roman Empire, II*, «Leo 4». Freda: Ruricio, *Cartas*, I.11; *Prosopography of the Later Roman Empire, II*, «Freda». Romanos en la batalla de Vouillé de 507: Gregorio de Tours, *Historias*, 11.37; *Prosopography of the Later Roman Empire*, II, «Apollinaris 3». <<

[136] Acontecimientos de 506-507: Wolfram, *History of the Goths*, 193-202; W. E. Klingshirn, *Caesarius of Arles: The Making of a Christian Community in Late Antique Gaul*

(Cambridge, 1994), 94-97. El prefacio y la suscripción del *Breviarium* describen su elaboración y difusión: *Código Teodosiano*, vol. I/1, págs. xxxii-xxxv de la edición de Mommsen y Meyer (Pharr no lo traduce). Concilio de Adge: *Concilia Galliae A. 314-A. 506*, ed. C. Munier (Corpus Christianorum, Series Latina, 148, Turnholt, 1963), 192-213 (la cita es de la pág. 192). Concilio proyectado para 507: *Sancti Caesarii Episcopi Arelatensis, Opera Omnia*, ed. G. Morin, ii (Maredsous, 1942), Ep.3 (trad. en Caesarius of Arles, *Life, Testament, Letters*, trad. W. E. Klingshirn [Translated Texts for Historian, 19, Liverpool, 1994], carta 3). <<

[137] Procopio, *Guerras*, VIII. XXXIV.1-8. <<

[138] Ejemplos de cambios de identidad que han ocurrido: B. Ward-Perkins, «Why did the Anglo-Saxons not Become More British?», *English Historical Review*, 115 (2000), 513-533, 525-527. <<

[139] Droctulfo: Pablo el Diácono, *Historia de los lombardos*, 111.19. Para una introducción a la discusión sobre las identidades germanas y la «etnogénesis»: Pohl, «Conceptions of Ethnicity», 15-24; y el temprano e influyente artículo de Patrick Geary, «Ethnic Identity as a Situational Construct», *Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien*, 113 (1983), 15-26. No es sorprendente que los dos europeos más implicados en este debate, Wolfram y Pohl, sean austriacos, nación que a lo largo del siglo xx hubo de replantearse su posición en el mundo germano tres veces (1918, 1938 y 1945). <<

[140] *Ley Sálica*, 41.1 La expresión «si alguien mata a un franco libre *o a un bárbaro que vive bajo la Ley Sálica...*» (la cursiva es mía) deja ver que los individuos de otras tribus hacia 500 d. C. ya podían elegir someterse a la *Ley Sálica* (recorriendo, así, la mitad del camino hasta ser «franco»). Los

romanos parece que todavía no tenían esa opción —o, si la tenían, no la ejercían—, a menos que esto sea leer demasiado de una sola frase. Gregorio de Tours: E. James, «Gregory of Tours and the Franks», en A. C. Murray (ed.), *After Rome's Fall: Narrators and Sources of Early Medieval History: Essays Presented to Walter Goffart* (Toronto, 1998), 51-66. Sin embargo, un contemporáneo de Gregorio, Venancio Fortunato —quien había llegado a la Galia desde Italia—, seguía teniendo muy presente la distinción entre la sangre romana y la «bárbara». <<

[141] Cipriano y sus hijos: Casiodoro, *Variae* V.40.5, VIII.21.6-7 (de donde está tomada la cita), VIII.22.2; Amory, *People and Identity*, 444, «Anonymi 2020a+». Para una buena presentación general de la mezcla cultural: Moorhead, *The Roman Empire Divided*, 21-24. <<

[142] Joviniano: Enodio, *Obras*, 157, *Poemas 2.57* , 58, 59. Siagrio: Sidonio Apolinar, *Cartas*, V.5 (la cita es de V.5.3). <<

[143] Gregorio de Tours, *Historias*, V.17. Gregorio ciertamente no se sorprendía. <<

[144] Romanización de los francos: P. J. Geary, *The Myth of Nations: The Medieval Origins of Europe* (Princeton, 2002), 135-141. Hispania visigoda: Heather, *Goths*, 287-297; D. Claude, «Remarks about Relations between Visigoths and Hispano-Roman in the Seventh Century», en W. Pohl y H. Reimitz (eds.), *Strategies of Distinction: The Construction of Ethnic Communities, 300-800* (Leiden, Boston y Colonia, 1998), 117-130. <<

[145] Sidonio Apolinar, *Cartas*, IV.17 (cita de IV.17.1). Para Arbogastes, que recibió carta en verso también de Auspicio, obispo de Toul: *Prosopography of the Later Roman Empire*, II, «Arbogastes». <<

[146] La carta de Remigio: *Epistolae Austrasicae*, ed. W. Gundlach, en *Epistolae Merowingici et Karolini Aevi*, i (Monumenta Germaniae Historica, Epistolae, III; Berlín, 1982), 113, n.º 2. <<

[147] Algunos de los argumentos de los siguientes dos capítulos los he expuesto en Ward-Perkins, «Specialized Production and Exchange». <<

[148] Las monografías clásicas para este punto de vista son M. I. Finley, *The Ancient Economy* (Londres, 1973), 17-34, y Jones, *Later Roman Empire*, 465, 824-858. Las nuevas formas de ver la economía antigua se discuten en su conjunto —con bibliografía adicional— en P. Horden y N. Purcell, *The Corrupting Sea: A Study of Mediterranean History* (Oxford, 2000), 146-150,566-567. <<

[149] Una presentación concisa y apropiada de gran parte de los datos es K. Greene, *The Archaeology of the Roman Economy* (Londres, 1986). Muchos aspectos de la economía romana tardía los aborda C. Panella, «Merci e scambi nel Mediterraneo tardoantico», en A. Carandini, L. Cracco Ruggini y A. Giardina (eds.), *Storía di Roma, III.* ii. *L'età tardoantica: I luoghi, le culture* (Turín, 1993); y las ponencias de *Hommes et richesses dans l'Empire byzantin, siécle* (París, 1989), y *Economy and Exchange in the East Mediterranean during Late Antiquity*, ed. S. Kingsley y M. Decker (Oxford, 2001). <<

[150] D. P. S. Peacock, *Pottery in the Roman World: An Ethnoarchaeological Approach* (Londres y Nueva York, 1982) es una soberbia introducción a la cerámica romana. D. P. S. Peacock y D. F. Williams, *Amphorae and the Roman Economy: An Introductory Guide* (Londres y Nueva York, 1986), sin embargo, decepciona, pues prácticamente se limita a una tipología. El trabajo pionero en vajillas antiguas fue J. W. Ha-

yes, *Late Roman Pottery: A Catalogue of Roman Fine-Wares* (Londres, 1972). <<

[151] Para un tratamiento más completo de los datos que pueden extraerse de fragmentos de cerámica, véase el «Apéndice», págs. 261-265. <<

[152] Hayes, *Late Roman Pottery*, 422. <<

[153] Si no recuerdo mal, todos los fragmentos decorados y de artículos finos, y todos los fragmentos de monturas, bases y asas, fueron perdonados en esta masacre. <<

[154] Para un intento reciente de vadear estos problemas: *Economy and Exchange*, 55. <<

[155] E. Rodríguez Almeida, *Il Monte Testaccio: Ambiente, storia, materiali* (Roma, 1984). <<

[156] Hay que añadir, con todo, que nosotros jugamos en una categoría aparte. Mientras que los romanos generalmente reutilizaban sus ánforas, acabo de oír en la radio que la zona de Nápoles tiene unos problemas de vertido de despojos de tal calibre que cada semana envía a Alemania para su desecho hasta veinte vagones de mercancías llenos de basura. El informe no aclaraba la razón de tan largo viaje. <<

[157] Véanse los mapas de distribución de Hayes, *Late Roman Pottery* y *Atlante delle forme ceramiche, Ceramita fine romana nel bacino mediterraneo, medio e tardo impero* (suplemento a la *Enciclopedia dell'Arte Antica*; Roma, 1981). <<

[158] Para los detalles —desgraciadamente no habla de las cantidades—: C. Delano Smith *et al.*, «Luni and the Ager Lunensis», *Papers of the British School at Rome*, 54 (1986), 117. <<

[159] Estos datos los resume de forma muy práctica (con la bibliografía pertinente) A. Wilson, «Machines, Power and

the Ancient Economy», *Journal of Roman Studies*, 92 (2002), 1-32, 25-27. <<

[160] C. Malone y S. Stoddart (eds.), *Territory and State: The Archaeological Development of the Gubbio Basin* (Cambridge, 1994), 184; J. Carter, «Rural Architecture and Ceramic Industry at Metaponto, Italy, 350-50 B. C.», en A.

McWhirr (ed.), *Roman Brick and Tile* (Oxford, 1979), 45-64,47. <<

[161] Malone y Stoddart (eds.), *Roman Brick and Tile* (ob. cit. en nota 14), 192-196. <<

[162] Mi madre vive debajo de uno, por eso lo sé. <<

[163] Peacock, *Pottery in the Roman World*. En cierta forma estoy simplificando la taxonomía más completa de Peacock. <<

[164] R. Marichal, *Les Graffites de la Graufesenque* (XLVII suplemento a *Gallia*, París, 1988). Para los restos excavados de uno de esos hornos: A. Vernhet, «Un Four de la Graufesenque (Aveyron): La Cuisson de vases sigillées», *Gallica*, 39 (1981), 25-43. De estos grafitos me ocupo aquí más tarde, en las págs. 159 y 160. <<

[165] 19 Este pozo de desechos todavía no está publicado —mi conocimiento deriva de un serio, aunque efímero, folleto —, con algunas diapositivas del sitio y en su día a la venta en Millau: L. Balsan y A. Vernhet, *Une Industrie gallo-romaine: La Céramique sigillé de la Graufesenque* (Rodez, n. d.), 16. Para la ruptura deliberada de productos defectuosos, véase también G. B. Dannell, «Law and Practice: Further Thoughts on the Organization of the Potteries at la Graufesenque», en M. Genin y A. Vernhet (eds.), *Céramiques de la Graufesenque et autres productions d'époque romaine: Nouvelles recherches* (Montagnac, 2002), 218. <<

[166] Peacock, *Pottery in the Roman World*, 103-113. <<

[167] Horden y Purcell, *The Corrupting Sea*, 372; se vale del trabajo pionero de síntesis de A. J. Parker, *Ancient Shipwrecks of the Mediterranean and the Roman Provinces* (BAR International Series; Oxford, 1992). <<

[168] *Life of John the Almsgiver*, cap. 10, trad. por E. Dawes y N. H. Baynes, *Three Byzantine Saints* (Oxford, 1948). <<

[169] Véase Peacock, *Pottery in the Roman World*, 167-169 para el impacto (que se aprecia en el registro arqueológico) de los distintos costos del transporte por agua o por tierra, y de la competencia de un rival de la época (las alfarerías de fabricación en New Forest). En general sobre este asunto, véase también Ward-Perkins, «Specialized Production and Exchange», 377-379. <<

[170] Para las *fabricae:* O. Seeck (ed.), *Notitia Dignitatum* (Berlín, 1876), 145, «Occidentis IX»; resumido por K. Randsborg, *The First Millenium A. D. in Europe and the Mediterranean: An Archaeological Essay* (Cambridge, 1991), 94-102. Para otros productos, véase fig. 3 del cap. 2, pág. 61. <<

[171] Para una excelente discusión general del papel del Estado en el mercado romano tardío: M. McCormick, «Bateaux de vie, bateaux de mort: Maladie, commerce, transports annonaires et le passage économique du bas-empire au moyan âge», *Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo*, 45 (1998), 35-122. Para los ladrillos: R. Tomber, «Evidence for Long-Distance Commerce: Importend Bricks and Tiles at Carthage», *Rei Cretariae Romanae Fautorum Acta*, 25/26 (1987), 161-174. <<

[172] A. K. Bowman, *Lije and Letters on the Roman Frontier: Vindolanda and its People* (Londres, 1994), 68-72 y, para las dos cartas citadas, 131-132, 139-140. <<

[173] En esta sección dependo en gran medida de la excelente síntesis recientemente compuesta por Chris Wicklam, *Framing the Early Middle Ages* (Oxford, 2005), cap. xi. Lo que sigue son presentaciones para regiones concretas especialmente útiles. Para Britania: «The Case against Continuity», en P. J. Casey (ed.), *The End of Roman Britain* (BAR British Series, 71; Oxford, 1979), 120-132; y K. R. Dark, «Pottery and Local Production at the End of Roman Britain», en Dark (ed.), *External Contacts and the Economy of Late Roman and Post-Roman Britain* (Woodbridge, 1996), 53-65. Para Hispania y el norte de la Galia: las colaboraciones de Gutiérrez Lloret y Lebecq en *The Sixth Century: Production, Distribution and Demand*, ed. R. Hodges y W. Bowden (Leiden, Boston y Colonia, 1998). Para Italia: varias de las colaboraciones de *Ceramica in Italia secolo*, ed. L. Sagui, 2 vols. (Florencia, 1998); y P. Arthur y H. Patterson, «Ceramics and Early Medieval Central and Southern Italy: "A Poned History"», en *La Storia dell'Alto Medioevo italiano (vi-x secolo) alla luce dell'archeologia*, ed. R. Francovich y G. Noyé (Florencia, 1994), 409-441. <<

[174] Para el descenso de la cantidad en Italia: E. Fentress y P. Perkins, «Counting African Red Slip Ware», en A. Mastino (ed.), *L' Africa romana: Atti del V convengo di studi, Sassari 11-13 dicembre 1987* (Sassari, 1988), 205 -214. <<

[175] Este hallazgo lo discute L. Saguì en *Ceramica in Italia*, 305-333; y (el mismo autor) «Indagini archeologiche a Roma: Nuovi dati sul VII secolo», en P. Delogu (ed.), *Roma medievale: Aggiornamenti* (Florencia, 1998), 63-78. <<

[176] Para la capacidad de un barco de la época: *Economy and Exchange*, 55. <<

[177] T. W. Potter, *The Changing Landscape of South Etruria* (Londres, 1979), 143, fig. 41. <<

[178] Beda, *Vidas de los abades*, cap. 5, en *Venerabilis Beda, Opera Historica*, ed. C. Plummer (Oxford, 1896) (trad. ing. en J. F. Webb y D. H. Farmer, *The Age of Bede*; segunda edición, Harmondsworth, 1983), 185-208. <<

[179] Véanse las colaboraciones de *Edilizia residenziale tra* v *e* viii *secolo*, ed. G. P. Brogiolo (Mantua, 1994); y la discusión sobre las ciudades en B. Ward-Perkins, «Continuitists, Catastrophists and the Towns of Northern Italy», *Papers of the British School at Rome*, 65 (1997), 157-176. <<

[180] Existe, desde luego, un debate inmenso sobre el significado exacto del uso de *spolia* de mármol, y no voy a entrar en ello aquí. Para el trabajo nuevo de esta época sobre la piedra (poco), véanse los varios volúmenes del *Corpus della Scultura Altomedievale* (Spoleto, 1961-). <<

[181] *Edilizia residenziale*, 8, 30-32. <<

[182] Monedas de Bradley Hill: R. Leech, «The excavation of the Romano-British Farmstead and Cemetery on Bradley Hill, Somerton, Somerset», *Britannia*, 12 (1981), 205-210. Monedas romanas en general, e indicios de su uso: C. Howgego, «The Suply and Use of Money in the Roman World», *Journal of Roman Studies*, 82 (1992), 16-22; F. Millar, «The World of the Golden Ass», *Journal of Roman Studies*, 71 (1981), 72-73; L. de Ligt, «Demand, Supply, Distribution: The Roman Peasantry between Town and Countryside: Rural Monetization and Peasant Demand», *Münstersche Beiträge zur antiken Handlsgeschichte*, IX.1 (1990), 33-43; R. Reece, *Roman Coins from 140 Sites in Britain* (Dorchester, 1991). <<

[183] Tintagel ha producido un pequeño tesoro de monedas de finales del siglo iv que pueden haber sido depositadas en el siglo iv, y en cualquier caso los tesoros ocultos son mucho menos reveladores del uso regular de la moneda que los ha-

llazgos dispersos. Los datos de monedas para la Britania post-romana los agrupa y discute (aunque llegando a conclusiones distintas) K. R. Dark, *Britain and the End of the Roman Empire* (Stroud, 2000), 143-144, y K. R. Dark, *Civitas to Kingdom: British Political Continuity 300-800* (Leicester, 1994), 200-206. <<

[184] Para las monedas de los varios reinos germanos: P. Gierson y M. Blackburn, *Medieval European Coinage*, i. *The Early Middle Ages (5th y 10th Centuries)* (Cambridge, 1986), 17-54, 74-80 (para la moneda de cobre en Italia: 3133). Para presentaciones generales del uso de la moneda en Italia: A. Rovelli, «Some Considerations on the Coinage of Lombard and Carolingian Italy», en *The Long Eight Century: Production, Distribution and Demand*, ed. I. L. Hansen y C. Wickham (Leiden, Boston y Colonia, 2000), 194-223; E. A. Arslan, «La circolazione monetaria (secoli V-VIII)», en *La Storia dell'Alto Medioevo italiano alla luce dell'archeologia*, 497-519. Para monedas de cobre visigodas: M. Crusafont i Sabater, *El sistema monetario visigodo: Cobre y oro* (Barcelona y Madrid, 1994); D. M. Metcalf, «Wisigothic Monetary History: The Facts, What Facts?», en A. Ferreiro (ed.), *The Visigoths: Studies in Culture and Society* (Leiden, 1999), 201-217, 202-204. Para las monedas de cobre de Marsella: C. Brenot, «Monnaies en cuivre du VIe siècle frappées á Marseille», en P. Bastien *et al. (eds.), Mélanges de numismatique, d'archéologie et d'histoire offerts à Jean Lafaurie* (París, 1980), 181-188. <<

[185] Para el sistema monetario bizantino del siglo vil de Italia y Sicilia: P. Grierson, *Byzantine Coins* (Londres, 1982), 129-144; C. Morrison, «La Sicile byzantine: Une lueur dans les siècles obscurs», *Numismatica e antichità classiche, 27* (1998), 307-334. Para el gran número de monedas de los si-

glos VII y VIII encontrados en la Cripta de Balbi (Roma): A. Rovelli, «La circolazione monetaria a Roma nei secoli VII e VIII. Nuovi dati per la storia economica di Roma nell'alto medioevo», en P. Delogu (ed.), *Roma medievale. Aggiornamenti* (Florencia, 1998), 79-91. <<

[186] Para monedas del Oriente bizantino de los siglos VI y C. Morrison, «Byzance au VIIe siècle: Le Témoignage de la numismatique», en *Byzantium: Tribute to Andreas Stratos* (Atenas, 1986), i. 149-163. Para el Levante árabe: C. Foss, «The Coinage of Syria in the Seventh Century: The Evidence of Excavations», *Israel Numismatic Journal*, 13 (1994-1999), 119-132. <<

[187] Grierson y Blackburn, *Medieval European Coinage*, i. 65. <<

[188] Buenas páginas introductorias sobre el trueque hay en C. Humphrey y S. Hugh-Jones, *Barter, Exchange and Value: An Anthropological Approach* (Cambridge, 1992), 1-20. <<

[189] Para períodos de moderación e intensificación: Horden y Purcell, *The Corrupting Sea, passim* (para su tratamiento del período post-romano, véanse especialmente 153-172). <<

[190] R. Bruce-Mitford, *The Sutton Hoo Ship-Burial*, 3 vols. (Londres, 1975-1983) (para la vasija de cerámica, vol. 3.2. 597-610). Para ejemplos de la notable destreza joyera local: E. Coatsworth y M. Pinder, *The Art of Anglo-Saxons Goldsmith* (Woodbridge, 2002) (p. ej., págs. 132, 141, 142, 147, 151 y 152); y N. D. Meeks y R. Holmes, «The Sutton Hoo Garnet Jewellery: An Examination of Some Gold Backing Foils and a Study of their Possible Manufacturing Techniques», *Anglo-Saxon Studies in Archaeology and History*, 4 (1985), 143-157. <<

[191] Para una impresión de la economía de la Edad del Hierro: B. Cunliffe, *Iron Age Communities in Britain* (segunda edición, Londres, 1978), 157-159, 299-300, 337-342. <<

[192] R. Hodges, *The Anglo-Saxon Achievement* (Londres, 1989), 69-114. <<

[193] Desde luego no pretendo entrar en el detalle de la situación precisa de cada región en un momento concreto. Por ejemplo, cuando hablo de la Britania de hacia 300 d. C. no estoy afirmando convencido que era exactamente la mitad de compleja que el norte de África de la misma época —signifique eso lo que signifique—; y cuando pongo a África por delante de la Italia central y septentrional de la misma época no es nada más que una suposición, que además ignora diferencias locales, internas a cada región. <<

[194] Para Britania —con diferencias en la interpretación—: Esmonde Cleary, *The Ending of Roman Britain*; Dark, *Civitas to Kingdom*; Faulkner, *The Decline and Fall of Roman Britain*; N. Faulkner, «The Debate about the End: A Review of Evidence and Methods», *Archaeological Journal*, 159 (2002), 59-76. <<

[195] No hay presentaciones generales de las condiciones de Italia y África. Yo presento parte de los datos en Ward-Perkins, «Specialized Production and Exchange», 354-358. <<

[196] Para la riqueza y la complejidad del Oriente antiguo tardío: M. Whittow, *The Making of Orthodox Byzantium 600-1025* (Basingstoke, 1996), 59-68 (con referencias bibliográficas); C. Foss, «The Near Eastern Countryside in Late Antiquity: A Review Article». *The Roman and Byzantine Near East: Some Recent Archaeological Research (Journal of Roman Archaeology*, Supplementary Series, 14; Ann Arbor, 1995), 213-234; y las colaboraciones de *Hommes et richesses*, y de *Economy and Exchange*. <<

[197] Es posible, aunque discutido, que la prosperidad oriental se hundiera en la segunda mitad del siglo VI: contrástese H. Kennedy, «The Last Century of Byzantine Syria», *Byzantinische Forschungen*, 10 (1985), 141-183, con M. Whittow, «Ruling the Late Roman and Early Byzantine City», *Past and Present*, 129 (1990), 3-29, y M. Whittow, «Recent Research on the Late-Antique City in Asia Minor; The Second Half of the Sixth Century Revisited», en L. Lavan (ed.), *Recent Research in Late Antique Urbanism* (Portsmouth, RI: 2001), 137-153. <<

[198] C. Foss, *Ephesus after Antiquity: A Late Antique, Byzantine and Turkish City* (Cambridge, 1979), 103-115; R. R. R. Smith, «Late Antique Portraits in a Public Context: Honorific Statuary at Aphrodisias in Caria, A. D. 300-600», *Journal of Roman Studies*, 89 (1999), 155-189 (para las estatuas de Afrodisias, abandonadas *in situ* hasta que acabaron por caerse de sus pedestales). <<

[199] Whittow, *The Making of Orthodox Byzantium*, 89-95; C. Morrison, «Byzance au VlIe siècle: Le Témoignage de la numismatique», en *Byzantium: Tribute to Andreas Stratos* (Atenas, 1986), i. 149-163; J. W. Hayes, «Pottery of the 6th and 7th Centuries», en N. Cambi y E. Martin (eds.), *L'Époque de Justinien et les problèmes des vi et vüe siécles* (Ciudad del Vaticano, 1998), 541-550; Foss, *Ephesus after Antiquity*, 103-115. Cerámica en Grecia: J. Vroom, *After Antiquity: Ceramics and Society in the Aegean from the 7th to the 20th Century A. C.* (Leiden, 2003), 49-58. <<

[200] General sobre Constantinopla: C. Mango, *Le Développement urbain de Constantinople (IVe-VIIe siécles)* (París, 1985), 51-62. Para monedas y cerámica de la ciudad del siglo VII: M. F. Hendy, «The Coins», en R. M. Harrison, *Excavations at Saraçhane in Istanbul*, I (Princeton, 1986), 278-373; J. W. Hayes, *Excavations at Saraçhane in Istanbul, 2 The Pottery*

(Princeton, 1992); J. W. Hayes, «A SeventhCentury Pottery Group», *Dumbarton Oaks Papers*, 21 (1968), 203-216. <<

[201] Para una presentación general del Levante árabe (con numerosas referencias bibliográficas): A. Walmsley, «Production, Exchange and Regional Trade in the Islamic East Mediterranean: Old Structures, New Systems?», en *The Long Eight Century*, 265-343. Para los hallazgos de Déhès y Baysān: J.-P. Sodini *et al.*, «Déhès (Siria septentrional): Campagnes (1976-1978). Recherches sur l'habitat rural», *Syria, 57* (1980), 1-304; E. Khamis, «Two Wall Mosaic Inscriptions from the Umayyad Market Place in Bet Shean/Baysān», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 64 (2001), 159-176. Excede el ámbito de este libro, así como mis conocimientos, la importante cuestión de cuándo desapareció la sofisticación de Levante. <<

[202] Para la postura de que el cambio radical empezó en el siglo IV: N. Faulkner, *The Decline and Fall of Roman Britain* (Stroud, 2000), 121-180. <<

[203] El primero que conectó con claridad la decadencia económica aplastante con el fracaso militar fue Clive Foss, «The Persians in Asia Minor and the End of Antiquity», *English Historical Review*, 90 (1975), 721-747. Puede que se equivocase al atribuir el cambio a un solo período de destrucción (el de los persas entre 615 y 626), pero sus conclusiones generales sobre el siglo VII nadie las ha refutado seriamente. <<

[204] P. Lemerle, *Les Plus Anciens Recueils des miracles de Saint Démétrius, 2* vols. (París, 1979-1981). <<

[205] Las dilatadas guerras goda (535-554) y lombarda (568) a menudo —y quizá con razón— se ven como muy dañinas para Italia —los datos arqueológicos no contradicen esta teoría, pero aún no podemos datarlos con la precisión que haría falta para demostrarlo—. Para los bereberes de África: Y. Mo-

déran, *Les Maures et l'Afrique romaine (IVe-VIIe siècle)* (Roma, 2003). <<

[206] Procopio, *Guerras*, V.9.3-6. <<

[207] Matthews, *Western Aristocracies*, 25-30. <<

[208] P. Laurence, *Gérontius: La Vie latine de Sainte Mélanie* (Jerusalén, 2002), XXI.4, XXII.1. <<

[209] Panella, «Merci e scambi». Para el comercio del siglo VII, véase cap. 4, nota 29. <<

[210] Para los impuestos como fuerza económica potencialmente positiva: K. Hopkins, «Taxes and Trade in the Roman Empire (200 B. C.-A. D. 400)», *Journal of Roman Studies*, 70 (1980), 101-125. <<

[211] Los datos negativos son, ciertamente, problemáticos, pues el hábito de erigir inscripciones seculares acabó durante los siglos V y VI. <<

[212] Evagrio, IV.29 (M. Whitby [trad.], *The Ecclesiastical History of Evagrius Scholasticus* [Translated Texts for Historians, 33; Liverpool, 2000], 231). <<

[213] Véanse las colaboraciones de Farquharson y Koder en P. Allen y E. Jeffrey (eds.), *The Sixth Century: End or Beginning?* (Brisbane, 1996). <<

[214] Para un tratamiento del asunto instructivo y global, Horden y Purcell, *The Corrupting Sea*, 298-328, 338-341. <<

[215] Eugipio, *Vida de Severino*, caps. 22 (mercado local) y 28 (distribución de aceite): «quam speciem in illis locis dificillima negotiatorum tantum deferebat euectio». <<

[216] Ibidem, cap. 20. <<

[217] Que la complejidad y la ruina están conectadas es un argumento común en la polémica de la desaparición de «civilizaciones» tempranas: el artículo clásico es C. Renfrew,

«Systems Collapse as Social Transformation: Catastrophe and Anastrophe in Early State Societies», en C. Renfrew y K. L. Cooke (eds.), *Transformations: Mathematical Approaches to Culture Change* (Nueva York, San Francisco y Londres, 1979), 481-506. Renfrew presenta la ruina como resultado inevitable de la complejidad —el caso romano, sin embargo (como ya dijimos), sugiere que hace falta primero una crisis concreta para que un sistema complejo se desintegre—. K. R. Dark, «Proto-Industrialization and the End of the Roman Economy», en Dark (ed.), *External Contacts*, 1-21, defiende, para la Britania romana, posturas afines a las mías. <<

[218] Algunas prospecciones en la zona del bajo Ródano han descubierto más enclaves de los siglos V y VI que de los siglos III y IV, pero son resultados en verdad inusuales: F. Trémont, «Habitat et peuplement en Provence á la fin de l'Antiquité», en P. Ouzoulias *et al. (eds.), Les Campagnes de la Gaule á la fin de l'Antiquité* (Antibes, 2001), 275-301. <<

[219] R. Leech, «The Excavation of the Romano-British Farmstead and Cemetery on Bradley Hill, Somerton, Somerset», *Britannia*, 12 (1981), 177-252; B. Hope-Taylor, *Yeavering, an Anglo-British Centre of Early Northumbria* (Londres, 1977). <<

[220] Véase el artículo general: Foss, «The Near Eastern Countryside». <<

[221] C. Delano Smith *et al.*, «Luni and the Ager Lunensis», *Papers of the British School at Rome*, 54 (1986), 142-143. <<

[222] M. Decker, *«Tiling the Hateful Earth»: Agrarian Life and the Economy in the Late Antique Levant* (Oxford, de próxima publicación). <<

[223] Excelente sumario reciente, con buena bibliografía, de los datos de los huesos animales y sus implicaciones es G.

Kron, «Archaeological Evidence for the Productivity of Roman Livestock Farming», *Müntersche Beiträge zur antiken Handelgeschichte*, 21.2 (2002), 53-73. Debo subrayar que los tamaños expuestos en la fig. 3 son *muy* aproximados. Los obtuve tras hacer la media de los tamaños medios de distintos asentamientos que presenta Kron, y eso no es un procedimiento estadístico riguroso. <<

[224] Faulkner, *The Decline and Fall of Roman Britain*, 11-12, 54, 70, 180 (la frase de la «Edad de Oro» cierra su libro). Chris Wickham, desde postulados marxistas semejantes —aunque ahora mucho menos extremos—, en ocasiones propone ideas afines: p. ej., en Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cap. xi, donde la sofisticación económica romana se describe sobre todo como indicio de «explotación» y, «consecuencia de ello, jerarquías de riqueza» más que «desarrollo». Los marxistas por naturaleza desconfían del comercio y de los imperios. <<

[225] Diodoro Sículo V.38. <<

[226] «Expósitos de estiércol»: M. Manca Masciadri y O. Montevecchi, *I Contratti di baliatico* (Milán, 1984), 11-12. <<

[227] F. R. Trombley y J. W. Watt (trad. del sirio), *The Chronicle of Pseudo-Joshua the Stylite* (Liverpool, 2000), 37-46. <<

[228] L. Duchesne (ed.), Le Liber Pontificalis, i (París, 1886), 385 (R. Davis [trad.], The Book of the Pontiffs [Liber Pontificalis] [Liverpool, 1989], 88); S. Waetzoldt, Die Kopien des 17 Jahrhunderts nach Mosaiken und Wandmalereien in Rom (Viena y Múnich, 1964), figs. 477-483,489. <<

[229] Una buena idea de estas iglesias del siglo VII la da X. Barral i Altet, *The Early Middle Ages: From Late Antiquity to A. D. 1000* (Colonia, 2002), 98-117. <<

[230] C. Wickham, «L'Italia e l'alto Medioevo», *Archeologia Medievale*, 15 (1988), 105-124, 110. Para pareceres semejantes: M. Carver, *Arguments in Stone: Archaeological Research and the European Town in the first Millenium* (Oxford, 1993), 50; T. Lewit, «Vanishing Villas: What Happened to Elite Rural Habitation in the West in the 5th and 6th Centuries A. D.?», *Journal of Roman Archaeology*, 16 (2003), 260-274. <<

[231] Dos ejemplos espléndidos se encuentran en M. M. Mango, *The Sevso Treasure. Part 1* (Ann Arbor, 1994); K. J. Shelton, *The Esquiline Treasure* (Londres, 1981). <<

[232] *Corpus Inscriptionun Latinarum*, IV, n.º 2184 (y tab. XXXVI.22): «Hic Phoebus unguentarius optime futuet». <<

[233] Para discusiones generales sobre la alfabetización romana: W. V. Harris, *Ancient Literacy* (Cambridge [Massachusetts], 1989); J. H. Humphrey (ed.), *Literacy in the Roman World (Journal of Roman Archaeology*, número especial, núm. 3; Ann Arbor, 1991) (especialmente útil es el artículo de Keith Hopkins); G. Wolf, «Literacy», en A. K. Bowman, P. Garnsey y D. Rathbone (eds.), *The Cambridge Ancient History. Second Edition*, xi. *The High Empire, A. D. 70-192* (Cambridge, 2000), 875-897. <<

[234] *Corpus Inscriptionum Latinarum* IV, núms. 575 (*uniuersi dormientes*), 576 (*furunculi*), 581 (*seri bibi*). Véase también A. E. Cooley y M. G. L. Cooley, *Pompeii: A Sourcebook* (Londres y Nueva York, 2004), 115. <<

[235] *Corpus Inscriptionum Latinarum* IV, núm. 1245. <<

[236] Lo trata J. L. Franklin, «Literacy and the Parietal Inscriptions of Pompeii», en Humphrey (ed.), *Literacy in the Roman World*, 82-83. Véase también Cooley y Cooley (ob. cit. n. 17), 79. <<

[237] S. S. Frere, R. S. O. Tomlin *et al. (eds.), The Roman Inscriptions of Britain*, vol. II (en 9 fascículos) (Gloucester, 1990-1995). <<

[238] W. S. Hanson y R. Conolly, «Language and Literacy in Roman Britain: Some Archaeological Considerations», en A. E. Cooley (ed.), *Becoming Roman, Writing Latín? Literacy and Epigraphy in the Roman West* (Portsmouth, RI, 2002), 151-164 (véase también la contribución de Tomlin en el mismo volumen). <<

[239] *The Roman Inscriptions of Britain*, 11.5, 138 (núm. 2491.147), 140 (núm. 2491.153) y 142 (núm. 2491.159). <<

[240] A. K. Bowman, *Life and Letters on the Roman Frontier: Vindoland and its People* (Londres, 1994), 82-99, especialmente 88. <<

[241] *Corpus Inscriptionum Latinarum* I, n. 684; C. Zangemeister, *Glandes plumbeae Latine inscriptae (Ephemeris Epigraphica, Corporis Inscriptionum Latinarum Supplementum*, vol. VI; Roma y Berlín, 1885), 59-60 n. 65. <<

[242] B. P. Grenfell y A. S. Hunt, *New Classical Fragments and Other Greek and Latin Papyri* (Oxford, 1897); el papiro ilustrado en la fig. 8 del cap. 6 está publicado en la pág. 82, con el núm. 50f2. <<

[243] R. Marichal, *Les Graffites de la Graufesenque* (XLVIIe supplément á *Gallia*; París, 1988). <<

[244] A. Grenier, *Manuel d'archéologie gallo-romaine*, pt. 2 (J. Déchelette, ed.), *Manuel d'archéologie préhistorique et gallo-romaine*, vol. VI.2 (París, 1934), 643 -663. <<

[245] La mejor colección es la de Monte Testaccio: *Corpus Inscriptionum Latinarum* XV.2.1, núms. 3636-4528; J. M. Blázquez Martínez, *Excavaciones arqueológicas en el Monte Testaccio (Roma): Memoria campaña 1989* (Madrid, 1992), 39-178.

Estas ánforas concretas eran de las distribuciones estatales de aceite en Roma, pero inscripciones pintadas del estilo se han encontrado por todo el imperio. <<

[246] Egger, *Die Stadt auf dem Magdalensberg*, en *Grosshandelsplatz, die dl-testen Aufzeichnungen des Metallwarenhandels auf den Boden Österreichs* (Viena, 1961). <<

[247] Justino: Procopio, *Historia secreta*, 6.11-16 (Procopio, *Works*, vol. VI, 70-3). Maximino: *Scriptores Historiae Augustae*, trad. D. Magie (Loeb Classical Library; Londres y Cambridge [Massachusetts], 1924), ii. 316-317, 331-333 («Maximini Duo», 11.5 y IX.3-5). Véase B. Baldwin, «Illiterate Rulers», *Historia: Zeitschrift für alte Geschichte*, 38 (1989), 124-126. <<

[248] C. Carletti, «Iscrizioni murali», en C. Carletti y G. Otranto (eds.), *Il santuario di S. Michele sul Gargano dal VI al IX secolo: Atti del convengo tenuto a Monte Sant'Angelo il 9-10 dicembre 1978* (Bari, 1980), 1-180 (Turón está en pág. 86, n.º 79). <<

[249] *Código de Rotario*, 224 y 243, en G. H. Pertz (ed.), *Legum*, IV (Monumenta Germaniae Historica; Hannover, 1868), 55, 60; *The Lombard Laws*, trad. K. Fischer Drew (Filadelfia, 1973), 93, 100. N. Everett, *Literacy in Lombard Italy c. 568-774* (Cambridge, 2003) es un excelente panorama de los usos de la escritura en una sociedad post-romana. <<

[250] I. Velázquez Soriano, *Documentos de época visigoda escritos en pizarra (siglos VI-VIII), 2* vols. (Turnhout, 2000) (la «Notitia de casios» está en vol. I, n.º 11). <<

[251] Por ejemplo, las tejas de dos orgullosos constructores, el rey lombardo Agilulfo (591-616) y el papa romano Juan VII (705-707): G. P. Bognetti, *Santa Maria di Castelseprio* (Milán, 1948), tab. VIIa; A. Augenti, *Il Palatino sul medioevo: Ar-*

chologia e topografía (secoli vi-XIII), (Roma, 1996), 56, fig. 29. <<

[252] Otros grupos hay de grafitos similares, pero las catacumbas de Roma y el Gargano sin duda han producido las colecciones más vastas e interesantes (327 y 159 grafitos respectivamente, en su mayoría más cortos que el de Turón, a menudo solo un nombre). Para las catacumbas: C. Carletti, «Viatores ad martyres: Testimonianze scritte altomedievali nelle catacombe romane», en G. Caballo y C. Mango (eds.), *Epigrafia medievale greca e latina: Ideologia e funzione* (Spoleto, 1995), 197-226. Para el Gargano, véase n. 31. <<

[253] Una teja post-romana hallada cerca de Cremona, en el norte de Italia, con un nombre germano y parte del alfabeto escrito con un dedo en el barro aún fresco es, hasta donde yo sé, bastante excepcional: A. Caretta, «Note sulle epigrafi longobarde di Laus Pompeia e di Cremasco», *Archivio storico lombardo*, ser. 9, vol. 3 (1963), 193-195. <<

[254] K. Düwel, «Epigraphische Zeugnisse für die Macht der Schrift im östlichen Frankenreich», en *Die Franken, Wegbereiter Europas* (Mainz, 1996), i. 540-542; É. Louis, «Aux début du monachisme en Gaule du Nord: Les Fouilles de l'abbaye mérovingienne et carolingienne de Hamage (Nord)», en M. Rouche (ed.), *Clovis, histoire et mémoire*, ii (París, 1997), 843-868. <<

[255] B. Galsterer, *Die Graffiti auf der römischen Gefäskeram k aus Haltern* (Münster, 1983). <<

[256] A. Petrucci, *Writers and Readers in Medieval Italy: Studies in the History of Written Culture*, trad. C. M. Radding (New Haven y Londres, 1995), 67-72: de 988 firmantes, 326 escribieron su nombre ellos mismos. <<

[257] P. Riché, *Éducation et culture dans l'occident barbare VIe-VIIe siécles* (París, 1962), 268-269, 304-305. <<

[258] Einhard, *Vita Karoli 25* (Éginhard, *Vie de Charlemagne*, ed. L. Halphen [París, 1947], 76). <<

[259] Para mucho de lo que sigue, véase también una serie de interesantes artículos que se han ocupado de la nueva Antigüedad tardía: Cameron, «The Perception of Crisis»; G. Fowden, «Elefantiasi del tardoantico», *Journal of Roman Archaeology*, 15 (2002), 681-686 (en inglés, a pesar del título); A. Giardina, «Esplosione di tardoantico», *Studi Storici*, 40.1 (1999), 157-180; J. H. W. G. Liebeschuetz, «Late Antiquity and the Concept of Decline», *Nottingham Medieval Studies*, 45 (2002), i-ii. <<

[260] A. Carandini, «L'ultima civiltà sepolta o del massimo desueto, secondo un archeologo», en A. Carandini, L. Cracco y A. Giardina (eds.), *Storia di Roma*, 111.2. *L'età tardoantica. I luoghi e le culture* (Roma, 1994), 11-38. Giardina, «Esplosione di tardoantico»; A. Schiavone, *La storia spezzata: Roma antica e Occidente moderno* (Roma y Bari, 1996). Trad. ing.: *The End of the Past: Ancient Rome and the Modern W est*, trad. M. J. Schneider (Cambridge [Massachusetts], 2000). P. Delogu, «Transformation of the Roman World: Reflections on Current Research», en E. Chrysos e I. Wood (eds.), *East and West: Modes of Communication* (Leiden, Boston y Colonia, 1999), 243-257. <<

[261] Valerio Massimo Manfredi, *La última legión*, Barcelona, 2002. <<

[262] En la práctica, la Antigüedad tardía reconoce esto, pues abandona casi todos los aspectos de la historia occidental hacia después de 500, y del mundo bizantino tras el comienzo del siglo. <<

[263] Ejemplificado en la magistral obra de Jones *The Later Roman Empire*. <<

[264] Para una fuerte defensa de las nuevas posiciones, sobre todo americanas: Fowden, «Elefantiasi del tardoantico». <<

[265] C. Dawson, *The Making of Europe: An Introduction to the History of European Unity* (Londres, 1932), xvii-xviii. <<

[266] E. Power, *Medieval People* (décima edición, Londres y Nueva York, 1963), 1-17 (este ensayo peculiar lo incluyó en *Medieval People* tras su muerte su marido Michael Postan). Power a veces se muestra reticente con respecto a los anglosajones. <<

[267] A. Piganiol, *L'Empire chrétien (325-395)* (París, 1947), 422: «La civilisation romaine n'est pas morte de sa belle morte. Elle a été assasinée». El inglés, al no tener género, desgraciadamente no puede capturar el horror extremo de una «civilización» femenina asesinada por los bárbaros, pero sí el español. <<

[268] Courcelle, *Histoire littéraire*. Su libro se divide en tres partes, «L'invasion», «L'occupation» y «La libération», referida la última, quizá sin mucha razón (como el propio autor reconoce), a las conquistas de Justiniano. <<

[269] Ibidem 197-205, 59-60 (para un caso de fidelidad de los francos a Roma), 197-205. Véase Demougeot, *La Formation de l'Europe*, vol. 2.2, 873-876, para casi los mismos sentimientos treinta años después. <<

[270] E. Demougeot, *La Formation de l'Europe et les invasions barbares, 2* vols. en 3 partes (París, 1969-1979). <<

[271] Goffart, «Rome, Constantinople», 21. <<

[272] El proyecto, naturalmente, databa de antes de la ampliación de la Unión Europea de 2004: los eslavos no está cla-

ro dónde encajan en esta historia. Los celtas ya han tenido su homenaje en una exposición en el Palazzo Grassi de Venecia, en 1991: «The Celts. The First Europe». <<

[273] Karl der Grosse: *Werk und Wirkung* (Aquisgrán, 1965), ix. <<

[274] *Die Franken, Les Francs. Wegbereiter Europas, Précurseurs de L'Europe, 5. bis 8. Jahrhundert* (Mainz, 1996). <<

[275] Beda, *Vita Sancti Cuthberti* X, ed. y trad. B. Colgrave, *Two Lives of Saint Cuthbert* (Cambridge, 1940), 188-191. <<

[276] Grupo de estados del medio oeste de Estados Unidos conocidos por este nombre por la abundancia de religiosos. *(N. de los TT.)* <<

[277] Quentin Tarantino, *Pulp Fiction* (1994), 131, como aparece en *Oxford English Dictionary*, tercera edición *OED Online*, «medieval» (borrador de junio de 2001). «Todavía no he acabado contigo. Me voy a poner medieval con tu culo.» <<

[278] Véase, sobre todo, C. J. Wickham, *Framing the Early Middle Ages* (Oxford, de próxima publicación), cap. I. <<

[279] Por ejemplo, Brown, *The Rise of Western Christendom.* <<

[280] Para otras críticas recientes a la «historiografía suave» y la Historia «sin rupturas»: Schiavone, *La storia spezzata*; P. Horden, «The Christian Hospital in Late Antiquity: Break or Bridge?», en F. Steger y K. P. Jankrift (eds.), *Gesundheit-Krankheit* (Colonia y Weimar, de próxima publicación). <<

[281] Hemos añadido algunas traducciones al español de textos clásicos o modernos. *(N. de los TT.)* <<

ÍNDICE

La caída de Roma 2
Prefacio 6
Inttroducción. ¿Roma cayó? 8
1.ª Parte. La caída de Roma 22
1. Los horrores de la guerra 23
2. El camino hacia la derrota 50
3. Vivir bajo los nuevos amos 95
2.ª Parte. El fin de la civilización 124
4. Desaparece el bienestar 125
5. ¿Por qué se acabó el bienestar? 174
6. ¿La muerte de una civilización? 197
7. ¿Todo lo mejor en el mejor mundo posible? 239
Apéndice. De la cerámica a las personas 260
Cronología 266
Bibliografía 272
Índice ilustraciones 287
Notas 296